

ALTERIDAD Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

*Una historia cultural
(1964-1970)*



Víctor Hugo Duque Ramírez



Editorial
Universidad de Nariño

êditorial

Universidad de **Nariño**

**Alteridad y violencia
en Colombia.**

*Una historia cultural
(1964-1970)*

Alteridad y violencia en Colombia.

*Una historia cultural
(1964-1970)*

**Víctor Hugo
Duque Ramírez**

editorial
Universidad de **Nariño**

Duque Ramírez, Víctor Hugo

Alteridad y violencia en Colombia : una historia cultural (1964-1970) / Víctor Hugo Duque Ramírez—1ª. ed.-- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2026.

273 páginas : ilustraciones, fotografías

Incluye Referencias bibliográficas p. 253 – 261 y bibliografía p. 262 - 267

ISBN: 978-628-7864-26-9 Impreso

ISBN: 978-628-7864-27-6 Digital

1. Violencia—Colombia 2. Violencia—Historia—Colombia 3. Violencia—Aspectos políticos y sociales—Colombia 4. Violencia—Historia cultural (1964-1970)—Colombia 5. Guerra—Medios de prensa escrita—Colombia

303.6609861 D946a – SCDD-Ed. 22



SECCIÓN DE BIBLIOTECA

Alteridad y violencia en Colombia. Una historia cultural (1964-1970)

© Editorial Universidad de Nariño

© Víctor Hugo Duque Ramírez

ISBN Impreso: 978-628-7864-26-9

ISBN Digital: 978-628-7864-27-6

DOI: <https://doi.org/10.22267/lib.udn.038>

Primera edición

Corrección de estilo: Luz Elida Vera Hernández

Diseño y diagramación: Angie Gabriela Ordoñez Chaves

El diseño de la portada corresponde a una composición elaborada a partir de imágenes publicadas en internet, las cuales fueron intervenidas mediante inteligencia artificial: ChatGPT. Las imágenes de referencia pueden ser consultadas en los siguientes enlaces:

<https://www.semana.com/nacion/articulo/tirofijo-su-mejor-amigo/99681-3/>

<https://x.com/JairoComunes/status/1954636698706497788/photo/1>

<https://www.biosiglos.com/guillermo-leon-valencia-biografia/>

<https://www.100libroslibres.com/visiones-del-siglo-xx-colombiano-a-traves-de-sus-protagonistas-ya-muertos-alvaro-gomez-hurtado>

<https://www.semana.com/camilo-torres-el-cura-guerrillero-que-este-domingo-cumplira-90-anos/600097/>

<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/hernan-diaz/id/1009/>

<https://www.eltiempo.com/politica/proceso-de-paz/fallece-de-muerte-natural-el-fundador-del-eln-442678>

Fecha de publicación: Marzo 2026

San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o cualquier propósito, sin la autorización escrita de sus Autores o de la Editorial Universidad de Nariño

Dedicatoria

Para María Zulma

Sufriste como Frida Kahlo, luchaste como Angela Davis.

Por mi parte... me esforcé por ser el hijo que merecías.

Te extrañaré cada uno de los días de mi vida.

Para vos... mamá.

Agradecimientos

No podría haber adelantado mis estudios de doctorado sin el apoyo de la profesora Claudia Afanador Hernández; su confianza en mis capacidades siempre ha sido excepcional. Asimismo, quiero agradecer las recomendaciones y correcciones de mi tutor, doctor Justo Cuño Bonito: mil y mil gracias por su paciente guía.

A mi profesor, mentor y siempre amigo, doctor Luis Felipe Castrillón: gracias por su lectura y por sus acertadas recomendaciones; gracias por ser, siempre, ese Angelus Novus clandestino que sabe cómo guiarme.

A mi hermano, César Augusto Duque, quien es el mejor hombre que conozco, mi ejemplo a seguir, gracias por su apoyo incondicional.

A todos los mencionados, este trabajo es suyo tanto como mío; estoy profundamente agradecido de poder expresar que nunca trabajé solo.

Contenido

Prólogo	11
Proemio	
Elementos fundantes de la investigación	16
Presentación y explicación del problema	18
Justificación	19
Posicionamiento historiográfico	20
Historia cultural de la guerra	21
Prensa como memoria e historia cultural	22
Hipótesis central	23
Hipótesis secundarias	24
Fuentes utilizadas y sus problemas	24
Referentes teórico conceptuales	25
El papel de la prensa en la política y la economía política del odio	26
Otridad y alteridad	30
Lo que no soy yo. Alteridad	30
Representaciones de alteridad	40
La construcción del enemigo: el otro como alteridad	52
Enemigo: el otro a eliminar	53
¿Quiénes son los enemigos? Tipos de enemigo en la HVPC	55
Alteridad, odio y violencia(s): proceso de construcción de enemigos	59
La deformación del otro: construcción de enemigos	59
El odio como catalizador de la(s) violencia(s)	62
Consideraciones sobre las ‘memorias de los otros’	65
Sobre la relación entre memorias e historia cultural	69
Caracterización de los actores discursivos. Los medios de prensa escrita.....	74
Diario El Espectador	76
Diario El Colombiano	78
Semanario La Voz	79
Metodología de trabajo	79
Estado del arte (estado de la cuestión)	82

Capítulo I.

Marco histórico de la violencia política en Colombia 86

1.1. Avatares en la historia de la violencia política en Colombia	88
1.2. Reflexiones teórico-conceptuales	89
1.3. La(s) Violencia(s) políticas en Colombia	89
1.4. La violencia como presente perpetuo: naturalización y banalización	90
1.5. Violencia en Colombia: crisis de representación	92
1.6. Contubernio religioso-estatal y la satanización del comunismo y socialismo en Colombia	98
1.7. Cultura política autoritaria y la 'ilusión de la participación'	101
1.8. Violencia y presencia diferenciada del Estado	107
1.9 La(s) violencia(s) como recurso político: dinámicas de violencia política en Colombia	110
1.9.1 La violencia bandolera. Génesis de las cuadrillas liberales y grupos proto-paramilitares	110

Capítulo II.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita 123

2.1 Categorías fundamentales de construcción conceptual y simbólica del enemigo en los medios impresos de prensa.....	127
2.2. ¿Qué tan importante es la guerra? ¿Quién es mi enemigo y cómo lo abordo?	133
2.2.1. 1964. Un nuevo sentido guerrillero. La encarnación del diabolus comunista	134
2.2.2. Hitos fundacionales	135

Capítulo III.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita 180

3.1. Crisis en la acción guerrillera	182
3.1.1 Camilo Torres: la revolución como un mandato cristiano	182
3.1.2 Diario el Espectador: Camilo Torres de clérigo a guerrillero	187
3.1.3 Diario El Colombiano: Camilo Torres, seducido por el comunismo	193
3.1.4 Voz Proletaria y la lejanía con Camilo Torres	198
3.1.5 Diario El Espectador: La aniquilación de las guerrillas es solo cuestión de tiempo	200

3.1.6 Diario el Colombiano: El evangelio triunfará sobre la propaganda del comunismo	206
3.1.7 Voz Proletaria: reagrupar la izquierda contra los opresores	215

Capítulo IV.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita 220

4.1. Establecimiento y consolidación territorial	222
4.1.1 Diario El Espectador: la disminución sistemática del abordaje a la guerra	223
4.1.2 Diario El Colombiano: Dios perdona a los comunistas arrepentidos	229
4.1.3 Voz Proletaria: El Frente Nacional es un gorila aplastante	235

A manera de conclusión 245

Referencias 253

Bibliografía 262

Anexo 268

Prólogo

Víctor Duque, en *Alteridad y violencia en Colombia. Una historia cultural (1964-1970)*, se acerca a Colombia, lo cual es, en buena medida, acercarse a lo que todos somos, a lo que todos y todas fuimos y, probablemente, a lo que sere-mos. Se aproxima desde la violencia de la contemporaneidad, pero la imagen de alejamiento, de perspectiva, de ese exuberante y separado exotismo con el que la historia oficial separó concienzudamente realidades que se complementan —lo que somos y lo que creemos ser—, desaparece cuando nos reencontramos en Colombia con lo que somos: lo que somos en realidad.

Déjenme decirles que la historia de las violencias presentes es la historia de un pasado cercano que se forjó en la historia de Colombia, y que se construyó exclu-yendo siempre la diferencia, en un intento permanente de refrenar la lucha por la justicia social. En los manuales escolares de Colombia —producto de esa historia tergiversada y manipulada— aún se estudia América (si el tiempo y la necesidad de cumplir con el programa lo permiten), dividiendo el tiempo histórico ameri-cano entre héroes y villanos, o mejor, entre próceres todopoderosos y los Nadie, y las Nadie, y los Sinnombre, y las Sinnombre: una división que oculta la tragedia de un conflicto civil perpetuo que desmembró sociedades y masacró individuos en pos de intereses particulares muy, muy concretos.

Y precisamente, quizá el inicio de la violencia en Colombia haya que buscarlo en ese conflicto de independencia, al que dio paso un conflicto permanente sus-citado tras el período de la conquista: el de las auroras de sangre que William Ospina definió como el germen violento en la construcción del país. Durante la independencia —un período de soberanía sin soberano—, en vez de suponer una oportunidad para el consenso y el autogobierno, se agudizó el odio entre élites centralistas y federalistas (con las realistas de por medio).

La pugna interna favoreció la reconquista de los territorios por parte de la expedición del general Pablo Morillo, héroe de la guerra contra los franceses, quien comandó el mayor ejército expedicionario que jamás partió desde España hacia América. Este hecho, tras su inédito bicentenario, constituye otro episodio histórico más borrado por esa historiografía oficial tan olvidadiza.

La derrota de los realistas en el puente de Boyacá (07-08-1819) dio a los pa-triotas el control del territorio, pero no supuso el fin del conflicto interno. El odio entre Bolívar y el general Santander fue, una vez más, la expresión del rencor entre élites enfrentadas: unas que propugnaban un modelo federal (Santander),

y otras que defendían una visión que superara las estrecheces del regionalismo continental (Bolívar). El disenso entre ambos generales llevó a la disgregación de la primera construcción política supranacional —la República de Colombia— y a la consecuente fragmentación del territorio en lo que hoy conocemos como Ecuador, Colombia y Venezuela.

En Colombia, la nueva división entre conservadores y liberales, más que uniformar el territorio bajo dos facciones políticas, lo subdividió según las particulares ansias de los gamonales provinciales por controlar sus propios dominios, bajo una ideología que se configuró más como una respuesta que como una propuesta. Por eso, presidentes como Mosquera fueron tan conservadores como liberales, según el momento y los intereses, nunca según unas ideologías que sirvieron tanto para lo uno como para lo otro. Eso sí, mientras las élites —liberales o conservadoras— pugnaban por hacerse con el poder, la gran masa de la población, pobre, desheredada y sin derechos políticos, solo tenía la opción de formar parte de alguno de esos extraños ejércitos que, de forma permanente, estaban en campaña, siempre defendiendo los intereses de los mismos terratenientes que los ponían en pie de guerra.

La lucha por el país se reflejó incluso en la indefinición de su denominación: Nueva Granada en la Gran Colombia, República de Nueva Granada, Estados Unidos de Colombia y, por fin, República de Colombia en la Constitución de 1886. Esa misma indefinición se observó en el sistema político, en las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y también en la demarcación del propio territorio: la breve luz que iluminó el proyecto progresista de creación de un Estado federal —los Estados Unidos de Colombia— a partir de la Constitución de Rionegro (1863), que consagraba la libertad de expresión, de culto, de empresa, de asociación y de enseñanza, se apagó. Le siguió un largo período conservador, caracterizado por la eterna guerra entre liberales y conservadores, la Guerra de los Mil Días (1899–1902), la pérdida de Panamá (1903) y la cruel masacre de las bananeras (1928), en la que cerca de 5.000 mujeres y hombres —trabajadores de plantación de banano que se manifestaban contra las inhumanas condiciones impuestas por la multinacional United Fruit Company (hoy Chiquita)— fueron masacrados por el infame general Cortés Vargas, al servicio del gobierno colombiano y de la multinacional estadounidense.

La masacre supuso tanto el fin del gobierno conservador y el inicio de los gobiernos liberales, como el despegue político de un joven abogado, Jorge Eliécer Gaitán, recién elegido congresista, quien, con su vigorosa retórica, se impuso la tarea de convertirse en la voz de los millones de desposeídos que

malvivían a lo largo y ancho del territorio colombiano. Una voz tan fornida como perecedera: a los 45 años fue segada de varios tiros, la voz del pueblo. Gaitán, que se presentaba a las elecciones presidenciales, fue asesinado cuando iba a almorzar con su amigo Plinio Apuleyo Mendoza, para quien ese aciago 9 de abril de 1948 fue “el momento en que se jodió Colombia”. Y quizá Plinio Apuleyo quiso realmente decir que no se jodió Colombia, sino que se jodió aún más, y fueron los colombianos de a pie —esos que por décadas habían padecido el abandono y la explotación— quienes, a partir de entonces, sufrieron una violencia exacerbada: más sangrienta, más cruenta, más virulenta. Un nuevo episodio de horror que fue conocido en todo el país como ‘El Bogotazo’.

En el período posterior, conocido sin ambages como ‘La violencia’, grupos armados como ‘Los pájaros’ o ‘Los chulavitas’, al servicio del Partido Conservador, protagonizaron múltiples masacres en un intento tenaz y sistemático por eliminar y hacer desaparecer a cualquier miembro del partido rival.

Ni la dictadura desarrollista del general Rojas Pinilla ni el turnismo político, exclusivo y excluyente, instaurado por el Frente Nacional, lograron frenar la violencia. Tras la dictadura, las élites liberales y conservadoras acordaron repartirse el poder, marginando a todos los demás partidos y movimientos sociales. La violencia de las élites generó la violencia de los campesinos, de los intelectuales y de mucha gente del común, hastiada de exclusiones, vejaciones e injusticias, que bajo diferentes siglas (FARC-EP, ELN, M-19...), creyeron que la violencia dirigida era la única vía posible para transformar una violencia estructural profundamente arraigada.

A esa violencia, las élites respondieron también con más violencia, ya fuera autóctona o reforzada por la ayuda extranjera a través de planes de defensa en alianza con Estados Unidos, que —a diferencia de su intervención en el Cono Sur— no necesitaron imponer dictaduras: en Colombia, las élites siempre les fueron fieles y sumisas. Ante cualquier eventualidad o incertidumbre (como en el caso de Gaitán), los Estados Unidos siempre estuvieron allí para protegerlas.

Víctor Duque nos muestra cómo, además de una historia de violencia sin más, la historia de Colombia es también una historia de violencia construida, amplificada a través de los medios de comunicación y los partidos políticos. El simbolismo gramsciano está presente en ese apoyo constante al poder, en la perpetua reconstrucción de mitos que avalan la dominación continua de las élites. Víctor concluye su excelente visión sobre la construcción social, política y simbólica de la violencia en 1970, pero déjenme decirles que aún quedaba mucha,

much́sima violencia por estallar, y que solo puede comprenderse plenamente a trav́s del trabajo de Duque. El narcotŕfico y el consecuente narcoterrorismo que azotaron al pás en los áos ochenta ofrecieron, paradójicamente, una oportunidad de regeneración mediante un nuevo consenso constitucional. La Constitución de 1991 fue concebida como una posibilidad de paz y justicia para un pás desangrado, angustiado y exhausto por d́cadas de violencia. Sin embargo, los proyectos de apertura, consenso y justicia quedaron solamente en el papel.

Pronto fracasó un tímido intento de negociación del presidente Pastrana con los grupos guerrilleros, quienes continuaron sembrando violencia e inestabilidad en una frágil paz social, constantemente amenazada por la acción armada. En respuesta, los gobiernos de Álvaro Uribe —un advenedizo proveniente de Antioquia que irrumpió con fuerza en el poder, en la mejor tradición autoritaria del pás— recurrieron nuevamente a la violencia para acabar con los grupos armados; para ello, contaron con el respaldo de Estados Unidos a trav́s del Plan Colombia, que terminó financiando el revanchismo de Uribe, hoy investigado por decenas de delitos, incluyendo violaciones a los derechos humanos.

El posterior intento de paz del presidente Santos, hijo poĺtico de Uribe que terminó enfrentándose a él en busca de una legitimidad propia, resultó ser, una vez más, una apariencia. La ilusión de paz residió, sobre todo, en los discursos y en los bolsillos de los páses extranjeros que financiaron el proceso negociado en La Habana, pero no se tradujo ni en hechos reales ni en el respaldo de la ciudadanía, que rechazó los acuerdos firmados entre el gobierno y las guerrillas. Irónicamente, la firma de la paz trajo consigo un recrudecimiento en los asesinatos de líderes sociales e indígenas, perpetrados por actores invisibles que usaron ese mismo contexto de paz como disfraz para continuar sus acciones violentas.

Con el fin del mandato de Santos y la llegada de Iván Duque —estrecho acólito de Uribe— se reinstauró el mismo revanchismo social, ahora acompañado de un neoliberalismo económico aún más agresivo. La privatización generalizada de los servicios ṕblicos y la transferencia de recursos estatales a manos privadas siguieron el mismo patrón de los gobiernos de Uribe, que en su momento no enfrentaron protestas de gran magnitud; sin embargo, en un pás con una economía informal que algunos estudios estiman en el 70 %, sin ayudas estatales y en medio de la crisis generada por la pandemia, la descomunal subida de impuestos decretada por Duque llevó a la sociedad a percibir la protesta social como única vía de expresión.

En consecuencia, como ha sido costumbre en gobiernos anteriores, la respuesta fue la represión sistemática. El mandato subrepticio de Uribe —que instaba a soldados y policías a usar las armas “para defender su integridad y proteger a las personas y los bienes de la acción criminal del terrorismo vandálico”— fue asumido por Duque como una orden natural, como si surgiera de su propia esencia.

Y después de Duque, llegó Petro: doscientos años de espera para otra profunda decepción, que probablemente reabra el camino al dominio absoluto de la derecha. Por eso, no pueden dejar de leer el extraordinario trabajo de Duque para entender cómo esa alteridad, esa construcción constante del “otro”, es en realidad el persistente engaño que hace que el uno aspire a ser “el otro”, mientras “los otros” siempre han sabido perfectamente quiénes son ellos... y quién eres tú.

Justo Cuño, Salteras, Sevilla, 11 de junio de 2025

Proemio
Elementos fundantes
de la investigación

Solo en la “distancia” que nos separa de la “intimidad absoluta”, si fuese posible, lo otro se “revela” como otro. Cuando la experiencia, unificada y “natural” se fractura, cuando se descentra, el mundo se “revela” como alteridad; cuando las expectativas se frustran, la simetría o la “expectación” se fragmentan, se diluye la naturalidad. La “alteridad radical”, lo extraño, es el producto de la desilusión de la actitud natural”.

Alejandro Castillejo (2016)

La historia colombiana en lo referente a las dinámicas de violencia política ha sido extensa y fructífera, sobre el particular son abundantes y multidimensionales las investigaciones, novelas, trabajos periodísticos y demás aportes literarios realizados. Desde el punto de vista de la historiografía, la literatura sobre la(s) ‘violencia(s)’¹ es variada, centrada en gran cantidad de factores (hechos, contextos, atrocidades, cifras, personajes, etc.). Demostrando la relevancia de los estudios acerca de las dinámicas de violencia en Colombia, así como la necesidad imperiosa de análisis, comprensión y reconocimiento para lograr los objetivos fundantes de perdón, reconciliación, reparación y no repetición.

Empero, a pesar de la abundancia y calidad de trabajos académicos y no académicos sobre la(s) violencia(s) en Colombia, este tópico de análisis adolece de un concepto de gran trascendencia actualmente en América Latina: el de alteridad. Es decir, la cuestión del otro, de aquel que en su diferencia representa la singularidad-diversidad-diferencia. Así las cosas, las dinámicas de violencia política en Colombia cuentan con una fuerte carga de alteridad, de construcción de ‘otros radicales’, de quienes representen lo contrario, lo maligno, lo subversivo, lo peligroso, lo represivo, etc. En síntesis, la construcción conceptual del enemigo. En este sentido, se pretende reconocer las representaciones de alteridad construidas sobre los otros, a partir de sus paradigmas referenciales, es decir, sus discursos de ‘normalidad-verdad’. De esta manera, puede identificarse a quién y cómo representa la otredad, y cómo esta otredad, hecha alteridad radical justifica la(s) violencia(s) en su contra.

¹ Se hace referencia a la(s) violencia(s) en tanto se tienen posiciones divergentes sobre el hecho de reconocer un solo proceso de violencia, o múltiples procesos que obedecen a sus circunstancias y situaciones específicas.

Aś las cosas, haciendo uso del material de prensa (políticamente sesgado desde una cultura política bipartidista), se puede construir una historia cultural de la violencia en Colombia, desde la construcción del enemigo (el otro) como alteridad radical; la construcción de representaciones desde los medios impresos ofrece el elemento fundante de este trabajo. De esta manera, se propone una periodización que permite identificar las categorizaciones realizadas en torno a un factor fundamental de la violencia en Colombia: el fenómeno guerrillero entre 1964 y 1970.

Este trabajo tiene como objetivo identificar, reconocer, analizar e historizar las representaciones de alteridad construidas sobre los grupos armados actores de violencia en Colombia; asimismo, busca examinar las representaciones construidas desde estos mismos grupos, dando lugar a dinámicas de doble alteridad. En conjunto, se propone construir una historia de la violencia política en Colombia a partir de la figura del enemigo, tanto como concepto como en su función de justificación para la intervención armada y violenta.

Presentación y explicación del problema

La violencia política en Colombia es uno de los t́picos más estudiados en los últimos años para los profesionales de la historia y las ciencias sociales; su profundidad, su diversidad de matices (motivaciones, dinámicas, actores e implicaciones) han llenado los anaqueles de las investigaciones académicas y la literatura no especializada. No obstante, la historia cultural de la violencia política en Colombia no ha sido abordada con la profundidad y cantidad esperada. Así las cosas, se propone la construcción de una historia cultural de la violencia política en Colombia comprendida en los años de 1964-1970. Se propone esta periodización, ya que este estudio busca reconocer y analizar las representaciones construidas de alteridad sobre los grupos alzados en armas, particularmente, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo (FARC-EP) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) desde los medios impresos de comunicación; de igual manera, se escoge esta periodización en tanto enmarca el nacimiento de los mayores movimientos guerrilleros colombianos, actores fundamentales del conflicto y sus relaciones con los distintos estamentos de la sociedad colombiana. En este sentido, se busca reconocer los factores culturales impulsados desde los discursos de los medios impresos a la población colombiana para justificar su accionar en contra o a favor de los grupos alzados en armas. Buscando así, una reivindicación de quienes han sufrido una guerra que no comprenden y son movilizados por medios sesgados por el sectarismo político.

El trabajo propuesto parte de la siguiente pregunta de investigación:

¿Cuáles han sido las representaciones incentivadas desde los medios impresos para categorizar como alteridad radical a los grupos armados en Colombia?

A su vez, surgen preguntas que coadyuvan a resolver el problema planteado:

- ¿Cuáles fueron las representaciones impulsadas desde los medios liberales?
- ¿Cuáles fueron las representaciones impulsadas desde los medios conservadores?
- ¿Cuáles fueron las representaciones impulsadas desde los medios de izquierda?

De esta manera, se desarrolla un trabajo historiográfico desde la teoría de las representaciones sociales y la historia cultural, con el fin de develar las construcciones discursivas en torno al enemigo (la alteridad) y cómo dichas representaciones han permeado y articulado la cultura política de los colombianos a lo largo del siglo XX.

En la investigación se planteó el siguiente objetivo fundante: Elaborar una historia cultural de la violencia en Colombia en el periodo comprendido entre 1964-1970. Y para lograr este objetivo general, la investigación abordó los siguientes objetivos específicos:

- Identificar y reconocer las representaciones construidas sobre los grupos armados de Colombia en los medios impresos de prensa.
- Establecer las categorías fundamentales de construcción conceptual y simbólica del enemigo en los medios impresos de prensa.
- Reconocer las diferencias y similitudes en los discursos de alteridad contruidos sobre 'los otros' dependiendo de la filiación política.
- Analizar el impacto de estas representaciones sociales en la cultura política de los colombianos.

Justificación

El reconocimiento y reivindicación de la singularidad-diversidad-diferencia se ha constituido como una de las dificultades elementales en Colombia. El otro asimilado como mi contrario, como mi rival, como diferente y, por ende, mi enemigo, ha devenido en mitos como la 'naturaleza violenta del colombiano' y en

una ‘cultura poĺtica autoritaria’². Estas dinámicas han corroído las capas más profundas de la sociedad, influyendo en elementos tan fundantes en la construcción de sociedad como son la participación poĺtica y la opinión pública frente a asuntos poĺticos³.

Así las cosas, el estudio cultural de la violencia desde la construcción del otro —entendido como aquello que representa ‘lo que no soy yo’—, demuestra sus potencialidades en tanto busca construir un trabajo histórico por medio de representaciones creadas desde las principales fuentes de movilización popular y, a su vez, pretende demostrar que los ‘odios heredados’ de los colombianos son construcciones discursivas que, en su mayoría, no fueron comprendidas por el colectivo (e incluso aún no las comprenden) y son incrustadas en la dimensión cultural de las personas. En este sentido, el pueblo colombiano ha sido manipulado dentro de las dinámicas de repartición del poder, reconociendo y validando las intervenciones e intercambios violentos. En un contexto de paz y de superación del largo y profundo conflicto armado que ha azotado a Colombia durante más de cincuenta años, los estudios que aborden la historia desde las conformaciones culturales se convierten en un elemento *sine qua non* para la construcción de una sociedad más consciente y cohesionada

Posicionamiento historiográfico

Desde las perspectivas historiográficas, esta investigación se orienta por la historia cultural y las memorias colectivas, considerando el concepto filosófico de la alteridad como un eje articulador entre memoria e historia. En este sentido, se toma como fuente principal el material de prensa, que, además de

² Durante la segunda mitad del siglo XX se permaneció 35 años en estado de excepción y 10 de estos en estado de sitio o de conmoción interior. Esta proclividad por la resolución de conflictos por vías violentas ha permeado las bases de la sociedad colombiana haciéndola proclive al autoritarismo y a la búsqueda de soluciones inmediatas que pueden involucrar intervenciones violentas.

³ La refrendación de acuerdos de paz con la guerrilla de las FARC-EP durante el año 2016, es un ejemplo bastante ilustrativo; la Fundación para la reconciliación expone (2017): “Los colombianos acudieron de modo lánguido a las urnas. A la cita electoral del domingo 2 de octubre de 2016 solo votaron algo más de 13 millones de personas, que equivalían al 37,5 % del censo electoral. Una participación magra incluso en un país con tradición abstencionista. [...] el resultado del plebiscito por la paz fue adverso a los intereses del gobierno. Una mayoría de colombianos, representada en 6’431.376 votantes, optó por decirle No a los acuerdos, venciendo así a los 6’377.482 que respaldaron la negociación que comenzó de manera formal en agosto del año 2012 y se firmó oficialmente el 26 de septiembre de 2016, en la ciudad de Cartagena de Indias. Ante el inesperado triunfo, el Gobierno y las FARC realizaron un proceso de renegociación que, si bien no satisfizo a los líderes más visibles del No, incorporó algunas de sus críticas. Este proceso concluyó con la firma de un nuevo acuerdo en el teatro Colón de Bogotá, el 24 de noviembre de 2016, que fue refrendado un mes después, esta vez por la vía del Congreso de la República” (pp. 13-14).

constituir un archivo documental, funciona como un escenario de memoria, al conservar de manera constante el recuerdo de los episodios más dolorosos del conflicto armado en Colombia; a la par, se busca transformar estas memorias —asociadas a diversas filiaciones partidistas— en historia cultural, atendiendo a los objetivos de esta corriente historiográfica, y reconociendo a los medios de prensa impresos como actores clave en la conformación de representaciones y en la configuración de la cultura de las comunidades y los territorios.

Historia cultural de la guerra⁴

Para el desarrollo de esta investigación se hará uso de la *historia cultural*, una historia desde las representaciones, las cuales, han influido⁵ en las formaciones y estructuras culturales. Peter Burke y José Carazo (1993) definen la cultura para la historia cultural como: “historia cultural en la que ‘cultura’ se entiende en un sentido lato que incluye la vida cotidiana de la gente común, los objetos materiales de los que esta se rodea y las diversas formas de percibir e imaginar su mundo” (p. 106). Así las cosas. Respecto a la historia cultural esta “puede ser definida como la disciplina que tiene como objeto de estudio las representaciones culturales, las prácticas y los significados simbólicos, imaginados y las costumbres o comportamientos de agrupaciones sociales específicas” (Chicangana-Bayona, y Cortés, 2011, p. 9). De acuerdo con lo que propende este trabajo, la historia cultural demuestra sus potencialidades y escenarios de análisis.

Reconociendo el carácter dinámico y en constante transformación de las representaciones, es posible identificar cómo se ha desarrollado la construcción conceptual y simbólica del otro a través de las representaciones de la alteridad. En este sentido, puede desarrollarse una historia de las representaciones como plantean Burke y Carazo (1993), “la noción actual de que tanto las cosas como las categorías son fluidas, frágiles, precarias o inestables. Hemos pasado de la historia ‘dura’ de las estructuras sociales a la historia ‘blanda’ de las representaciones” (p. 110).

De igual manera, la historia cultura permite identificar y reconocer la complejidad de la violencia, la cual obedece a filiaciones políticas y a la manipulación cultural de la población por medio de la implantación de representaciones

⁴ Algunos apartados de este epígrafe son tomados y ampliados de: Duque Ramírez, V. H. (2018). Alteridad y violencia en Colombia. Avatares teóricos de una historia cultural. *Revista Historia De La Educación Colombiana*, 21(21), 47–78. <https://doi.org/10.22267/rhec.182121.8>

⁵ No puede afirmarse que las representaciones ‘determinan’ los devenires culturales al tener en cuenta que en las comunidades existen procesos de resistencia a la homogeneización cultural.

de alteridad contra el enemigo/el otro. Aś las cosas, en palabras de Burke (2006), “la intenci3n del enfoque cultural estriba en develar el significado de la violencia aparentemente «sin sentido», las reglas que rigen su empleo” (p. 132). Aś, por medio del análisis cultural de las representaciones de alteridad y su impacto en la Historia de la Violencia Poĺtica en Colombia (HVPC), puede generarse una nueva comprensi3n del fen3meno violento, desde sus especificidades y contextos concretos.

Prensa como memoria e historia cultural

Para el desarrollo de esta investigaci3n, se propone articular la historia cultural con el estudio de la memoria. Partiendo de la comprensi3n de la memoria como la rememoraci3n de circunstancias o momentos de dolor, asociados al sufrimiento de violencias por parte de quienes se consideran enemigos, es decir, alteridades radicales. Compartiendo el axioma de Le Goff (1988), se debe diferenciar entre la historia vivida y la historia como disciplina del saber, y la labor del historiador es ‘dar orden’ a estas historias vividas, haciendo uso de los recursos y herramientas de la historia como ciencia. En este sentido, y siguiendo el razonamiento de Le Goff (citado por Ibarra, 2007, s. p.), “la memoria es la materia prima de los historiadores”, es decir, es con la memoria que se construye la historia.

Desde esta perspectiva, se reconoce y reivindica el valor de la memoria para los prop3sitos de esta investigaci3n, en la medida en que los medios de prensa, a partir de su filiaci3n partidista y del enfoque periodístico con el que abordaron los sucesos de la guerra, pueden ser comprendidos como expresiones de memorias colectivas vinculadas a dichas filiaciones, es decir, como memorias colectivas de un fen3meno social; este fen3meno social es la violencia poĺtica en Colombia, y este fen3meno ha tenido profundas implicaciones en las mentalidades de la poblaci3n. Sobre el particular Blair (1998a) afirma:

La memoria colectiva, como todo fen3meno social, tiene una historia. Ella atraviesa por peŕodos cuando parece dormida y es cuando se despierta y sube a la superficie de la vida social. Es, justamente entonces, cuando ella se revela como una dimensi3n de las mentalidades. (p. 83)

Aś las cosas, la memoria en alg3n momento va a ‘aparecer’ como un reclamo de reconocimiento y reivindicaci3n, como escenario de resistencia y resiliencia contra la obliteraci3n⁶ del pasado, un pasado cargado de dolor, pero que debe ser

⁶ Entendiendo obliteraci3n como olvido consciente, como la ocultaci3n o manipulaci3n del pasado.

recordado y analizado, no para perpetuar odios, sino para establecer escenarios de no repetición en el futuro. En este sentido, este trabajo busca reivindicar la memoria y explorar cómo memoria e historia se interconectan en una relación de interdependencia: la historia necesita de la memoria, pues esta constituye su materia prima, mientras que la memoria requiere de la historia para otorgarle orden, contexto y horizontes de análisis y reflexión permanentes.

Para los fines de este estudio, la memoria será abordada desde la perspectiva de las comunidades de la memoria⁷ planteada por Peter Burke. El objetivo no es solo reconstruir las memorias expresadas en cada diario y, por lo tanto, en cada filiación partidista, sino también analizar las circunstancias en las que dichas memorias fueron gestadas. Se busca comprender las motivaciones de cada grupo partidista e identificar los procesos de construcción de alteridades (enemigos), así como examinar cómo los medios de prensa escrita, a través de su producción periodística, contribuyeron activamente a dichos procesos.

Por tanto, el posicionamiento historiográfico de esta investigación, puede ser considerado como poco 'ortodoxo', no obstante, resulta pertinente para los intereses del estudio, ya que permite un análisis profundo de la guerra en Colombia y de cómo esta ha contribuido a la consolidación de sociedades basadas en la exclusión y la negación de la diferencia. En este contexto, se han construido figuras del enemigo o del 'monstruo' como representaciones simbólicas del temor, a través de las cuales se justifica el odio, la exclusión y la violencia.

Hipótesis central

Como hipótesis central de investigación se pretende demostrar cómo se construyeron representaciones de alteridad, es decir la construcción de alteridades radicales (otros), cargados de sentidos y símbolos de maldad, los cuales sirvieron como elementos homogeneizadores de la sociedad. Y cómo las representaciones construidas sirvieron como justificación para la persecución y eliminación del enemigo; es decir, como justificación y posible explicación a la violencia en Colombia.

Sin embargo, la memoria también puede ser utilizada con el propósito contrario, como afirma David Rieff (2012): "las sociedades y los grupos son capaces en cada momento de reconstruir su pasado", al mismo tiempo que "lo reconstruyen, lo deforman" (p. 29). En este sentido, la memoria puede ser 'construida', dependiendo de los intereses de quien la construye, estableciéndose potencialmente como discurso de odio contra las alteridades.

⁷ Concepto ampliado y desarrollado teóricamente en el capítulo 1 de este trabajo.

Hipótesis secundarias

Como hipótesis secundarias, que permitirán respaldar y profundizar en la comprobación de la hipótesis central, se plantean las siguientes:

- Si cada filiación política construyó sus propias representaciones en contra de sus otros (enemigos), estas construcciones simbólicas obedecían a sus aparatos ideológicos y alianzas temporales y permanentes (por ejemplo, el contubernio conservatismo-catolicismo).
- Estas representaciones de alteridad han sido un elemento fundante de la violencia en Colombia de 1964 a 1970.
- Los medios impresos regionales sirvieron como constructores de representaciones de alteridad, y culturalmente impulsaron la violencia en Colombia.

Fuentes utilizadas y sus problemas

Para el desarrollo de este trabajo investigativo, se utilizaron como fuente principal el material de prensa impresa. Con el fin de identificar las representaciones construidas en torno a las alteridades radicales, se recurrió al análisis de periódicos regionales, los cuales han estado —y continúan estando— marcados por sesgos políticos. Los diarios que fueron consultados en las hemerotecas son los siguientes:

- El Espectador.
- El Colombiano.
- Semanario La Voz Proletaria.

El trabajo de archivo se enfocó en el reconocimiento de las representaciones hechas a las alteridades radicales o, la construcción conceptual, simbólica y discursiva del enemigo. En este sentido, este material de archivo ofrece un panorama de la construcción de nación en Colombia, y cómo estas identidades son creadas, articuladas y difundidas por medio de la alteridad, es decir, de la identificación, categorización y negación de los otros.

Como fuentes secundarias se utilizaron las publicaciones sobre la violencia política en Colombia. Estas fuentes fueron fundamentales para esta investigación, ya que permitieron realizar un recuento de las teorías y conceptualizaciones elaboradas en torno a la violencia política en Colombia; asimismo, facilitaron su

utilización como base para la validación teórica del análisis que se presentará en este estudio. En este sentido, autores como Darío Villamizar, Gonzalo Sánchez, Daniel Pécaut, Fernán González, Malcolm Deas, Alfredo Molano, Alejandro Reyes, Fernando Guillén, Eric Hobsbawm, entre otros, fueron fundamentales para la estructuración de esta investigación.

Entre las principales limitaciones asociadas al uso de estas fuentes se encuentran los cuestionamientos sobre su ‘objetividad’ y ‘veracidad’ históricas. Al tratarse de un trabajo historiográfico que no busca narrar hechos, sino analizar las representaciones que han influido profundamente en las formaciones culturales colombianas, se pone en cuestión la noción tradicional de veracidad u objetividad histórica; no obstante, puede reconocerse una forma de veracidad en el análisis de cómo estas representaciones de la alteridad han funcionado históricamente como justificación para la violencia, la negación y la eliminación del otro.

Referentes teórico conceptuales

La prensa escrita se ha establecido como un medio fundamental de información y análisis de las situaciones y circunstancias de los países y sus regiones. Durante mucho tiempo, fue la forma por excelencia de conocer la realidad de un mundo distante: un mundo del que se estaba alejado, del que nada se sabía, nada se comprendía y del cual no se formaba parte: “las noticias suponen una construcción de una parte de la realidad social que permite a las personas informarse sobre ciertos acontecimientos fuera de su alcance inmediato” (Califano, 2015, p. 64). En Colombia, como en otros lugares del mundo, la prensa fue el instrumento de saber, el mecanismo para estar al tanto de lo que sucede en una capital que poco o nada se asemeja a la realidad vivida en campos, pueblos y demás comunidades rurales. Estas, para el caso colombiano, durante la mayor parte de su historia, se encontraron en una situación de precariedad en las vías de comunicación y, por tanto, en un profundo aislamiento, el cual podía llegar a mitigarse gracias al material de prensa escrita.

Empero, la prensa no escapa a la parcialización política y, así mismo, a ser un actor de los avatares políticos de una región. En este sentido, puede comprenderse al periódico o prensa, como un ‘constructor de representaciones’, ya que, al parcializarse políticamente, busca diferenciarse de sus ‘otros radicales’; es decir, aporta en la construcción de alteridades, las cuales al representar ‘lo que no soy yo’, son categorizadas, infravaloradas, atribuidas de la maldad y, posteriormente negadas, violentadas, perseguidas y eliminadas o intervenidas.

Aś las cosas, el objetivo de este capítulo es el análisis de la prensa colombiana, su trayectoria, su ‘evolución’ así como su ‘involución’. Partiendo de una reflexión sobre el papel político de los medios impresos, se realizará un rastreo histórico y un análisis de sus posturas políticas, reconociendo su papel protagónico en la construcción de enemigos durante la coyuntura de violencia que atravesaba el país.

El papel de la prensa en la política y la economía política del odio

El material de prensa, al igual que los medios de comunicación en general, posee una fuerte significación política; en este sentido, los medios tienen la capacidad de influir en la vida sociopolítica de las comunidades y sus territorios. En el caso particular de la prensa escrita o periódicos, debe comprenderse su condición de actor político, al influir en las poblaciones, incentivar pasiones y sentimientos, y ejercer poder como constructor de alteridades, gracias a su capacidad de caracterizar a quienes son sus ‘otros’, es decir, quienes poseen una filiación política diferente. Sobre el particular Borrat (1989) define:

Si por actor político se entiende todo actor colectivo o individual capaz de afectar el proceso de toma de decisiones en el sistema político, el periódico independiente de información general ha de ser considerado como un verdadero actor político. Su ámbito de actuación es el de la influencia, no el de la conquista del poder institucional o la permanencia en él. El periódico pone en acción su capacidad para afectar el comportamiento de ciertos actores en un sentido favorable a sus propios intereses: influye sobre el gobierno, pero también sobre los partidos políticos, los grupos de interés, los movimientos sociales, los componentes de su audiencia. Y al mismo tiempo que ejerce su influencia, es objeto de la influencia de los otros, que alcanza una carga de coerción decisiva cuando esos otros son los titulares del poder político. (p. 67)

En Colombia y, particularmente, en el periodo planteado para el desarrollo de este trabajo (1964-1974), la prensa se estableció como el *mass media* por excelencia en el territorio colombiano asolado por la violencia. La población rural no poseía la posibilidad de acceder a la televisión, la cual existía desde 1954 en Colombia, pero en un contexto rural, donde la precariedad es la regla, la televisión era un lujo inaccesible. Así las cosas, la población recurría a alternativas para conocer la realidad del país, fundamentalmente la radio y el material de prensa escrito. La prensa era el medio informativo que permitía obtener información fiable de lo que sucedía fuera de las localidades, de las

comunidades y sus territorios. Gracias a los diarios, las personas obtenían las últimas directrices por parte de sus partidos políticos; por tanto, el diario, en Colombia, ha tenido un papel de enorme trascendencia en las representaciones políticas de las comunidades. Articulando, homogeneizando y construyendo un nosotros diferenciado de los otros, gracias al lenguaje. Según De Hincapié (2004), el lenguaje es:

Ese eje de pervivencia histórica es el que le da sentido y significación a la nación, lo que la hace imaginable y contribuye a moldear los sentidos comunes, las prácticas sociales, los referentes culturales y las intersubjetividades o formas de relacionarse entre sí de los miembros que la conforman. (p. 13)

Así las cosas, los medios de comunicación y, en especial, la prensa escrita, como lenguaje y discurso permeado políticamente, construye historia y homogeniza colectivos por medio de la identidad y la identificación. Por medio de la identidad del 'nosotros' y la identificación de 'los otros'. En este sentido, es fácil identificar diarios asociados a partidos políticos y reconocer sus usos del lenguaje para la construcción del otro, para la negación de las alteridades radicales, es decir, de los enemigos. Sobre el carácter partidista de los diarios en Colombia, Enrique Santos Calderon (citado por Martín-Barbero y Rey, 1997) plantea:

Los grandes diarios colombianos [...] en su panorama de la historia del periodismo entre 1886 y 1986- los nacionales y regionales, los grandes y los pequeños mantienen una filiación político-partidista denominada, y casi sin excepción, se declaran como liberales o conservadores. Aún hoy no se encuentra un diario colombiano de influencia que no se atribuya la condición de depositario de la doctrina liberal o conservadora y que no asuma esta función como ingrediente importante de su labor informativa. Se trata en realidad de una característica sui generis de la prensa Colombia. No se observa en otros países de América Latina, en donde los periódicos, si bien adoptan posiciones combativas en lo político e ideológico, generalmente no asumen con tanto énfasis lealtades partidistas ni se sienten tan vinculados, histórica, emocional e intelectualmente con la trayectoria de sus partidos políticos [...] Se trata, pues, de un rasgo distintivo de nuestro periodismo, que lo marca desde el siglo pasado, que sigue vigente hoy y que incide sobre su conducta informativa. (p. 14)

Esta capacidad de convocatoria y movilización de masas que poseen los medios puede ser aprovechada para construir representaciones de maldad y de

alteridad radical frente al otro, simbólicamente construido como el enemigo, quien representa todo lo que ‘yo’ (nosotros, la normalidad instituida) no represento y que, por tanto, debe ser intervenido, negado o sencillamente perseguido y eliminado. De esta manera, dotar al otro de sentido —es decir, categorizarlo como maldad y como amenaza destructora de todo lo que representa nuestro partido— es una estrategia que busca generar odio hacia ese otro, logrando que la población siga las orientaciones para impedirle su participación en el escenario político. O lograr el odio, para que la población o la nación justifiquen y validen las violencias lanzadas en contra de los enemigos. Estas estrategias hacen uso de los medios de comunicación, generando una ‘economía política del odio’ (Glaeser, s. f.). Sobre el particular, Leonel Narváez (2017), expone:

Vender odio para ganar votos y poder político, es una estrategia hábil para cautivar masas, que informadas superficialmente sobre los orígenes de los conflictos por un tipo de memoria histórica distorsionada, son susceptibles a la manipulación emocional e ideológica mediante la atribución de las crisis sociales a chivos expiatorios, que en la historia de los conflictos sociales, políticos, étnicos, económicos, religiosos, han llegado a construir hitos históricos de violación de los derechos y de la dignidad, en la versión que los manipuladores del odio realizan. (p. 45)

En esa medida, se establece una dinámica particularmente marcada en el periodo planteado para esta investigación: los diarios constrúan su ‘nosotros’, su visión del mundo, mediante la identificación, categorización, otredad y representación de los ‘otros’. Desde su filiación partidista, los medios buscaban movilizar a la población, ya sea guiándola hacia las urnas o incluso incitando, justificando y validando actos de violencia perpetrados contra sus alteridades, las cuales, se deben detener, ya que estos ‘otros’, por su existencia, por su diferencia, son los culpables de todo lo malo que sucede. Entonces, los diarios, dentro de la búsqueda de sus ideales políticos, han derivado en la reproducción de escenarios de violencias. Esta práctica ha sido particularmente significativa en Colombia ya que:

Una vez la economía política del odio, generada desde las élites (políticas, sociales, económicas, religiosas) se fortalece, se fortalece también la cultura de la venganza, que apropian fácilmente las bases sociales y lo peor... lo multiplican en sus ambientes. Así se ha constituido el caldo de cultivo ideal para la multiplicación de las violencias y la justificación de ejércitos, cárceles y otras formas de violencia. (Narváez, 2017, p. 46)

Es posible plantear que, en Colombia, en el periodo de 1964-1984, los medios de prensa impresa participaron dentro de la dinámica de la economía política del odio. Se busca demostrar cómo los medios de prensa han contribuido a construir representaciones sociales sobre los otros; cómo los medios han influido en las comunidades para lograr que determinado partido o postura política —en esta dinámica, tanto los partidos tradicionales como la izquierda socialista han incurrido—, logre poder político, victorias electorales, y la justificación y validación de la violencia.

En estos procesos es fundamental considerar la economía política del odio: su oferta, demanda, distribución y consumo, y cómo estas dinámicas son utilizadas para la construcción de alteridades radicales (enemigos).

Economía política del odio.



Nota. Se complementa la versión de Narváez con la homogeneización por medio de la diferenciación respecto al 'enemigo'. El consumo del odio por parte de la población hace que estos reproduzcan y alimenten las representaciones construidas sobre los otros a través de los medios de comunicación, generando así dinámicas de diferenciación y categorización de alteridad, justificando la(s) violencia(s) sobre los enemigos. Información ampliada a partir de Leonel Narváez (2017).

Desde la perspectiva de la economía política del odio, los medios de comunicación en Colombia han hecho las veces de reproductores de la razón política que representan, es decir, de reproducir las categorizaciones, las estereotipaciones,

prejuicios y animadversiones construidas sobre los otros; desde esta perspectiva, los medios han servido para dotar de sentido a los enemigos, a los otros, a aquellos que justifican la existencia del ‘nosotros’ diferenciándose de ‘los otros’. Urdiendo representaciones sociales que aglutinan lo malvado, lo anormal o subnormal, lo subversivo, lo maligno, ateo, terrorista y comunista, y que atentan contra la vida, honra y bienes, desde la ortodoxia de los partidos tradicionales.

Otredad y alteridad⁸

Otro de los fundamentos teóricos esenciales para el desarrollo de esta investigación es la construcción filosófica de la otredad y la alteridad, es decir, la relación con ‘el otro’ y su diferenciación radical respecto al ‘yo’. Por lo tanto, se parte de una crítica a la racionalidad moderna, que se articula a través de la diferenciación de otros radicales, de los múltiples rostros de la alteridad, quienes representan ‘lo que no soy yo’ y, por ello, deben ser intervenidos, negados, violentados e incluso eliminados. Por esta razón, se realiza una construcción teórica sustentada mediante conceptos como ‘normalidad instituida’⁹, ‘relación poder-verdad’ y ‘negación de la diferencia’. De igual manera, se incluye un epígrafe que reconoce la importancia del reconocimiento y reivindicación del otro, a partir de la relación de hospitalidad levinasiana y del valor del otro según Skliar.

Lo que no soy yo. Alteridad¹⁰

La otredad, es decir, la personificación de ‘lo que no soy yo’¹¹, ha sido la constante para la articulación de los estados nacionales. ‘Los otros’ han sido el escenario de posibilidad de quienes detentan la ‘normalidad’. La identificación, negación, así como la atribución de la maldad a los otros, es decir, la alteridad ha sido el argumento de formación de cultura política; Roger Bartra (2013) sostiene que, por medio de las ‘redes imaginarias de poder’, se ha logrado la legitimación y validación social a través de procesos de identificación y construcción de la otredad:

⁸ Algunos apartes de este epígrafe hacen parte del libro: *La violencia. Obstáculo para la formación de ciudadanos en la escuela* de Duque et al. (2021).

⁹ El concepto es del autor del libro.

¹⁰ Algunos abordajes expuestos son tomados y ampliados del trabajo de investigación denominado: *Violencia escolar, obstáculo para la formación de ciudadanos en la escuela*. Tesis de maestría en Educación de la Universidad de Nariño (2018)

¹¹ Jorge Larrosa (2011) define este concepto como ‘principio de alteridad’, la relación con ‘lo radicalmente otro’ lo “‘Que no soy yo’ significa que es ‘otra cosa que yo’, otra cosa que lo que yo digo, lo que yo sé, lo que yo siento, lo que yo pienso lo que yo anticipo, lo que yo puedo, lo que yo quiero” (pp. 14-15).

Estas redes imaginarias generan constantemente los mitos polares de la normalidad y la marginalidad, de la identidad y la otredad [...] Se trata de un proceso de estimulación y creación de franjas marginales de terroristas, sectas religiosas, enfermos mentales, desclasados, indígenas, déspotas musulmanes, minorías sexuales, guerrilleros emigrantes ilegales exóticos, mafias de narcotraficantes y toda clase de seres anormales y liminales que amenazan con su presencia –real o imaginaria– la estabilidad de la cultura política hegemónica. (p. 13)

Al respecto, se desarrolla una confrontación contra la alteridad, contra quien represente lo contrario, asignándole características salvajes, barbáricas, violentas, demoníacas, ignorantes, incultas, etc., en una dinámica de eliminación de la complejidad del otro, reduciéndolo a su mínima expresión. En un ambiente en donde: “Lo otro es inaprehensible, escapa del mundo que tenemos a la mano. Este es otro producto de la distancia no necesariamente física, sino una distancia que lo hace ‘irreconocible’, ‘indefinible’, una ‘alteridad radical’” (Castillejo, 2016, pp. 130-131). Así, ‘el otro’, en su alteridad radical, se convierte fácilmente en el objetivo de persecución, intervención o eliminación por parte de la ‘civilización’ y la ‘normalidad’, como lo expone Bartra (2013):

La dimensión imaginaria radica en la construcción de un escenario omnipresente donde se enfrentan, por un lado, la civilización occidental democrática avanzada y, por otro, un amplio imperio maligno de otredades amenazantes, primitivas y fanáticas. La reducción de la complejidad política a este esquema binario es sin duda escalofriante, pero inmensamente eficaz para estimular formas renovadas de legitimidad y cohesión. (p. 15)

El otro, en nuestra historia, ha sido el pretexto para la perpetuación de la dominación política y la explotación económica a manos de quienes detentan dichos poderes. Este otro debe ser diferente, pues es precisamente su diferencia la que permite atribuirle la condición de alteridad, de todo aquello que no me representa. El otro es la personificación de la alteridad, de lo contrario, lo maligno, peligroso, tal como anota Sánchez (2006):

La diversidad, [...] no podía ser pensada sino como inferioridad. Nombrar al otro es pues, asignarle un lugar en la memoria, en la narrativa política, en la escena social. Barbarizarlo es excluirlo de la política y arrebatárle su papel de actor de la historia. (p. 37)

Para que exista un colectivo, un ‘nosotros’¹² deben existir los otros, aquellos que son los enemigos ‘naturales’ de todo lo que representa la cultura dominante; estos otros –sea como individuo o como colectivo–, son representados como una amenaza a los principios, a la moral, a la ética, a la religión dominante, al Estado y a sus instituciones, a la población, su vida y sus bienes; de tal manera que el escenario de existencia del colectivo es la negación exclusión de los otros. Al respecto, Pécaut (2013) argumenta:

La propaganda ideológica y los rumores contribuyen a la movilización de los participantes y los persuaden de la existencia de una amenaza relacionada con su propia supervivencia y con su propia identidad. La oposición «amigo-enemigo», [...] se orienta hacia el rechazo de un «otro radical». Criterios étnicos, religiosos o regionalistas se movilizan de esta manera para que la alteridad ni se remita a una diferencia coyuntural sino a un dato de «naturaleza». Poco importa en realidad lo que se incluya en la etiqueta del «otro» absoluto; lo que cuenta es la operación que conduce a fabricar un «nosotros» sobre un fondo de exclusión. (p. 144)

La alteridad y el rechazo que esta produce, genera procesos de confrontación en los que se considera necesario hacer todo lo posible para mantener a los otros —y todo lo que representan— lo más lejos posible. La ‘normalidad’ debe imperar, de tal manera que las personas ‘normales’ generan una serie de códigos de cohesión y homogeneidad¹³; este juego simbólico entre ‘normalidad’ y diferencia ha servido de excusa para la construcción de identidad en torno de una nación, siendo identificados bajo las mismas instituciones —grupo religioso, movimiento político, modelo económico—; de tal manera que puedan mantener una diferenciación con los otros, los cuales no pertenecen o no se adaptan a la nación, y se resisten a la homogenización:

Lo que me parece fundamental de esta imaginera mítica es el hecho de que forma parte de un proceso político legitimador de las sociedades actuales.

¹² Sobre el particular Skliar (2011) plantea: “¿sabemos por acaso qué somos «nosotros»? ¿Tenemos alguna idea, por más pequeña que sea, sobre qué quiere decir «nosotros»? ¿Qué exorcismos, que sortilegios, que masacres, que brujerías realizamos cada vez que pronunciamos ese «nosotros»?” “«Nosotros»: el arma de la lengua y del cuerpo que esgrimimos para, sin amorosidad alguna, defendernos de los otros. ¿En defensa propia?” (p. 147).

¹³ La homogeneidad puede entenderse como un dispositivo de exclusión en tanto: “la obsesión por el otro encuentre en la hostilidad la imagen más transparente. Una suerte de condición a la relación: «a partir de ahora, a partir de aquí, deberás ser como yo soy, como nosotros somos». Por eso, la hostilidad hacia el otro [...] es una condición de la homogeneidad más despótica” (Skliar, 2011, p. 151).

La otredad interior es una amenaza controlada, un peligro útil, una agresión aprovechable. En suma, un fluido fértil que enriquece la tierra vasta, tanto en su significado estricto de aportar fuerza de trabajo necesaria como en su sentido político más amplio de estimular la cohesión y la legitimidad. (Bartra, 2013, p. 50)

Al resistirse a la homogenización, están en contraposición con la nación, con el Estado y con su concepto e imaginario de 'orden'; de tal manera que los otros, son fácilmente enemigos de la nación y, por tanto, enemigos del Estado; son el alter ego de la cultura dominante y son su escenario de existencia; así las cosas, el blanco 'ilustrado' existe gracias al indio, al negro, al mulato, al mestizo; el sacerdote gracias al diabólico, la adúltera¹⁴, el homosexual, el comunista; el militar gracias al subversivo, el terrorista, el delincuente; por lo tanto, la otredad es el escenario de posibilidad de la nación, por medio de la negación de la diferencia (alteridad).

Negar la diferencia es hacerla temible y odiada, es atribuir el poder del mal, que proviene de la falta de comprensión del otro, temer y odiar al otro hace parte de la normalidad, y al hacer parte de la normalidad se hace parte del colectivo, de la sociedad, de la modernidad, su mercado y su consumo; el otro es creación cultural del 'normal'¹⁵, del 'civilizado', de sus ideologías, sus instituciones y sus modos de vida; es decir, la cultura crea su propia anticultura, la cual justifica y valida a la primera. Frente al particular, Taussig (2012) sostiene:

Odiados y temidos, objetos de desprecio, pero también de asombro, con el mal entendido como esencia física de sus cuerpos, son también, claramente, objetos de creación cultural, la pesada quilla de mal y de misterio que estabiliza ese navío y ese derrotero que son la historia de occidente. A la guerra fría añadimos los comunistas. A la bomba de tiempo cuyo tic tac amenaza la a familia nuclear, añadimos las feministas y los homosexuales. Los militares y la Nueva Derecha, como los conquistadores de ayer, descubren el mal que le han achacado a esos extraños, e imitan el salvajismo que les achacaron. (p. 38)

¹⁴ El adulterio como comportamiento pecaminoso fue y continúa siendo una infracción a la normalidad particularmente atribuida a las mujeres dentro de una racionalidad machista-patriarcal-moderna-colonial.

¹⁵ Sobre la creación del otro como alteridad radical Skliar (2002) plantea: "en este caso el otro no es el otro sino como su alterización, es decir, como un producto de un cierto orden mundial que ha localizado a un sujeto cognoscente absoluto en un lugar coincidente o no con el de los centros económicos y sociales" (p. 54).

Y la manera más eficaz de intervenir, controlar y dominar a la otredad es el terror; el miedo, la dominación por medio de la coerción; entendiendo coerción desde una perspectiva amplia, que trasciende la simple violencia física; la dominación política, económica, social, cultural, la negación ontológica y la violencia epistémica son elementos de terror que configuran y mantienen la alteridad del otro, utilizándolo para demostrar el poder que es capaz de ejercer; generando así una cultura del miedo:

Esta también claro que el victimario necesita a la víctima para crear la verdad, objetivando la fantasía en el discurso del otro. Claro está que el deseo del torturador es prosaico: adquirir información, actuar de concierto con estrategias económicas a gran escala elaboradas por los maestros de las finanzas y por las exigencias de la producción. Pero existe también la necesidad de controlar poblaciones masivas, clases sociales enteras, incluso naciones, mediante la elaboración de la cultura del miedo. (Taussig, 2012, pp. 36-37)

La cultura del miedo y la constante demostración de poder a través de la figura del otro —de la alteridad— han sido constantes tanto en la formación de los estados modernos como en los mayores y más atroces conflictos de la modernidad.

Es el otro, ya sea por su maldad o por su exotismo, negado, infravalorado e incluido de manera excluyente, quien hace posible la política, la economía, la cultura, la institucionalidad y la sociedad imperante. Desde la anormalidad, desde la alteridad, es el otro —quien representa “lo que no soy yo”— quien posibilita la articulación y conformación social. Esta sociedad de consumo, este mercado mundial, esta cultura líquida de valores universales y de negación de la diferencia, construyen una homogenización enajenante, donde la normalidad y la verdad —política, económica, social, cultural, filosófica y científica— son definidas por quienes detentan la capacidad de ejercer el poder. En síntesis, es esa capacidad de ejercer poder la que determina quién impone la ‘normalidad’; a esta dinámica se denomina: ‘normalidad instituida’.

Normalidad instituida. La otredad encuentra su escenario de acción en la capacidad de ejercer poder¹⁶, es decir, quien detente la capacidad de ejercer el

¹⁶ Entendiendo el poder como la capacidad de decisión sobre la vida de los otros, no como una posesión u cosa tangible. Este poder es pluridimensional en tanto: “no se conciba como una propiedad, sino como una estrategia, que sus efectos de dominación no sean atribuidos a una “apropiación”, sino a disposiciones, a maniobras, a tácticas, a técnicas, a funcionamientos; que

poder; detenta la 'normalidad instituida' según la representación sartriana, donde el yo como sujeto ve al otro como objeto. Donde "el yo es superior y el otro subordinado" (Sartre y Valmar, 1993). Este 'yo superior' se encuentra en 'el punto cero': "Ubicarse en el punto cero equivale a tener el poder de instituir, de representar, de construir una visión sobre el mundo social y natural reconocida como legítima y avalada por el Estado" (Castro-Gómez, 2010, p. 25). En este aspecto, el 'yo superior' se hace el otro que caza o el otro que instaura la normalidad, generando una relación vertical de subordinación como lo expone Theunissen (2013): "El otro que caza me persigue por la espalda y me sigue desde arriba, con su mirada, y gracias a su más elevado punto de vista, mira desconsideradamente todo mi mundo y hasta mira más allá de él. Tiene un horizonte más amplio que yo" (p. 245).

El proceso de otredad-alteridad utiliza 'paradigmas referenciales' (Theodosiadis, 2007) para demarcar y diferenciar a quien representa 'lo que no soy yo'; estos paradigmas resultan del proceso de comparación con la diferencia, siendo quien detenta la capacidad de ejercer poder quien controla el paradigma y determina la normalidad instituida: vestido/desnudo, blanco/negro, capitalista/comunista, salvaje/civilizado, soldado/guerrillero son algunos de los paradigmas referenciales de los que se vale la otredad para producir la alteridad. Este proceso desvaloriza al otro y procura demostrar su inferioridad latente: "Proceso de desvalorización que se repite al darse el contacto con el 'otro', se emplea primero la comparación, para de allí establecer la diferencia y continuar con la clasificación o jerarquización dentro de una escala de valores preestablecida" (Theodosiadis, 2007, p. 43).

Michel Foucault establece la 'medicalización' o 'normalización' como el fundamento de las relaciones de poder, esta normalización o 'normalidad instituida' determina la jerarquía y el 'orden social', valiéndose de las normas jurídicas, patologías médicas, códigos morales, de conducta y demás mecanismos

se descifre en él una red de relaciones siempre tensas, siempre en actividad, más que un privilegio que se podría detentar; que se le dé como modelo la batalla perpetua más que el contrato que opera un traspaso o la conquista que se apodera de un territorio. Hay que admitir, en suma, que este poder se ejerce más que se posee, que no es el "privilegio" adquirido o conservado de la clase dominante sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta, y a veces acompaña, la posición de aquellos que son dominados. Este poder por otra parte, no se aplica a quienes "no lo tienen" pura y simplemente como una obligación o una prohibición; los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en el lugar de presas que ejerce sobre ellos" (Foucault, 2009, p. 36). Esta conceptualización del poder es fundamental debido a la profundidad de su alcance. Así las cosas, la capacidad de instituir la normalidad depende de la capacidad de ejercer poder sobre los otros.

institucionales de poder, en una dinámica de otredad, del capaz y el incapaz, el bueno, el malo, el sano y el enfermo, legal e ilegal, pecador, devoto; haciendo de la ‘normalidad instituida’ el principal argumento del poder sobre los otros:

Con la medicalización, la normalización, se llega a crear una especie de jerarquía de individuos capaces o menos capaces, el que obedece a una norma determinada, el que se desvía, aquel a quien se puede corregir, aquel a quien no se puede corregir, el que puede corregirse con tal o cual medio, aquel en quien hay que utilizar tal otro. Todo esto, esta especie de toma en consideración de los individuos en función de su normalidad, es, creo, uno de los grandes instrumentos de poder en la sociedad contemporánea. (Foucault, 2012a, pp. 36-37)

Esta normalidad instituida o ‘derecho de la verdad’ (Foucault, 2010) depende de quién o quienes ejerzan el poder institucional, de tal manera que la otredad también depende de esta situación: “Estas redes se caracterizan por una confrontación, en parte real y en parte imaginaria, entre dos polos: las fuerzas hegemónicas que representan la normalidad y la estabilidad enfrentadas a las mil caras de la otredad enemiga del orden establecido” (Bartra, 2013, p. 45). Se toma por caso, el ejemplo de la derecha-izquierda como sistemas antagónicos de gobierno, por tanto, dos egos y, a la vez, alter egos ideológicos; entonces, la otredad se refiere a los grupos favorecidos o defendidos por determinada ideología; es, en consecuencia, la ideología la que conforma la otredad, entendida como una alteridad que debe ser atacada para defender la normalidad. Frente al particular, Ricoeur (2013) plantea:

El proceso ideológico es opaco por un doble motivo. En primer lugar, permanece oculto; a diferencia de la utopía, es inconfesable; se enmascara volviéndose denuncia contra los adversarios en el campo de la competición entre ideologías: es siempre el otro el que se sume en la ideología. Por otra parte [...] tres niveles operativos del fenómeno ideológico, en función de los efectos que ejerce sobre la comprensión del mundo de la acción del hombre. Recorridos de arriba abajo, desde la superficie al interior, estos efectos son sucesivamente de distorsión de la realidad, de legitimación del sistema de poder, de integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos inmanentes a la acción. (p. 112)

En este sentido, la ideología fomenta la alteridad para justificar su propia existencia; tanto en un extremo como en otro, las ideologías deben apelar a los símbolos para generar sentimientos de filiación y ‘patriotismo’ como parte

de la normalidad instituida. El 'patriota' reconoce su filiación ideológica como universal y niega a quien es diferente, la negación de la diferencia en nombre de la ideología, es la epitome de la otredad. El otro no solo es el extranjero, el comunista, el negro, el indígena, el gay, la mujer, el cristiano católico o cristiano protestante, el budista, judío o musulmán; mi propio vecino, mi propio paisano, si piensa diferente a la normalidad instituida es alteridad, es decir, hombre blanco puede ser alteridad radical del hombre blanco. Así, la alteridad por medio de la ideología trasciende los límites raciales, culturales, de procedencia, de culto religioso, de capacidad adquisitiva; el carácter universalista y homogeneizador de la ideología es el fundamento de la nación y el estado moderno como propone Todorov (2013), "en el interior mismo de los estados se ha aplastado la heterogeneidad en nombre de estos mismos ideales (pseudo) universales. [...] *El bien de hoy no es del ayer, y cada quien es bárbaro a los ojos de su vecino*" (p. 435).

El poder otorga capacidad de ejecución a la otredad, siempre cambiante. Este poder genera relaciones de subordinación contra quienes se considera que están —o deben estar— fuera de la normalidad instituida; a su vez, la normalidad es siempre cambiante: tanto la normalidad como la alteridad y el poder obedecen a circunstancias concretas. Por lo tanto, la normalidad depende de la capacidad de ejercer poder sobre la alteridad y, del mismo modo, si una se modifica, las demás también lo hacen. El poder, en este sentido, es la capacidad de institucionalizar la normalidad mediante múltiples mecanismos o relaciones de dominación. Foucault (2012a) plantea:

[...] yo diría que el poder no es otra cosa que cierta modificación, la forma a menudo diferente de una serie de conflictos que constituyen el cuerpo social, conflictos de tipo económico, político. El poder es pues algo así como la estratificación, la institucionalización, la definición de técnicas, instrumentos y armas que son útiles en todos esos conflictos. Esto es lo que puede considerarse en un momento dado como cierta relación de poder, cierto ejercicio de poder. Con tal de que sea claro que ese mismo ejercicio-en cuanto no es, a fin de cuentas, otra cosa que la fotografía instantánea de luchas múltiples y en continua transformación-, ese mismo poder, se transforma sin descanso. (pp. 120-121)

Ahora bien, existe una relación poder-normalidad o poder-verdad¹⁷, la cual determina las representaciones de los otros; esta relación articula la ideología con la capacidad de ejercer poder, generando un discurso que se hace hegemónico. Este discurso genera procesos de identificación o identidad social, articulando la normalidad instituida y, al mismo tiempo, se generan espacios y escenarios de identificación, representación, diferenciación y negación de los otros, quienes están fuera de la normalidad instituida:

Es en las relaciones de poder que emergen las identidades/diferencias como resultado de los discursos dominantes, que construyen representaciones mentales socialmente compartidas. La relación poder-verdad se manifiesta de forma preponderante en aspectos sociales, económicos y culturales, y la verdad, por ende, depende de esas formas y manifestaciones hegemónicas que permean los sistemas de representación. (Yáñez, 2012, p. 10)

Estos discursos hegemónicos, al igual que el poder, pueden ser cambiantes, y también se modifican dependiendo de las circunstancias concretas. Estos discursos o 'normas'¹⁸ son argumentos de 'verdad', son verdad gracias al poder, por lo tanto, se establece un 'proceso de la institucionalización de la normalidad', el cual termina en la norma, en aquella que tiene la capacidad de ejecución del poder; la norma es justificación y legitimación tanto de la normalidad, así como de las formas de intervención a la anormalidad o la alteridad:

¹⁷ La capacidad de monopolizar la 'verdad' depende de la capacidad de ejercer poder. Es decir, poder y verdad se encuentran en relación de interdependencia en tanto el poder produce saber, y este saber se establece como 'verdad' en palabras de Foucault: "el poder produce saber (y no simplemente favoreciéndolo porque le sirva o aplicándolo por que sea útil); que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo relaciones de poder. Estas relaciones de "poder-saber" [poder-verdad] no pueden analizarse a partir de un sujeto de conocimiento que sería libreo no en relación con el sistema de poder, sino que hay que considerar, por el contrario, que el sujeto que conoce, los objetos que conocer y las modalidades de conocimiento son otros tantos efectos de esas implicaciones fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas. En suma, no es la actividad del sujeto de conocimiento lo que produciría un saber, útil o renuente al poder, sino que el poder-saber, los procesos y las luchas que lo atraviesan y que lo constituyen, son los que determinan las formas y los dominios posibles del conocimiento" (Foucault, 2009, p. 37). Así las cosas, el saber hecho 'verdad' se establece como 'normalidad instituida'.

¹⁸ Las normas entendidas como herramientas de la normalidad instituida y su relación poder-verdad, permiten la naturalización de las categorizaciones de normalidad-anormalidad, tanto en el aspecto individual como colectivo: "La norma es lo que puede aplicarse tanto a un cuerpo al que se quiere disciplinar como a una población a la que se pretende regularizar" (Foucault, 2008, pp. 228-229).

La norma no se define en absoluto como ley natural, sino por el papel de exigencia y coerción que es capaz de ejercer con respecto a los ámbitos en que se aplica. La norma, por consiguiente, es portadora de una pretensión de poder. No es simplemente, y ni siquiera, un principio de inteligibilidad; es un elemento a partir del cual puede fundarse y legitimarse cierto ejercicio de poder. (Foucault, 2011, p. 57)

La otredad como argumento de poder demuestra sus profundas implicaciones en el proyecto de la nación moderna, ya que esta adquiere su posibilidad de existencia en la diferenciación y confrontación con quien representa su contrario, su *alter ego*, su “lo que no soy yo”; de igual manera la normalidad instituida se vale de variados mecanismos para fomentar la otredad/alteridad, ya sea la ideología, las normas jurídicas, la implantación de la sociedad de consumo, la religión o falta de esta o simplemente el miedo y la coerción, la normalidad instituida va homogenizando mientras excluye, podría pensarse en esta expresión como un oxímoron, pero el proceso de otredad necesita de una contradicción interna para funcionar, es decir, el otro es necesario, el otro justifica la existencia del yo, de la normalidad, el otro justifica el Estado, justifica la nación moderna, justifica la sociedad de consumo, el mercado mundial, en síntesis el otro le da vida al sistema mundo.

Los dilemas de la identidad, la identificación y la nación. El reconocimiento y reivindicación del otro se enfrenta con el dilema de la ‘identidad-identificación’, la cual implica la diferenciación respecto del otro; todo proceso de identidad se desarrolla ante la diferenciación e identificación del otro (o los otros): “La identidad insiste en la fijación, persiste en la detención del otro en un nombre, una palabra, una etiqueta” (Skliar, 2011, p. 158). Distinguirse y demostrar la diferencia frente al otro, es la forma de construir un ‘nosotros’¹⁹ construyendo también un ‘los otros’; es decir, la identidad siempre implica procesos de filiación y pertenencia, que se fundamentan en la exclusión, en la construcción de un afuera, de un allá, de un lugar desconocido, quizá peligroso, un lugar que es diametralmente distinto al aquí; ese lugar genera incomodidad, no se busca estar allá, ese allá representa ‘lo que no es aquí’²⁰, al igual que sus habitantes,

¹⁹ Cabe anotar que la construcción de un ‘nosotros’ ejecuta un proceso doble de relación, la relación con los otros dentro de la homogeneidad del nosotros: “los otros quieren ser como nosotros, mientras que desde nuestra perspectiva reconocemos en los otros algo que ya nos es familiar. Nos imaginamos en su lugar y, así, ellos y nosotros devenimos intercambiables; podemos ponernos en su lugar y levantarnos en su nombre” (Guardiola-Rivera, 2012, p. 216). Y la relación con las alteridades radicales, con las cuales no suelen existir puentes de reconocimiento ni identidad. Es decir, en la construcción del colectivo ‘nosotros’ (normalidad-mismidad) deben de igual manera existir ‘los otros’ (anormalidad-alteridad).

²⁰ Estos lugares de los otros, la residencia de los múltiples rostros de la alteridad también se

sus personas, los otros, representan ‘lo que no soy yo’. De esa manera, la identidad oblitera a los otros, los infravalora, en un proceso de filiación-identidad y exclusión-identificación; la identidad necesita identificar los otros que justifican su existencia por medio de su alteridad radical, su demostración y categorización; este proceso anula ontológicamente al otro, lo niega e inferioriza. Sobre el particular, Restrepo (2012) sostiene:

[...] las identidades remiten a una serie de *prácticas de diferenciación y marcación* de un “nosotros” con respecto a “otros”. Para decirlo en otras palabras: identidad y alteridad, mismidad y otredad son las dos caras de una misma moneda. No se puede comprender realmente la identidad sin entender lo que deja por fuera al constituirse como tal, esto es, la otredad, la alteridad. Así, la identidad es posible en tanto establece *actos de distinción* entre un orden de interioridad-pertenencia y uno de exterioridad-exclusión. Por tanto, la identidad y la diferencia deben pensarse como procesos mutuamente constitutivos. Esto no significa que la diferencia sea un suplemento o una negatividad de la identidad. (pp. 130-131.)

La identidad no es una condición estática, “las identidades nunca están cerradas o finiquitadas sino que siempre se encuentran en proceso, diferencialmente abiertas a novedosas transformaciones y articulaciones” (Restrepo, 2012, p. 131); al igual que el poder, la ideología y la normalidad, las identidades son dinámicas y obedecen a circunstancias concretas; existen múltiples identidades, múltiples agrupaciones que permiten constituirse; desde lo inmediatamente próximo como identidades locales, subculturas, a ‘macroidentidades’ como la filiación política, religiosa, de género o la nacionalidad. Las identidades son relacionales y dependen de múltiples factores —que obedecen a las circunstancias concretas en el espacio-tiempo—, los cuales modifican y alteran las identidades. Ahora bien, las identidades mantienen una dinámica de relacionalidad²¹ unas con otras, sea para ‘identificarse’ o para tomar

encuentra dentro de las relaciones de diferenciación binaria, así las cosas, a la ciudad del blanco letrado le permite su existencia: “[...] la ciudad indígena, la ciudad negra, la “medina” o barrio árabe, la reserva es un lugar de mala fama, poblado por hombres de mala fama, allí se nace en cualquier parte, de cualquier manera. Se muere en cualquier parte, de cualquier cosa. Es un mundo sin intervalos, los hombres están unos sobre otros, las casuchas unas sobre las otras. [...] es una ciudad hambrienta de pan, de carne, de zapatos, de carbón, de luz. [...] es una ciudad agachada, una ciudad de rodillas, una ciudad revolcada en el fango” (Fanon, 2012, p. 34).

²¹ Las identidades implican procesos tanto de diálogo como de conflicto, se articulan unas con otras generando relaciones y completándose entre ellas: “No se puede perder de vista, entonces, que las identidades siempre se superponen, contrastan y oponen entre ellas. Antes que, unificadas y singulares, las identidades son múltiplemente construidas a lo largo de prácticas,

distancia frente a otras identidades; constantemente, se encuentran en transformación, por tanto, sus alteridades son cambiantes:

Tanto desde la perspectiva del individuo como de las colectividades, las identidades son múltiples en un sentido doble. De un lado, hay diferentes ejes o haces de relaciones sociales y espaciales en los que se amarran las identidades entre los cuales se destacan el género, la generación, la clase, la localidad, la nación, lo racial, lo étnico y lo cultural. Del otro, las identidades se activan dependiendo de la escala en las que se despliegan, esto es, una identidad local adquiere relevancia con respecto a otra, pero ambas pueden subsumirse en una identidad regional con respecto a otra. (Restrepo, 2012, p. 132)

Las identidades construyen, deconstruyen y reconstruyen representaciones sobre los otros, normalmente estas representaciones son de inferioridad, es decir, representaciones ‘negativas’ frente a las identidades de los otros. Al articularse con las ideologías, el poder y la normalidad, se establecen identidades hegemónicas, con capacidad de ejercer poder sobre las identidades subalternas o ‘anormales’; desde esta perspectiva, las identidades adquieren una dimensión de dominación, explotación, desigualdad, ‘otrerización’, negación, obliteración. En este proceso, la identidad identifica al otro, categorizándolo, creándolo o convirtiéndolo en ‘lo que no soy yo’ y justifica su intervención; la identificación y categorización de los otros, genera espacios de confrontación identitaria, de unas identidades ‘subalternas’ y otras hegemónicas:

Las identidades no sólo se refieren a la diferencia, sino también a la desigualdad y a la dominación. Las prácticas de diferenciación y marcación no sólo establecen una distinción entre las identidades-internalidades y sus respectivas alteridades-externalidades, sino que a menudo se ligan con la conservación o confrontación de jerarquías económicas, sociales, políticas y epistémicas concretas. Las desigualdades en el acceso a recursos económicos y simbólicos, así como la dominación y sus disputas fomentan el establecimiento de ciertas diferencias y, al mismo tiempo, un borramiento u obliteración de otras posibles diferencias. (Restrepo, 2012, p. 135)

Las identidades también hacen las veces de empoderamientos colectivos que devienen en luchas ontológicas por sus reivindicaciones

posiciones y discursos yuxtapuestos y antagónicos. En consecuencia, las identidades no son totalidades puras o encerradas, sino que se encuentran definidas por esas contradictorias intercesiones” (Restrepo, 2012, p. 133).

particulares; es decir, frente a las identidades obliterantes, negadoras y represoras de la diferencia, surgen identidades ‘otras’ que generan escenarios de lucha. Estas también son identidades y generan los mismos procesos de filiación-proximidad y exclusión-exterioridad²². En ese contexto, las identidades son complejas y polisémicas, pues establecen procesos contradictorios, donde producen filiación al identificar y establecer diferencias radicales con sus alteridades, pueden ser instrumentos de opresión, explotación y violencia, al mismo tiempo que pueden ser los elementos fundantes de las luchas por el reconocimiento y reivindicación de comunidades que se encuentran por fuera de la normalidad instituida.

La construcción de la nación obedece a la lógica de las identidades, las representaciones se hacen colectivas por medio de las identidades y la identificación de categorías sobre los otros, la nacionalidad es una macroidentidad o ‘identidad naturalizada’,²³ que homogeniza dentro de una serie de características de normalidad, construyendo alteridades que justifiquen la nación por medio de la jerarquización de la población, es decir, todos pueden ser colombianos, pero no todos pueden ser ciudadanos; un criminal puede ser colombiano e incluso ciudadano, pero no es ‘normal’, la nación construye alteridades externas —diferenciándose de otras nacionalidades— e internas, jerarquizando la población: “[...] la nación implica, de entrada, la construcción de alteridades no sólo externas sino de esquemas de jerarquización internos. [...] la nación implica necesariamente la definición y rearticulación de las diferencias través de la estratificación de sus poblaciones” (Castro-Gómez y Restrepo, 2008, p. 21), asumiendo categorías, como rico-pobre, enfermo-sano, legal-ilegal; toda categoría tiene una ‘anti’ categoría, lo que permite establecer dentro de la nación la normalidad instituida

²² Como agentes diferenciadores respecto a las alteridades, las identidades adquieren una doble connotación en tanto: “El empoderamiento de unos actores sociales que confrontan las relaciones de poder institucionalizadas no solo es catalizado, sino hecho posible por las identidades que aglutinan y definen a los actores mismos. En suma, las identidades no sólo son objeto sino mediadoras de las disputas sociales, de la reproducción o la confrontación de los andamiajes de poder en las diferentes escalas y ámbitos de la vida social” (Restrepo, 2012, p. 37). El énfasis es del autor.

²³ Restrepo (2012) distingue entre identidades ‘arquetípicas y naturalizadas’ e identidades ‘proscritas y marcadas’, siendo las identidades arquetípicas desde su posición en la ‘normalidad instituida’, las que marcan o categorizan la alteridad de las identidades proscritas: “la blanquidad o mesticidad operan como identidades no marcadas y naturalizadas desde las que se marca la indianidad o la negritud. Lo mismo sucede con las identidades de género o la sexualidad, donde la mujer/lo femenino/lo homosexual aparecen como los términos marcados en una negatividad constituyente mientras que el hombre/lo masculino/lo heterosexual operan en su no marcación, naturalización y positividad” (p. 139).

y así mismo la ‘retórica identitaria’²⁴; por tanto, la nación es la construcción de una sociedad fragmentada, dividida, jerarquizada, normalizada y naturalizada por medio de las identidades y las representaciones hegemónicas, la nación existe en la mente de quien ejerce el poder y, por tanto, asume la ‘verdad’ y la ‘normalidad’; y al asumirlas se encuentra en la capacidad de ‘ordenar’ la población, jerarquizarla y homogenizarla dentro de la nacionalidad:

Así, la construcción de la nación fue un ejercicio narrativo y político que permitió la definición de estructuras de poder, articulando relaciones desiguales entre los pueblos y regiones incorporadas, así como entre éstas y los centros de poder del estado nacional. Igualmente, como parte del sistema-mundo moderno/colonial, los estados nacionales eran ejercicios localizados de la colonialidad del ser, del poder y del saber, que organizabalas relaciones productivas y de control sobre el cuerpo y el deseo a partir de taxonomías fruto del racismo y la discriminación. (Castro-Gómez y Restrepo, 2008, pp. 22-23)

De esta manera, la nación puede ser entendida como proyecto multidimensional de homogenización y control por medio de la categorización y jerarquización de la población en relaciones binarias de poder (normalidad-anormalidad), estableciendo diferencias con alteridades radicales. En este sentido, el discurso nacional puede ser comprendido como un instrumento biopolítico, en tanto establece la relación poder-verdad por medio de la implantación de la historia, la raza, la religión y la lengua ‘oficiales’, construyendo un ‘nosotros’ (el pueblo), distinguiéndose de los otros (indios, negros, extranjeros, comunistas, mujeres, homosexuales, criminales, subversivos, etc.). Esto quiere decir que la nación y su pueblo existen en la medida en que existan otras realidades que negar u obliterar, en palabras de Corredor (2014):

Sin lugar a dudas, una de las mayores contradicciones planteadas por este esquema de formalización está en la idea de pueblo, idea que tendería a ser necesariamente homogénea en un marco en donde las nociones de

²⁴ “Esta retórica identitaria de lo propio, en la idea de Nación, no se agota con la configuración de la frontera nacional, la cual es a la vez aplicada al interior del país sobre territorios y poblaciones consideradas diferentes, acaso no cercanas a la idea de civilización que implica desarrollar, globalizar o mercadear recursos y poblaciones en el contexto de un mercado cada vez más global. Se establece para estas comunidades y sus prácticas, desde las propuestas de Estado y su discurso político, la necesidad de ubicar, clasificar y controlar la diferencia, al otro interno, a la vez que se subvaloran sus maneras de ser, hacer, tener y estar en el mundo. Este proceso es también parte de una continua lucha por la interpretación, el reconocimiento y la inclusión social bajo la construcción de un consenso generado desde un orden simbólico igualmente jerarquizado y estratificado desde las relaciones de poder coloniales” (Corredor, 2014, p. 70).

historia, raza, religi3n y lengua fueron ́nicas. Aś entonces, historia patria (que relata la gesta de emancipaci3n), razas blancas o mestizas en el mejor de los casos, religi3n cat3lica y hablantes de castellanos o portugu3s configuraron la unidad requerida para la construcci3n de la Naci3n. Las otras referencias existentes al interior de la sociedad debían adaptarse o borrarse para hacer posible el proyecto nacional homog3neo y excluyente de la diferencia. (p. 76)

La naci3n es, por tanto, una estructura negadora de la diferencia, excluyente y homogenizante, la cual obedece a la naturaleza dualista del Estado-Naci3n: “Los derechos humanos son aś violados con objeto de ser defendidos, la democracia es destruida para salvaguardar la democracia, la vida es eliminada para preservar la vida” (Sousa Santos, 2010, p. 41); asumiendo un car3cter de omnipresencia ontol3gica, epist3mica, poĺtica, social, cultural y econ3mica; y construyendo alteridades que justifiquen su existencia, la naci3n existe y funciona no gracias a los ‘buenos ciudadanos’, sino a quien se encuentra fuera de esta categoŕa, el ‘anormal’, el ilegal, la adúltera, el subversivo, son enemigos ‘necesarios’ para la naci3n, para demostrar la capacidad de ejercer poder, de encontrarse en el ‘punto cero’, el cual sigue siendo la racionalidad imperante.

Lo que no soy yo me completa. Todo ego necesita un alter ego, aś como la normalidad instituida necesita una anormalidad excluida que justifique su existencia: “La humanidad moderna no es concebible sin la subhumanidad moderna. [...] ah́ se encuentra la condici3n de la afirmaci3n de esa otra parte de la humanidad la cual se considera a ś misma como universal” (Sousa Santos, 2013, p. 168). En este contexto, existe una relaci3n de interdependencia entre el ‘normal’ o el yo, y el otro —aunque el normal necesite mucho m3s al otro—; solo la existencia de ‘lo que no soy yo’ me hace yo, en palabras de Theunissen (2013): “[...] quien me hace ser otro es el otro de quien se supone se ha esencialmente vuelto mi yo” (p. 248). Bajo esa perspectiva, siempre existe una doble otredad, que implica una doble alteridad, yo-soy-el-otro-para-el-otro; pero, al detentar la normalidad instituida mi car3cter de otredad es validado y naturalizado por la capacidad de ejercer poder, de tal manera que el otro no puede ser yo-sujeto, sino otro-objeto en la relaci3n vertical de subordinaci3n.

Se establecen mecanismos de diferenciaci3n frente a los otros, por medio de característcas que ‘no me representan’, se excluye al otro atribuy3ndole la alteridad; esta alteridad que posibilita la existencia de la normalidad, en un proceso que articula el Estado y sus instituciones por medio del seálamiento de la diferencia o en palabras de Skliar (2007): diferencialismo.

Se establece, así, un proceso de “diferencialismo” que consiste en separar, en distinguir de la diferencia algunas marcas a las que podríamos denominar como “diferentes” y de hacerlo siempre a partir de una connotación peyorativa y subalterna. Y es ese diferencialismo el que hace que, por ejemplo, la mujer sea considerada el problema en la diferencia de género, que el negro sea considerado el problema en la diferencia racial, que el niño o el anciano sean considerados el problema de la diferencia de edad, que el joven sea el problema en la diferencia de generación, que el sordo sea el problema en la diferencia de lengua. (p. 108)

Es una constante en las líneas de pensamiento, posturas políticas, sistemas económicos y creencias religiosas tener un alter ego que justifique y complete su existencia, aunque la otredad puede ser entendida como exótica, como ‘las buenas costumbres del salvaje’ o ‘lo curioso del diferente’; de igual manera, conlleva el carácter de alteridad de representar ‘lo que no soy yo’, generando la identidad, la cual se fundamenta en definirse como superior a quien es diferente: “[...] se puede observar que la identidad sigue siendo una relación de comparación que tiene como oponente la diversidad, la diferencia; la idea de algo distinto no cesa de atormentar la referencia a sí del mismo” (Ricoeur, 2013, pp. 138-139). Por tanto, la referencia a quien es diferente es parte fundamental y constitutiva de la normalidad, aunque lo niegue, aunque lo aborrezca, lo excluya y genere procesos de hostilidad y persecución el poder; el estado nación existe gracias a quienes representan ‘lo que no soy yo’; al fin y al cabo “[...] en lugar del otro, la mayoría de las veces se encuentra la imagen deformada de uno mismo” (Todorov, 2013, p. 30).

Dadas las circunstancias, se existe gracias al otro, el negar al otro es, a la vez, incluirlo como alteridad, es la maldad repudiada, la forma ‘errada’ de ver el mundo, el dios pagano, el negro inferior, el indígena sin alma, el comunista subversivo, el capitalista reaccionario, el homosexual inmoral, la mujer libertina, que puede ser ‘exótico’ e incluso agradable, pero no mi igual; al representar ‘lo que no soy yo’ se confirma mi existencia, confirma por medio de su anormalidad excluida la normalidad instituida por medio de su exclusión/integración: “[...] existir se lleva a cabo como negación interior, y como la negación interior me deja ser el que no es el otro, y el otro, el que no es yo” (Theunissen, 2013, p. 249).

En su aspecto más básico, la relación de otredad es fundamental: es el otro quien, valida la existencia del yo, así como el yo valida la existencia del otro; de igual manera, la reflexión del sí que busca ser el yo solo se logra estableciendo la diferencia con el otro. Es decir, la alteridad es un factor fundante del yo.

El otro es necesario; siempre debe existir el otro. Por lo tanto, el yo es incompleto sin el otro: solo se puede comprender e interiorizar el rol del yo gracias al otro. Tanto el yo como el otro son creados por el otro; su existencia es posible gracias a quien existe siendo ‘lo que no soy yo’: el prójimo. El otro es indispensable en la práctica del sí, para que la forma que define esta práctica alcance efectivamente —y se llene— de su objeto; es decir, el yo. “Para que la práctica de sí llegue a ese yo al que apunta, es indispensable el otro” (Foucault, 2012b, p. 131).

Dentro del actual contexto de la omnipotencia de la economía de mercado, el poder que se ejerce sobre la alteridad es apabullante. El mundo forma y educa para la otredad: los conceptos de competencia y emprendimiento son otredad en su máxima expresión. La normalidad instituida a nivel mundial es la ‘competencia sana’ y sus nefastas consecuencias son evidentes en la historia reciente. Esta normalidad, con su individualismo, modifica el tejido social en este mundo de otredad. Como plantea Alain Touraine (2000, s. p.): “vivimos juntos, pero de espaldas”.

La reivindicación del otro. Las consecuencias humanas de la racionalidad moderna son evidentes y profundas, la política, la sociedad, la cultura, la economía, el pensamiento, la ciencia y la tecnología modernas institucionalizan, normalizan e implantan la otredad; todas y cada una tienen alteridades radicales de las cuales diferenciarse, a quienes atribuir la diferencia que hace posible su existencia. El otro es repudiado al mismo tiempo que es buscado para reconocer la maldad, la incultura, la pobreza, la diferencia, en otras palabras, la anormalidad. Es esta, la realidad moderna, la realidad sobre la que fue construido el estado-nación y el sistema mundo capitalista.

Esta racionalidad moderna necesita ser superada. Si la modernidad se fundamenta en la otredad, la alteridad y la negación, superarla implica la reivindicación del otro, el reconocimiento y el cambio de representación que se tiene de este; esta reivindicación implica una responsabilidad ética con el otro, dejar ‘ser’ al otro, significa una hospitalidad y al mismo tiempo, una hostilidad; la hospitalidad de permitir y vivir la diferencia del otro, y la hostilidad de no asimilarlo, permitiéndole ser el otro:

La amistad como el genuino don de la hospitalidad que guarda, a su vez, ese resto indispensable de hostilidad que permite que el otro no quede asimilado a mi proyección, que permanezca por así decirlo, por venir, abierto al encuentro que, siempre, nos seguirá proponiendo lo enigmático como fondo último y común, como resto en el que se inscribe no solo la amistad sino la posibilidad misma de una ética. (Forster, 2011, p. 118)

De igual manera, reivindicar al otro, exige trascender la identificación que atribuye la alteridad, el 'lo que no soy yo' del otro, en una dinámica que regresa a su origen, al yo; identificar al otro es reconocerlo como alteridad, como lo opuesto al yo. La identificación es la creación del otro radical, el negar su existencia, el no permitirle el 'ser'; por tanto, se debe superar la identificación por el reconocimiento del otro, permitiéndole su diferencia: "La experiencia heterónoma que buscamos sería una actitud que no puede convertirse en categoría y en la cual el movimiento hacia el Otro no se recupera en la identificación, no regresa a su punto de partida" (Levinas, 2001, p. 53). El 'vivir la diferencia' implica la responsabilidad ética con el otro, sin permearlo, ni categorizarlo, conociendo, reconociendo y reivindicando su diferencia; permitiendo que cuestione al yo desde su diferencia no inferior ni superior, no normal ni anormal, sino por la solidaridad con el otro, siendo 'lo que no soy yo' como propone Levinas (2001):

Ser yo significa, entonces, no poder sustraerse a la responsabilidad. Este aumento de ser, esa exageración que se llama "ser yo", esa emergencia de la ipseidad en el ser se realiza como una turgencia de la responsabilidad. La puesta en cuestión del Yo por obra del otro me hace solidario con el Otro. (p. 63)

Por consiguiente, la reivindicación del otro trasciende la tolerancia hacia el otro, hacia lo que representa. La tolerancia es mecánica en la medida que categoriza al otro, lo infravalora y le atribuye la alteridad radical mientras lo asimila dentro de sus conceptos y categorías, la tolerancia es insuficiente e impertinente²⁵, es parte de la racionalidad moderna; una racionalidad para vivir la diferencia debe relacionarse con el otro, debe permitir a la alteridad radical su existencia, no buscar su modificación ni homogenización; el otro debe ser otro, debe ser la posibilidad de existencia del yo, debe 'ser' en su alteridad radical, debe ser diferente y esa diferencia debe ser vivida, no solamente tolerada; en otras palabras, vivir la diferencia es no homogenizar, es ser yo permitiendo al otro ser 'lo que no soy yo':

La alteridad, la heterogenidad radical de lo Otro, solo es posible si lo Otro es otro con relación a un término cuya esencia es permanecer en el punto de partida, servir de entrada a la relación, ser el Mismo no relativamente, sino absolutamente (Levinas, 2002, p. 60).

²⁵ Sobre el perverso concepto de tolerancia Skliar (2007) se pregunta: ¿Por qué parece que todas las relaciones con los otros deben someterse o bien a la lógica del racismo (matar al otro), o bien a la lógica de la tolerancia (soportar al otro, quizá hasta poder matarlo)? (p. 149).

Permitir al otro ser yo es fundamental en la reivindicaci3n del otro, no el yo sujeto y el otro objeto, o la relaci3n de poder/verdad de la normalidad/anormalidad; es permitir la identidad del otro y no identificarlo²⁶, la responsabilidad 3tica con el otro se encuentra en no cambiar la alteridad radical del otro, en no aplicarle la violencia de la identificaci3n, es la compresi3n del otro, en su diferencia, en su complejidad, en su identidad, siendo diferente de mi identidad: “[...] se trata de mostrar esas condiciones de posibilidad de dialogar, desde la afirmaci3n de la Alteridad” (Dussel, 2008, p. 10). De este modo, la relaci3n con el otro implica la identidad sin necesidad de identificaci3n, y la compresi3n de la identidad del otro, permiti3ndole ser yo y otro al mismo tiempo, siendo alteridad radical y siendo la alteridad radical para ese otro; frente al particular Levinas (2002) expone:

Ser yo es, fuera de toda individuaci3n a partir de un sistema de referencias, tener la identidad como contenido. El yo, no es un ser que permanece siempre el mismo, sino el ser cuyo existir consiste en identificarse, en recobrar su identidad a trav3s de todo lo que le acontece. Es la identidad por excelencia, la obra original de la identificaci3n. (p. 60)

El estudio de la otredad —qui3nes han sido los otros y qu3 representaciones de alteridad se han construido sobre ellos— demuestra as3 sus potencialidades como aporte a la investigaci3n hist3rica. Estudiar a quienes han representado ‘lo que no soy yo’ permite reconocer y reivindicar a las v3ctimas de la espantosa violencia que sacude a Colombia. Asimismo, el estudio de las alteridades permite identificar los usos y abusos cometidos contra la poblaci3n colombiana por parte de agrupaciones o partidos pol3ticos. Estos han utilizado los medios impresos como constructores de alteridades y, al mismo tiempo, como herramientas de manipulaci3n de la poblaci3n, emple3ndolos para la persecuci3n y eliminaci3n del enemigo.

²⁶ La identificaci3n del otro es una forma radical de violencia, el identificar al otro es inferiorizarlo, e inferiorizarlo e infravalorarlo es violentarlo, es negarle su ‘ser’: “La violencia del Yo id3ntico, el n3cleo de una metaf3sica afirmada en la categor3a de «Totalidad» que reduce al otro a una mera representaci3n de lo mismo, constituye el punto de partida de la revisi3n radical del pensamiento levinasiano, su otra forma de iluminar aquello que se resiste a la identificaci3n, que huye absolutamente de una l3gica de la identidad que descarga su violencia sobre el «extranjero»” (Forster, 2011, p. 107).

Representaciones de alteridad

Para el desarrollo de esta investigación, la teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici (1979) se establece como un insumo de enorme relevancia, en tanto que, a través del análisis de estas representaciones — construidas desde las filiaciones políticas e impulsadas por los medios impresos regionales— se logrará el cometido de construir una historia cultural de la violencia en Colombia, en el periodo comprendido entre 1964 y 1984. En este sentido, se hace una revisión del concepto de representaciones sociales, sus posibilidades y limitaciones frente al trabajo propuesto, en busca de la articulación teórico-conceptual necesaria para la consecución del objetivo general de este estudio.

Reconociendo que “la representación social es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambio” (Moscovici, 1979, p. 18). Se puede inferir que las representaciones sociales favorecen la ipseidad antes que la diferencia, buscan homogeneizar, es decir, oblitera e incluso niega la singularidad-diversidad-diferencia. De ahí que, las representaciones sociales construyen estereotipos sobre ‘los otros’, en busca de la validación social en la construcción del ‘nosotros’, favoreciendo sus visiones de mundo y sus ‘normalidades’ (política, económica, cultural y social). Como plantean Hurtado y Lobato (2009):

La representación, asumida como forma de conocimiento, implica una opción de interpretación, pensamiento, acción y moldeamiento de realidades sociales que adquieren significado en cuanto garantizan la interacción y las posibilidades de organización social dentro de unos límites definidos. En consecuencia, se generan tendencias a compartir estereotipos que privilegian una determinada visión del entorno social. (p. 44)

En este sentido, se reconoce una cualidad negativa de las representaciones sociales, su capacidad de construir alteridades, de fabricar otros radicales, de crear, categorizar, identificar y negar a quien representa ‘lo que no soy yo’. Es precisamente esta característica la que otorga a las representaciones sociales su relevancia para este trabajo. Las representaciones sobre los otros (enemigos) en la HVPC constituyen el material de análisis fundante; por esta razón, se reconoce a la representación como un proceso de otrerización y construcción de alteridad.

La representaci3n: otrerizaci3n y alteridad. Al utilizar el análisis cultural y reconociendo la importancia de los discursos²⁷, y su relaci3n poder-verdad se pueden develar las construcciones representacionales que han sido creadas e implantadas a los otros. Estas representaciones de la alteridad han sido articuladas dentro de la cotidianidad, construidas en sus contextos espećficos para lograr establecer relaciones de jerarquizaci3n y subordinaci3n. Al ser interiorizadas por las poblaciones, estas representaciones se convierten en sociales; es decir, adquieren un caráctér grupal y se transforman en formas de comprender al otro (prejuicios, categorizaciones, caracterizaciones de alteridad). Por ende, las representaciones de alteridad se naturalizan, logrando la atribuci3n de ‘normalidad’ y ‘verdad’ —una normalidad instituida— a su modo de comprender y jerarquizar el mundo. En otras palabras, las representaciones implantadas por la ‘normalidad instituida’ establecieron el dualismo del mundo entre buenos y malos, piadosos y pecadores, legal e ilegal, terrorismo y beligerancia, etc.

Estas representaciones sociales demuestran ser expresiones de la racionalidad moderna, en tanto favorecen la asignaci3n de categorizaciones de alteridad sobre los otros²⁸, establecen relaciones binarias de normalidad/anormalidad, construidas desde un ‘nosotros’ que busca diferenciarse de un ‘los otros’. En este sentido, las representaciones sociales como constructo social establecen un adentro y un afuera de la ‘normalidad’ instituida e instituyente; es decir, las representaciones sociales homogenizan al colectivo y determinan las categorías para diferenciarse de los otros, aquellos que representan la alteridad radical del ‘orden’.

La representaci3n puede comprenderse como una ‘otrerizaci3n’, o sea una categorizaci3n como alteridad a la diversidad, la diferencia y la singularidad.

²⁷ En cuanto a referentes te3ricos, para este trabajo es fundamental el aporte del pos-estructuralismo en tanto la construcci3n de representaciones en torno a los otros se han desarrollado por medio de discursos de diferenciaci3n, identificaci3n, diferenciaci3n y negaci3n de la diversidad. Seǵn Escobar (1999) para el posestructuralismo: “Su premisa fundamental es que el lenguaje y la significaci3n son constitutivos de la realidad. Es a trav́s del lenguaje y el discurso que la realidad llega a constituirse como tal” (p. 21).

²⁸ “Para Moscovici la representaci3n –que debería ser siempre social, aunque difusa e inestable– carga consigo una serie de dificultades analíticas: la primera de ellas se refiere a la fenomenología de aquello que se denomina como el otro, ese otro que generalmente es considerado como un alter ego que no deja de ser un yo dislocado para un individuo diferente. La segunda dificultad estaría relacionada con la especificidad de las relaciones intersubjetivas con el otro, en el sentido que ese otro tal vez esté ausente o invisible, es decir, negado como tal: es el yo el que se proyecta y, también, el que ocupa el espacio vacío. La tercera y última dificultad se refiere a nuestra propia percepci3n del otro, percepciones generalmente ‘err3neas’, ‘distorsionadas’, intentos de enmascaramiento, etc.” (Skliar, 2007, pp. 53-54). Estas dificultades analíticas se convierten en horizontes interpretativos sobre las representaciones creadas sobre los otros y su construcci3n como alteridad radical.

Desde la mismidad de la homogeneidad se construyen los otros radicales. Skliar (2007) plantea que las representaciones:

Parecen ser inevitable y automáticamente miradas que recorren el mundo desde adentro hacia afuera, es decir, que siguen una dirección que es propiedad de la mismidad y que, manteniendo y produciendo una cierta distancia, tiene como única mira, como blanco permanente a la alteridad. Así, la representación parece ser, ante todo, una representación del otro desde lo mismo. (p. 54)

El ejercicio de representación constituye un elemento fundante para este trabajo, en tanto que la representación social articula y alinea la diferencia en torno a la normalidad instituida; lo que significa que crea las alteridades para poder diferenciarse de ellas, construyendo así un 'nosotros'. En tanto portadoras de 'anormalidad', estas alteridades deben ser intervenidas e integradas al orden moderno, considerado 'objetivo', 'verdadero' y 'universal'. Las representaciones pueden identificarse como las categorizaciones y caracterizaciones hechas a los otros, es decir, su otrerización. Siendo integrados como posibilidad de existencia de la normalidad instituida que necesita de estos otros para justificar su existencia y su preeminencia en el mundo. De este modo, a través del reconocimiento e interpretación de las representaciones construidas sobre los otros, es posible reconstruir su historia, comprendiendo cómo han sido definidos por quienes detentan la norma y cómo estos múltiples rostros de la alteridad configuran y dan sentido al mundo moderno. Esta dinámica de apropiación de lo extraño, de lo diferente para la construcción de un colectivo homogeneizado, ha sido la característica fundamental de la representación en tanto:

Si la trayectoria de la representación sale de lo mismo hasta hacer suyo lo otro, eso otro no es más que un objeto, y un objeto que ha sido siempre objetualizado en un doble sentido: en primer lugar, porque ha sido materialmente integrado en una historia y un sistema mundial que lo ha transformado y, en segundo lugar, porque su categorización está sujeta, atrapada, a la categorización del nosotros. (Skliar, 2007, p. 54)

Las representaciones en tanto diferenciación respecto de los otros, se definen en una relación de poder-representación (relación poder-verdad). En otras palabras, quien detenta la capacidad de ejercer poder, así mismo detenta la capacidad de representar como alteridad a los otros, de institucionalizar su normalidad como *norma normata*. Además, las representaciones hechas sobre los otros (alteridad) contienen categorizaciones y caracterizaciones que permiten

identificación y diferenciación, en síntesis, las representaciones favorecen la construcción de alteridades en tanto:

El proceso de representación supone la consideración de una doble dimensión de análisis: la primera es la cuestión de la delegación, es decir, quien tiene el derecho de representar a quien; la segunda se refiere a la cuestión de la descripción, esto es, como los sujetos y los diferentes grupos sociales y culturales son presentados en las formas diversas de inscripción cultural, es decir, en los discursos y las imágenes a través de los cuales el mundo social es representado por y en la cultura. (Skliar, 2002, p. 55)

Frente a lo expuesto, el carácter excluyente y discriminante de las representaciones es lo que las hace fundamentales para la elaboración de una historia cultural de la violencia en Colombia. Reconocer las representaciones atribuidas a quienes han sido los otros constituye un paso hacia su reivindicación, ya que, al identificarlas, es posible interpretar las intenciones que se han proyectado sobre ellos y comprender cómo dichas representaciones han justificado la existencia de quien representa. En este sentido, la representación puede ser comprendida como una tecnología de poder, es decir, un mecanismo que produce un saber sobre el otro, lo categoriza y lo hace aquello que representa ‘lo que no soy yo’, el alter ego de la normalidad instituida. Y, por medio de las representaciones que le han implantado al sujeto —o colectivo—, sobre el cual acaece la intervención de la ‘luz de la razón’, ‘la piedad cristiana’ la ‘normalidad’ y la ‘legítima’ violencia del estado. Por tanto, el análisis cultural-histórico de los otros se nutre de las múltiples representaciones de alteridad y, de igual manera, favorece escenarios para la construcción de otras historias, de las historias de los otros.

La construcción del enemigo: el otro como alteridad

Dentro de los postulados teórico-conceptuales para el desarrollo de este trabajo se encuentra el análisis de la relación de enemistad; es decir, la construcción del enemigo, la otrerización y el adjudicamiento de la alteridad hacia quien representa lo contrario, lo diferente, lo divergente, lo ‘otro’. En este sentido, se desarrolla un abordaje de las diversas conceptualizaciones hechas sobre el enemigo —particularmente, en el caso colombiano—. Logrando el desarrollo de un apartado teórico que articula los elementos filosóficos referentes a la otredad y la alteridad, las representaciones como constructoras de otros, y su posterior definición, categorización y clasificación como enemigo.

Bajo esta perspectiva, debe entenderse al enemigo como ‘construcción’²⁹ sea, individual, colectiva, estatal, o por parte de los actores de las dinámicas de violencia política en Colombia. Esta construcción articula y da inteligibilidad a la realidad social, permite cohesionar a las personas en torno de una alteridad radical. Sobre el particular, Alejandro Castillejo (2016), plantea:

El otro, la idea de lo otro, es una “invención” una representación, una “ficción” en el sentido de que estos términos refuerzan una concepción de la realidad artificial y construida que ha sido parte de transformaciones en la cotidianidad del hombre [y mujer] contemporáneo[s]. (pp. 87-88.)

Gracias a esta concepción pueden comprenderse las motivaciones de los grupos armados, así como sus objetivos —evidentes y ocultos— dentro de la realidad colombiana: “Una lectura sobre la naturaleza de lo otro nos puede decir más sobre quienes lo configuran como tal, que sobre el otro mismo” (Castillejo, 2016, p. 89). Y, de esta forma, reconocer las representaciones construidas sobre estos seres que justifican las violencias, las atrocidades, y los diferentes abusos impartidos por todas y cada una de las partes en guerra.

Enemigo: el otro a eliminar

La categoría de enemigo en Colombia es polisémica, lo que significa que ha sido atribuida a tantas personas distintas que cualquiera puede ser considerado enemigo; es decir, el enemigo de hoy podría no serlo mañana. En dinámicas cambiantes, donde los enemigos varían, se juxtaponen o se transforman, la población colombiana —especialmente la rural— se ve rodeada de enemigos por todos los frentes.

En este sentido, se han construido ‘imágenes del enemigo’ que no solo elaboran conceptualizaciones y categorizaciones sobre los otros, sino que también configuran la imagen del ‘nosotros’: una colectividad que se percibe como superior

²⁹ Sobre el particular Elsa Blair plantea: “Pensamos que el juego de imágenes y contraimágenes que los actores tienen de sí mismos y de los demás actores del conflicto son, no sólo un efecto de “condiciones estructurales” de la sociedad, sino también un producto de sus propias percepciones sobre la realidad y un factor que puede re-producir la crisis, en este caso, retroalimentar la violencia” (Blair, 1995, p. 48). (Énfasis de la autora). En este sentido, reconoce que existen motivaciones para la construcción de estas alteridades (enemigos), las cuales trascienden las condiciones de realidad ‘objetiva’ de las sociedades. Así las cosas, la construcción del enemigo, obedece a la naturaleza de la violencia de reproducirse a sí misma, demostrando que el campo de la representación y la construcción de alteridades radicales, también son un escenario de guerra y confrontación.

y que construye a sus enemigos no solo para demostrar su supremacía, sino también para identificarlos, intervenir sobre ellos y eliminarlos. De la guerra simbólica y del discurso se pasa a la eliminación violenta del enemigo (la guerra)³⁰. En palabras de Blair (1995):

[...] la sociedad colombiana parecería haber hecho de la “imagen del enemigo” un referente de sentido. Es, en la “imagen del enemigo” (poco importa cuán distintos sean esos enemigos) donde se encuentran espacios comunes, es decir, una imagen común, un referente común entre grupos sociales diversos. La pertenencia a uno de estos grupos parece marcar no sólo la relación con el “otro”, sino su propia identidad y cohesión interna. Cada uno de ellos vuelve a *definirse por la exclusión del otro*. Y así, los distintos grupos construyen sus propios “universos simbólicos” (referentes, lenguajes, códigos, ritos, por ejemplo: sus propios mecanismos de justicia), profundamente atomizados y en los cuales solamente subyace un espacio común: la imagen del enemigo, “la lógica homogénea de la guerra”. (p. 60)

El enemigo debe ‘ser’ ‘lo que no soy yo’, debe ser la alteridad radical de un ‘orden establecido’ (normalidad instituida). La estrategia para cohesionar un colectivo en torno a la negación del otro ha sido fundamental en la construcción de nación en Colombia. La HVPC nos demuestra que el enemigo se construye, se moviliza al colectivo en su contra, y se interviene, se violenta y se elimina. Y, para usar a la población como instrumento de otrerización, se hace uso de estereotipos y categorizaciones que atribuyan el mal a los enemigos. Se busca que la población desprecie a los otros, de modo que perciba como algo ‘necesario’ su tratamiento mediante la violencia y el exterminio. En muchas ocasiones, en Colombia, los motivos eran lo de menos, los estereotipos y discursos de odio por parte de colectividades y partidos políticos³¹, generaron en las comunidades dinámicas de violencia, persecución y exterminio de los enemigos, en dinámicas que aún se presentan y se perpetúan en la realidad colombiana, así como lo planeta Elsa Blair (1995):

³⁰ La construcción del otro como alteridad (construcción del enemigo), es el primer paso para la conformación de escenarios de guerra, así: “la “imagen del enemigo” con la que se perciben unos a otros, no se agota en el “juego de imágenes y contraimágenes”, aunque ellas persigan a los adversarios como *mauvais esprits*. Por el contrario, ella le imprime al conflicto su propia dinámica, pero, sobre todo, le marca el rumbo a la confrontación” (Blair, 1995, p. 61).

³¹ Particularmente diciente de este aspecto es la categoría histórica conocida como La Violencia en Colombia 1945-1965. En esta dinámica de violencia la construcción del enemigo se realizaba por medio de la filiación bipartidista, y la violencia era infringida indiscriminadamente en contra de quienes fueran godos o cachiporros. Aunque no se comprendiese que significaba adoptar o hacer parte de una de las dos filiaciones. Sobre el particular remítase a: Gonzalo y Meertens, 2011; Molano, 2013.

Las razones verdaderas del conflicto no son ahora claras y pierden su importancia mientras que la atención y el interés se centran sobre las características generales del adversario que son designadas cada vez más y, frecuentemente, con la ayuda de estereotipos colectivos para despreciarlo. (p. 62)

Por tanto, la construcción de figuras arquetípicas a las que se les atribuya la alteridad, y que sean objeto de desprecio y odio, ha sido una constante en la consolidación del proyecto de estado-nación colombiano. En este sentido, debemos comprender que la violencia: “tiene la capacidad para objetivar o para cosificar a aquellos sobre quienes se ejerce” (Blair, 1998b, p. 141). La violencia o el contexto de violencia construye sus alteridades radicales, construye sus enemigos, quienes justifican su violencia y sadismo. La violencia, en la misma naturaleza de reproducirse a sí misma, también tiene la característica de dotar de sentido su contexto.

¿Quiénes son los enemigos? Tipos de enemigo en la HVPC

Para el desarrollo de este estudio, se emplea la categorización del enemigo propuesta por el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, en la cual se identifican y conceptualizan cuatro tipos de enemigo. Existe el enemigo que es reconocido políticamente como adversario, al cual se le reivindican derechos en la lucha por el poder; este enemigo, como lo fueron las guerrillas en Colombia hasta el gobierno de Uribe Vélez (2002-2010), tiene el carácter de ‘enemigo político’ el cual:

Supone la existencia de otro, al cual no solo se reconoce como diferente, sino que se confronta debido a los desacuerdos y a la competencia por el poder. Sin embargo, dicha confrontación está sometida a unas reglas del juego que establecen ganadores y perdedores. La enemistad política es un componente fundamental de las democracias modernas, donde se reconoce su existencia y se establece un respeto por la condición de opo-
nente o contrincante. (Angarita et al., 2016, p. 12)

Vale anotar que este tipo de enemigo no se encuentra exento del cumplimiento de la ley, aunque se le dé el estatus de ‘beligerancia’. Sus hechos son igualmente punibles, pero así mismo son considerados como acciones enmarcadas dentro de una circunstancia de guerra. Se busca que la situación de conflicto con el enemigo político tenga una solución negociada mediante acuerdos que reconozcan y reivindiquen las luchas realizadas por los grupos armados, y realicen los procesos de reparación, reconciliación y no repetición como en la

actualidad se realiza en Colombia³². Los enemigos poĺticos tienen, por su caracterizaci3n, la posibilidad de expresi3n, la capacidad de tener voz, aunque sean considerados enemigos o rivales. En consecuencia, el estatus de enemigo poĺtico brinda las condiciones para la soluci3n de los conflictos, al permitir el acto de comunicaci3n, tal como lo plantea Luisa Guarnica (2007):

Quien entra en di3logo con el Estado cuenta con canales m3s asequibles de divulgaci3n de su producci3n discursiva. Los gobiernos asumen una especie de arbitraje, un rol en el que son a la vez juez y parte y tienen la capacidad de decidir si se entablan di3logos o no, y sobre todo con qui3n se dialoga. En los momentos en que la poĺtica de paz se orienta a la ofensiva militar, el discurso de los actores ilegales (guerrillas y paramilitares) se difumina, se dificulta su difusi3n y producci3n. Por el contrario, en momentos de di3logo la voz de los actores ilegales es recogida y difundida por los medios masivos de comunicaci3n, incluso estos actores adquieren forma, se presentan rostros, nombres, nuevos calificativos, etc. se les otorga otro lugar, uno en el que se reconoce que existen y que poseen un discurso. (s. p.)

Por este motivo, al reconocer la existencia poĺtica del adversario, se reconoce a ś mismo, su capacidad de participaci3n, aś como su potencial como coconstructor de la realidad social. En esta relaci3n, la alteridad favorece escenarios de di3logo de saberes y la construcci3n colectiva de posibilidades de puntos de encuentro, aś como reconocimiento de los elementos distanciadores, es decir, el reconocimiento de la igualdad como adversarios, pero conservando la singularidad-diversidad-diferencia que los hace alteridad radical (enemigos).

El otro extremo en la relaci3n con los adversarios es la construcci3n del ‘enemigo absoluto’, este enemigo que se construye sin la menor intenci3n de conocimiento o reconocimiento, es el enemigo que existe al margen opuesto de la ‘normalidad’ y representa la alteridad radical, el caos, lo diametralmente opuesto, lo peor dentro de la clasificaci3n de característic3s de la ‘normalidad’. En este sentido:

No hay sedimentaci3n, no hay conocimiento. Mi relaci3n con ese otro depende de la imagen, del tipo, de la met3fora que se ha forjado y en la cual se

³² El proceso de paz iniciado por Juan Manuel Santos, en el cual la agrupaci3n guerrillera FARC-EP, se compromete a la dejaci3n de las armas, la reparaci3n y la reconciliaci3n con las v́ctimas, aś como el compromiso gubernamental por brindar las garantías de participaci3n poĺtica a integrantes de esta colectividad.

inserta. Ese otro, incluso, no es humano del todo, ya que está más allá de la clasificación, pertenece al reino de la ambigüedad y del caos. (Castillejo, 2016, p. 132)

Este tipo de enemigo es despojado, o simplemente no es merecedor de las características de un enemigo político. Su existencia se encuentra en contra del 'orden' de las cosas, plantea un peligro, una constante amenaza, su existencia genera zozobra. Este enemigo absoluto, es despojado, por tanto, de su humanidad, de ese rasgo que lo hace proclive al dialogo y a la posibilidad de pensamiento y construcción. Así las cosas, este enemigo es aquel enemigo a eliminar, a destruir, a aniquilar, al perder su humanidad, todas las atrocidades que puedan infligirse son justificadas. Y la palabra, ya no es un recurso valido para entablar la relación con estos seres.

El *enemigo absoluto* se presenta como desligado de su humanidad, por lo tanto, no se reconoce ningún límite moral ni racional que actúe como barrera para impedir o poner en cuestión internamente la decisión de aniquilarlo. La maniobra discursiva que consiste en adjudicarle al enemigo una identidad animal o cosificarlo, tiene como objetivo distanciarlo del género humano y facilita psicológicamente que se le pueda cazar, capturar, descuartizar, criminalizar, torturar o matar, sin el más mínimo remordimiento ni compasión y sin el sentimiento de estarle desconociendo ningún derecho. (Angarita et al., 2016, pp. 12-13)

Para construir un nosotros deben existir los otros. Al respecto, existe un *"enemigo necesario"*, en tanto se inscribe en la relación con el otro considerado diferente, es indispensable para la afirmación de sí mismo y mantener una estructura cohesionada" (Angarita et al., 2016, p. 15). Por tanto, el enemigo es fundamental en la autoafirmación, en la caracterización como 'normalidad', es decir, para detentar la 'normalidad' es necesario construir la 'anormalidad', para demostrar que se es portador de la 'verdad' y justificar las acciones; es necesario construir al enemigo, al otro convertido en alteridad radical, aquel que representa 'lo que no soy yo' y, por tanto, debe ser intervenido o incluso eliminado. El enemigo es una suerte de no-alguien, alguien de quien todo se puede esperar y muy poco se sabe, un ser que coexiste, pero es indescifrable. Sobre el particular, Castillejo (2016) expone: "El enemigo es distante, nos plantea inquietudes, es una categoría "impredecible": no se puede hablar de su acción antes de su acción antes de ella misma, es sólo un contemporáneo" (p. 135). La relación con el enemigo es inestable, es incierta. Este 'extraño' es necesario para justificar las manifestaciones de violencia infringidas hacia ellos, cabe decir que, el otro (el enemigo) por su propia existencia, justifica la violencia en su contra.

Por otra parte, existe el ‘enemigo necesario’, un tipo de enemigo que justifica, confirma y ratifica la normalidad, la bondad y el poder a ejercer; este enemigo necesario es fundamental, pues representa la raz3n de ser del Estado, de las fuerzas armadas y del ejercicio del poder. A trav3s de su existencia se justifica tanto el autoritarismo como la violencia, ya que, sin la capacidad de ejercer poder y coerci3n sobre ese enemigo, se pondr3a en duda la legitimidad misma del estado, estos enemigos no podr3an ser mantenidos a raya, ya que: “*es enemigo necesario* en tanto se inscribe en la relaci3n con el otro considerado diferente, es indispensable para la afirmaci3n de s3 mismo y para mantener una estructura cohesionada” (Angarita et al., 2016, p. 15).

Adem3s de la construcci3n del enemigo, tambi3n puede plantearse la ‘invenci3n conveniente’ de los enemigos. Visto as3, puede categorizarse como enemigo a alguien solo para fines de demostraciones de poder, ejercer control o generar escenarios de ‘desterritorializaci3n y despojo’. Este ‘enemigo’ no representa alteridad, simplemente es d3bil y la violencia que produce terror hace que las personas hagan la voluntad de los grupos armados, sean sus bases sociales de apoyo, trabajen en sus din3micas criminales o simplemente se desplacen. Entonces, el enemigo contingente puede ser cualquiera, si puede ser 3til a los prop3sitos de los grupos armados, este enemigo se inventa, se interviene, se elimina, asumen cualquier pr3ctica que sea necesaria para demostrar el poder3o que se es capaz de ejercer y detentar.

El *enemigo contingente*, puede venir a ser ocupado por cualquiera que, por distintas circunstancias coyunturales, ofrezca rendimientos favorables, por ejemplo, para dar escarmiento, recordar quien es el que manda, producir miedo, generar zozobra, dar a entender que hay gente que estorba o se presta para que el enemigo declarado necesario se camufle. (Angarita et al., 2016, p. 15)³³

Por ende, se procura demostrar que la relaci3n de enemistad es una cuesti3n profunda y compleja, el enemigo no es alguien que simplemente aparece y con quien se sostiene una contienda. El enemigo se establece como una construcci3n social, una construcci3n hecha a los otros a quienes se les atribuye la alteridad radical; por medio de la atribuci3n de representaciones y categor3as, el otro se dota de sentido como lo contrario, lo maligno, lo err3neo, lo anormal, detentando a s3 mismo, el monopolio del bien y, por tal raz3n, justificando la ejecuci3n de la violencia a estos seres liminares, diferentes y contrarios.

³³ En este sentido el enemigo contingente puede ser comprendido dentro de categorizaciones como “base social de las guerrillas”, tan ampliamente utilizado por las agrupaciones paramilitares para justificar sus pr3cticas.

Alteridad, odio y violencia(s): proceso de construcción de enemigos

El otro, la otredad, para ser construida como alteridad, como enemigo, debe atravesar un proceso, es decir, la construcción de alteridades radicales, de quienes representen lo contrario, sufren un proceso de aplicación de odio, de negación de su diferencia que consiste en la identificación, la categorización, la dotación de sentido, para ser susceptible de intervención o de la aplicación de violencia(s). En tal caso, existe una relación entre alteridad y violencia, la cual usa como catalizador al odio como sentimiento o elemento articulador y homogeneizador de una sociedad en contra de quienes son diferentes y, por tanto, son malignos, anormales, subversivos, criminales, pervertidos, pecadores, y demás categorías que hacen del otro, el mal encarnado que hay que combatir.

La deformación del otro: construcción de enemigos

El otro, para adquirir el carácter de alteridad, debe atravesar un proceso de sufrimiento (entendido en su sentido más literal). Este proceso se puede definir como 'la deformación del otro', es decir, el modificar y moldear al otro de tal manera que sea alteridad radical, un enemigo que represente lo contrario, que su figura, su presencia y su mera existencia simbolicen el odio impuesto en ellos y, de esta manera, se conviertan en el objeto de la violencia, justificada por representar lo contrario a la 'verdad' que detenta quién tiene la capacidad de ejercer poder:

También la verdad está asociada con el poder. Ella es un esbozo o un constructo que surge de la voluntad de poder. Esta voluntad de poder le ayuda «a una determinada forma de falacia a que triunfe y a que perdure. (Han, 2016, p. 50)

El proceso comienza con la identificación del otro, aquí se parte de la identidad, es decir, de la construcción de un 'nosotros', el cual, para que pueda existir, debe diferenciarse de 'los otros'; de este modo, se identifica todo 'otro' que se encuentre por fuera de la identidad. Así, se desarrolla una dinámica de aquí y allá, de nosotros y los otros. La identidad como elemento articulador y homogeneizador conlleva la 'normalidad'; esta, al igual que la verdad, dependen de la capacidad de ejercer poder. Esta identidad necesita la diferencia, identificar al otro para existir. En este proceso, la identidad se ve cargada de odio, por ende, el otro, quien es diferente, es confrontado desde ese sentimiento,³⁴ y este

³⁴ Sentimientos de odio como el racismo, la misoginia y las distintas fobias sociales (xenofobia, aporofobia, homofobia, etc.) son constitutivos de las identidades, en tanto sirven para identificar e intervenir con odio y violencia a la diferencia.

actúa identificando, siempre listo a señalar a quien es diferente, a quien es considerado ‘anormal’.

Posterior a la identificación, que es la manifestación más básica de odio hacia los otros, se pasa a la ‘categorización’, la cual consiste en nombrar al otro, en asignarle una o muchas características que lo hagan un monstruo, que establezcan la diferencia del otro, como maldad, como peligro, como perversión, incluso, como feminidad; esta categorización: “insiste en la fijación, persiste en la detención del otro en un nombre, una palabra, una etiqueta” (Skliar, 2011, p. 158). De este modo, el otro es nombrado y este nombre es la alteridad, lo contrario, lo que representa ‘lo que no soy yo’.

Categorizar, equivale a ‘nombrar’ al otro, a asignarle una etiqueta, un rótulo, un nombre que lo represente y que lo demuestre como alteridad; este nombre solo puede asignarse desde la capacidad de ejercer poder, es una *hybris del punto cero*, como plantea brillantemente Santiago Castro-Gómez (2010):

Comenzar todo de nuevo significa tener el poder de nombrar por primera vez el mundo; de trazar fronteras para establecer cuales conocimientos son legítimos y cuáles son ilegítimos, definiendo además cuáles comportamientos son normales y cuales patológicos. Por ello, el punto cero es el del comienzo epistemológico absoluto, pero también el del control económico y social sobre el mundo. Ubicarse en el punto cero equivale a tener el poder de instituir, de representar, de construir una visión sobre el mundo social y natural reconocida como legítima y avalada por el Estado. (p. 25)

Por lo anterior, solo quien se encuentra en el punto cero, con la capacidad de ejercer poder y con el reconocimiento y validación de un colectivo, del estado o de organizaciones distintas a este, puede ‘nombrar’ a los otros, otorgándoles un nombre intencionado a convertir al otro en la alteridad radical de todo lo que representa la identidad. Nombres que apelan a todo tipo de características, deformándolas o estableciéndolas como malignas. De esta manera, categorías como gay, subversivo, pecador, loco, desechable, indio, pobre, mamerto, negro e incluso mujer³⁵, son nombres establecidos y asignados desde una posición

³⁵ Carolin Emcke (2017), brillantemente afirma: “Los esquemas de odio [...] se fijan mediante relatos que ofrecen una visión muy limitada de la realidad. Así, determinados individuos o grupos enteros ya solo se asocian con propiedades que los denigran: son considerados «ajenos», «distintos», «vagos», «animales», «moralmente corruptos», «imprevisibles», «desleales», «promiscuos», «falsos», «agresivos», «enfermos», «pervertidos», «hipersexuales», «frígidos», «infieles», «impíos», «infames», «pecaminosos», «contagiosos», «degenerados», «asociales», «antipatriotas», «afeminados», «marimachos», «secesionistas», «sospechosos de terrorismo»,

de privilegio y poder, y consolida identidades cerradas. Y, el gran problema de estas identidades cerradas, es que conllevan a prácticas como el racismo, la xenofobia, la misoginia, la homofobia, aporofobia, el machismo-patriarcado y la satanización sistemática de quienes llevan esos nombres; esta categorización de lo distinto, se encuentra en todas las partes de la sociedad, desde la familia, pasando por la institucionalidad educativa, religiosa, partidos y agremiaciones políticas e incluso relaciones internacionales.

Luego de identificar y categorizar al otro, el proceso de construcción de alteridades o enemigos, dota de sentido al otro, es decir, lo carga con todas las características que conlleva el nombre o categoría impuesta a ese otro: “La denominación o asignación de nombre es al mismo tiempo una asignación de sentido. El poder crea sentido” (Han, 2016, p. 48). Visto así, dotar de sentido al otro, equivale a deformar y reducir al otro a su mínima expresión. Hacerlo un monstruo y que ese monstruo amenace la vida, el pensamiento y los bienes de quienes se encuentran en la homogeneidad de la identidad.

Esta categorización y dotación de sentido a los otros, genera odio y temor en las comunidades. Estos seres representan lo maligno, y lo maligno no solo se odia, sino que también se teme. Esta distorsión de quien es diferente hace que el otro solo sea comprendido a partir de la construcción que se ha creado sobre él; en este sentido, el otro es desconocido en su verdadera esencia, en palabras de Žižek (2017): “Un enemigo es alguien cuya historia no has escuchado” (p. 50). Y, lo desconocido es odiado, temido y objeto de desprecio y negación.

Es importante reconocer este elemento homogeneizador y constructor de identidades. Las identidades desbordadas buscan diferenciarse de los otros, culparlos de todo lo negativo, convertirlos en figuras temibles y, en consecuencia, justificar la aplicación de violencias en su contra. Esos otros se hacen visibles en su inhumanidad, en su monstruosidad, en su anormalidad, en su maldad, etc. Estos son los sentidos que son dotados a los otros, sentidos, significados, conceptos cargados de odio ya que: “el odio y el menosprecio presuponen con frecuencia desconocer al otro” (Emcke, 2017, pp. 62-63); de este desconocimiento se construye a los otros, los cuales:

No son percibidos como parte de un «nosotros» universal. Se niega su existencia como seres humanos con una historia particular, con experiencias y rasgos distintivos. Al mismo tiempo, son transformados en un

«delincuentes», «antipáticos», «sucios», «desaliñados», «débiles», «pusilánimes», «serviles», «tentadores», «manipuladores», «codiciosos», etcétera” (pp. 200-201).

constructo visible en tanto representan a los otros, una negaci3n del nosotros, sobre ellos se proyectan rasgos que los conforman y los etiquetan como una amenaza, un colectivo repugnante y peligroso. (Emcke, 2017, p. 52)

Estos individuos y colectivos otros, tienen una doble funci3n y finalidad; por una parte, se identifica, categoriza y dota de sentido al otro, es decir, se lo crea, para negarlo. Y, por otra parte, se necesita de ese otro hecho alteridad radical y/o enemigo, para que justifique todo lo que representa el creador; o sea, quien se ubica en el punto cero³⁶. Aś las cosas, se niega, al mismo tiempo que necesita de los otros. “El enemigo es, aunque de forma imaginaria, un proveedor de identidad” (Han, 2017, p. 27).

Por tanto, la construcci3n de sociedades atraviesa este proceso de construcci3n de alteridades, en otras palabras, la construcci3n del nosotros depende de la existencia de los otros, y esos otros solo son ́tiles a las identidades en tanto representen lo contrario, en tanto sean identificables como enemigos, categorizados como malignos y dotados de sentido como peligro.

El odio como catalizador de la(s) violencia(s)

La presencia de violencias, acaecidas gracias al odio, aś, por el odio, se identific3, se categoriz3 y se dot3 de sentido al otro, es decir, se le cre3. El otro como alteridad radical, como enemigo. Y al existir el enemigo, se le aplican las violencias, al comprender la relaci3n de enemistad como relaci3n de lucha, su resoluci3n debe ser de formas violentas. En este sentido, el otro no solo es el recept3culo del odio, sino de las violencias, a quien se odia, se le desea o se le hace mal; se espera que el enemigo sea vencido y que sufra o sea eliminado en el proceso de confrontaci3n. Por esta raz3n, el odio es el catalizador de las violencias, el odio conlleva al deseo prosaico y visceral por el mal del otro. Y esta violencia es necesaria —para el perpetrador—, en tanto, la violencia mantiene la ‘normalidad’; denominada como ‘violencia sist3mica’. Zizek (2017), la define como:

[...] necesaria para hacer posible su comfortable vida. Estamos hablando aqú de la violencia inherente al sistema: no s3lo de violencia f́sica directa, sino tambi3n de las m3s sutiles formas de coerci3n que imponen relaciones de dominaci3n y explotaci3n incluyendo la amenaza de la violencia. (p. 17-18)

³⁶ En mi libro *La violencia: Obst3culo y posibilidad para la formaci3n de ciudadanos en la escuela*, denomino a este proceso ‘El ox́moron de la modernidad’, en tanto la modernidad se ha establecido como constructora de alteridades y de relaciones binarias del orden: rico-pobre, bueno-malo, pecador-piadoso, normal-anormal (Duque et al., 2021).

Es, por tanto, la violencia aplicada a los múltiples rostros de la alteridad la que permite mantener en funcionamiento la identidad denominada ‘nosotros’. Este tipo de violencia cumple una doble función, en primer lugar, cohesiona y homogeniza a los colectivos por medio del miedo y/o la aprobación y, en segundo lugar, demuestra quién detenta la capacidad de ejercer poder, de administrar violencia —muchas veces mal llamada justicia—, y determinar lo normal y lo anormal dentro de la sociedad.

Es fundamental señalar que la construcción del enemigo es una dinámica necesaria: aquello que se denomina ‘nosotros’, es decir, las identidades colectivas, siempre requiere de un otro del cual diferenciarse. Siempre necesita una alteridad radical a la que pueda atribuir todo aquello que representa ‘lo que no soy yo’; ese otro que cargue con lo considerado anormal, maligno, subversivo, patológico, incorrecto o salvaje. Así se crean los monstruos, los otros que son tan deformados que pierden su humanidad: “Al otro se lo retuerce hasta que el ego se reconoce en él” (Han, 2017, p. 40); estos enemigos son: “El otro impondrable como enemigo, el enemigo que es el otro absoluto y ya no es el ‘enemigo honorable’, sino alguien cuyo razonamiento nos es ajeno, de modo que no es posible encontrarlo alguno con él en la batalla” (Žižek, 2017, pp. 58-59). No obstante, su negación y la aplicación de violencias en su contra, requiere la afirmación del yo o del nosotros, tal como expone Han (2018a):

La violencia que convierte al otro en enemigo, confiere firmeza y estabilidad al yo. Es constructora de identidad. El enemigo supone, como dice, «el cuestionamiento de nosotros como figuras». Solo en virtud del enemigo, el yo conquista la medida de sí mismo, su propio límite, su figura. La exclusión del otro declarado como enemigo construye, en contrapartida, una imagen del yo rotunda e inequívoca. Mi propia figura se define con más claridad cuanto más inequívoca es la imagen del enemigo. La imagen del enemigo y la imagen del yo se necesitan la una a la otra. Las energías destructivas dirigidas hacia el otro obran de un modo constructivo para la configuración de un yo claramente definido. (pp. 72-73)

Por tanto, el odio puede ser entendido como sentimiento creador, creador de alteridades radicales, de enemigos; el odio permite la afirmación del yo, el que construye a sus enemigos, seres diametralmente opuestos que deben ser intervenidos, violentados e incluso eliminados. Es fundamental que estos enemigos sean numerosos, por más que se eliminen, siempre se necesitan aquellos que justifiquen la llamada ‘normalidad’. Las construcciones discursivas políticas e ideológicas se encuentran permeadas por la alteridad. Toda postura política o

identidad ideoĺgica necesita de uno o varios otros radicales de los cuales diferenciarse, a quienes culpar, atacar y en funci3n de los cuales justificar sus violencias. Para la derecha, ese otro se encarna en los subversivos, los ‘mamertos’, las feministas y las personas consideradas ‘degeneradas’. Para la izquierda, en cambio, el otro se manifiesta en los reaccionarios, los fascistas, los represivos, los religiosos y los ‘ignorantes’.

Actualmente, con el auge de los gobiernos de derecha e incluso extrema derecha en el mundo, el odio se est1 convirtiendo en ‘política de estado’. Es en este sentido, que se puede comprender al odio como catalizador de las violencias, ya que agrupa, atrae y moviliza a las sociedades hacia los otros, hacia la violencia. En palabras del desarrollador de videojuegos Hideo Kojima (2019): “La humanidad se encuentra m1s interesada en levantar muros, que, en construir puentes”³⁷. Aś las cosas, el odio se ha convertido en factor homogeneizador; las sociedades en la actualidad se est1n erigiendo en torno al odio, a la negaci3n de la diferencia y este odio engendra violencias, las violencias acaecidas sobre los otros, sobre los enemigos, sobre los seres que representan ‘lo que no soy yo’; de esta manera, su existencia es inferior o debe encontrarse supeditada o subordinada a quienes detentan la capacidad de ejercer el poder y la ‘legitimidad’ sobre el uso de la violencia.

Al reconocer el potencial de cohesi3n, de persuasi3n y de movilizaci3n que demuestra el odio en la actualidad, es posible ofrecer una explicaci3n a los procesos de violencia poĺtica, mediante el reconocer y analizar los procesos de construcci3n de enemigos. ¿Qui3n crea la alteridad?, ¿cu1les son las categorías de alteridad?, ¿qu3 representan estos otros? Son preguntas que, anudadas a la historia cultural, dinamizan el proceso de escritura de la historia, desde perspectivas distintas e incluso contrarias. En consecuencia, se puede concluir que una circunstancia hist3rica concreta se compone de distintas historias; la historia depende de qui3n la cuenta, y la comparaci3n de estas historias permite la comprensi3n profunda del momento o circunstancia. En el caso de la guerra en Colombia, y específicamente en el periodo seleccionado para esta investigaci3n (1964-1984), se busca cotejar tres historias, tres culturas poĺticas, y a partir de ellas construir una historia com1n: la historia de la guerra. El objetivo es identificar c3mo cada filiaci3n construye a sus enemigos, analizando sus lenguajes y expresiones a trav3s de los medios de prensa escrita.

³⁷ Remítase al videojuego *Death Stranding*, Kojima Productions, 2019.

Consideraciones sobre las ‘memorias de los otros’

El analizar la construcción de los múltiples rostros de la alteridad permite reconocer a esos otros y su rol fundamental en la consolidación de la ‘normalidad instituida’³⁸. El ejercicio de dar historia(s) a quienes no las han tenido, puede comprenderse como la elaboración de un trabajo de memoria en tanto: “la memoria siempre implica la construcción de un ‘presente recordado’” (Feierstein, 2012, p. 104), es decir, el reconstruir el pasado de los otros deviene en memoria(s) colectiva(s). Memorias que buscan el reconocimiento y la reivindicación de quienes han sido contruidos como los otros, aquellos a quienes se les ha atribuido una alteridad radical mediante discursos cargados de odio, prejuicios y estigmatización.

La memoria en nuestras sociedades también ha sido moldeada por la lógica de la mismidad y el solipsismo. Al comprender la memoria como instrumento constructor de identidades y cohesión social: “La memoria es un elemento esencial de lo que hoy se estila llamar la ‘identidad’, individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades de hoy” (Le Goff, 1991, p. 181) puede ser comprendida como un instrumento o tecnología de poder, en tanto:

La memoria colectiva, sin embargo, no es solo una conquista: es un instrumento y una mira de poder. Las sociedades en las cuales la memoria social es principalmente oral o las que están constituyéndose una memoria colectiva escrita permiten entender mejor esta lucha por el dominio del recuerdo y la tradición, esta manipulación de la memoria. (Le Goff, 1991, pp. 181-182)

Así las cosas, en tanto racionalidad hegemónica-dominante, la normalidad instituida puede manipular las memorias de los otros en busca de su negación-exclusión-homogeneización.

Esta manipulación de las memorias, busca homogeneizar para construir la historia ‘oficial’ de las comunidades, perpetuando las dinámicas de colonialidad del poder y del saber. Se generan procesos de ‘memoria’ para obliterar la diversidad-diferencia de las comunidades, encasillándolas en la ‘identidad nacional’. Este uso de la memoria como constructora de alteridades, establece las relaciones binarias modernas de la normalidad-anormalidad, bueno-malo, desarrollado-subdesarrollado, estableciendo ‘normalidades’ y caminos a seguir para los

³⁸ Concepto de mi autoría; remítase a: Duque et al., 2021.

otros. Sin embargo, existen reconocimientos y reivindicaciones fuera de las manipulaciones de la memoria, es decir, existen memoria(s), singulares-diversas-diferentes que responden a los procesos vividos por las distintas comunidades. De esta manera, no se puede unificar o ‘universalizar’ la(s) memoria(s), al ser procesos que mantienen viva la diversidad y el sentipensar de las comunidades; la(s) memoria(s) de los otros buscan reivindicar las luchas, los dolores, los saberes, dinámicas urdidas en la diversidad, las cuales son:

La[s] memoria[s] viva[s] de las luchas sociales, pasadas y presentes, los actos poĺticos –éticos, estéticos, simbólicos, culturales– de resistencia y desobediencia civil de los pueblos, comunidades, organizaciones y movimientos sociales, que desde hace décadas se manifiestan en las calles y representan los ideales de buena parte del colectivo social, son la clara muestra de que, a pesar de la parálisis colectiva que ha generado una memoria ejemplarizante del terror a través de la represión brutal frente a las reivindicaciones sociales– las esperanzas de transformación social no han sido vencidas. Un sector considerable de la población civil, compuesto por una diversidad de individuos, comunidades, instituciones y movimientos poĺticos y sociales no se resigna a ceder su lugar en la historia a las ideologías que esgrimen los violentos. (Girón et al., 2012, p. 227)

El ejercicio de la memoria es un ejercicio de resistencia, así como de resiliencia; es la resistencia a la obliteración, al olvido planificado y sistemático; es resistir el odio, es negarse a ser deformado por el odio, a ser construido de forma simbólica como alteridad radical. En esta dirección, la memoria se establece como el escenario de expresión de los otros, de todos los que, por encontrarse por fuera de las normalidades, no tienen voz; estas memorias de diversos colectivos establecen las bases para la construcción de ‘historias otras’, que reivindiquen a estos otros, que reconozcan y reivindiquen la diversidad. Así, la historia cultural demuestra un enorme potencial frente a este propósito en tanto:

Historia cultural en la que “cultura” se entiende en un sentido lato que incluye la vida cotidiana de la gente común, los objetos materiales de los que esta se rodea y las diversas formas de percibir e imaginar su mundo. (Burke y Carazo, 1993, p. 106)

Respecto a la historia cultural, esta “puede ser definida como la disciplina que tiene como objeto de estudio las representaciones culturales, las prácticas y los significados simbólicos, imaginados y las costumbres o comportamientos de agrupaciones sociales específicas” (Chicangana-Bayona y Cortés, 2011, p. 9).

Por tanto, la historia cultural propende al reconocimiento de la(s) memoria(s) de los otros, valorando su singularidad, diversidad y diferencia. Su propósito es reivindicar la(s) historia(s) de aquellos que han encarnado los múltiples rostros de la alteridad radical de la modernidad.

Reconocer el carácter diverso de la(s) memoria(s) es reconocer su carácter colectivo;³⁹ es decir, se trata de la(s) memoria(s) de los obliterados, negados, excluidos y homogeneizados: las memorias de quienes no tuvieron —o aún no tienen— historia. Es fundamental reconocer y superar la pretensión de individualismo, mismidad, solipsismo. La memoria no puede ser individual en tanto:

Nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos. (Halbwachs, 2004, p. 26)

Visto así, la memoria es factor *sine qua non* de la vida en comunidad, la memoria existe gracias a nuestra relación con el otro, y esta memoria colectiva permite la articulación e integración de la comunidad, ya que:

Desde el momento en que nosotros y los testigos formemos parte de un mismo grupo y pensemos en común en determinados aspectos, seguimos en contacto con dicho grupo, y somos capaces de identificarnos con él y confundir nuestro pasado con el suyo. (Halbwachs, 2004, p. 29)

Entonces, la construcción de estas memorias se convierte en un elemento fundamental para el reconocimiento y la reivindicación de los múltiples rostros de la alteridad dentro de la normalidad instituida desde el poder. Memorias que obedecen a sus circunstancias específicas, o sea, las memorias en un lenguaje intercultural son singulares-diversas-diferentes, todos participamos de su conformación al pertenecer a la multiplicidad de colectivos sociales y colectividades, como afirma Bergalli (2012):

Nosotros participamos como seres humanos y como seres sociales, en una infinidad notable de grupos. Dentro de esta misma sociedad en la que nos movemos. Y quizás también tomemos intervención o participación,

³⁹ “La memoria –que es colectiva– es la condición indispensable de la permanencia de un sistema de comportamientos, valores o creencias en un mundo que cambia por definición; construye referentes históricos, pues sus efectos se relacionan con la experiencia colectiva que construye comunidades políticas; por tanto, no es mero registro de recuerdos y olvidos” (Girón et al., 2012, pp. 227-228). El resaltado es añadido.

en la memoria que en general est́ difundida en esa sociedad. Pero de lo que somos ḿs part́cipes, y esa participaci3n tiende a ayudar en la elaboraci3n de memorias con característicās propias que tienden a la identificaci3n de los part́cipes en esa memoria, es la memoria de grupo; y, por lo tanto, la memoria colectiva. (p. 19)

En tal caso, las memorias son tantas como los colectivos que buscan reconstruirlas para sus reconocimientos y reivindicaciones. Son diversas y pueden ser de colectivos ḿs o menos numerosos; estos colectivos son los que brindan a los individuos la posibilidad de reconocerse como parte de ellos, ya que contienen y expresan sus experiencias, saberes, dinámicas, sentimientos y pensamientos, es decir, su sentipensar. Aś como pueden ser manipuladas para obedecer a la racionalidad imperante hegem3nica, tambi3n son voces en busca de ser escuchadas. Las memorias pueden ser entendidas como contradiscursos urdidos por las comunidades y sus territorios. Por ello, las memorias colectivas recurren a:

A los recuerdos familiares, a las historias locales, de clan, de familias, de aldeas, a los recuerdos personales..., a todo aquel vasto complejo de conocimientos no oficiales, no institucionalizados, que no se han cristalizado todav́a en tradiciones formales... que representan de alǵn modo la conciencia colectiva de grupos enteros (familias, aldeas) o de individuos (recuerdos y experiencias personales), contraponi3ndose a un conocimiento privado y monopolizado por grupos precisos en defensa de intereses constituidos. (Le Goff, 1991, p. 183)

Las memorias buscan ‘salvar el pasado’ del huraćn del progreso, salvar todo lo no-moderno, lo no-científico, lo no-objetivo, lo no-verdadero para el poder. Procurando construir las bases en la construcci3n de otros mundos posibles:

La memoria, a la que atañe la historia, que a su vez la alimenta, apunta a salvar el pasado solo para servir al presente y al futuro. Se debe actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberaci3n, y no a la servidumbre de los hombres. (Le Goff, 1991, p. 186)

En esta ĺnea, la memoria dota de vitalidad a la historia, o mejor a ún, la(s) memoria(s) dotan de sentido a la(s) historia(s).

Al ser construcci3n colectiva, las memorias establecen una relaci3n con el otro, con quien construimos la historia, “para acordarse, necesitamos de los

otros” (Ricoeur, 2013, p. 157). La memoria se establece como un escenario de encuentro con el otro o los otros, donde todos aportamos a la reconstrucción del pasado y a la historia: “Es una memoria que tiene o que pone en relación a unos con otros individuos. Y es una memoria que tiende a rescatar el pasado” (Bergalli, 2012, p. 22). Bajo estas condiciones, la memoria para el caso de quienes históricamente han sido los otros, además de su voz, su expresión y, en muchos casos, su único legado, se convierte en puente, en enlace, en escenario de encuentro, entre comunidades, entre territorios, entre memorias que construyen contrahistorias, historias desde un pasado rescatado y permanentemente protegido de los embates y ataques por parte de la mismidad y el solipsismo, del estado-nación y sus historias oficiales. Como brillantemente lo plantea Ricoeur (2013):

Atravesamos la memoria de los otros. Esencialmente en el camino de la rememoración y del reconocimiento, [...] En este contexto, no se considera el testimonio en cuanto proferido por alguien con vistas a ser recogido por otro, sino como recibido por mí de otro en cuanto información sobre el pasado. En este aspecto, los primeros recuerdos encontrados en el camino son los recuerdos compartidos, los recuerdos comunes. Nos permiten afirmar “que, en realidad, no estamos nunca solos”; de este modo, se descarta de entrada, incluso como hipótesis de pensamiento, la tesis del solipsismo. (p. 158)

De esta manera, los estudios sobre la memoria colectiva evidencian su potencial como discursos contrahegemónicos o contradiscursos, que funcionan como historias de quienes han sido caracterizados como las diversas alteridades radicales de los órdenes hegemónicos. Estos órdenes anclan sus discursos y categorizaciones en su capacidad de ejercer poder y, utilizando el odio como catalizador, generan procesos de exclusión, negación, persecución y eliminación de los otros, así como la imposibilidad de que estos construyan sus propias identidades e historias.

Sobre la relación entre memorias e historia cultural

Además de reconocer el potencial y la importancia de los estudios de memoria colectiva, como el escenario de conformación de historias otras; de igual manera, es fundamental cimentar las bases metodológicas para el desarrollo de estos ejercicios, ergo, se plantea la relación entre el proceso de construcción de los otros, la memoria colectiva y la historia cultural, para este propósito.

Desde esta perspectiva, el primer paso es identificar y reconocer el proceso de construcci3n al que han sido sometidos los otros; es decir, comprender c3mo han sido identificados, categorizados y dotados de un sentido espec3fico. De igual manera, es necesario definir c3mo el odio los ha permeado a lo largo del tiempo y c3mo se les han aplicado distintos tipos de violencia. Solo as3 es posible reconocer el colectivo particular cuya memoria se busca reivindicar y cuya historia se pretende escribir. En un segundo momento, se establece el ejercicio de memoria, es decir, la remembranza de todo el proceso sufrido, como resistencia al dolor, como catarsis colectiva. Se trata de encontrar los testimonios, relatos, im3genes, textos, canciones y dem3s manifestaciones del sentipensar de los colectivos obliterados, con los cuales se (re)construye la memoria: un pasado recordado, un pasado traum3tico que busca ser superado, pero nunca olvidado.

Posterior al ejercicio de memoria, viene el proceso de escribir la historia, de hacer de ese pasado recordado la historia de los otros. Aqu3, se hace fundamental la historia cultural como instrumento metodol3gico para la identificaci3n de las fuentes⁴⁰, ampliando el t3rmino ‘fuente’ como vestigio de la(s) historia(s) de una comunidad; en este sentido, una fuente puede ser cualquier elemento o vestigio que permita reconstruir esta memoria como historia: libros, im3genes, prensa, radio, televisi3n, arte, m3sica, relatos y testimonios, haciendo uso de la historia cultural; estos vestigios se establecen como fuentes primarias de investigaci3n hist3rica.

Burke (2005) reconoce c3mo cada cultura crea su propia contracultura para reafirmarse; este proceso puede asociarse con la construcci3n del enemigo, ya que esta construcci3n siempre se desarrolla como una inversi3n a lo considerado bueno, piadoso, normal, etc. Vali3ndose, deformando o creando caracter3sticas a estos otros:

La invenci3n consciente o inconsciente de otra cultura opuesta a la propia. De ese modo, convertimos en «otros» a nuestros cong3neres. As3, por ejemplo, la Canci3n de Rold3n describ3a al islam como una inversi3n

⁴⁰ Sobre lo problem3tico respecto al t3rmino “fuente”, Peter Burke (2005) plantea: “Tradicionalmente, los historiadores han llamado a sus documentos «fuentes», como si se dedicaran a llenar sus cubos en el r3o de la verdad y sus relatos fueran haci3ndose m3s puros a medida que se acercaran m3s a los or3genes. La met3fora es muy v3vida, pero tambi3n equ3voca, por cuanto implica la posibilidad de realizar una exposici3n del pasado libre de la contaminaci3n de intermediarios. Naturalmente resulta imposible estudiar el pasado sin la ayuda de toda una cadena de intermediarios, entre ellos no s3lo los historiadores de 3pocas pret3ritas, sino tambi3n los archiveros que ordenaron los documentos, los escribas que los copiaron y los testigos cuyas palabras fueron recogidas. [...] convendr3a sustituir la idea de fuentes por la de «vestigios» del pasado en el presente” (p. 16).

diabólica del cristianismo, y presentaba una imagen de los musulmanes como adoradores de una trinidad infernal, compuesta por Apolo, Mahoma y cierto «Termagante». El historiador griego Heródoto presentaba una imagen de la antigua cultura egipcia justamente como la inversión de la griega, y señalaba que en Egipto se escribía de derecha a izquierda, y no de izquierda a derecha, que los hombres se ponían la carga sobre la cabeza y no sobre los hombros, que las mujeres orinaban sentadas, y no de pie, etc. También describía en cierto modo a los persas y a los escitas como la antítesis de los griegos. (Burke, 2005, p. 156)

Teniendo en cuenta lo anterior, es posible identificar claramente el proceso de construcción de las alteridades. Este proceso, a su vez, permite historizar a esa comunidad convertida en alteridad, en la medida en que se pueden reconocer y comprender las motivaciones detrás de la construcción del enemigo. Así, es posible determinar qué debe representar dicho enemigo, cuál ha sido el proceso que ha sufrido, qué manifestaciones de violencia ha padecido, y cómo ha sido perseguido, violentado e incluso obliterado dentro de un determinado orden o 'normalidad instituida'. En esta instancia, es importante preguntarse ¿quién quiere que alguien recuerde qué y por qué?, ¿a quién pertenece la versión del pasado que se registra y preserva? (Burke, 2011, p. 80). Identificando las "comunidades de memoria" (Burke, 2011).

Recrear el proceso sufrido por las comunidades de memoria implica escribir las historias de los otros desde sus propias especificidades y sentipensares, reconociendo que tanto la memoria como la historia son susceptibles de ser manipuladas: "Tanto la historia como la memoria parecen cada vez más problemáticas. Recordar el pasado y escribir sobre el ya no se consideran actividades inocentes. No los recuerdos ni las historias parecen ya objetivos" (Burke, 2011, p. 66). Al respecto, la escritura de las historias de los otros puede establecerse como ejercicios de reconocimiento y reivindicación, de preservación de lo recordado, para evitar su manipulación, comprendiendo, que es una versión de la historia, la cual puede ser diferente o incluso diametralmente opuesta a otras versiones de la historia: "La memoria oficial y la no oficial del pasado pueden diferir marcadamente y la segunda, que ha sido relativamente poco estudiada, en ocasiones representa una fuerza histórica por derecho propio" (Burke, 2011, p. 81). De esta manera, se hace eco a quien no tiene historia, ya que el hecho puede ocurrir, y el cómo ocurrió depende de a quién se le pregunte.

La construcción de un pensamiento y un discurso que reconozca, comprenda y reivindique a los múltiples otros en la historia, constituye, la elaboración de

un discurso de transici3n. Es un pensamiento que genera tensiones y disputas, que reivindica al excluido, al subsumido, al vapuleado; a quien representa aquello que la ‘normalidad’ ha definido como ‘lo que no soy yo’. Se trata de construir una historia otra: una narrativa que haga inteligibles los mÚltiples y diversos rostros de la alteridad —indígenas, personas negras, pobres, comunistas, mestizos considerados degenerados, personas LGBTQ+, estudiantes, mujeres—, sujetos a quienes, parad3jicamente, se debe el estado, la naci3n, la ciencia, el pensamiento, la econoḿa, la cultura, la sociedad y la poĺtica moderna. Son los otros quienes han soportado el peso de la sociedad moderna, quienes, desde el anonimato epistémico, ontol3gico y sistemáticamente impuesto, han hecho posible la existencia de la ‘normalidad’ y su v́nculo con la relaci3n poder-verdad.

El proceso de memoria es doloroso, no obstante, es resistencia e incluso resiliencia frente a la historia oficial. Que el recordar duela, revela su importancia, rememorar para no repetir, pero, aún lo es más para que esta memoria no sea manipulada, o usada como justificaci3n de odios y violencias. En este sentido, la transformaci3n de memorias en historias es fundamental en tanto preserva las memorias y las hace susceptibles de análisis, revisi3n e incluso crítica. Como contrahistorias de las versiones oficiales, las historias de los otros son la resistencia al olvido, son la permanencia y la continuidad de las memorias, son el contar aquello que se busc3 o busca eliminar y olvidar, como plantea Burke (2011):

Con frecuencia se dice que la historia la escriben los vencedores. También podŕa decirse que la olvidan los vencedores. Ellos pueden permitirse olvidar, mientras que los derrotados no pueden olvidar lo que ocurri3 y están condenados a cavilar sobre ello, a revivirlo y a pensar en lo diferente que habŕa podido ser. (p. 79)

De igual manera, es importante reconocer y reivindicar el carácter *subjetivo* de la memoria, no como algo negativo o *contra científico*, sino como un enorme potencial de análisis. Así como la memoria es subjetiva, la historia también lo es, la construcci3n de la historia siempre estar3 supeditada a su autor, y su autor es un ser sentipensante como planeta Traverso (2008):

Si bien el historiador no trabaja encerrado en la clásica torre de marfil, al abrigo de los rumores del mundo, tampoco vive en una habitaci3n refrigerada al abrigo de las pasiones del mundo. Padece los condicionamientos de un contexto social, cultural y nacional. No se escapa a las influencias de sus recuerdos personales ni a los de un saber heredado, del cual puede intentar librarse, pero no negándolos sino por un esfuerzo de distanciamiento crítico. (p. 33)

La historia también se ve imbuida por los aspectos políticos, económicos, culturales, sociales e ideológicos de los autores, pero, esto no es una debilidad o un error del trabajo histórico, al contrario, es un potencial enorme, donde abundan las perspectivas, las visiones de mundo y las interpretaciones del pasado; por ende, el trabajo de la historia y la memoria se encuentra hoy en una cercanía sin precedentes, pues el reconocimiento y la reivindicación de los aspectos subjetivos debe entenderse como un horizonte amplio de posibilidades. En este contexto, las historias escritas no se enfrentan en contradicción o pugna, sino que entran en diálogo de saberes, enriqueciendo la comprensión del pasado desde múltiples voces y perspectivas.

Comprender la importancia de la subjetividad de la memoria es fundamental, ya que la multiplicidad de memorias da cuenta de la variedad de contextos, comunidades y territorios, los cuales, narrarán el pasado dependiendo de sus experiencias y sus vivencias: “no hay memoria literal, originaria y no contaminada” (Traverso, 2008, p. 31); la memoria se construye y reconstruye de manera permanente, pues es moldeada por quienes la han vivido. El estudio de estas memorias resulta sumamente valioso para escribir historias particulares, alejadas de las generalizaciones propias del enfoque positivista de la historia.

El análisis del material de prensa propuesto, procura entender los medios de prensa consultados como memorias, ya que apelan a subjetividades propias de las filiaciones partidistas y, en consecuencia, narran de forma distinta la misma temporalidad, no la misma historia, ya que cada diario demuestra sus intenciones y construye sus alteridades, buscando establecer patrones culturales en sus lectores; en este sentido, los medios de prensa pueden entenderse como recursos de memoria, ya que responden a propósitos propios y específicos, que en muchos casos pueden ser diametralmente opuestos a otras formas de memoria; según Lefranc y Gensburger (2022), la memoria como recurso político, tiene tres características:

En primer lugar (...), se trata de llegar a sus corazones, pero también a su capacidad de razonar, a sus conciencias personales. En segundo lugar, la posibilidad de establecer un compromiso emocional por parte de individuos. Así, el ciudadano conmovido estaría mejor preparado para sacar lecciones del pasado; la carga afectiva le permitiría, más precisamente, movilizarlas en situación. Por último, contar la historia de los personajes o juzgar a uno o a varios individuos permite la identificación con los héroes de la memoria, “salvadores” y “justos”, como la condena de los culpables. (pp. 40-41.)

Desde esta perspectiva, es pertinente comprender a los medios de prensa escrita como formas de memoria, debido a su caŕcter subjetivo y a su finalidad poĺtica e ideoĺgica. Asimismo, es fundamental analizar ćmo cada memoria construye un ‘nosotros’ diferencíndose de los ‘otros’ (alteridades), y ćmo la violencia llega a justificarse contra estos enemigos. El uso del odio como recurso ret́rico moviliza a las personas contra una idea, un colectivo, un partido poĺtico u otras personas. Estas memorias se establecen como constructos culturales que influyen en comunidades y territorios.

Comprender el proceso de construccín de alteridades y ćmo estas justifican el poder y las violencias es un insumo fundamental para la consolidacín de estos ejercicios de memoria. Una de las funciones ḿs importantes del historiador es la de recordador (Burke, 2011, p. 85). Por tanto, el estudio de la otredad y la alteridad, su comprensín, reconocimiento y reivindicacín se demuestran como discurso de transicín hacia la construccín de las historias ‘otras’.

Caracterizacín de los actores discursivos. Los medios de prensa escrita

Para el desarrollo de este trabajo se hace uso del material de prensa escrita como fuente primaria, se escogieron cinco diarios colombianos, los cuales, en sus inicios y para el periodo propuesto en esta investigacín (1964-1970), teńan una filiacín poĺtica definida. Estos medios de prensa construyen representaciones, ejercen una influencia por medio de su discurso, determinado por su filiacín poĺtica. Al respecto, estos medios pueden ser reconocidos como ‘actores discursivos’,⁴¹ los cuales “son participantes activos de la interaccín, desempeñan roles discursivos y construyen como sujeto social una imagen de ś, del otro y de la realidad” (Pardo, 2005, s. p.) En consecuencia, los actores discursivos construyen significados y dotan de sentido a sus distintas alteridades. Como plantea Pardo (2005):

El actor discursivo es, por una parte, un ser cognitivo y social capaz del ejercicio de pŕcticas sociales con las cuales construye activamente

⁴¹ Sobre el caŕcter de constructores de representaciones de los actores discursivos, Neyla Pardo plantea: “A trav́s del discurso, los actores discursivos son capaces de referir(se) subjetivamente al mundo en actitud objetivante; aś, cuando en la prensa se escribe sobre un hecho social, aparece no ślo un discurso que le es propio, sino que, adeḿs, se establece una relacín indisoluble entre la voz ǵnesis del discurso, su productor y quienes lo interpretan o le asignan significado. Esto lo realiza en el doble proceso de producir, tematizar y organizar jerárquicamente la realidad y de exponer niveles de comprensín en los que se orienta y predeterminan maneras de reconocer y participar de lo social” (Pardo, 2005, p. 169). Aś las cosas, puede reconocerse la capacidad de influencia ejercida por parte de los medios en la sociedad, estableciendo relaciones subjetivas de representacín social.

significado y, por lo tanto, se representa y representa. La representación de los actores en el discurso. Por otra parte, se enmarca en una dimensión histórica y social desde donde se formula un modelo de interpretación posible que autodefine esos actores, estructurándose formas para la comprensión de la realidad. (p. 169)

Entendiendo a los medios de prensa escrita como actores discursivos, y reconociendo su capacidad para ejercer poder a través del discurso, se eligieron estos medios para esta investigación. Durante el periodo estudiado, estos medios mostraron una orientación política definida —liberalismo, conservadurismo, comunismo— y, en consecuencia, ofrecieron un tratamiento distinto a los mismos hechos, es decir, dotaron de sentido a la realidad y a sus alteridades según su postura política. En este sentido, se hace uso de dos medios liberales, dos conservadores y dos medios de orientación comunista.⁴² Estos se analizaron por medio de las representaciones construidas hacia las alteridades radicales —guerrillas, partidos políticos y Estado—, dependiendo de cada diario, su orientación política y el manejo realizado a los distintos hechos de violencia en el periodo comprendido de 1964 a 1970. Nacimiento de las guerrillas de orientación comunista, las dificultades propias de un escenario de lucha armada en un contexto como el Frente nacional, y su posterior consolidación territorial. Así las cosas, en la Tabla 1 se presenta una caracterización de los diarios, con el fin de contextualizar al lector sobre su ideología política y los hechos fundamentales de su historia. En estos diarios se reconoce su potencial como agentes cohesionadores y movilizadores sociales, es decir, como actores discursivos en la historia colombiana.

Tabla 1

Diario	Zona de difusión	Filiación política	Fecha de fundación
<i>El Espectador</i>	Bogotá, nacional	Liberal	Marzo 22 - 1887
<i>El Colombiano</i>	Medellín, nacional	Conservador	Febrero 6 - 1912
<i>Semanario La Voz</i>	Bogotá	Comunista	Julio 20 - 1957

Fuentes principales de investigación

⁴² Sobre los medios de difusión de orientación comunista, resulta complejo encontrar medios que sobrevivan, el caso de *Semanario Voz*, anteriormente llamado *Voz Proletaria*, es único, es el único medio de orientación marcada de izquierda que sobrevive para el fin del periodo 1964-1984. Existió un medio llamado *Frente Unido*, fundado por el 'cura guerrillero' Camilo Torres, el cual, pese a la enorme aceptación, lectura y difusión, no sobrevivió luego de la entrada de Camilo al ELN y su posterior muerte. Su última edición fue el 25 de noviembre de 1965, con tan solo trece ediciones. El dato de la temprana desaparición de este medio, ofrece datos significativos y relevantes acerca de la situación política en Colombia.

Diario El Espectador

Fundado el 22 de marzo de 1887 por el periodista y educador Fidel Cano Gutiérrez, *El Espectador* es el diario de circulación más antigua en Colombia y, actualmente, uno de los medios de prensa escrita más leídos. Aunque hoy se definen como un medio imparcial y sin filiación política, durante el periodo estudiado evidenciaba una clara tendencia hacia reivindicaciones de corte liberal.

A lo largo de su historia, y en relación con las manifestaciones y dinámicas violentas, *El Espectador* se ha caracterizado por rechazar, denunciar y anunciar las atrocidades, vejámenes y excesos cometidos tanto por partidos políticos como por instituciones religiosas; por tanto, puede reconocerse como un medio de tendencia liberal o socialdemócrata, cuyas columnas buscan generar opinión pública y reivindicar a las víctimas del conflicto armado.

Durante distintos momentos de la HVPC, *El Espectador* ha sido el blanco de ataques y manifestaciones violentas, como el 6 de septiembre de 1952, día en el que, una turba instigada y apoyada por la policía incendian la sede de los diarios *El Espectador*, *El Tiempo*, la dirección del Partido Liberal, las casas de Alfonso López Pumarejo y de Carlos Lleras Restrepo, representantes y líderes dentro del Partido Liberal. Guillermo Cano Isaza director del diario *El Espectador* para esta fecha relata:

Una porción de hombres se desprende del grupo y sube por la avenida Jiménez. Vienen hacia El Espectador. Disparan revólveres. Arrojan piedras. Unos suben hasta las ventanas del segundo piso. Entran al edificio y comienzan a arrojar a la calle muebles, archivos, libros, cuadros, papeles. Se prende la hoguera. Atacan la puerta de acero, que no cede. Está blindada. Pero ya hay atacantes dentro del edificio. Han llegado al primer piso. Escuchamos una explosión. Están dinamitando la caja de caudales. El fuego ha hecho presa de la colección del periódico. Centenares de volúmenes de nuestro valioso e irreparable archivo sirven de combustible al incendio. (Cano, 2012, s. p.)

De igual manera, el diario también fue blanco de la violencia por parte del narcotraficante Pablo Escobar Gaviria, debido a que este criminal por medio de la extorsión fue suplente al Senado de la República en el partido 'Alternativa Liberal', al ser expulsado del Nuevo Liberalismo por Luis Carlos Galán. Desde el año 1983, Guillermo Cano publicó artículos y notas editoriales donde revelaba y demostraba la verdad sobre el perverso personaje líder del cartel de Medellín.

Esta serie de revelaciones periodísticas le costó la inmunidad parlamentaria y la posterior expulsión del Congreso al narcotraficante, quien declaró la guerra al periodismo y a las personalidades políticas, judiciales, policiales y civiles que se le opusieran o denunciaran las actividades criminales de Escobar y su círculo cercano.

El primer hecho que enlutó al diario, y que se establecería como un golpe terrible a la libertad de prensa en Colombia, fue el asesinato de Guillermo Cano a manos de sicarios el 17 de diciembre de 1986. Del mismo modo, se sumaron las amenazas a periodistas y la destrucción del homenaje hecho al periodista, generando así una ley del terror y un clima de incertidumbre en torno al ejercicio del periodismo en Colombia. Rodolfo Rodríguez, periodista del diario relata la muerte de Cano Isaza, así como su impronta como colombiano deseoso de paz y justicia:

Su rostro pálido no reflejaba ningún dolor, ni tristeza, estaba tranquilo, en paz como siempre vivió, mientras la vida se le escapaba por los agujeros de las balas de 9 milímetros. Su mirada fija parecía decir algo sin palabras, su boca cerrada y sus manos temblorosas trataban de buscar las teclas de la máquina de escribir que nunca apartó de su lado, porque, aunque ya tenía computador, prefería su vieja Olivetti. Era como si quisiera escribir los últimos párrafos sobre su añorada paz para Colombia. Él siempre decía que le repugnaba la paz de los sepulcros: “Debemos comenzar a ensayar la paz verdadera y duradera”, afirmaba. Censuraba con firmeza la actitud de militares y políticos corruptos y a los narcotraficantes que habían implantado su política del terror, y quienes se habían metido con algo vital para él: la paz del país. (Gutiérrez, 2012, s. p.)

No obstante, *El Espectador* seguiría sufriendo la violencia por parte del orden plutocrático y sanguinario de los narcotraficantes; el 2 de septiembre de 1989, el diario fue blanco de un atentado perpetrado con un camión bomba estacionado a un costado de la sede del diario, aunque este hecho no dejó víctimas fatales, sí se pueden contar 73 personas heridas, y daños significativos a la sede del diario y edificaciones aledañas. Además, el atentado demostró el sadismo, la sevicia y la impunidad de la que se valió Escobar para implantar su ley del horror, su guerra sin cuartel, en un país que presenciaba violencia desde todos los frentes, un país donde las continuas masacres, asesinatos selectivos, carros bomba y demás dinámicas y manifestaciones de violencia, eran la noticia de cada día; un país donde los diarios bien podían escurrir sangre de sus páginas luego de ser leídos, ya que:

A nadie le quedaban dudas. Era un ataque ḿs del cartel de Medellín, con Pablo Escobar Gaviria a la cabeza. No le bastó con asesinar a su director Guillermo Cano el 17 de diciembre de 1986 o dinamitar cuatro meses después en Medellín la escultura que se construyó para rendir homenaje a su memoria. No fue suficiente con forzar al exilio a sus hijos Juan Guillermo y Fernando Cano o al periodista Fabio Castillo. No quedó satisfecho con asesinar al abogado de la familia y el periódico, Héctor Giraldo. Esta vez quiso arrasarlo el diario y todo su entorno geográfico. (Osorio y Navarrete, 2014, s. p.)

Posteriormente, con la incorporación como columnista de un investigador de la violencia en Colombia, del talante de Alfredo Molano Bravo, *El Espectador* demostraba que no permitiría ser amedrentado ni intimidado por actores de la violencia. Molano, a partir del año de 1990, comienza a publicar sus crónicas, artículos y reportajes denunciando el accionar de los agentes paramilitares, encarnados en la figura de los hermanos Castaño Gil y sus Autodefensas unidas de Colombia (AUC); de la misma manera, Molano escribió sobre el narcotráfico y ha sido un abanderado de la necesidad de lograr una paz negociada en Colombia. Mientras era columnista de *El Espectador*, en los años 2001 y 2002, recibió amenazas contra su vida, razón por la cual debió exiliarse en Barcelona y Stanford. No obstante, su trabajo continuó y fue galardonado con el premio nacional de periodismo Simón Bolívar. En la actualidad, el diario *El Espectador* se establece como el diario colombiano de mayor difusión, el diario más leído por los colombianos, y un diario que ha logrado mantenerse en sus 130 años de vida.

Diario El Colombiano

Fundado el 6 de febrero de 1912, este diario conservador por excelencia es el medio impreso de mayor tendencia derechista en el país. Su trayectoria ha estado marcada por una ambigüedad particular: por un lado, ha participado en la formación de periodistas, la promoción de valores humanos y el fomento del cuidado del medio ambiente; por otro, ha estado envuelto en controversias por su ideología conservadora, su cercanía con intereses empresariales, el obstaculizar la libertad de expresión mediante el despido de reporteros y periodistas, y, en la historia del tiempo presente, por ser considerado un baluarte del uribismo y la extrema derecha.

El diario *El Colombiano* también se encuentra fuertemente permeado por el adoctrinamiento dogmático religioso, contando con “unos principios cristianos” (Semana, 2012) muy claros y arraigados, así como su localización geográfica en el departamento de Antioquia, históricamente baluarte de la política de derecha en el país.

Semanario La Voz

Fundado el 20 de julio de 1957 por Manuel Cepeda Vargas, este semanario fue el medio de expresión de la ideología de izquierda, de fuerte tendencia comunista; demostrando simpatía hacia las causas guerrilleras marxistas. En 1964, el semanario fue cerrado y perseguido por el presidente Guillermo León Valencia; fue reabierto meses más tarde con el denominativo de *Voz proletaria*.

Este semanario siempre se demostró en el escenario político colombiano como un denunciante de los ‘gobiernos reaccionarios’, así como un defensor enorme de las causas sociales. Aunque su discurso siempre ha sido de izquierda, nunca se ha logrado comprobar sus vínculos con movimientos guerrilleros, su afinidad es básicamente ideológica.

Este semanario, al igual que su equipo periodístico, ha sido víctima constante de persecución, violencia y eliminación. Ha enfrentado asesinatos, amenazas y atentados con explosivos contra sus instalaciones, perpetrados por grupos armados radicales de derecha. En la actualidad, *Voz proletaria* se posiciona como un crítico férreo de los gobiernos colombianos, opositor de la violencia y activo defensor de los movimientos sociales, campesinos, sindicales, de derechos humanos, feministas y estudiantiles.

Metodología de trabajo

El trabajo de archivo se centró en identificar recurrencias, es decir, en reconocer las noticias relacionadas con las FARC-EP y el ELN. Estas permitieron detectar tendencias representacionales que se organizaron en unidades o categorías de análisis. Al clasificar cronológicamente y por categorías el material de prensa, se buscó avanzar en la elaboración de una historia cultural de la violencia en Colombia, a partir de la construcción conceptual del enemigo como una alteridad radical, y analizar cómo estas representaciones fueron difundidas e impuestas a la población a través de los medios impresos.

Mediante el uso del método archivístico⁴³ fue posible identificar la *procedencia u origen de los fondos*; es decir, lo concerniente a: “la institución u organismo

⁴³ Respecto del método archivístico, Mendo (2004) plantea: “La metodología archivística se fundamenta en sus dos principios básicos: el principio de procedencia formulado en el siglo XIX y el ciclo vital del documento que se consolida en el XX; y consiste en el método analítico que permite conocer la institución productora del fondo y los documentos generados por ella y es el denominado procedimiento de identificación, soporte de todo el tratamiento archivístico” (p. 36).

que constituye el fondo de archivo y que lo hace diferente de los deḿs” (Mendo, 2004, p. 36). Asimismo, se puede identificar el ciclo vital del documento, el cual hace referencia a la antigüedad del documento. Se resalta su relevancia para el trabajo de archivo y la necesidad de cuidados específicos en su manejo. De acuerdo con las convenciones del método archivístico⁴⁴, este trabajo empleó documentos de primera y segunda edad, dada su antigüedad; además, el material de prensa consultado fue organizado cronológicamente y categorizado para facilitar su análisis.

En este sentido, se desarrolló un ejercicio de clasificación definido como: “la operación intelectual que consiste en el establecimiento de las categorías y grupos que reflejan la estructura orgánica y/o funcional del fondo” (Moreno, 2000, p. 294). Este estudio se estructuró a partir de categorías que funcionaron como unidades de análisis. Las categorías propuestas para la clasificación fueron las siguientes:

- Representaciones de alteridad sobre los otros (enemigos).
- Representaciones partidistas (el enemigo para liberales, conservadores y comunistas).
- Otrerización de los grupos armados (atribución de categorías de alteridad a los movimientos guerrilleros).
- Manipulación de la población (argumentos que inciten a la violencia política haciendo uso de los medios impresos).

El análisis del material de archivo se desarrolló de manera paralela al uso de fuentes secundarias, es decir, trabajos históricos sobre la guerra, lo que permitió construir un escenario de triangulación compuesto por el material de prensa, el análisis teórico-conceptual⁴⁵ y el contraste con fuentes secundarias (ver Figura 1). Así, se establece una base para la construcción de la historia

⁴⁴ En el método archivístico se reconocen tres edades de los documentos a saber: Primera edad: se corresponde con la circulación y tramitación de los asuntos iniciados. Los documentos forman parte de los archivos de gestión y son de uso frecuente. Segunda edad: los documentos, o el expediente referente a un asunto, deben conservarse como objeto de consulta o antecedente, de manera poco frecuente. Es la fase de archivo intermedio, en la que el valor primario decrece en la misma proporción en que aumenta el valor secundario. Tercera edad: el documento adquiere valor permanente, de manera que su uso estará derivado de su valor cultural o de investigación. Su conservación será definitiva (Mendo, 2004, pp. 39-40).

⁴⁵ Los recursos de análisis para esta investigación son: la construcción de alteridades, identificadas mediante representaciones sociales, el proceso de construcción conceptual del enemigo y economía política del odio, y la tipología del enemigo construido. Así las cosas, se establece un discurso sobre como los medios de prensa impresos construyen sus alteridades, y como se establecen patrones culturales en contra de estas.

cultural, la historia de cómo los medios de prensa escrito, fueron actores de la guerra, la historia de una guerra de las filiaciones partidistas e ideológicas, la historia de los otros, de quienes se encontraron fuera de un orden estático e inmóvil, sin posibilidad de participación, negados, perseguidos, violentados y exterminados; en síntesis, la historia de cómo se conformaron los movimientos guerrilleros más longevos e influyentes de la historia mundial⁴⁶. Y cómo fueron contruidos como alteridad radical en un país de marcada tendencia conservadora y derechista, así mismo, busca identificar cómo este nuevo actor, generó escenarios de resistencia y lucha ideológica por medio de medios de prensa de su misma orientación ideológico-política.

Figura 1. *Triangulación para el análisis del material de archivo*



Por consiguiente, se estableció un trabajo de archivo orientado a identificar, en los medios de prensa impresos, las filiaciones partidistas, los argumentos utilizados para dotar de sentido al otro y las incitaciones a la violencia, la discriminación, el desprecio y la negación del otro. También, se busca reconocer los argumentos que construyeron representaciones sobre los grupos guerrilleros, tanto a favor como en contra. De esta manera, se buscó reconocer el impacto de estas representaciones en la cultura política colombiana, entendiendo cómo esta historia cultural y los procesos de movilización popular, apoyados en el uso de los *mass media*, han sido determinantes en la configuración del presente del país. A lo largo del tiempo, y con la consolidación de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), los medios continúan desempeñando un papel

⁴⁶ En este estudio no se busca establecer la bondad y/o maldad de los movimientos guerrilleros, así como determinar el momento en el cual comenzaron su proceso de perversión y abandono sistemático de ideales en pro de participar de las ganancias del narcotráfico.

fundamental en la construcci3n de sociedad y en la definici3n del tan nombrado y aclamado ‘nosotros’. Sin embargo, la construcci3n de ese ‘nosotros’ conlleva inevitablemente la identificaci3n, categorizaci3n, negaci3n y persecuci3n de los ‘otros’, de la diferencia; de aquellos que, por ser distintos, se convierten en la justificaci3n para mantener un concepto tan perverso como el de la normalidad.

Estado del arte (estado de la cuesti3n)

La investigaci3n acerca de la HVPC, es un campo de estudio ampliamente abordado y desarrollado. Superar la guerra, conformar una sociedad sin violencia y lograr la democracia efectiva, son elementos que hacen imperante este t3pico de estudio. Estudiar la violencia en Colombia es una responsabilidad que debe asumirse desde las Ciencias Sociales, sencillamente por ‘dolor de patria’.

La HVPC ha recibido aportes desde diversos campos del saber social. Estudios antropol3gicos, sociol3gicos, econ3micos, period3sticos, de memoria y literarios han servido como grilla de inteligibilidad para comprender la historia en Colombia. Todos los estudios y campos del saber han contribuido a la historia. Desde miradas diversas y distintas conceptualizaciones y teorizaciones la HVPC se ha establecido como uno de los puntos fuertes de la investigaci3n hist3rica en Colombia. En este epígrafe, se har3 un recuento de las investigaciones que han permitido comprender la violencia en Colombia como fen3menos complejos, multidimensionales, as3 como sus aportes a la HVPC.

La *violencia en Colombia* (Guzm3n et al., 1962) se ha consolidado como la investigaci3n pionera sobre este fen3meno en el pa3s. Fue publicada en 1962 por German Guzm3n Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña; este trabajo ha contado con numerosas reediciones, siendo la 3ltima en el a3o 2016. Este trabajo, desde una perspectiva sociol3gica, ofrece una descripci3n del fen3meno de la violencia basada en informaci3n de primera mano, recopilada durante un recorrido por las zonas afectadas por el conflicto, en el marco de una misi3n oficial. Entre sus principales aportes se destacan el an3lisis y la atribuci3n de responsabilidad a las 3lites dominantes en el desarrollo de la violencia, as3 como la formulaci3n, por primera vez, de una explicaci3n del conflicto en Colombia centrada en el bipartidismo como eje y justificaci3n de din3micas de persecuci3n, expropiaci3n y eliminaci3n de la poblaci3n campesina.

Otro gran referente de la HVPC, es el historiador Gonzalo Sánchez Gómez⁴⁷. Probablemente, es el mayor investigador de la violencia en Colombia. Sus investigaciones han abarcado todos los periodos de violencia política en Colombia; *La Violencia Bandolera 1945-1965* (Sánchez y Meertens, 2011), es una publicación basada en los conceptos de Eric Hobsbawm sobre el *Bandolero social* y el *Bandolero político* (Hobsbawm, 2011); ofrece un análisis sobre las motivaciones, dinámicas e implicaciones de las cuadrillas de bandidos en la violencia colombiana. Centrándose en la relación con las comunidades campesinas y el apoyo recibido por parte de estas a personajes que se hicieron icónicos.

De igual manera, Sánchez ha publicado investigaciones sobre la violencia en Colombia: *Ensayos de historia social y política en el siglo XX* (1985), *Guerra y política en la sociedad colombiana* (1988). Así mismo, ha sido coeditor del trabajo: *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (Sánchez y Peñaranda, 2007), un trabajo referente al análisis multidisciplinar de la HVPC. Por último, es autor del trabajo titulado: *Guerras, memoria e historia* (Sánchez, 2006). Referente fundamental que analiza el impacto de las dinámicas de violencia política en la población colombiana, así como la participación y responsabilidad de los múltiples agentes de la guerra (guerrilla, paramilitarismo, narcotráfico y violencia estatal). Proponiendo la memoria como elemento fundante para salir del karma de la guerra y salir de la representación de la violencia como 'Presente violento perpetuo'⁴⁸. Así las cosas, Sánchez se establece como referente fundamental para los estudios sobre la violencia en Colombia, sus múltiples aportes han generado un escenario de posibilidades enormes para las investigaciones sobre la HVPC.

Daniel Pécaut es otro de los investigadores fundamentales de la HVPC, su trabajo es pionero y fundamental para todo estudioso de la violencia y la historia en Colombia de los siglos XX y XXI. Su investigación pionera: *Orden y violencia: Colombia 1930-1953* (Pécaut, 1987), hace un análisis acerca de las dimensiones económica, política y social de la violencia en Colombia. Su mayor aporte es la articulación entre orden y violencia, como elementos consustanciales en la conformación de la sociedad colombiana. La noción partidista de 'orden' debe ser justificada e implementada por medio del uso de la violencia como forma de dominación social. Otro trabajo fundamental de Pécaut es: *Violencia y política en Colombia: elementos de reflexión* (2003). En este se analizan la(s) violencia(s) en Colombia. El mayor aporte del profesor Pécaut a la HVPC es el superar a la

⁴⁷ Durante 10 años fue el director del Centro Nacional de Memoria Histórica.

⁴⁸ El concepto es de mi autoría.

violencia en Colombia como un proceso de larga duraci3n, continuo y permanente, y reconocer que existen distintas circunstancias de violencia, cada cual obedeciendo a sus circunstancias espećficas (Ṕcaut, 2007). En otras palabras, se busca identificar las diferencias entre las violencias para desmitificar la violencia.

En el ańo 2013, Ṕcaut publica: *La experiencia de la violencia: los desaf́os del relato y la memoria*. En este trabajo se analizan las implicaciones sociales, econ3micas, poĺticas y culturales de la violencia, particularmente, el fen3meno de la guerrilla de las FARC-EP. Tambi3n, plantea el reforzamiento y banalizaci3n de las pr3cticas atroces por parte de diversos actores; por otra parte, expone c3mo las din3micas de violencia y las interrelaciones entre sus actores, han generado una suerte de ‘desdibujamiento’ de las fronteras entre lo poĺtico y los intereses econ3micos, entre lo legal y lo ilegal, aś como la cada vez m3s difusa frontera entre amigo-enemigo, dando origen a configuraciones sociales, econ3micas, poĺticas y culturales inestables.

Dentro de la literatura no especializada se destaca el valioso trabajo de Alfredo Molano. Sus cr3nicas sobre la violencia han sido un fundamento esencial para las investigaciones en este campo, al estar basadas en la recolecci3n de informaci3n a trav3s de la interacci3n directa con actores y v́ctimas de las din3micas violentas en Colombia. Molano ha escrito extensamente sobre las guerrillas: *Trochas y fusiles. Historias de combatientes* (2011), *A lomo de mula: Viajes al coraz3n de las FARC* (2016). Cr3nicas y experiencias de la atrocidad: *Ah́ les dejo esos fierros* (2009), *Los ańos del tropel. Cr3nicas de la violencia* (2013). Y procesos de despojo, de-territorializaci3n y re-territorializaci3n: *Selva adentro: una historia oral de la colonizaci3n del Guaviare* (1987), *Desterrados. Cr3nicas del desarraigo* (2005).

Adem3s, existe otro campo de investigaci3n de gran utilidad para la HVPC, es el campo de las cr3nicas e investigaciones period́sticas. En este campo destacan los trabajos de dos comunicadoras sociales de gran trascendencia como lo son Olga Behar y Maria Teresa Ronderos. La primera ha realizado cr3nicas investigativas acerca de la toma del palacio de justicia: *Noches de humo. Los protagonistas* (2010). La historia del fen3meno del paramilitarismo en Colombia: *El caso Klein. El origen del paramilitarismo en Colombia* (2012), y su pol3mico y espinoso libro: *El clan de los doce ap3stoles* (2011). En los cuales Behar (1988), por medio de entrevistas a ĺderes paramilitares, desvela los nexos de estas organizaciones con altos mandos del gobierno colombiano para generar din3micas de despojo, persecuci3n y exterminio de las guerrillas y la izquierda en Colombia (genocidio de la Uni3n Patri3tica [UP]). En el mismo sentido, Ronderos (2014) hace una historia period́stica del paramilitarismo en

Colombia, desde sus inicios, sobre la financiación por parte de narcotraficantes y la complicidad con el gobierno y las fuerzas armadas colombianas.

El Centro Nacional de Memoria Histórica ha desarrollado, a partir del año 2008, una serie de investigaciones inter-multi-disciplinarias, de las cuales se han publicado varios informes⁴⁹, los cuales, han abordado y elaborado explicaciones acerca de temas como el despojo de tierras (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2010), desplazamiento, genocidios, masacres (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013), persecución y eliminación de la diferencia (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015); buscando el reconocimiento y la reivindicación de las víctimas de las dinámicas de violencia política que han marcado la historia reciente de Colombia.

Asimismo, en los estudios de la HVPC se identifica una tendencia emergente que denomino 'Alteridades y enemigos en el conflicto armado'. En esta línea de pensamiento se plantean estudios -principalmente antropológicos-, acerca de la relación amigo/enemigo, la construcción de alteridades radicales y cómo estos enemigos han justificado y propiciado las crueles y brutales dinámicas de violencia en Colombia. Sobresalen los estudios de Alejandro Castillejo (2016) *Poética de lo otro: Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*, donde se analizan los elementos de construcción de la población desplazada como alteridad radical, como enemigos, como seres desagradables y liminares dentro de las comunidades. A la par, se destaca el estudio realizado por el Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia: *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. En él se analizan los discursos de construcción del enemigo en el periodo comprendido entre 1998 y 2010. Teniendo como fuentes fundamentales documentos extraídos del acuerdo de paz del Caguán entre el gobierno de Andrés Pastrana y la guerrilla de las FARC. Y el proceso de desmovilización de grupos de autodefensas para militares conocido como 'Conversaciones de Ralito' entre el Gobierno de Uribe Vélez y las AUC. En este mismo sentido, se destacan los aportes realizados por Elsa Blair Trujillo acerca de las identidades y las dificultades de construcción de posibilidades democráticas en un contexto de violencia y de eliminación de la diferencia.

Como se puede constatar, la HVPC es uno de los grandes temas de investigación y producción literaria en Colombia. Desvelar y aportar diversas miradas y análisis de las dinámicas de violencia en Colombia es un ejercicio de dolor de patria, de búsqueda de elementos para superar la guerra que asola a las comunidades durante más de medio siglo.

⁴⁹ Remítase a: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/informes-por-temas>

Capítulo I.

Marco histórico de la violencia política en Colombia

“No hay conflicto posible sin opuestos, sin la construcción de una otredad que significa, desde el punto de vista real o imaginario, riesgo y amenaza, pero que a la vez se necesita para sustentar, por ejemplo, la propia razón de ser. Sin embargo, cuando el oponente –trátase de cualquier persona, institución, comunidad, pueblo o nación– entra en la serie del enemigo que se debe eliminar, cuando se pretende su negación como ser humano para buscar su exterminio de una forma cruel, el conflicto se degrada”.

Pablo Emilio Angarita

Para lograr el cometido de identificar, reconocer y analizar las diferentes representaciones construidas sobre los otros y su articulación como el enemigo, se debe partir de un recuento histórico-teórico que permita fijar en contexto los objetivos planteados en este estudio. Así las cosas, en este capítulo se desarrolla un marco histórico acerca de la violencia política en Colombia, identificando la(s) violencia(s) presentes en el país; es decir, reconociendo el carácter específico de cada etapa de la violencia y superando la visión de una permanencia y continuidad ininterrumpida de la misma en Colombia. Cada etapa de violencia responde a circunstancias concretas que hacen que sean diferentes a las demás y, por tanto, no pueden ser categorizadas como una categoría histórica permanente e inmóvil.

En este sentido, en un primer momento, se busca reconocer las circunstancias que hacen de la HVPC, un tópico de estudio tan particular y diverso. En la revisión bibliográfica se encuentran, de forma implícita o explícita, conceptos como: *la violencia como presente perpetuo, la naturalización y banalización de los fenómenos de violencia, profundas crisis de representación e identidad* que generan dinámicas de violencia endógenas y extremadamente crueles; *un contubernio religioso-estatal*, el cual generó procesos de satanización en contra de la ideología de izquierda en Colombia, así como su persecución y exterminio. *Una cultura política autoritaria*, debido a la extraordinaria duración de los estados de sitio, excepción, emergencia y conmoción interior en el país; *la ilusión de la participación*, escenario en el cual se logra manipular la participación de la ciudadanía, así como su abuso y cooptación por medio de los actores de la violencia.

Posteriormente, se analiza la violencia como recurso poĺtico. En este apartado se construye un marco hist́rico que diferencia las distintas dinámicas de violencia, analizando sus particularidades y características, lo que permite distinguirlas entre sí. De esta manera, se busca comprender la HVPC no como un proceso continuo y permanente, sino como una sucesión de momentos en los que proliferan distintas formas de violencia, determinadas por nuevos actores, dinámicas y motivaciones para su uso como herramienta poĺtica.

Por último, se analiza el contexto de creación y aplicación de la Constitución Política de 1991, la cual garantiza las libertades, los derechos de participación y criminaliza las prácticas de violencia, persecución y exterminio de las diferencias. No obstante, el país continuó —y continúa— enfrentando procesos de eliminación violenta de diversas colectividades y asociaciones sociales que buscan la reivindicación de los derechos consagrados en dicha carta constitucional. En este sentido, se analiza la violencia como un mecanismo de terror y como un instrumento que garantiza la continuidad de la impunidad, evidenciando cómo, en Colombia, esta violencia, por su propia naturaleza, no ha hecho más que reproducirse a sí misma.

1.1. Avatares en la historia de la violencia poĺtica en Colombia

La literatura especializada y no especializada asociada a la HVPC es variada y rica en matices y enfoques anaĺticos. Esta constante atención al estudio de la violencia poĺtica evidencia la innegable relevancia que dicho fenómeno tiene en la vida de los colombianos. Ya sea desde la investigación acad́mica, la literatura, las crónicas o los trabajos periodístico-investigativos, en Colombia se ha construido una extensa bibliografía sobre este campo de estudio.

En este epígrafe se abordarán las diferentes posturas y teorizaciones sobre las dinámicas de la violencia poĺtica en Colombia, procurando articular diversos planteamientos y establecer un escenario de diálogo interdisciplinar que permita ampliar el horizonte anaĺtico de la investigación. Así, los aportes provenientes de campos del saber como la antropología, la sociología poĺtica, las crónicas y las investigaciones periodísticas, se integran a los trabajos hist́ricos para construir explicaciones multidimensionales sobre dichas dinámicas. Entonces, el abordaje de las investigaciones y producciones realizadas sobre la violencia en Colombia entre 1964 y 1994 busca reconocer enfoques anaĺticos que se interrelacionan y que sirven de sustento teórico para la investigación planteada.

1.2. Reflexiones teórico-conceptuales

Al reconocer la multiplicidad de trabajos sobre las dinámicas de la violencia política en Colombia, es posible identificar una serie de elementos conceptuales que, a mi juicio, ofrecen horizontes analíticos relevantes para esta investigación. Diversas miradas aportan distintas teorizaciones, lo que enriquece el campo de estudio. Dentro de la bibliografía consultada se pueden identificar posturas analíticas —explícitas o implícitas—, así como conceptualizaciones que deben ser reconocidas y reivindicadas en el marco de este estudio.

Con este panorama, se pretende desarrollar una conceptualización a partir de las interrelaciones posibles entre las diversas teorizaciones propuestas por distintos campos del saber social. Asimismo, se busca construir un marco teórico que ofrezca conceptos y herramientas de análisis pertinentes dentro de los límites de este estudio. De esta manera, se cumple el objetivo de generar posibilidades de diálogo de saberes y promover análisis multidimensionales. Todas las construcciones teóricas utilizadas a continuación demuestran que la HVPC posee diversos y diferentes puntos de análisis y que permiten, a su vez, reconocer las diferencias entre violencias y entre etapas de violencia. Los postulados que se analizan a continuación fueron utilizados para el alcance de los objetivos y propósitos de esta investigación; además, evidencian que la HVPC constituye un campo de estudio que ofrece vastas posibilidades y nuevos horizontes de análisis para futuras investigaciones. Este esfuerzo busca una comprensión profunda y compleja de las violencias, no por una inclinación hacia la violencia en sí misma, sino por el dolor de patria que implica su persistencia.

1.3. La(s) Violencia(s) políticas en Colombia

El primer horizonte analítico para el desarrollo de este trabajo es el reconocimiento de la multiplicidad, variedad, singularidad y diferencia entre las distintas etapas de la violencia política en Colombia. En este sentido, no puede equipararse la violencia bandolera de los años cincuenta ni la conformación de guerrillas liberales con la posterior consolidación de organizaciones insurgentes articuladas a los postulados de diversas corrientes del marxismo. Del mismo modo, resulta inadecuado confundir las guerrillas de las décadas de 1960, 1970 y 1980 con aquellas que, en períodos posteriores, se vinculan a la disputa por las ganancias del narcotráfico, desarrollan dinámicas de extorsión y secuestro, y coinciden con la consolidación de comandos de exterminio paramilitar. Así, las diferentes dinámicas de violencia obedecen a circunstancias particulares, como los cambios estructurales en la lucha armada, la aparición de nuevos actores o

las nuevas motivaciones para ejercer pŕcticas violentas contra la poblaci3n⁵⁰: “Sin haber participado en ella [la violencia] como adversarios armados, los campesinos perdieron la guerra y pagaron las consecuencias con las vidas de muchos y con la p3rdida de sus tierras” (Reyes, 2016, p. 16).

Es vital comprender la HVPC como una sucesi3n de dinámicas de conflictos no resueltos, que han dado lugar a manifestaciones de violencia, creaci3n de agrupaciones armadas, dinámicas de guerra, asesinatos, identificaci3n, persecuci3n y eliminaci3n del enemigo (la alteridad); por tanto, resulta un error concebir ‘la violencia’ como un proceso continuo y permanente, casi como un ente sobrenatural que existe por ś y para ś misma —una representaci3n habitual y recurrente en el imaginario colectivo—. Para avanzar en el reconocimiento y la reivindicaci3n de las v́ctimas, es necesario delimitar las distintas etapas de la violencia, tanto desde una perspectiva cronol3gica como atendiendo a los cambios que configuraron nuevas formas del devenir violento.

1.4. La violencia como presente perpetuo: naturalizaci3n y banalizaci3n

Las diferentes dinámicas y etapas de violencia poĺtica en Colombia han marcado profundamente las representaciones, imaginarios y visiones de naci3n del colombiano. Han determinado un punto de inflexi3n en el cual el pasado es la violencia, el presente es la violencia y, por lo tanto, la expectativa a futuro es de violencia. El proceso violento en Colombia ha tenido una duraci3n considerable, y es esta duraci3n la que hace homog3neos el pasado y el presente como violentos. Si el pasado reciente y el presente son violentos, culturalmente puede considerarse el horizonte de expectativa como proclive a la perpetuaci3n de las dinámicas de violencia; como argumenta Fazio (2010):

[...] el tiempo presente interviene como punto fijo en torno al cual giran el pasado y el futuro, es un tiempo que constituye una estructura cultural en permanente construcci3n. Su variabilidad obedece a cuál sea considerada la precepci3n temporal predominante en la sociedad en un momento particular. (p. 68)

La duraci3n, mutaci3n y sorprendente continuidad de procesos violentos en el pás, distorsionan la memoria, convirtiendo a la violencia en algo

⁵⁰ Vale la pena destacar que, en cualquier manifestaci3n de violencia poĺtica en Colombia, las v́ctimas fundamentales son la poblaci3n campesina, la poblaci3n rural que sufre la violencia desde todos los frentes y actores (grupos guerrilleros, autodefensas paramilitares, narcotraficantes, bandas criminales e incluso la ‘legítima violencia del Estado’).

cotidiano, en 'algo nuestro' por así llamarlo, en una suerte de 'naturalización' de la violencia. De tal manera, la violencia se convierte en un comportamiento aceptado e incluso validado socialmente; asimismo, es en este período cuando la representación de la naturaleza violenta del colombiano adquiere su máxima fuerza. Debido a las numerosas manifestaciones de violencia, sus lugares de ejecución, sus actores, motivaciones, prácticas y su asombrosa capacidad de permear todas las capas de la sociedad. La violencia en Colombia ha logrado banalizarse e incluso hacerse cotidiana. En palabras de Pécaut (2013):

La memoria de *La Violencia* contribuye así, de múltiples maneras, a que la nueva violencia no sorprenda, a que aparezca como «normal», a que se difunda tan fácilmente, a que sus dimensiones y sus litigios inéditos solo sean percibidos tardíamente. (p. 31)

De este modo, la violencia se define como una categoría histórica estática e inmóvil, la cual: "contribuye a reforzar un imaginario social de la violencia, que incita a pensar que las relaciones sociales y políticas se encuentran regidas permanentemente por la violencia, y que en cualquier momento ésta puede invadir de nuevo toda la escena" (Pécaut, 2013, p. 30). Así las cosas, se genera una suerte de 'presente violento perpetuo', en el que las generaciones actuales estuvieron, están y probablemente estarán conviviendo, directa o indirectamente, con dinámicas de violencia; por ello, existe un imaginario sobre la perpetuidad de la violencia. Sobre el particular Sánchez (2006) explica:

[...] la omnipresencia, real o imaginaria, de la guerra en el devenir nacional, nos ha hecho vivir en una especie de presente perpetuo, donde poco o nada cambia. [...] la guerra hace vivir el presente de manera tan aplastante, que parecería como si todos los tiempos se juntaran en el instante que vivimos [...] el periodo de la Violencia en particular atravesó de una manera tan crucial todas las instituciones, y las vidas de todos los individuos, que la responsabilidad histórica es más difícil de definir que en cualquier otra experiencia latinoamericana sin alimentar el recrudecimiento de las heridas. Y tal vez, porque con lo que vemos hoy ya ha dejado de ser excepcional, el carácter envolvente del presente y la pérdida del sentido de sucesión parecen ser rasgos distintivos de nuestras representaciones de la política. (pp. 98-99)

Este ‘presente violento perpetuo’ determina las representaciones de la comunidad frente a la política, el Estado y la resolución de sus conflictos⁵¹. Renuencia política, indolencia frente a las dinámicas violentas, exaltación del crimen y naturalización de la violencia, son algunos de los fenómenos subyacentes a las manifestaciones violentas del país; de tal manera que existe una crisis de representación de la violencia, una representación sobrenatural de aquella violencia que al parecer existe por sí misma como un ente autónomo.

Por tanto, historizar la(s) violencia(s) en Colombia es un objetivo fundamental, ya que demuestra que, aunque la violencia política en el país ha tenido una duración considerable, sus dinámicas obedecen a circunstancias específicas: momento, lugar, contexto político, motivaciones y actores. De esta forma, estas dinámicas pueden estar interrelacionadas entre sí, pero sus realidades son distintas.

1.5. Violencia en Colombia: crisis de representación

La categoría histórica conocida como ‘La violencia’ tuvo una importancia fundamental en Colombia en la formación de representaciones sociales, en particular al fortalecer el proceso de construcción de alteridad frente al pensamiento de izquierda, promovido por el conservatismo en alianza con la Iglesia Católica. Esta representación, cargada de negación y satanización de las ideas socialistas, comunistas e incluso liberales con tendencias radicales, constituyó un poderoso elemento de integración social, apoyado en fuertes cargas ideológicas que negaban y violentaban a los rostros de la alteridad. Dejando claro que el colombiano es conservador y católico, y quien represente lo contrario es el enemigo a vencer. Tanto nuestros abuelos y padres, en no pocos casos, todavía guardan los odios de filiación política, el odio visceral profundo hacia el otro, hacia el contrario, hacia aquel que representa ‘lo que no soy yo’ incluso en su atuendo.

El signo de la sangre estaba presente en ambos discursos como el elemento de redención de los males que cada cual le adjudicaba al otro. Su implicación iba más allá de la simple estrategia verbal para convertirse en acción que asolaba regiones enteras con la destrucción física del oponente en todas sus expresiones. El asesinato fue la forma definitiva de doblegar al otro, pero se recurría a la quema de las casas, a la destitución

⁵¹ Para el desarrollo de este estudio se entenderá la palabra conflicto como una diferencia no resuelta. Así las cosas, se presenta una diferencia respecto del concepto colombiano de conflicto el cual implica la guerra, y la confrontación violenta. Así mismo, se reconocerá el término posacuerdo por encima del posconflicto en tanto considero el conflicto elemento sine qua non a la construcción de sociedad democrática.

de los trabajadores, al robo o a la expulsión de territorio, los símbolos de la confrontación atravesaban la vida cotidiana, hasta los colores usados en los vestidos, el rojo o el azul, eran signos de desafío que incitaban al asesinato. (Jaramillo, 2007, p. 98)

Es absolutamente asombroso reconocer la magnitud del odio bipartidista, el rencor y el deseo de exterminar a quienes siguieran la bandera goda o cachiporra. Personas que entraban en confrontación violenta directa contra sus vecinos, siguiendo una ideología que no comprendían, guiados únicamente por un color y por las palabras de odio expresadas por los gamonales regionales, dirigentes políticos o representantes de la iglesia. Mientras los partidos tradicionales disfrutaban del monopolio del poder y el control político en Colombia, en los campos las personas se mataban, con la ilusión de ver triunfar su partido. En ocasiones siendo perseguidos, en ocasiones persecutores, organizados en bandas para el exterminio del otro, colombianos asesinando colombianos, campesinos matando campesinos, al mismo tiempo que sufrían todo el rigor de la 'legítima violencia del Estado'.

Los antecedentes de la violencia política, así como la persecución estatal y partidista contra 'los otros', incubaron un proceso de rencor y deseo de retaliación. Las generaciones anteriores a las cuadrillas de bandoleros sufrieron los rigores de un régimen político autoritario, represivo e instigador, que imponía su concepto de orden mediante la fuerza y acallaba las movilizaciones sociales a través de la violencia y la ley del miedo. Este proceso de hostigamiento dio lugar a lo que Gonzalo Sánchez ha denominado 'la generación de la violencia', aquellos que heredaron toda la frustración y el rencor de la sociedad, de 'los otros', como el mismo Sánchez (2006) argumenta: "En Colombia, [...] el bipartidismo introduce un elemento mucho más estático en las relaciones entre alzados en armas y sus protectores: la filiación política de ambos es prácticamente de nacimiento, de 'odios heredados'" (p. 81). En este sentido, la violencia encuentra una dinámica continuidad:

[...] entre los primeros cuadros de guerrillas. Son numerosos los que se reclutan entre jóvenes cuyas familias fueron víctimas de *La Violencia* y que, al comprometerse en la lucha resumen el proyecto de redimir a sus padres de la humillación sufrida, como si fuera posible retomar el curso interrumpido de los acontecimientos pasados y darles otro desenlace. Las huellas de las representaciones sociales de los años 1950 están presentes en las representaciones de los guerrilleros de hoy. (Pécaut, 2013, p. 31)

Estos ‘desesperados y frustrados’⁵² se convierten en la voz de los silenciados que, de alguna manera, cruda, cruel y violenta se convierte en memoria; la única forma de expresión válida que encuentran es la violencia, el hostigamiento, la negación y la eliminación del contrario, dirigida contra quienes los han convertido en ‘hijos de la violencia’. Es un acto manifiesto de venganza, en el que cualquier acción, por cruel o sádica que parezca, se justifica con el respaldo de un pueblo vapuleado. De esta manera, la violencia se perpetúa y ‘los otros’ adquieren nuevas connotaciones: los desesperados y frustrados también generan procesos de violencia contra sus propias alteridades; se genera una dinámica de ‘doble alteridad’, tal como lo explica Sánchez y Meertens (2006):

A este «programa negativo» de los frustrados y desesperados – para utilizar la expresión de Hobsbawm – se une otro elemento común a la llamada generación de los «hijos de la violencia»: la venganza. La crueldad es inseparable de la venganza y es legitimada por ella. Allí donde el campesinado, víctima de la Violencia oficial de la primera fase, no pudo organizar colectivamente la resistencia, la crueldad desmedida y la masacre aparecen como manifestaciones extremas de poder, individuales y primitivas, las únicas alcanzables por el campesino humillado. (p. 86)

Ante esto, los procesos de retaliación y venganza van convirtiendo paulatinamente a la violencia en un fenómeno cíclico y repetitivo, especialmente en un país donde los procesos de reparación y restauración de la memoria de las víctimas son tergiversados por los medios de comunicación, que en muchos casos reivindican la memoria de los victimarios⁵³. Por tanto, esta continuidad de las dinámicas violentas ha llevado sus consecuencias a niveles alarmantes. Para Díaz (2011):

En total, las víctimas de violencia política, o presumiblemente política, entre 1985 y 1990 fueron aproximadamente 14.032; una cifra que, en un

⁵² Conceptos utilizados por el historiador Eric Hobsbawm en el año 1959, en su obra *Rebeldes primitivos*, y ampliado en su posterior obra *Bandidos* 1969. En ellos hace referencia a los bandidos y bandoleros, que generan dinámicas de violencia como forma de protesta social donde existen profundas crisis de legitimidad del Estado, estos personajes surgen en zonas marginales o de frontera son idealizados y apoyados por las comunidades campesinas, que validan y justifican sus prácticas delictivas.

⁵³ Un ejemplo claro de este fenómeno en Colombia son las recientes referencias a los peores criminales de la historia colombiana en los programas televisivos. ‘Los tres Caines’, que toca el tema del paramilitarismo de los hermanos Castaño Gil; ‘Escobar el patrón del mal’, sobre la historia del narcotraficante Pablo Escobar Gaviria; y ‘Alias el Mexicano’, que está inspirada en la vida de Gonzalo Rodríguez Gacha.

régimen formalmente democrático, resulta ser superior a la registrada en la dictadura militar de Pinochet en Chile, que durante 16 años produjo cerca de 3.000 víctimas. (p. 109)

Debe tenerse en cuenta que solo se están estimando las víctimas de la violencia ejercida por organizaciones narcotraficantes y paramilitares durante la década de los años ochenta. Aún más alarmantes serían las cifras si se incluyeran también las víctimas de la violencia bipartidista, bandolera y guerrillera. Esto permite cuestionar la supuesta 'legitimidad' y el 'orden estatal' tan defendidos por el régimen político.

La realidad colombiana actual, en lo que respecta a la violencia, sigue siendo desoladora y alarmante. Las dinámicas y procesos violentos han trascendido los límites rurales y las fronteras de colonización, dando paso a un proceso de urbanización de la violencia. Esta se hace sentir con rigor y terror en las ciudades, donde la alteridad y 'los otros' adquieren nuevos matices: el desechable, la prostituta, el drogadicto, el pandillero, 'la rata', son algunos de los calificativos asignados a quienes, según ciertas lógicas sociales, deben ser eliminados. Estas dinámicas de violencia urbana responden a conflictos entre grupos narcotraficantes, pandillas o bandas delinCUenciales, y a la mal llamada 'limpieza social; frente a estos procesos Sánchez (2012) explica:

En primer lugar, tenemos el *impacto del narcoterrorismo*, y del sicariato como brazo armado de una especie de "industria de la muerte" (...), que continua aún hoy pese a la liquidación física o al encarcelamiento de los grandes capos de los carteles (...); lo que significa que narcos y sicarios gozan de otros apoyos sociales y políticos, de los cuales reciben tareas específicas. La segunda expresión notable de la violencia urbana es la que se manifiesta en la implementación de "milicias populares" en comunidades barriales de las capitales, (...) las milicias, operan, inicialmente al menos, con un mayor nivel de organización y con la complacencia de los habitantes en la eliminación de las otrora incontrolables bandas. Una tercera modalidad de violencia urbana es la de las operaciones de "limpieza social, con participación a menudo de policías o ex policías, contra mendigos, prostitutas y delinCUentes callejeros, (...) No faltan los casos en que esas "limpiezas sociales" son realizadas con el eufemismo de "ajusticiamientos populares", por parte de grupos o milicias que se proclaman revolucionarias. (pp. 38-39)⁵⁴

⁵⁴ El resaltado es del autor.

La violencia en Colombia, su continuidad, su caŕcter de presente perpetuo, ha ocasionado una crisis en la sociedad, ha modificado sus estructuras, sus comportamientos, sus dinámicas, la exaltación del crimen, la indolencia frente a la violencia, la validación de dinámicas como ‘la limpieza social’; fenómenos derivados de la rutinización de la violencia.

(...) más que de superar una crisis política o una crisis del Estado, se trataría de una crisis de sociedad, que está por reconstruir o refundar: en sus valores, en sus solidaridades y en sus conductas anteriores a todo orden político. Porque se trata en efecto de una sociedad que por efecto combinado de la violencia y narcotráfico ha visto transformadas las estructuras de la comercialización; los fundamentos de la acumulación (la ilegalidad sustituyendo la ganancia socialmente aceptada); los valores culturales; las redes entre el dinero, la justicia y la política; Las maneras de relacionarse con la vida y con la muerte. (Sánchez, 2012, pp. 48-49)

La violencia demuestra ser el reto más complejo en la construcción de sociedad en Colombia. Ha sido tan apabullante, tan continua, tan heterogénea y tan compleja —impartida por actores armados, la delincuencia, la economía de la droga y el propio Estado— que las representaciones sobre ella han llevado a la aceptación, a la resignación, a asumirla como ‘el orden natural de las cosas’. La violencia, por tanto, es mitificada y comprendida como una entidad viva, maligna y constantemente presente en la cotidianidad; frente al particular Pécaut (2013) argumenta:

La única representación colectiva es mítica y hace referencia a una violencia original que se repite sin cesar. Y de esta manera sigue estando prisionera de un horizonte religioso, como es la caída y el pecado. Los hechos de violencia son sin duda humanos, pero son percibidos como asimilables a las catástrofes naturales, las inundaciones, las enfermedades y otras «maldiciones de Dios»; que dependen del «curso de las cosas». Sus protagonistas pueden tener identidades muy precisas; pero aparecen como fuerzas anónimas que golpean ciegamente sin que les sea posible sustraerse a ellas. *La Violencia* misma es erigida en una especie de voluntad maligna. Los campesinos de la época de *La Violencia* afirmaban: «*La Violencia ha hecho esto o aquello*». Numerosas víctimas de hoy en día se expresan de manera similar. (p. 53)

La alteridad en la violencia se complejiza al tener en cuenta fenómenos como la asimilación de la violencia, representación de mal, dificultada por la difusa

frontera ‘amigo/enemigo’, la gran variedad de actores violentos y las similitudes en sus prácticas, el cambio de orientación eminentemente económico de los grupos guerrilleros; hacen que ‘el otro’ sea cualquiera, que el enemigo sea cualquiera y que sean todos, que la violencia tenga vida y autonomía; frente a esta perspectiva, se hace fundamental el desarrollo de una memoria colectiva⁵⁵ —no fragmentada, como la que existe actualmente— que permita construir representaciones claras sobre la violencia, sus actores, motivaciones, contextos y consecuencias. Esta memoria debe servir como escenario para la búsqueda de alternativas de resolución de conflictos, de participación política y de construcción de sociedad. El ejercicio de la memoria histórica impide la perpetuación de las dinámicas violentas, al mismo tiempo que reconoce alternativas y posibilidades:

Frente a la destrucción física y el arrasamiento de aldeas y pueblos, la profanación de templos y la violación de mujeres –depositarias de la vida del otro–, la memoria sería el instrumento de reconstrucción de unidad social, de la organización política, de los vínculos culturales y de las identidades personales que el terror y la guerra habían pulverizado. (Sánchez, 2012, p. 86-87)

Portanto, la memoria histórica dinamiza la otredad, trascendiendo su carácter de alteridad, genera procesos de comprensión de las complejidades de la violencia; la reconoce como diversos procesos, no como una realidad inalterable; define responsabilidades —ya sean por acción, omisión, participación, legitimación, etc. — y propende por la reconciliación de ‘los otros’, con ‘los otros’, es decir, consigo mismo. Un escenario de paz, fundamentada en la singularidad-diversidad-diferencia, el perdón, la reconciliación y la no-repetición.

⁵⁵ La memoria no puede ser individual en tanto: “nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan, a pesar de que se trata de hechos en los que hemos estado implicados nosotros solos, y objetos que hemos visto nosotros solos. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos” (Halbwachs, 2004, p. 26). De igual manera: “desde el momento en que nosotros y los testigos formemos parte de un mismo grupo y pensemos en común en determinados aspectos, seguimos en contacto con dicho grupo, y somos capaces de identificarnos con él y confundir nuestro pasado con el suyo” (Halbwachs, 2004, p. 29). Así las cosas, la memoria permite la construcción de sociedad, el reconocimiento y reivindicación de quienes no han tenido historia.

1.6. Contubernio religioso-estatal y la satanizaci3n del comunismo y socialismo en Colombia

Colombia, pa3s de fuertes y arraigadas urdimbres cristiano-cat3licas, el pa3s del ‘sagrado coraz3n’⁵⁶, donde la iglesia ha detentado la capacidad de ejercer el poder social, econ3mico, cultural e incluso pol3tico. En este sentido, el comprender esta dinámica pol3tico-religiosa colombiana es fundamental para un análisis completo de la HVPC. La pol3tica colombiana fue debatida y dividida entre dos filiaciones pol3ticas: el liberalismo y el conservatismo. Donde la primera propend3a por defender los principios de libertad y democracia, los segundos defend3an las tradiciones, la autoridad (autoritarismo) y una profunda relaci3n con la instituci3n eclesiástica. Blair, identifica estas colectividades y filiaciones pol3ticas en el sentido de Benedict Anderson (2007) como ‘comunidades imaginadas’, a saber:

Los partidos pol3ticos: dos “comunidades imaginadas” de sentimiento y de sentido que constituyen, sin embargo, el único referente de identidad (Nacional). Por parte de los conservadores (con enorme incidencia de la Iglesia) que aplicaban el criterio de ortodoxia cat3lica, lo cual supon3a la exclusi3n de los liberales de la Naci3n como “el otro, el diverso”. Por parte de los liberales, que intentaban definir lo nacional en t3rminos de democracia y progreso y que excluir3a de la Naci3n a los “godos y reaccionarios”. (p. 51-52)

En este sentido, la conformaci3n de identidades por medio de la filiaci3n bipartidista es un ejercicio de construcci3n de alteridad, de identificaci3n y negaci3n de los otros. Y, la iglesia cat3lica en contubernio con el partido conservador establece las bases de la alteridad radical liberal, los cuales, aunque igualmente cat3licos, eran atribuidos de la maldad, del ate3simo, el pecado, la degeneraci3n y la separaci3n de la ortodoxia cat3lica. Es decir, de los dos partidos pol3ticos, eran los conservadores quienes ofrec3an mayores garant3as al mantenimiento del *status quo* eclesial y clerical y, por tanto, era la filiaci3n pol3tica que adoptar3an, identificando, negando y llamando a la persecuci3n de los otros⁵⁷.

⁵⁶ Colombia fue consagrado al “sagrado coraz3n de Jes3s” en 1902. Acto que se renueva cada a3o y en 2008 se consagr3 tambi3n al “inmaculado coraz3n de Mar3a”. As3 se demuestra como el carácter cat3lico, excluyente, machista-patriarcal se perpet3a en el devenir colombiano.

⁵⁷ Sobre el particular Alfredo Molano expone: “La mujer, me invit3 un d3a a confesarme para poder comulgar y dar gracias a Dios por estar con vida. Yo le dije: «Pero si yo no he matado, no he robado, no he hecho nada malo, no tengo de qu3 arrepentirme; solo hemos trabajado». Me dijo: «No importa, vamos a confesarnos para poder comulgar». Yo por no disgustar le hice

Dados los referentes culturales de una sociedad formada por la Iglesia y con un enorme predominio de la moral católica, las ideas liberales (modernizadoras) se estrellaban contra políticas de abierta “contención a la modernidad”. Estas políticas, que eran agenciadas por los conservadores y por la Iglesia, estaban profundamente arraigadas en la mentalidad de los colombianos y constituían un modelo ideológico y cultural de contenido “antimoderno” que atacaba la laicización de la vida social por ser fuente de anarquía política, y condenaba la “degeneración” social producida por la separación entre la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos y la independencia de la razón humana ante la autoridad divina; modelo que siguió marcando hasta fechas muy recientes el comportamiento normativo de la población. (Blair, 1995, p. 50)

La institución eclesiástica brindó las condiciones para otro tipo de barbarización: el pecador, el hereje, la adúltera (pecado que, en general, era atribuido casi exclusivamente a las mujeres), es decir, la satanización del otro. A través de la tradición católica, su dogma y su control educativo y social, se ha desarrollado un proceso continuo de exclusión, persecución y exterminio del otro. Y ‘el otro’ es todo aquel que amenace los intereses y la estabilidad eclesiástica, una estabilidad que fue cimentada mediante la alianza con el conservatismo. Esta alianza permitió a la institución católica establecer las bases de un proyecto de organización y control social, sostenido por una clase alta ilustrada y católica encargada del ámbito político, mientras la Iglesia actuaba como guía espiritual y social de la comunidad; como plantea Jaramillo (2007):

Incluso estaban en juego intereses sociales, pues la jerarquía eclesial y la conservadora consideraban “la plebe” incapaz de dirigir al Estado, mucho menos a la sociedad; por tanto, había que garantizar la reproducción de las “clases altas” para mantener la continuidad, no ya del régimen político, sino de la sociedad misma. (p. 74)

Esta proclividad por la reproducción de ‘los guías y dirigentes de la nación’ se fundamentaba en principios éticos y morales propios del dogma católico, los cuales debían ser asumidos por las personas ‘buenas’; es decir, lo que se

caso. Llegué al confesionario; el cura me echó la bendición y me dijo: «Dime tus pecados». Yo le contesté: «Yo no tengo pecados». Dijo: «¿Usted qué es?». «Yo no vengo a confesarle políticas», le dije. Dijo: «Usted es liberal». Le contesté: «Usted lo ha dicho». Entonces gritó: «Desde este momento usted queda excomulgado» (Molano, 2012, p. 39). Así las cosas, se demuestra cómo el proceso de negación del otro trasciende el ser o no ser católico, se es o no liberal, el liberal, es considerado como una suerte de ser desprovisto de capacidad para ser católico. En esto consistió el contubernio conservatismo-catolicismo.

considera ‘bueno’, ‘civilizado’ y ‘provechoso’ es aquello que la Iglesia propone y defiende. O sea, son ‘buenos’ los cat́licos que siguen la orientaci3n ilustrada de los representantes eclesiásticos, así como su sistema de valores, comportamientos éticos, morales e incluso políticos; como explica Santofimio (2011):

De ese modo, la iglesia planteaba a los “cat́licos y ciudadanos de buena voluntad” una doctrina simple y dogmática del orden socio-político, que no iba más allá de *corrientes democráticas y sistemas totalitarios*, significando con ello que un voto a la izquierda era un voto al totalitarismo y sus derivaciones. A su vez, el voto a la derecha necesariamente era un voto a la democracia, a la honestidad, a los aptos, así de simple; desde la iglesia era la invocaci3n al orden social democrático (su orden social) como fin último, [...] pues eso a la Iglesia le significaba más que invocaci3n desinteresada del orden social democrático, defender su propia existencia institucional. (p. 116)

Para lograr formar una identidad fuerte en el pueblo, el catolicismo colombiano, por medio de su simbología, su doctrina y su funci3n de ‘guía espiritual y moral del pueblo’, adiestró a la comunidad en la identificaci3n, exclusi3n y negaci3n del otro. Este ‘otro’ era el liberal, el comunista, el socialista, la mujer, el homosexual o cualquier otro cristiano con una identificaci3n dogmática distinta. Al representar ‘lo que no soy yo’, estos otros se convirtieron en blanco de persecuciones recurrentes, tanto por parte de los representantes de la Iglesia y el Partido Conservador, como por parte de la comunidad cat́lica, en una profunda dinámica de negaci3n del otro, como explica Jaramillo (2007), “se trataba de crear en el destinatario no una afirmaci3n de sus creencias y valores por sí mismos, por el significado o contenido de sus doctrinas y de sus dogmas, sino por la vía de la negaci3n del otro” (p. 75)⁵⁸.

Esta negaci3n del otro equivale a la alteridad, al identificar al otro —en este caso, el socialismo, el comunismo, el liberalismo, los movimientos sociales de mujeres, estudiantiles, las comunidades gais, etc.— como lo opuesto al conservadurismo y su contubernio con el catolicismo; es decir, estos colectivos políticos eran asociados con lo ateo, lo maligno y lo demoníaco. Se les consideraba como aquellos que entregarían el futuro de la naci3n a las huestes de Satanás. De tal manera que se forjó un imaginario, de odio, rechazo y hostilidad frente a estos por parte de la sociedad, que debe proteger a la iglesia y, a su vez, ser protegida por esta; donde la calidad humana, queda supeditada a quién eres y lo que

⁵⁸ El énfasis es ańadido.

representas para la Iglesia; este proceso es denominado por Jaramillo (2007) como la ambivalencia del discurso:

Queda así configurada una especie de ambivalencia del discurso: un sentido cuyo significado se orienta claramente a la defensa del pueblo, entendido como los desvalidos, los desposeídos; integrados a la noción general de humanidad; otro, se insinúa claramente cuando destacan los fines de la acción política de los “comunistas” que se realizan entre los actores sociales que venimos enunciando. *Se produce cuando argumentan que éstos recrean las “miserias morales”, adoptan una “conciencia diabólica”, estimulan los “instintos de la carne endiosados”, son constructores de la “muerte moral de la humanidad” e incentivan las “bajezas morales”, “el odio y la revuelta”. También lo identifica como el cuerpo que integra a “los incultos de abajo.* (p. 81)

Así las cosas, los otros en Colombia, también son atacados por la institución que pregona el amor hacia el prójimo; el ‘no juzguéis o seréis juzgados’ no aplica para una institución que en nuestro país disfrutó y aún disfruta en no pocas zonas del país, el rol de legislador, juez y verdugo, de quienes son diferentes y, por lo tanto, son la representación del mal.

En Colombia, las representaciones de alteridad radical frente a las ‘buenas costumbres’ y las tradiciones católico-conservadoras han recaído en el comunismo, el socialismo y, en general, en todo tipo de pensamiento de orientación izquierdista democrática y emancipadora, vinculado a las reivindicaciones de los movimientos sociales. Por lo tanto, es fundamental reconocer el proceso mediante el cual la sociedad colombiana perpetúa una racionalidad derechista y autoritaria que ha sustentado su devenir histórico. Aunque la persecución y el exterminio de la izquierda han sido una constante en toda América Latina, en Colombia este proceso ha sido especialmente variado y multidimensional: desde la construcción de representaciones del mal por parte de la ‘moral’ católica (el moralismo), hasta la satanización mediante la manipulación popular, pasando por la violencia cruda y manifiesta orientada a exterminar y aniquilar cualquier posibilidad de una izquierda democrática en el país.

1.7. Cultura política autoritaria y la ‘ilusión de la participación’

Aunque está consagrada en las constituciones nacionales, la participación es un concepto ambiguo y problemático dentro de la cultura política colombiana. Se vuelve complejo al considerar la profundidad de su significado, la responsabilidad social que implica y el grado de ciudadanía requerido. Asimismo, la

participación debe incorporar la perspectiva del otro; una participación verdaderamente democrática es aquella que busca reconocer y comprender al otro, tanto como individuo como miembro de la sociedad, reivindicando su singularidad, es decir, su alteridad. De igual manera, exige el autorreconocimiento del propio rol como ciudadano. De lo contrario, la participación se convierte en un juego, en una pantomima de un ejercicio que, por un lado, se subestima y, por el otro, se desconoce; como argumenta Serje (2005) respecto a:

La ‘construcción de consentimiento’ que se refleja en una serie de políticas orientadas a propiciar la inclusión democrática de sus pobladores a través de una serie de espacios de *participación*. Se trata de prácticas en las que se adopta una lógica escolar y disciplinaria donde los representantes comunitarios que van a ser consultados se ven transformados en el público receptivo de una secuencia de exposiciones de tipo magistral. Además de poner en evidencia la verdadera posición de los consultados como receptores o, en el mejor de los casos, como alumnos a quienes se intenta infundir un discurso, se revela aquí muy bien el tipo de comunicación que los representantes de un Estado urbano, que se quiere tecnocrático, pueden establecer: se trata de una práctica donde solo se oyen las voces de quienes dominan cierto vocabulario y ciertas formas de retórica, donde el universo de lo que es posible discutir y resolver está definido de antemano en el marco de categorías y formulas ‘técnicas’ y donde solo se pueden tomar decisiones de acuerdo con la lógica y la racionalidad de aquellos que presiden la reunión, quienes de esta manera imponen y delimitan las reglas de juego. (p. 227)⁵⁹

En realidad, lo que existe —y ha existido desde la etapa colonial—, es una ‘ilusión de la participación’⁶⁰, ya que se permite al ‘ciudadano’ participar en la elección de ‘representantes’ —que no representan más que sus propios intereses—, pero no en proyectos, leyes o verdaderas decisiones de orden estatal, se hace creer al pueblo que participa activamente, que su voz es escuchada y tomada en cuenta; sin embargo, su ‘participación’ no pasa de ser un simple formalismo o el cumplimiento de una norma procedimental. En primer lugar, la mayoría del colectivo reduce y subvalora la participación ciudadana al mero acto electoral; en segundo lugar, lo poco en lo que se le permite participar ya está estructurado de antemano en función de los intereses del Estado. Es decir, la ilusión de la participación se completa mediante una ‘inclusión excluyente’:

⁵⁹ Énfasis de la autora.

⁶⁰ Concepto del autor de este libro.

se consulta a la población únicamente con el fin de obtener su aprobación, ya que negarse resulta inadmisibile. Negarse es ir en contra de la nación, de sus objetivos, de sus ideales. Es convertirse en la alteridad, y la alteridad es el otro, y el otro, fácilmente, es el enemigo:

En la medida en que éstos pueden participar solo si dan su consentimiento y únicamente pueden hacerlo en los términos previstos por el Estado, se desconoce y deslegitima la manera de entender la naturaleza y la naturaleza de las cosas de estos grupos, desechando todo aquello que se aparte de los designios y prioridades de la racionalidad moderna y de su economía política. (Serje, 2005, p. 230)

La formación de la ‘ilusión de la participación’ se debe a procesos sociopolíticos identificables en la historia colombiana, como lo son: la democracia restringida, las alianzas partidistas, la constante de los estados de excepción, el clientelismo y la formación de una cultura política autoritaria⁶¹, la cual niega y excluye la posibilidad de participación por parte de las alternativas políticas, de tal manera que se perpetúa y monopoliza el régimen político que homogeniza mientras oblitera y niega la diferencia; frente al particular Díaz (2011) argumenta:

En términos generales puede afirmarse que en Colombia se presentó una democracia restringida y un proceso de deslegitimación del régimen político, lo cual se manifestó a través de la exclusión de la participación política y democrática de los partidos políticos diferentes a los tradicionales, por medio de la abstención electoral y de la ampliación de la práctica del clientelismo. Es así como se restringió también la formación de una *cultura política democrática*, puesto que se limitó a los colombianos sus derechos de participación política y de discusión pública. Y a su vez, porque se coartó tanto la libertad de organizar como de pertenecer a organizaciones políticas y sociales, formadas o elegidas libre y autónomamente por los ciudadanos. (pp. 48-49)

⁶¹ Esta cultura política autoritaria es el resultado de la violencia impartida desde múltiples y diversos frentes, la violencia, se reproduce a sí misma, y genera dinámicas como estados de conmoción interior, estados de excepción, toques de queda y estados de emergencia. Así las cosas, en un país donde estas dinámicas han sido mayor parte del siglo XX, puede explicarse porque la población reconoce las vías violentas, como efectivas e incluso necesarias para resolver sus conflictos. Sobre el particular Blair (1995) plantea: “[...] el uso de las armas y la confrontación armada, casi permanente, podría ser la expresión de una mentalidad guerrillera incrustada en el “imaginario colectivo” de los colombianos; lo que explicaría, en buena parte, la erupción cíclica de la violencia en el país. Pero pensamos, además, que el uso recurrente de las armas tiene efectos sobre las mentalidades al reforzar y/o reproducir comportamientos y actitudes guerrilleras” (Blair, 1995, pp. 48-49). Por Tanto, procesos como la mentalidad guerrillera, genera las bases para la conformación de la cultura política autoritaria.

Este proceso fue complementado con la continuidad —inadmisible en un Estado social de derecho— de los estados de excepci3n: estados de sitio, de conmoci3n interior y otras formas de suspensi3n de garantías, que han sido una constante en la historia colombiana cada vez que la situaci3n de orden público ‘así lo exige’. Frente a la persistencia de la violencia política, el accionar de grupos insurgentes, el narcotráfico y los grupos paramilitares, el poder ejecutivo ha recibido la potestad y autoridad para reprimir tales situaciones mediante el uso de la violencia ‘legítima’, legal y constitucional, a través de las fuerzas militares.

En este contexto, también es posible limitar o subordinar los poderes legislativo y judicial, dando lugar a una hipertrofia del poder ejecutivo. La gran contradicci3n radica en que la utilizaci3n de los estados de excepci3n ha sido, en buena medida, dirigida contra la poblaci3n civil: contra todos aquellos que encarnan la alteridad, es decir, los colectivos sociales —organizaciones sindicales, movimientos campesinos, movimientos indígenas, partidos y movimientos políticos alternativos, colectivos estudiantiles, entre otros— que han luchado por las reivindicaciones de los otros y para los otros. Esto ha generado medios de represi3n y persecuci3n orientados a su eliminaci3n, o al menos a su intimidaci3n, como expone Díaz (2011):

Durante la segunda mitad de siglo XX Colombia permaneci3 más tiempo en situaci3n de Estado de excepci3n que en un Estado de derecho o en Estado social del derecho, puesto que entre 1952 y 1994 Colombia estuvo 35 ańos en Estado de excepci3n y durante los diez ańos comprendidos entre 1984 y 1994 rigió, en nueve de ellos, el Estado de sitio o el Estado de Conmoci3n interior. (...) Varias de las normas expedidas a través de los decretos de excepci3n se convirtieron, posteriormente, en legislaci3n permanente, con lo cual se profundiz3 la tendencia de resoluci3n coactiva de los conflictos sociales. Además, la legislaci3n de excepci3n contribuy3 al creciente proceso de criminalizaci3n de los derechos sociales, por medio del cual comenz3 a considerarse como conductas delictivas los legítimos derechos sociales y políticos como el derecho de asociaci3n o el derecho a la huelga. (pp. 194-195)

La participaci3n política en Colombia ha experimentado un cambio de forma, mas no de fondo. A través de la modificaci3n de las nomenclaturas en el régimen político, se pasa del bipartidismo —liberal o conservador— a una dicotomía entre izquierda y derecha, especialmente con la entrada en escena del comunismo internacional y las organizaciones guerrilleras en el contexto de la Guerra Fría. Este hecho configur3 una nueva forma de representaci3n de los otros en el plano nacional, como lo explica Santofimio (2011):

[...] la Guerra Fría además de insertar el conflicto colombiano en una revelación de lo externo, desdobra las adscripciones históricas liberal/conservador en percepciones de derecha/izquierda, lo que no quiere decir, que la Guerra Fría haya creado la nomenclatura derecha/izquierda, sino que simplemente la llenó de contenido, la hizo operante. [...] la nomenclatura de adscripción derecha/izquierda, la cual proporcionaba sentido a la realidad, la interpretaba, llegando a explicar tanto lo interno como lo externo que acontecía en el país; la nomenclatura derecha/izquierda, llegó a ser una especie de guía que, al expresar opciones, las identificaba para confirmarlas. Los agentes sociales, las instituciones, los partidos, se acercaban a la realidad y la hacían suya, satanizando o vanagloriándose en uno u otro extremo de la nomenclatura. (pp. 16-17)

Los otros continúan siendo víctimas del proceso de identificación, negación, exclusión y eliminación. Al ampliar su espectro, la izquierda aglutina a todos los otros —desde la perspectiva del Estado— y, al estar aglutinados, es más fácil definir su alteridad. Esta, junto con la cultura política autoritaria, genera imaginarios de exclusión y hostilidad frente a quienes buscan reivindicaciones sociales, laborales, estudiantiles, sexuales, entre otras. Se construyen así imaginarios y escenarios de exclusión incluso entre vecinos y pares, simplemente por representar ‘lo que no soy yo’.

Seguidamente, el proyecto de Estado/Nación demuestra profundas contradicciones frente a la población. En primer lugar, la participación se restringe mediante una inclusión excluyente. En segundo lugar, la articulación del Estado/Nación ha estado impregnada de una carga ideológica eminentemente derechista, fundamentada en relaciones adscriptivas, alianzas partidistas con la Iglesia católica, la constante utilización de los estados de excepción y la formación de una cultura política autoritaria, la cual ha moldeado los imaginarios del grueso del colectivo.

Por último, los otros —es decir, quienes han tenido un pensamiento alternativo— han sufrido procesos de negación, barbarización y satanización. Además, son asociados con la alteridad y sus manifestaciones (como la insurgencia, la ideología de izquierda, las zonas de frontera, etc.). De esta manera, puede afirmarse que el Estado/Nación fue y está diseñado para la población; la cuestión radica en que este diseño responde a la población adaptada, a aquella que se mantiene dentro del sistema, lo acepta y valida. Por lo tanto, los otros, al representar ‘lo que no soy yo’, se convierten en enemigos del sistema sobre quienes se debe intervenir para que prevalezcan los intereses de la nación.

[...] la profunda desconfianza y temor que inspiran los grupos que se ubican ḿs alĺ de las fronteras de la civilizaci3n. Al ser objeto del proceso de proyecci3n, se asume que estas poblaciones son ‘proclives a la violencia’, viven en la ilegalidad, no tienen valores. Tienen un modo de vida, una forma de pensar y unas expectativas ignorantes, atrasadas y por lo deḿs absurdas. Por todo ello se consideran potencialmente conflictivos y rebeldes (se asocian invariablemente a las guerrillas: sus ĺderes, patrocinadores y defensores son auxiliares de éstas); aparecen como un obst́culo al progreso del pás (los intereses ‘particulares’ de unos miles de indios no pueden primar sobre los de la Naci3n). (Serje, 2005, p. 230)

En un pás donde las dinámicas de violencia han corroído profundamente las bases sociales, y donde la multiplicidad de actores y la degradaci3n de sus motivaciones —narcotŕfico, contrabando, explotaci3n minera o el simple deseo de poder y control territorial— hacen que la poblaci3n sea categorizada como enemiga del Estado, la represi3n y el autoritarismo estatal han dado pie a abusos e incluso atrocidades. La poblaci3n es denominada ‘base social’ de los actores violentos, sin comprender que estas filiaciones obedecen al miedo impuesto por la violencia ejercida por quienes detentan ilegalmente el poder.

En este sentido, se genera una dinámica de otrerizaci3n de los movimientos sociales: todo lo que se aparta de la raz3n de Estado es parte del enemigo a eliminar. Perteneciendo o no a grupos armados, son asociados e identificados con ellos para justificar la persecuci3n, represi3n e incluso eliminaci3n de los otros, es decir, de aquellos que desafían la normalidad instituida. En śntesis, estas dinámicas de violencia sirven como justificaci3n para la aplicaci3n indiscriminada de la represi3n y el autoritarismo por parte de la ‘legítima violencia del Estado’ sobre la poblaci3n. Acerca de este particular, Alejandro Reyes (2016) plantea:

Mientras exista una situaci3n de violencia generalizada, el Estado confronta oposiciones armadas y actúa como enemigo de una parte de la poblaci3n. En estas condiciones los conflictos sociales pasan a ser concebidos y enfrentados por sus protagonistas con categorías de lenguaje y principios de acci3n que pertenecen a la 3rbita de la guerra. Los sujetos sociales son tratados como enemigos encubiertos. Los reclamos y expresiones de protesta reciben el trato de actos subversivos. No se reconoce la existencia de organizaciones sociales, sino la de fachadas poĺticas o frentes de masas del enemigo. No es la legalidad de los medios de lucha lo que cuenta, sino la destrucci3n del otro por cualquier medio. (p. 44)

La alteridad y la otredad en nuestro país generan conceptos ambiguos de democracia, ciudadanía, participación y política. Estos conceptos son subvalorados debido a procesos como las relaciones adscriptivas partidistas, la democracia restringida, la violencia política y la formación de una cultura política autoritaria, de tal manera que estos conceptos no son para los otros; la nación no reconoce las nacionalidades de los otros y, si lo hace, no trasciende del simple enunciado en la carta constitucional.

Así las cosas, mediante la ilusión de la participación, la inclusión excluyente y la negación y limitación del otro, se mantiene el monopolio del régimen político fundamentado en el modelo económico neoliberal, que necesita de los otros, los convierte en su escenario de posibilidad, en su plano de existencia. Quienes detentan el poder político existen gracias a, y debido a, los otros. Este mecanismo de diferenciación y control ha funcionado durante más de 200 años en la construcción de la ambigua y problemática ‘nación’.

1.8. Violencia y presencia diferenciada del Estado

Los análisis de la HVPC han procurado demostrar un colapso total del Estado en Colombia, buscando lograr una suerte de ‘responsabilización’ estatal en las dinámicas de violencia. Conceptos como ‘Estado fallido’ o ‘colapso del Estado’ intentan evidenciar que en Colombia la imposibilidad o el colapso del Estado ha generado las condiciones para estas dinámicas violentas, y que dicha situación perdura y se perpetúa en la realidad nacional; sin embargo, el análisis de la integración estatal en los ámbitos económico, político y social de la población demuestra que en Colombia no ha existido un Estado fallido o colapsado. La situación colombiana responde más bien a las circunstancias que permiten o dificultan la entrada y consolidación del Estado en la totalidad del territorio nacional. Es decir, en Colombia podemos identificar una ‘presencia diferenciada del Estado en el espacio y el tiempo’, lo cual permite comprender:

La manera diversa como las instituciones estatales se relacionan con las diferentes regiones y las redes de poder realmente existentes en ellas, según sus particularidades, su tipo de poblamiento y el grado de cohesión y jerarquización social que hayan alcanzado. (González, 2014, p. 60)

En este sentido, puede reconocerse que en Colombia la presencia del Estado obedece a factores que pueden estar lejos de su jurisdicción, control o dominio. El Estado solo puede generar presencia donde logra monopolizar la fuerza, establecer procesos de adhesión e identidad, y mantener control sobre las

diversas dimensiones de la sociedad —actividades económicas, legalidad e ilegalidad, y los gamonales del poder regional—. Así, dependiendo de la situación o circunstancia concreta de cada región o territorio local, la presencia del Estado es diferenciada y disímil, como plantea Fernán González (2003):

La manera diferenciada como los aparatos del Estado hacen presencia en las diferentes regiones del país y la manera disímil como las diversas regiones y sus poblaciones se han ido integrando a la vida nacional a través de los partidos tradicionales tanto como federaciones de redes de poder local y regional, como subculturas políticas. (pp. 135-136)

La presencia diferenciada del Estado se caracteriza por la confrontación o articulación con los poderes locales o redes de poder existentes en los territorios. En el caso colombiano, el Estado ha debido disputar el control territorial con grupos guerrilleros, paramilitares, bandas criminales y los barones de la droga. En un país donde han coexistido distintas temporalidades, categorías y dinámicas de violencia, las cuales obedecen a circunstancias y escenarios concretos, los ‘órdenes’ territoriales son igualmente cambiantes. Así, el Estado se ha visto obligado a coexistir con estos poderes e incluso a integrarlos en las dinámicas de poder político regional. Sobre este particular, González (2003):

En esas regiones, no hay un actor claramente hegemónico sino una lucha por el control territorial con predominios cambiantes según la coyuntura, que dejan a la población civil expuesta al cruce de fuegos y a los cambios fluctuantes de “soberanías fluidas” de uno u otro de los actores armados. En estas regiones, los aparatos del Estado se mueven como otro actor local más, entremezclándose de manera difusa con los poderes de hecho que se están construyendo en ellas. (p. 136)

Empero, en Colombia ha existido una integración gradual de los territorios al Estado, ya sea por la vía de la confrontación o de la alianza con los detentadores de los poderes locales y la capacidad de ejercer la violencia. De esta manera, se puede comprender la multiplicidad de escenarios de violencia, disímiles y singulares en distintas regiones del país. La presencia diferenciada y parcial del Estado explica el carácter local y específico de estas dinámicas, las cuales pueden ser diametralmente opuestas en diferentes lugares y momentos. Por ende, factores como los recursos disponibles, las dinámicas de población, la filiación política, la presencia o ausencia de escenarios de producción y tráfico de drogas, la consolidación o precariedad de los partidos políticos, el poder o debilidad de gamonales o dirigentes regionales, las actividades económicas legales o

ilegales, y la presencia de actores armados y su grado de integración social —ya sea por el miedo o la identidad— hacen que la presencia del Estado sea desigual y discontinua.

En este sentido, los intereses políticos pueden obedecer a los intereses de actores de la violencia (por ejemplo, la ‘parapolítica’), o los intereses de los grupos armados pueden responder a las necesidades del Estado y a la filiación política que controla su destino (bandolerismo y violencia bipartidista, paramilitarismo). Así, el concepto de presencia diferenciada del Estado permite explicar la situación colombiana, en la cual coexisten regiones sin presencia estatal, con presencia parcial o donde esta se ve supeditada a las relaciones con las redes locales de poder y con los actores armados y ejecutores de violencia. En palabras de González (2014):

[...] el gradual y conflictivo proceso de construcción de las instituciones estatales, basado en la paulatina integración de las diferentes regiones y en la articulación de sus poblaciones a la vida económica y política. En vez de ser un Estado fallido, que ha perdido el monopolio de la coerción, se trataría de un Estado que va integrando gradualmente nuevos territorios y poblaciones marginales, donde la presencia de las instituciones estatales no es homogénea sino desigual, de acuerdo con el grado de articulación de esas regiones con el centro del país y según el tipo de relación que se establece entre el Estado central y los poderes de hecho existentes en regiones y localidades. Y, en consonancia con los diferentes modos y momentos de esa articulación y con la manera como las regiones se poblaron y organizaron socialmente, se producen diferentes estilos de violencia y diversos modos de inserción de los actores armados ilegales. (p. 136)

En síntesis, la realidad colombiana presenta un abanico extremadamente amplio de posibilidades de análisis, dado que sus dinámicas son extraordinariamente cambiantes. La gran constante en la HVPC es el cambio, la mutación, la discontinuidad y el movimiento. Por esta razón, en Colombia la violencia es un tópico difícil de analizar, ya que la población ha recibido violencia de múltiples y disímiles actores, lo que dificulta una reconstrucción real y fiable en los procesos de memoria y reivindicación de las víctimas.

Por tanto, el análisis propuesto busca reconocer estas discontinuidades y, a la vez, las particularidades de la violencia en Colombia a través de las representaciones sociales, entendiendo cómo estas han sido instrumentos para la construcción, identificación y eliminación de otros radicales que han justificado la violencia.

En mi consideración, la violencia en Colombia no tiene parangón debido a su complejidad sin igual.

1.9 La(s) violencia(s) como recurso político: dinámicas de violencia política en Colombia

Al reconocer la diversidad y las diferencias entre las distintas manifestaciones y temporalidades violentas, las cuales obedecen a sus circunstancias específicas, es posible elaborar un rastreo histórico de estas etapas y fenómenos de la violencia en Colombia. Reconociendo sus contextos específicos y singularidades, es posible, en primer lugar, lograr una comprensión cabal de cada etapa particular de violencia y, asimismo, explicar cuáles son los factores que la configuran como un fenómeno distinto a los demás, sin dejar de reconocer que puede estar relacionada, anteceder o implicar otras etapas y dinámicas violentas. Por tanto, en este epígrafe abordaremos tres etapas de la violencia a saber: ‘violencia bandolera’ 1945-1964, surgimiento de las cuadrillas de bandoleros a causa de los primeros grupos paramilitares, fundamentados y auspiciados por el gobierno militar en la persecución y eliminación de los liberales. ‘Violencia guerrillera’ 1964-1984, la fundación de las guerrillas de orientación marxista, su lucha subversiva y su posterior desmovilización por medio de los acuerdos de paz con el gobierno Betancur. Y la ‘violencia narcotraficante y paramilitar’ 1985-2007, la cual demuestra el ascenso, alcance y capacidad de ejercer poder adquirido por el narcotráfico y la fundación y financiación de grupos de auto-defensas paramilitares. Así mismo, estos nuevos actores violentos han llevado a cabo la persecución y eliminación sistemática de todos aquellos considerados enemigos, incluyendo el genocidio de la Unión Patriótica (UP), movimientos sociales y procesos de despojo y control territorial.

1.9.1 La violencia bandolera. Génesis de las cuadrillas liberales y grupos proto-paramilitares

‘La Violencia’ es el nombre otorgado a la categoría histórica de violencia política bipartidista en Colombia. Se le atribuye como su suceso fundante la muerte del caudillo de tendencia liberal Jorge Eliécer Gaitán, ocurrida el 9 de abril de 1948. No obstante, Alfredo Molano Bravo estima que este periodo de violencia abarca desde 1946 hasta 1966, es decir, ‘La Violencia’ existió antes de la muerte de Gaitán, aunque con su fallecimiento esta dinámica adoptó un sadismo y una dimensión mucho mayor e incluso sin precedentes en la historia colombiana.⁶²

⁶² Al respecto Guerrero Barón plantea: “La Violencia no estalló el 9 de abril como muchos piensan.

Este periodo denominado ‘La Violencia’ se caracterizó por la lucha bipartidista, por la persecución por parte de los conservadores a los liberales⁶³, en dinámicas de identificación, persecución y exterminio. ‘La Violencia’ fue fundada por el partido conservador, el cual buscaba en contubernio con la iglesia católica detener el avance del liberalismo encarnado en la figura de Gaitán. Ahorabien, existe una característica esencial en La Violencia, y es que fue motivada por odios heredados incomprensidos, ya que, “al fin y al cabo uno era liberal o conservador sin saber por qué, uno solo sabía que su padre era tal o tal cosa y uno cogía esa corriente” (Molano, 2013, p. 66), y, así mismo, “el discurso del odio había logrado transformar la política en acto violento, en venganzas encadenadas a otras venganzas” (Guerrero, 2011, p. 83).

La violencia entre ‘godos y cachiporros’ estuvo enmarcada en la identificación, exclusión, persecución y eliminación de la alteridad radical. En el ejercicio de reconstrucción histórica a través de la recopilación de testimonios sobre La Violencia, Alfredo Molano demuestra que la violencia impartida fue un proceso de permanente degradación, sin fuentes ideológicas o filosóficas claras. Existía un odio del azul al rojo y una retaliación del rojo al azul que iba más allá de las filiaciones partidistas o del reconocimiento de tendencias e ideologías políticas. Se trataba de fuentes de fanatismo, una suerte de religiosidad-política, o como lo denomina Elsa Blair, una “sacralización de la política”. Por tanto, durante La Violencia, aunque se proclamaba atender a motivaciones políticas, las motivaciones eran religiosas, de odio y destrucción del enemigo, a quien se le consideraba la encarnación de la maldad, la cual debía ser proscrita identificada, perseguida y eliminada. Un ejemplo bastante ilustrativo, identificado por Alfredo Molano es la distinción entre godos y conservadores, donde se analiza cómo la violencia se degrada al punto de utilizar la filiación política como justificación de la crueldad, la atrocidad y la destrucción de los otros:

La Violencia fue un fenómeno producto de una crisis de todo el sistema social y político colombiano que como tal se venía incubando, [...] en acciones y reacciones, venganzas y retaliaciones, revanchas y contra respuestas de cada uno de los bandos partidistas, a diferentes ritmos y desarrollos en las regiones” Guerrero (citado en Guerrero y Acuña, 2011, p. 83).

⁶³ Aunque también existieron cuadrillas de liberales que asesinaban conservadores, sus motivaciones fueron en un comienzo la simple defensa al exterminio impartido desde el conservatismo, en complicidad con la fuerza pública y la iglesia católica. Sobre el particular Alfredo Molano (2013) relata: “La violencia fue una escuela política para el partido conservador porque ayudó a saber cuál era el deber, porque le enseñó un poco de disciplina y nosotros estábamos sinceramente orgullosos de lo que el partido hacía para mantener en el poder a la Iglesia, a la patria y a la familia. Por eso se luchó, por eso se degeneró”. Así las cosas, existía una justificación para la violencia por parte de los conservadores, construyendo a los liberales como alteridad radical, como la maldad en contra de los valores cristiano-católicos. En este sentido, la violencia es fundada por los conservadores como su estandarte de guerra político-religiosa.

Era que hab́a conservadores buenas personas; no todos eran godos. Yo digo que hay que saber distinguir entre godos y conservadores. Conservadores somos todos, todos queremos conservar algo: nuestra vida, nuestras poĺticas, nuestra tierra, nuestros hijos. Todo mundo tiene algo que conservar. Pero otra cosa son los godos. Ellos andaban era tras la destrucci3n de todo: lo que buscaban era acabarnos, acabarnos. No eran conservadores porque lo que querían era destruir. (Molano, 2013, p. 66)

Y es que, La Violencia present3 niveles de atrocidad y crueldad sin precedentes en la historia colombiana. “No era la muerte lo que a uno le daba miedo, sino el hecho de que se le hubiera perdido el respeto” (Molano, 2013, p. 64). Existieron dinámicas de profundo sadismo, la eliminaci3n del enemigo se hizo una cuesti3n de principios, donde imperan ‘argumentos’ como: “no hay que dejar ni la semilla”⁶⁴ y el “matar de nuevo a los muertos”, destrozándolos o realizándoles terribles vejámenes⁶⁵: “No se conformaban con matarlos, sino que despu3s de muertos los volvían a matar. Alguien me dijo que los destrozaban así para matarlos dos veces, dizque para matar la muerte” (Molano, 2013, p. 65). Tambi3n, se demuestra la profunda degradaci3n de la violencia, donde las razones poĺticas dieron paso a dinámicas de odio irracional y visceral en contra del otro, el cual, por elegir un color diferente, era el enemigo; su alteridad estaba fundada en el odio, en representar lo contrario que debe ser eliminado. Incluso, la degradaci3n llev3 a matar por diversión como expone Molano (2013):

⁶⁴ Tal como planeta Sánchez y Meertens (2006): “Las masacres perpetradas por los bandoleros, en las que exterminaban familias campesinas enteras, involucraban a las mujeres, no como simples v́ctimas por ańadidura, sino en virtud de su representaci3n del enemigo. Su muerte violenta y frecuentemente su violaci3n, tortura y mutilaci3n en estado de embarazo, exacerbaban esta condici3n simb3lica, resumida en una sola expresi3n de la 3poca «no hay que dejar ni la semilla». A las mujeres, se les veía exclusivamente en su condici3n de madres, es decir, como actuales o potenciales procreadoras del rival odiado” (p.18). Así las cosas, este ‘principio’, hace referencia al hecho de infligir la violencia, la crueldad y el sadismo a las mujeres y los nińos. Al ser la mujer, la esposa de quien maté, será la madre de mi pr3ximo enemigo, y los nińos, la semilla de mi pr3ximo enemigo. La Violencia por primera vez en la historia colombiana fue dirigida a mujeres y nińos sin distinci3n, a eliminar al enemigo, al otro, en su totalidad.

⁶⁵ Dentro de los testimonios recogidos y reseńados por Alfredo Molano (2013), destaca: “[...] habían cogido a una mujer que estaba ya para coger cama y le habían sacado un par de mellizos vivos del vientre, y que luego le habían metido un gato negro y la habían cosido dejando la cabeza del animal por fuera. El gato, cuando se vio encerrado, trataba de salir y destroz3 a la mujer a puro añaretazo. Tambi3n me contaron un caso muy sonado, [...] donde hicieron lo mismo, pero metiendo un gallo. Son cosas que uno no puede creer, s3lo el que las vio sabe que son verdad” (pp. 96-97). Así mismo se reseńan toda clase de vejámenes y profundas humillaciones perpetradas en contra de los enemigos. Se buscaba la eliminaci3n incluso de la humanidad del otro.

Al principio mataban, asesinaban por política, por discriminaciones, pero mataban en seco. Después la cosa se puso fea. Y ya no mataban sólo por política sino también por lo que dejaba el finado, y a lo último, ya era puro vicio, ya era por matar, ya era la mera sangre la que divertía. (p. 96)

Una de las causas fundamentales de La Violencia fue la conformación de grupos proto-paramilitares. Estas agrupaciones, en complicidad con los gobiernos conservadores —y particularmente con la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957)— desarrollaron un proceso sistemático de identificación, persecución y exterminio de liberales, comunistas y sectores de la clase obrera. A través del uso del sadismo, la muerte, el terror, así como del despojo y el desplazamiento forzado de grandes masas campesinas, estos grupos buscaban la homogeneización política y social de los territorios. En este sentido, puede argumentarse que fueron los sectores conservadores los principales y más persistentes instigadores de La Violencia en Colombia. Sobre este particular, Sánchez y Meertens (2006) exponen:

El silenciamiento de la clase obrera ya se había logrado prácticamente desde 1948, y la cruzada antiliberal y anticomunista se convertiría en bandera conservadora a partir de 1949. Para llevarla a cabo, la acción del Estado a través de sus aparatos represivos -como la tenebrosa policía «chulavita» procedente de una región boyacense- es, no suplantada sino complementada con la acción de organizaciones paramilitares, como los «pájaros» en el Valle y Caldas, los «aplanchadores» en Antioquia y los «penca ancha» en las sabanas de Sucre, cuyas víctimas habrían de contarse por centenares de miles de muertos. Pero habría otros efectos visibles del terror en los campos: el despojo de tierras y bienes, tras el asesinato de los dueños o la utilización de amenazas que obligaban a la venta forzosa; la apropiación de cosechas y semovientes; el incendio de casas, trapiches y beneficiaderos; la destrucción de sementeras; la coacción física sobre trabajadores rurales descontentos; las migraciones masivas a las ciudades o el desplazamiento de campesinos a otras zonas de su misma filiación partidista, hasta llegar a homogeneizar políticamente veredas y regiones, cuando no el enrolamiento a un grupo armado constituido muchas veces por miembros de una misma familia; y en el fondo de todo esto, un profundo reordenamiento de las clases sociales en el campo y del liderazgo y las hegemonías regionales. (pp. 68-69)

La Violencia, la persecución y exterminio indiscriminados generó focos de resistencia, donde personajes dotados de la muy colombiana ‘berraquera’ lideraron grupos o bandas, estos personajes o ‘bandoleros’ o ‘bandidos’⁶⁶ dotaron de sentido esta categoría de violencia debido a sus acciones, a sus orígenes y a su carácter de ‘defensores’ de los pobres; siendo estos ‘hijos de la violencia’, estos ‘desesperados y frustrados’ quienes buscaban simplemente una posibilidad de existencia dentro de la supervivencia y, así mismo, surge la dinámica de la venganza, el odio y lo atroz. Sobre el particular Hobsbawm (1983) plantea:

Tales hombres, que carecen de sostén ideológico [...] se convierten fácilmente en asesinos profesionales o en ciegos y salvajes vengadores que hacen víctimas a cualquiera de su sino personal. A estos se han unido grupos de jóvenes perdidos que forman parte de la generación más reciente (1958-1963), de reclutados por la Violencia, agrupándose en pandillas de alrededor de los 15 años de edad: muchachos cuyas familias fueron enteramente asesinadas ante sus ojos, cuya diversión infantil fue delatar enemigos locales a los pistoleros, cuyas hermanas emigradas a las ciudades engrosan allí las filas de la prostitución. Quince años de Violencia han levantado un mecanismo de autopropagación. (p. 272)

Estos personajes, bandidos o bandoleros, contaban con características que facilitaban su accionar, contaban con una fuerte ‘base social’⁶⁷, es decir, encontraban validación a sus acciones dentro de las comunidades y territorios azolados por la violencia. Estos, en su calidad de vengadores recibían el apoyo popular; a este tipo de personaje se les puede denominar ‘bandolero social’⁶⁸.

⁶⁶ La definición de bandido elaborada por Hobsbawm (2011) explica: “En la montaña y los bosques bandas de hombres fuera del alcance de la ley y la autoridad (tradicionalmente las mujeres son raras), violentos y armados, imponen su voluntad mediante la extorsión, el robo y otros procedimientos a sus víctimas. De esta manera, al desafiar a los que tienen o reivindican el poder, la ley y el control de los recursos, el bandolerismo desafía simultáneamente al orden económico, social y político. Este es el significado histórico del bandolerismo en las sociedades con divisiones de clase y estados” (p. 19).

⁶⁷ Sobre el particular citan Sánchez y Meertens (2006, p. 264): “En esa vereda, mandan los bandoleros. Allí no baja la policía ni el alcalde, ni nadie que a los criminales no les guste. Ellos se tomaron dicha región y todas las familias sirven de encubridoras [...] les reparten comida [...] les arreglan la ropa [...] les dan comida [...]” (relato de un campesino conservador al diario La Patria, Manizales, abril 9 de 1958).

⁶⁸ En palabras de Hobsbawm (2011): “Lo esencial de los bandoleros sociales es que son campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores y luchadores por la justicia, a veces incluso líderes de La liberación, y en cualquier caso como personas a las que admirar, ayudar y apoyar. Es esta relación entre el campesino corriente y el rebelde la que confiere su interés y significado al bandolerismo social” (p. 33).

Quienes, gracias a su relación y validación social, pudieron actuar con relativa tranquilidad y aportar su cuota de muerte y atrocidad a La Violencia. Es debido a esta validación social que estos personajes adquirieron un halo de sobrenaturalidad, desafiando incluso las leyes físicas y divinas. Se convirtieron en figuras profundamente arraigadas en las urdimbres culturales de las comunidades, dejando su huella en una Colombia rural destrozada por la violencia, el odio y la sed de venganza.

El bandolerismo obedecía a una dinámica de supervivencia, de desconsuelo, de simplemente 'no creer' en las continuas y permanentes mentiras del gobierno militar y del posterior proyecto del Frente Nacional, el cual agudizó aún más las situaciones de violencia. El bandolerismo, que en un inicio surgió como un proyecto con tintes pseudo-revolucionarios y emancipadores, fue truncado por una paz y una amnistía falsas: una 'pacificación' impuesta mediante la violencia. Esta situación empujó a muchos bandoleros hacia la retaliación, el odio, la sed de sangre, y la necesidad de sobrevivir a sangre y fuego. Sobre este particular, Darío Villamizar (2017) lo plantea brillantemente:

En medio de la paz y la pacificación se engendró una nueva fase de violencia en la que reinaron la vindicta, la traición, el odio y el pillaje; fue la violencia de los desadaptados sociales, de aquellos que nada aceptaron: de *Chispas*, quien tomó las armas cuando vio morir a su madre asesinada; de Desquite, que presencié cómo su padre y hermano fueron decapitados; de *Sangrenegra*, que bebió la sangre de quienes mataron a su familia; de Medardo Trejos, el capitán *Venganza*, que hizo lo que su apodo le reclamaba; de *Zarpazo*, a quien se le acusó de la muerte de 144 personas; de Efraín González, el *Siete Colores*, quizás el más recordado y venerado de todos ellos por el valor con que se enfrentó a 1.200 soldados y por sus capacidades para transformarse en árbol, en mariposa o simplemente en mito. Los que no atendieron el llamado a la amnistía de Rojas Pinilla en 1954 o a la de Lleras Camargo en 1958 porque no creían en las promesas gubernamentales; los que se acogieron a alguna de ellas y regresaron a las armas porque fueron perseguidos, traicionados o defraudados y sus compañeros asesinados; o los nuevos reclutas que se enlistaron en estos grupos, en particular *jóvenes hijos de La Violencia* que, de niños, vivieron el terror de la primera fase, y ahora, en esta segunda etapa, con sus "*odios heredados*" a cuestas, solo creían en el poder de la retaliación; fueron llamados bandoleros, y sus cabezas puestas bajo la ley de la oferta y la delación. (p. 186)

Estos personajes, tenían alias y apodos⁶⁹, los cuales dotaron de sentido a las bandas, haciéndolas reconocibles, y generando dinámicas de aceptación, apoyo y temor confundido con respeto. A los bandoleros se les temía, tenían la capacidad de ejercer poder con mano de hierro y administrar la vida y la muerte a su antojo. Existieron varios bandoleros célebres durante esta circunstancia histórica, entre los cuales destacaron: **Capitán Chispas** (1930-1963), a quien un decreto eclesiástico le impidió ser sepultado en ‘tierra santa’ y fue excomulgado por sus crímenes. Se le asignó este alias debido a que cuando se enojaba, sus ojos despedían ‘chispas’ de fuego. (Villanueva, 2007, pp. 73-77)

Figura 2. *Teófilo Rojas Varón, alias ‘Chispas’*



Nota. Fotografía tomada de (Villanueva, 2007)

Capitán Desquite (1936-1964), a los soldados que le dieron de baja les atemorizaba acercarse a su cadáver por temor a su fantasma; su alias obedecía a su fuerte proclividad por la venganza, actor junto a su cuadrilla de matanzas y atrocidades. Desquite llegó a costar 160 mil pesos. Hicieron falta ocho disparos de fusil para terminar con su vida (Villanueva, 2007).

⁶⁹ “Los alias y los apodos expresan ideas, respeto, burla, características, cualidades. Temor; nos dan información acerca del individuo y sobre el medio en el que se desenvuelve. Cuando los escuchamos, sabemos a qué individuo se está haciendo referencia, es decir, se cumple un proceso comunicativo porque con ese alias se está transmitiendo información. Dichos alias o apodos actúan como símbolos comunicativos del sujeto, ya que a medida que pasa el tiempo, estos lo asimilan y se identifican con él” (Villanueva, 2007, pp. 12-13).

Figura 3. *José William Aranguren, alias 'Capitán Desquite'*



Nota. Fotografía tomada de (Villanueva, 2007)

El hermano Juanito (1933-1965). Se dice que cuatro horas y media duró el combate de 1.200 soldados contra un solo hombre y por poco se les escapa. Su apodo se debía a su religiosidad y a su halo de 'Robin Hood' colombiano, una suerte de justiciero conservador (Villanueva, 2007).

Lamparilla (1950), reconocido dentro de los infames pájaros, su alias daba a entender su sagacidad y astucia. Su sevicia y sed de sangre llegaron a ser legendarios; su gran pasión, matar liberales, no obstante, también tenía fama de cobarde, al huir de confrontaciones directas (Villanueva, 2007).

Pedro Brincos (1922-1963). su apodo obedecía a una condición física de tener una pierna más corta que la otra, militante de movimientos como Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino (MOEC), Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR). Fue el fundador del Ejército Revolucionario de Colombia (ERC); este bandolero se caracterizó por su fuerte influencia del pensamiento comunista. Combinó su accionar político con las atrocidades perpetradas por otros bandoleros: asesinatos de campesinos, asaltos a patrullas militares, saqueo, robo, masacres y violencia sexual (Villanueva, 2007).

Capitán Sangrenegra (1932-1964). Reconocido por su ferocidad, maldad y deseo de venganza, argumentando que ‘con mi familia no tuvieron compasión’ también conocido como el ‘Atila criollo’, quien cambió de filiación partidista. Se dice que en una ocasión fue herido por el ejército y su camisa se tiñó de color negro y no de rojo; cometía sus masacres y vejámenes de forma indiscriminada contra hombres, mujeres y niños. Fue responsable de 377 homicidios, 150 casos de lesiones personales, 270 secuestros, 300 violaciones —en su mayoría a menores de edad—, 147 delitos de extorsión y chantaje, y 107 atracos. Razones por las cuales el diario *La Patria* lo denominó como el bandolero más cruel de la historia, tras su muerte, su cadáver fue exhibido en varios municipios del Tolima como medida de escarmiento (Villanueva, 2007; Sánchez y Meertens, 2006).

Figura 4. *Jacinto Cruz Usma, alias ‘Sangrenegra’*



Nota. Fotografía tomada de (Villanueva, 2007)

Capitán Venganza (1961). El general Valencia Tovar declaró: “El Capitán Venganza no estaba allí. Es Inmaterial, es un gas, un hombre de humo que se desvanece en cuanto se intenta tocarlo. Se evapora y escurre por los vericuetos del monte” (Sánchez y Meertens, 2006, p. 268). Su alias proviene de su rencor, resultado de las masacres campesinas perpetradas por la policía, a partir de esto juró venganza e inició su actividad bandolera. Reconocido como un vengador de los campesinos, a este bandolero se le atribuyen numerosas muertes.

La falta de expedientes criminales en su contra y la poca información con la que se contaba, hizo que se dudara de su existencia, era como “luchar contra una columna de humo” (Villanueva, 2007, p. 99).

Figura 5. *Merardo Trejos, alias ‘Capitán Venganza’*



Nota. Fotografía tomada de (Villanueva, 2007)

Zarpazo (1933-1967). Fue ampliamente reconocido por su sadismo. Debe su alias a su proclividad por abusar de menores de edad, a quienes, si ofrecían resistencia, asesinaba brutalmente a machetazos. Conocido por sus numerosas masacres, extorsiones y desapariciones, fue considerado el bandido más sanguinario del Valle del Cauca durante la época de La Violencia.

Guadalupe Salcedo (1922-1957). Probablemente el más emblemático de los bandoleros políticos⁷⁰, fundó una resistencia al gobierno de Laureano Gómez

⁷⁰ Respecto a esta tipología del bandolero, Sánchez y Meertens (2006) explican: “Este bandolerismo, [...] En primer lugar, con el apoyo militante o pasivo de las comunidades rurales de su misma identidad partidaria y, segundo, con la protección y orientación de gamonales que, utilizándolos para fines electorales, los empujaban a una guerra de exterminio, debilitamiento o contención de sus adversarios en la estructura de poder local o regional” (p. 74). Así las cosas, en Colombia aparece este tipo de bandolero que por medio de su idealización fue utilizado como catapulta electoral.

(1950-1951). Se hizo reconocido por sus acciones intrépidas e incluso suicidas, gracias a sus asaltos y a su estela de defensor liberal; es el bandolero que conforma: “un grupo de orientación democrática y revolucionaria con proyección nacional” (Villanueva, 2007, p. 127). En busca de desarrollar un proceso político orientado a reivindicaciones agrarias y campesinas, Salcedo se acogió a la amnistía en 1953. Posteriormente, debido al incumplimiento por parte de Rojas Pinilla a lo pactado, Guadalupe vuelve a las armas, no obstante, el proceso como Frente Nacional había comenzado y, por tanto, la lucha bipartidista había perdido significado. En un viaje a Bogotá, Salcedo fue abaleado y dado de baja por la policía. La relevancia de Guadalupe Salcedo radica en que su accionar trasciende el fenómeno del bandolerismo. Salcedo es considerado un guerrillero, en tanto que el sentido de su lucha iba más allá de la mera retaliación: buscaba la conformación de un movimiento capaz de alcanzar un acuerdo político que hiciera realidad las reivindicaciones campesinas y una reforma agraria efectiva.

Figura 6. José Guadalupe Salcedo Unda, alias ‘El Capitán Fiera Sarda’



Nota. Fotografía tomada de (Villanueva, 2007)

Es así como se logran identificar las características fundamentales dentro de esta categoría histórica propuesta de la violencia bandolera. En primer lugar, destaca su carácter esencialmente ligado a la supervivencia: los bandoleros actuaban como respuesta a la brutal persecución ejercida por agrupaciones proto-paramilitares, en su mayoría de orientación conservadora⁷¹. Además, aunque se le atribuye

⁷¹ Particularmente ilustrativo es el decreto 3398 de 1965, durante el gobierno del conservador Guillermo León Valencia (1962-1966), posteriormente hecho ley de la República ‘ley 48 de 1968’ durante el gobierno del liberal Carlos Lleras Restrepo (1966-1970). Mediante el cual se busca ‘la defensa nacional’ donde los ciudadanos pueden ser “utilizados por el Gobierno en actividades y trabajos con los cuales contribuyan al establecimiento de la normalidad. La

el calificativo de ‘violencia bipartidista’, se considera que este rótulo es exagerado, en tanto, la filiación partidista por parte de las comunidades y territorios rurales, obedecían a una dinámica de odios heredados, de identificación religiosa (el contubernio católico-conservador) o de simple tradición. Por tanto, no existía en el grueso de la población (eminentemente rural), un conocimiento acerca de las bases políticas y filosóficas del liberalismo o del conservatismo. Situación que los líderes partidistas aprovechaban por medio de su retórica partidista. Sobre el particular Deas (2015) plantea:

Esta tradición de retórica bien puede contribuir a la continua propensión colombiana a la violencia política: sataniza al enemigo, polariza las fuerzas y puede ser utilizada por cualquiera de los dos lados de la división partidista [...] El liberal Jorge Eliecer Gaitán fue uno de sus más ilustres practicantes, pero no el único: el conservador Laureano Gómez también distinguía una oligarquía liberal. La retórica tiene vida propia. No tiene que encajar con la realidad y con frecuencia no se examina a la luz de esta. (s. p.)

Por estas razones, esta circunstancia histórica se diferencia de la ‘violencia guerrillera’, ya que las guerrillas liberales encuentran una fuente de inspiración ideológica en el marxismo, el leninismo, el maoísmo, así como en el triunfo de la Revolución Cubana de 1959. Estas corrientes de pensamiento y acontecimientos ‘dotan de sentido’ a las guerrillas liberales, que a partir de 1964 se consolidan como organizaciones con estructura y capacidad armada para hacer frente al Estado y conformar su propio gobierno en zonas donde la presencia estatal es diferenciada.

En conclusión, este es el contexto del país previo al surgimiento de las organizaciones guerrilleras de orientación comunista, un país envuelto en las desigualdades, con una precaria capacidad del Estado no solo de hacer presencia, sino de mantener el monopolio de las armas y el uso de la violencia; un país con fuertes agitaciones políticas, un bipartidismo cerrado, monolítico e inmóvil, donde se detiene de forma inmediata y contundente a cualquier expresión política e ideológica distinta al liberalismo y el conservatismo, con crisis de representación y representatividad política. En síntesis, un país en una precariedad profunda y permanente.

participación en la defensa civil es permanente y obligatoria para todos los habitantes del país. Así las cosas, en Colombia se hace legal la conformación de agrupaciones paramilitares, bajo el eufemismo de la “defensa nacional”.

Es preciso decir que este marco histórico permite comprender la circunstancia concreta en la que en Colombia nacen las dos organizaciones guerrilleras más grandes y longevas de la historia de la humanidad. Sumado a esto, la bipolaridad del mundo y la expansión del comunismo internacional convirtieron a Colombia en un caldo de cultivo propicio para las organizaciones insurgentes, la lucha armada y una guerra que ha asolado comunidades y territorios durante más de 60 años.

Capítulo II.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita

Primera parte: Hitos fundacionales

Pensar que las noticias distorsionan o reflejan la realidad no es útil, ya que las 'realidades' son construidas, y las noticias forman parte del sistema que las construye.

Marc Fishman

La frase anterior, empleada como proemio de este capítulo, resulta fundamental para describir el propósito de esta investigación. No existe, en realidad, una distorsión ni un reflejo fiel y absoluto de la realidad; lo que existen son realidades construidas. En los términos de este trabajo, se trata de un 'nosotros' construido y dotado de características específicas, que debe diferenciarse de los 'otros' radicales, de alteridades que justifiquen el odio, la persecución, la exclusión y, en este caso, la violencia y la guerra sin cuartel. En este sentido, los medios de prensa escrita (diarios, periódicos, semanarios, pasquines) pueden entenderse como constructores de esos 'otros' radicales y, al mismo tiempo, como actores dentro de la violencia y la guerra. Una guerra en la cual todos los bandos o filiaciones políticas enfrentadas buscaron generar sentimientos de cohesión e identidad entre la población, intentando demostrar en el adversario la perversión, la maldad, la subversión, el fascismo y otras formas de alteridad, con el fin de justificar la guerra sin cuartel en su contra.

Figura 7. Revista 'Alternativa', mayo 5 de 1975



La imagen anterior, tomada del medio de difusión *Alternativa*, resulta particularmente ilustrativa para comprender la polarización, la inestabilidad política y las motivaciones de quienes se incorporaban a las filas de las guerrillas. Se trataba de un país marcado por la represión, donde los estados de excepción —estado de sitio, estado de emergencia económica— eran la norma. En este contexto, la polarización, el fuerte partidismo y la proclividad de los movimientos de izquierda a generar sus propios medios de difusión permiten identificar con claridad la intencionalidad de dichos medios, así como su postura frente a la guerra. Por lo tanto, estos medios en Colombia pueden entenderse como actores del conflicto (entendido este como una diferencia no resuelta) y, al mismo tiempo, como voceros de distintos órdenes discursivos e ideológicos. A través de sus narrativas, construyen alteridades y, en algunos casos, llegan incluso a justificar la aplicación de violencias contra aquellos que representan esas alteridades.

El trabajo propuesto demuestra la importancia que tiene el material de prensa para las distintas filiaciones políticas, tanto para marcar sus diferencias frente a sus alteridades como para justificar sus acciones y orientar a sus seguidores mediante directrices e instrucciones. En consonancia con los propósitos de esta investigación, este capítulo busca analizar el papel que la prensa otorga a la guerra a través de sus discursos, su posicionamiento editorial, la jerarquización de las noticias y el uso de material visual. Es fundamental reconocer que no tiene la misma trascendencia una noticia publicada en primera plana, con titulares a dos columnas, que una ubicada en una sección intermedia o final del diario, con un título discreto o poco destacado.

De igual manera, es importante reconocer el proceso de construcción del enemigo realizado por los medios de prensa, así como el sentido otorgado a la guerra desde su postura ideológico-partidista: quién es el enemigo para cada diario y cómo lo convierten en una alteridad radical, con el fin de justificar posteriormente las violencias en su contra. Así mismo, es distinto el tratamiento que se le da a un hecho solo desde el discurso, frente al que incluye la asignación de comportamientos, categorías y/o características que buscan evidenciar la perversión del enemigo.

El análisis del material de prensa resulta enormemente ilustrativo, ya que permite evidenciar la relevancia que los diarios otorgan a determinadas circunstancias de la guerra. Esta relevancia depende de su filiación, de su orientación ideológica y, fundamentalmente, de a quién reconocen como su enemigo, como su alteridad radical.

Por ́ltimo, reconocer que la violencia en Colombia tiene dos caracteŕsticas fundamentales, la alteridad y su intencionalidad poĺtica, como expone Blair (1998a):

Dos procesos hist́ricos ponen en evidencia la manera como la violencia ha sido un componente de nuestra identidad como naci3n: 1) La constituci3n de la nacionalidad colombiana por la v́a de la exclusi3n a muerte del otro, del que no pertenece a mi universo simb3lico, del enemigo, y 2) la imbricaci3n permanente entre la guerra y la poĺtica. (p. 81)

Aś las cosas, se enmarcan los prop3sitos fundantes de este trabajo: la producci3n de enemigos (alteridad) y su utilizaci3n para hacer poĺtica (violencia). De esta manera, se desarrolla el análisis del material de prensa, entendiendo que la violencia en Colombia constituye una sucesi3n de fen3menos complejos, profundamente imbricados con la poĺtica. Es decir, en Colombia, la alteridad, la violencia y la poĺtica han sido elementos constitutivos de la sociedad, y en torno a ellos se han definido tanto el Estado como la Naci3n.

Los medios de comunicaci3n, al ser determinantes en la conformaci3n de la opini3n p_blica, son agentes culturales en tanto influyen en las opiniones y representaciones poĺticas de la poblaci3n; en este sentido, los peri3dicos colombianos han sido poderosos constructores de cultura no solo al informar, sino al dejar claras sus filiaciones partidistas y poĺticas en su ejercicio periodístico, aportando a la construcci3n de identidades y a la identificaci3n de las alteridades de estas identidades. Estos diarios serán claros —y en muchas ocasiones directos— no solo al mostrar sus filiaciones y enaltecer sus propias virtudes, sino tambi3n al delimitar, identificar y describir a sus ‘otros’, o sea, a quienes categorizan como ‘lo que no soy yo’ desde la perspectiva de su identidad y filiaci3n poĺtica.

Adicionalmente, el análisis del material de prensa demuestra c3mo las exhortaciones a la violencia contra las alteridades son reiteradas y, del mismo modo, c3mo se promueven distintos tipos de violencia, apelando a principios 3ticos, morales, moralistas y religiosos. Se establece aś a los ‘otros’ —es decir, a los enemigos— dentro de un contexto de guerra, como merecedores de dichas violencias y como potenciales amenazas a los principios fundantes de cada ideoloǵa poĺtica. Estos otros, estas alteridades, al representar lo opuesto, no solo deben ser perseguidos y violentados, sino que, segun estos discursos, merecen directamente ser eliminados. Este es el argumento recurrente de los tres diarios analizados, aś como de las filiaciones poĺticas que representan, y constituirá el eje central de esta historia cultural.

¿Qué tan importante es el otro?, ¿es posible construir una nación que odie todo lo que odiamos? Es importante reconocer la fundamental relevancia de los medios de prensa escritos. Estos *mass media*, y sus continuos mensajes han coadyuvado a la construcción de las identidades del colombiano, han contribuido a determinar las representaciones sociales en torno a la identificación, categorización, negación y persecución de la diferencia. En síntesis, los medios de prensa han construido simbólicamente a sus alteridades, y mediante sus discursos han movilizado las poblaciones en torno de identidades urdidas por medio de categorizaciones. Se nombra al otro, para que justifique lo 'correcto' del yo.

Aunque existen también motivaciones políticas, la construcción de enemigos obedece a un deseo cultural. El 'nosotros' necesita de los 'otros' para poder existir y detentar todo lo 'bueno' en la sociedad; ergo, cada filiación política usa la 'prensa amiga' como instrumento cohesionador y homogeneizador. En la Colombia bipartidista, se necesitaba un 'chivo expiatorio', alguien a quien culpar de las espantosas situaciones política, económica y social, y gracias a este, actuar para 'salvar' la patria, vencer al mal y garantizar la seguridad de los colombianos. Esta suerte de 'discurso mesiánico' es utilizada de forma similar (por no decir idéntica) por las tres filiaciones políticas estudiadas, donde el obstáculo para el bienestar de Colombia radica en la mera existencia de estas alteridades radicales. Así las cosas, en este apartado se busca reconocer las categorizaciones implantadas sobre los otros, así como definir similitudes y diferencias en sus discursos, reconstruyendo las representaciones sociales sobre la guerra en Colombia y estableciendo un marco de historia cultural; es decir, reconstruyendo el proceso de seguimiento de prensa a la guerra y cómo cada historia (filiación política, medio de prensa impreso) se entrelaza en una disputa para demostrar a la población quién detenta la verdad, la bondad e incluso la superioridad, las cuales justifican la negación, persecución y eliminación de sus alteridades radicales.

2.1 Categorías fundamentales de construcción conceptual y simbólica del enemigo en los medios impresos de prensa

En este epígrafe, el propósito fundamental es reconocer las dos primeras etapas del proceso de construcción de alteridades (enemigos): es decir, la identificación y la categorización del otro. En este sentido, se abordan los distintos conceptos atribuidos a los enemigos; gracias a estos conceptos se les identifica y se obtiene claridad respecto a quiénes son. Posteriormente, a partir de dichos conceptos, se busca reconocer las categorizaciones, es decir, cómo se nombra al otro y se le dota de significado. Los distintos términos usados para referirse a

los enemigos permiten dilucidar la carga de sentido que poseen y, así, establecer cómo el enemigo se construye conceptual y simbólicamente en un país donde, para 1964, la violencia era, como plantean Sánchez (2006) y Pécaut (2013), una suerte de ente sobrenatural que abarca todo y devora en su sadismo, tal como ilustra la página 3A del diario *El Espectador*.

Figura 8. *Página 3A del diario El Espectador, 8 de junio de 1964*



Nota. Tomado de El Espectador, 1964.

Esta página es bastante clara respecto a la situación del país: bombas, asesinatos, zozobra social manifestada en las recurrentes manifestaciones y huelgas estudiantiles, sindicales y de movimientos sociales, y un bipartidismo que busca deslegitimar y criminalizar las agrupaciones de base y sus reivindicaciones. Colombia era un país con profundas desigualdades y, por tanto, con una gran parte de la población en busca de reconocimiento.

Figura 9. Aparte del periódico EL Colombiano, 1 de marzo de 1965



Nota. Tomado de El Colombiano, 1965.

En este escenario, es importante resaltar, en primer lugar, el bipartidismo: un país dividido, aunque desde el punto de vista social popular con una mayor tendencia al conservatismo, debido a su alianza con el catolicismo. No obstante, tras la aparición de Jorge Eliécer Gaitán, grandes masas sociales comenzaron a reconocer las bondades del liberalismo. Este hecho desembocó en la llamada 'Violencia bandolera' de los años 50, que para 1964 ya daba sus últimos coletazos antes de morir o, en este caso particular, de mutar, gracias a la influencia cubana, en la aparición de las primeras guerrillas comunistas.

Y es aquí donde aparece en escena el tercer actor de este estudio: el comunismo, que, perseguido y proscrito, siempre ha debido sobrevivir en la clandestinidad; no obstante, logrando seguidores en los sectores obreros y campesinos de la sociedad, buscó mostrarse como una alternativa política frente al recalcitrante bipartidismo dogmático, ejemplificado en una dinámica como la del Frente Nacional.

El comunismo fue reconocido por el bipartidismo colombiano —fuertemente influenciado por el anticomunismo estadounidense— como una amenaza. Su discurso, su visión de la sociedad, la política, la economía e incluso la cultura estaban diametralmente opuestos a los planteamientos de los partidos tradicionales, liberal y conservador. Así, el comunismo se estableció como el enemigo —tradicionalmente satanizado en Colombia— y vivió un proceso de construcción simbólica y conceptual impulsado por ambos partidos tradicionales, tal como lo ilustra el semanario *Voz Proletaria*.

Figura 10. Página Voz Proletaria, 14 de mayo de 1964



Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1964.

Anterior a la 'Operación Marquetalia', en el departamento del Tolima, los términos usados para exhortar a la comunidad a negarle cualquier ayuda y favorecer la captura de los guerrilleros eran 'asesinos', 'falsos', 'ilegales' e 'inmorales'. Se buscaba dotar de un sentido más maligno que subversivo, y maligno en la concepción cristiano-católica del término. Es en este escenario donde aparecen dos actores fundamentales que determinarían el curso de la historia colombiana durante más de sesenta años posteriores: el gobierno de Estados Unidos y su plan Lasso (*Latin American Security Operation*), y la tesis de Álvaro Gómez Hurtado sobre las 'Repúblicas independientes'. Estos recursos discursivos buscaban, a nivel latinoamericano y colombiano respectivamente, detener el avance del comunismo internacional y su influencia en el rico en recursos e importante geoestratégicamente territorio suramericano. Para el conservatismo —fuertemente representado en el poder político— y su aliado fundamental, el catolicismo, el enemigo era (y aún es) el comunismo, asociado a lo anticatólico para generar odio colectivo y, así mismo, validación cultural de la violencia.

Desde la perspectiva liberal, debemos tener en cuenta que, en Colombia, el liberalismo es un partido político que reivindica la separación entre Estado e iglesia, promoviendo un Estado y una nación laicas, con libertad de culto. Plantear esto en un país donde, para la época, era más importante tener acta de bautismo que cédula de ciudadanía resulta extremadamente problemático, controversial y polémico, ya que en una sociedad tradicionalmente católica —donde

la palabra del cura se acepta sin cuestionamientos y donde las organizaciones religiosas tenían el monopolio de la salud, la educación y la brújula moral— no se aceptarían de buena gana cambios en esta estructura religioso-estatal tan fuerte y reticente como la alianza conservadora-católica. Pero, el liberalismo se estableció y consolidó históricamente como la segunda fuerza política en el país, definiendo el bipartidismo. Si bien el partido no ha tenido la misma capacidad para ejercer el poder que el conservatismo, ha materializado las posibilidades de cambio para los detractores del régimen estático e inmóvil conservador, y ha disputado el poder político a lo largo de toda la historia republicana y el siglo XX en Colombia.

Durante la aparición de las guerrillas comunistas en Colombia, el liberalismo adoptó la posición de criminalizar al comunismo, es decir, identificó a las guerrillas como bandas de criminales, ladrones y salteadores de caminos. Se les consideraba personas con ideas y formas de vida al margen de la ley, enemigos del Estado, no tanto por su inmoralidad, sino por sus prácticas criminales y delictivas. De ahí que se usaran categorías como delincuentes, ladrones, bandidos, secuestradores y, posteriormente, terroristas para referirse a las guerrillas. Estos recursos discursivos buscaban justificar la violencia en su contra como un justo castigo a los criminales.

El comunismo en Colombia tuvo una enorme dificultad desde sus inicios, pues su representación social no fue la de un partido político de los trabajadores, obreros o proletarios, sino la del partido de los ateos en el país. Esta imagen no se construyó a partir de sus horizontes ideológicos, posturas políticas o modelo económico, sino como la alteridad radical del conservatismo católico, representando todo lo que este aborrece y, por ende, siendo perseguido y proscrito por un odio irracional fundamentado en el moralismo dogmático. Desde esta perspectiva, los seguidores y líderes del Partido Comunista en Colombia vieron su activismo político obligado a la clandestinidad, debido al proceso de ‘satanización’ al que fue sometido el partido por parte del catolicismo. Así, la actividad política del partido comunista comenzó en profunda desventaja frente a los partidos tradicionales, ya que no podía iniciar desde el activismo y la acción eminentemente política, sino que primero debía limpiar su nombre y desmentir las representaciones construidas en su contra.

La perspectiva del comunismo en Colombia está fuertemente arraigada al concepto de lucha; para ellos, los cambios estructurales políticos, económicos y sociales necesarios en el país deben partir de esta lucha. Y esa lucha exacerbada en la confrontación armada —‘con las armas al poder’— es la consigna de una

agrupación poĺtica que ha visto sus posibilidades terriblemente disminuidas, tanto en representatividad social como en la posibilidad de establecerse como alternativa poĺtica. Desde esta perspectiva, puede entenderse su proclividad hacia las organizaciones guerrilleras, consideradas el brazo armado de su lucha, no solo como partido poĺtico, organizaci3n guerrillera u organizaci3n social, sino como el pueblo colombiano: un pueblo vapuleado y violentado por un Estado estático, inm3vil, monolítico y recalcitrante. En síntesis, la lucha armada de las guerrillas en Colombia era la lucha de todas y todos los colombianos, solo que la gran mayoría no lo sabía.

De este modo, se configuran las categorizaciones hechas por cada medio y, por tanto, por cada filiación partidista, según sus intereses y postura poĺtica. Estos buscan que las personas identifiquen a las guerrillas con dichas categorías y, de igual manera, los medios de prensa de tendencia de izquierda o comunista enfatizan la identificaci3n del Estado como una instituci3n corrupta y perpetuadora de las condiciones estructurales de desigualdad y miseria.

Tabla 2

Presentaci3n de las categorías inductivas

Diario	Categorías inductivas	Categorizaciones como alteridad
<i>El Espectador</i>	Terrorista, bandolero, criminal, secuestrador, bandido, pillastre	Este diario identifica y categoriza al otro como la personificaci3n del crimen
<i>Voz Proletaria</i>	Gorila, reaccionario, represivo, religioso	Identifica y categoriza al otro como el poder a vencer. El poder brutal y aplastante del Estado
<i>El Colombiano</i>	Ateo, pecador, maligno, impío, comunista	Identifica y categoriza al otro como lo antirreligioso, lo contra cristiano, es decir, la maldad personificada

En este sentido, al analizar cómo se refiere cada medio de prensa a sus alteridades, es posible identificar y examinar cómo cada filiación construye simb3lica y discursivamente a sus alteridades (enemigos) y, asimismo, qué tipo de enemigo cada medio reconoce y reivindica, ya sea como enemigos absolutos, poĺticos, contingentes o necesarios.

2.2. ¿Qué tan importante es la guerra? ¿Quién es mi enemigo y cómo lo abordo?

En este epígrafe se busca realizar un análisis de la superficie ‘redaccional’ de los periódicos, unidades de análisis de este trabajo. En este sentido, se pretende reconocer la relevancia que tiene la guerra en los medios impresos, la ubicación de estas noticias (primera plana, artículos, editoriales, etc.) y su extensión. También, se busca identificar recurrencias, las cuales se expondrán en este apartado, además de presentar ejemplos concretos del manejo dado a los hechos relacionados con la violencia en Colombia.

Colombia ha sido un país con una marcada tendencia anticomunista, proceso logrado en gran parte gracias al contubernio entre el partido conservador y la Iglesia católica. En un país de fuerte dogmatismo religioso, donde la palabra del sacerdote tenía tal capacidad de movilización y apoyo, se generaron profundos procesos de ‘satanización’ del comunismo y el socialismo, atribuyéndoles categorías de alteridad y planteándolos como el mal encarnado que, desde luego, debía ser derrotado.

Un ejemplo bastante ilustrativo del poder ejercido por este contubernio es la tesis de las ‘Repúblicas independientes’, planteada por el conservador Álvaro Gómez. Esta tesis sirvió como elemento justificativo de la infame ‘Operación Marquetalia’, una acción militar que, según el gobierno, tenía como objetivo “la eliminación de los bandoleros que ocupan territorios para actuar fuera de la ley”. Por esta razón, se consideró necesario el despliegue de tropas para retomar esos territorios. Al revisar el diario *El Espectador*, es notable el seguimiento que se le dio a la noticia, usando titulares e imágenes, lo que demuestra la importancia del hecho, el apoyo al gobierno y la posición clara frente a la confrontación entre ‘limpios y comunes’, es decir, la postura de contradicción y diferencia contra el comunismo.

Para este propósito, se definirá una organización cronológica que constará de tres periodos: el primero, denominado ‘inicios y fundaciones’, incluirá el periodo comprendido entre 1964 y 1965, durante el cual se fundaron las dos agrupaciones guerrilleras de orientación comunista —FARC y ELN— y desarrollaron su organización como movimientos armados rurales, procurando establecer una suerte de contrapoder frente a la racionalidad bipartidista y su persecución a la subversión. El segundo momento, denominado ‘crisis guerrillera’, abordará las profundas problemáticas sufridas por estas organizaciones entre 1966 y 1968. Por último, el tercer momento, llamado ‘consolidación’, comprenderá

el periodo entre 1969 y 1970, etapa posterior a la crisis en la que las organizaciones guerrilleras se recuperaron y lograron consolidarse como actores realmente antagónicos al orden bipartidista colombiano.

Cabe anotar que esta periodización será utilizada en adelante para el análisis del material de prensa mediante la historia cultural. De este modo, los abordajes del material tendrán como criterio esta periodización, marcando como hitos la fundación, la crisis, la recuperación y la consolidación.

De igual manera, se identificará el tipo de enemigo utilizado en la construcción de alteridades por parte de cada diario. Bien sea ‘enemigo absoluto’, ‘enemigo necesario’, ‘enemigo político’ y ‘enemigo contingente’ (Angarita et al., 2016). Esto permite reconocer las motivaciones detrás de la construcción de enemigos, así como el seguimiento de los hechos, las justificaciones respecto al accionar frente a la guerra y el lenguaje empleado al referirse a los grupos guerrilleros, identificando cómo cada medio desarrolla su propia ‘economía política del odio’.

Por lo tanto, se busca reconocer y reconstruir el proceso de construcción de alteridades: cómo cada diario, es decir, cada filiación política, identifica, nombra, categoriza y dota de sentido a sus enemigos, y cómo se aplica odio al otro para justificar las violencias. De esta manera, se narra la historia cultural de la guerra desde tres perspectivas singulares y diferentes, historizando tres culturas políticas distintas en tiempos de guerra, y mostrando cómo cada una desarrolla el mismo proceso en la construcción de alteridades radicales, entendiendo que los medios transmiten culturalmente odios y justificaciones hacia estos enemigos.

2.2.1. 1964. Un nuevo sentido guerrillero. La encarnación del diabolus comunista

Las guerrillas en Colombia experimentaron cambios significativos tras los procesos desarrollados durante el gobierno de Rojas Pinilla. Las cuadrillas de bandoleros liberales y las pequeñas guerrillas se vieron enfrentadas a una ideología llegada desde ultramar, la cual había logrado importantes avances en Centroamérica, particularmente en Cuba. El comunismo soviético, la adopción de las tesis del materialismo histórico de Marx, la revolución y la dictadura del proletariado de Lenin, y la revolución cultural de Mao, conformaron esta ideología diametralmente opuesta a las tesis capitalistas. Esta corriente sirvió de fundamento para que, el primero de enero de 1959, un ejército de revolucionarios barbudos encabezados por Fidel Castro y Ernesto Guevara iniciara la

revolución, adoptara el comunismo como sistema político, económico y social, y lanzara un grito en América: la guerra de guerrillas y la revolución son posibles.

En este sentido, en Colombia las tesis comunistas entraron en conflicto con el liberalismo, dando lugar a un periodo conocido en la historia guerrillera como la disputa entre “limpios y comunes” (Molano, 2017, pp. 41-56). Esta etapa marcó una profunda división y el establecimiento de una orientación comunista en las guerrillas, así como su génesis como las agrupaciones beligerantes que se conocen hasta la actualidad. A partir de este momento, las guerrillas en Colombia trascienden su carácter inicial de ‘grupos armados de supervivencia’ para convertirse en organizaciones con un estatus político definido, con reivindicaciones claras, esquemas programáticos, una estructura jerárquica y un sentido militar orientado como fase previa a la toma del poder. Es decir, las guerrillas encarnan una forma de hacer política por medio de las armas, buscando lograr una revolución que les permita alcanzar la capacidad de ejercer poder a nivel nacional, o sea, convertirse en gobierno.

2.2.2. Hitos fundacionales

Este apartado será organizado en torno a acontecimientos o hitos históricos, a saber: la fundación de las FARC-EP y el ELN, la organización y consolidación de estas guerrillas, y la manera en que fueron abordadas por los medios de prensa.

Respecto a la fundación, el hito fundamental es la Operación Marquetalia, la cual dio origen a las FARC y, con ellas, a las guerrillas de orientación comunista en Colombia. Este acontecimiento marca un antes y un después en la historia del país, ya que establece el inicio de la guerra más allá del conflicto bipartidista. Representa la consolidación de colectivos por fuera de estas ‘normalidades’ políticas, que fueron perseguidos, negados y eliminados de forma sistemática, y que, desde entonces, determinarían una forma distinta de comprender y abordar la guerra en Colombia.

Respecto al diario *El Espectador*, su seguimiento parte de dos circunstancias fundamentales: por un lado, la denominada ‘Violencia bandolera’, caracterizada por la persecución y eliminación sistemática de los bandoleros liberales; y, por otro, la tesis de las ‘repúblicas independientes’, formulada por el senador Álvaro Gómez Hurtado. Esta tesis argumentaba que existían territorios colombianos controlados por grupos violentos que, aprovechando la débil presencia del Estado, establecían bases desde las cuales se cometían crímenes como el pillaje, el asalto, la extorsión y el secuestro. Asimismo, estos grupos promovían

el comunismo en un pa's donde, hist́ricamente, tanto el comunismo como el socialismo han sido objeto de un sistemático y profundo proceso de persecución, negación y violencia por parte del orden bipartidista tradicional. Sobre la transición entre la violencia bandolera bipartidista y la nueva violencia guerrillera, Luis Carlos Galán afirmó:

Si bien la amnistía y los programas de rehabilitación promovidos por el Frente Nacional en sus primeros años permitieron el reintegro a la vida normal de miles de campesinos y guerrilleros, hubo dos sectores que no se acogieron a estas nuevas posibilidades. Por un lado, las guerrillas identificadas con el marxismo leninismo, las cuales se ubicaron en Marquetalia, el Sur y el Noroeste del Tolima. Estas guerrillas se enfrentaron al Ejército y reflejaron en sus acciones y métodos una nueva concepción del proceso subversivo. El otro sector que no aceptó las medidas del gobierno fue el de los bandoleros y forajidos en el Tolima, Caldas y el Norte del Valle quienes no actuaban por móviles ideológicos, pues representaban la barbarie engendrada por un proceso que ya tenía casi tres lustros, durante los cuales toda una generación se formó en el ambiente de descomposición social determinado por la violencia. El fracaso de la amnistía y de la rehabilitación para estos sectores dio lugar a una etapa de exterminio que eliminó el bandolerismo pero fue inútil frente a las guerrillas propiamente dichas, las cuales si bien pasaron a la defensiva no desaparecieron. (Alape, 1985, pp. 241-242)

Por lo tanto, en el panorama nacional se entra en una nueva etapa del conflicto, marcada por la consolidación de organizaciones guerrilleras de orientación marxista. Estas agrupaciones buscan trascender el objetivo inicial de las bandas armadas —centrado en la defensa de sus territorios mediante la barbarie, la crueldad y la sevicia— para adoptar fines político-sociales definidos, inspirados en los modelos de la Unión Soviética, China y Cuba. Esta transición transforma la naturaleza de la violencia en Colombia y marca un antes y un después en su historia, debido a las profundas repercusiones políticas, económicas, sociales y culturales que implica la aparición de organizaciones abiertamente comunistas en un pa's de fuerte tradición conservadora.

Figura 11. Noticias de mayo 3 - 15 de 1964



Nota. Tomado de El Espectador 1964.

Es importante destacar la relevancia que el diario otorga a la muerte de los últimos líderes bandoleros, así como la forma en que se nombra a los guerrilleros liberales. Por consiguiente, resulta pertinente considerar la conceptualización del bandolerismo desarrollada por Eric Hobsbawm, quien plantea que los bandoleros son figuras similares a Robin Hood, asociados con la justicia popular y sostenidos por el apoyo y resguardo de las comunidades. Pero, en el contexto colombiano, muchos de estos actores fueron caracterizados por una sevicia notable, lo que llevó a una deformación de la figura del bandolero, presentado no como un héroe popular, sino como un asesino, ladrón y pillastre. En este discurso, el bandolero encarna el peligro, la violencia y la destrucción de la propiedad, desafiando abiertamente el orden establecido por las estructuras tradicionales de poder:

En la montaña y los bosques bandas de hombres fuera del alcance de la ley y la autoridad (tradicionalmente las mujeres son raras), violentos y armados, imponen su voluntad mediante la extorsión, el robo y otros procedimientos a sus víctimas. De esta manera, al desafiar a los que tienen o reivindican el poder, la ley y el control de los recursos, el bandolerismo desafía simultáneamente al orden económico, social y político. Este es el significado histórico del bandolerismo en las sociedades con divisiones de clase y estados. (Hobsbawm, 2011, p. 20)

En lo referente a las llamadas ‘repúblicas independientes’, el senador Álvaro Gómez Hurtado buscó justificar la acción militar contra los guerrilleros, quienes en su mayoría eran colonos asentados en terrenos baldíos y beneficiarios de procesos de amnistía. Sin embargo, como ya había sucedido con el fin del bandolerismo, estos actores continuaron siendo perseguidos y eliminados. Gómez empleó categorizaciones claras para referirse a los guerrilleros, evidenciando el profundo desprecio que sentía hacia el comunismo. Puede afirmarse que su mayor temor no eran los grupos establecidos en Marquetalia, El Pato, el Guayabero o Riochiquito, sino la posibilidad de que estas zonas se convirtieran en focos comunistas capaces de amenazar el orden establecido.

Desde esta perspectiva, las motivaciones detrás de la Operación Marquetalia fueron profundamente políticas, lo cual se evidencia en sus intervenciones en los medios de comunicación. El objetivo central de Gómez no era únicamente recuperar terrenos baldíos, sino erradicar el comunismo. En palabras del propio Gómez (citado por Alape, 1985):

No se ha caído en cuenta de que hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado colombiano, donde el Ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta al pueblo, o a los habitantes. Hay una serie de repúblicas independientes que existen de hecho, aunque el gobierno niega su existencia. Periódicamente da unos comunicados falsos, mendaces, diciendo que el territorio nacional está todo sometido a la soberanía. Y no está bajo la soberanía colombiana. (p. 245)

Estos bandoleros representaban para Gómez la barbarie, la salvajía y, en términos religioso-católicos, lo impío; aquello que debía ser intervenido para ser evangelizado o, en su defecto, eliminado. En su discurso, culpa al gobierno de los alcances de estas ‘repúblicas independientes’: “El señor presidente Lleras va a pasar a la historia como un fundador de cinco repúblicas independientes, porque la soberanía del Estado se ha quebrantado”. Criticando así al gobierno liberal de Lleras, Gómez insta a recuperar los territorios, enalteciendo profundamente el carácter militar y la importancia del ejército, así como su sufrimiento: “La tragedia del Ejército colombiano es que le ha tocado reconocer territorios extranjeros en su propia patria”.

De esta manera, el contexto para la fundación de los grupos guerrilleros más grandes, importantes y organizados del país estaba abonado, debido a las especificidades del momento, las condiciones socioeconómicas y la recalcitrante

política de un proyecto como el Frente Nacional. Sobre la tesis de las ‘repúblicas independientes’, Jacobo Arenas, ‘ideólogo’ de las FARC-EP, expone:

Aquí hubo un tiempo, hacia 1964, en que políticos de la catadura de Álvaro Gómez desencadenaron, en el parlamento colombiano, una campaña espantosa, una campaña anticomunista que se concretaba en lo que llamaron ellos las ‘repúblicas independientes’. Ese era el pretexto para poder desarrollar una política contra el movimiento democrático del campesinado. Las repúblicas independientes eran los movimientos agrarios y de autodefensa que dirigíamos nosotros. En esa época contabilizaron dizque diecisiete repúblicas independientes. Entonces los mandos militares diseñaron los planes de agresión contra esas regiones agrarias, entre ellas Marquetalia. Entonces vino la agresión llamada operación Marquetalia con un operativo de dieciséis mil soldados del Ejército para un área donde los dieciséis mil hombres no cabían ni parados, porque Marquetalia es un pequeño vallecito y la operación, o mejor dicho la agresión era para todas las áreas adyacentes a Marquetalia. Entonces comenzó la pelea de dieciséis mil soldados contra cuarenta y dos campesinos que no eran guerrilleros sino labriegos que querían vivir en paz con sus mujeres e hijos. Pero ante la agresión tuvieron que levantarse para defenderse y entonces se convirtieron, ahí sí, en guerrilla móvil al mando de Manuel Marulanda Vélez. (Arango, 2016, pp. 35-36)

Desde esta perspectiva se evidencia la relación profunda entre catolicismo y conservatismo, donde el partido conservador no solo se presenta como un proyecto político, sino también como garante de las costumbres cristiano-católicas. Es fundamental tener claro que Colombia ha sido un país en extremo clerical y religioso, donde la palabra del sacerdote era irrefutable, y donde era más importante tener partida o acta de bautismo que cédula de ciudadanía; un país donde el acceso a empleo, educación, salud e incluso seguridad dependía de la demostración de pertenecer a la iglesia y ser devoto de ella.

Surgimiento de las FARC-EP. La agrupación armada conocida como Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Ejército del Pueblo (FARC-EP)⁷², se ha establecido como la organización beligerante-insurgente de mayor tamaño, expansión, antigüedad e impacto en la historia colombiana. Para el desarrollo

⁷² Sobre esta organización el Centro Nacional de Memoria Histórica Plantea (2014): “Las FARC conmemoran como su hito fundador la resistencia a la agresión a Marquetalia de mayo de 1964. Sin embargo, formalmente surgieron con ese nombre entre finales de abril y principios de mayo de 1966, durante la II Conferencia de las Guerrillas del “Bloque Sur”; evento que contó con alrededor de 250 delegados y en el que se aprobaron normas disciplinarias y de comando. Su creación surgió en respuesta a la agresión desencadenada, no solo por el Gobierno sino por el ‘imperialismo yanqui’” (p. 63).

de este estudio, es fundamental el análisis hist́rico de esta organizaci3n armada, sus inicios, sus dinámicas, actores, motivaciones e implicaciones en la vida colombiana, así como sus transformaciones. En este sentido, el reconocimiento de las representaciones construidas sobre estas, y desde estas, se nutre de la comprensi3n de su historia. Una historia en torno al espectro del comunismo soviético, perseguido y satanizado en Colombia⁷³.

Las FARC surgen en el momento de declive de la circunstancia concreta de la Violencia bandolera, en este sentido, la violencia guerrillera, a partir de 1964⁷⁴, puede considerarse una categoŕa hist́rica distinta a la violencia bandolera que la precedió, ya que, gracias al caráctér eminentemente marxista-socialista de la organizaci3n, la circunstancia de violencia adquiere un sentido distinto⁷⁵. Se trasciende de la defensa a la persecuci3n y exterminio conservador, a un proyecto de transici3n al socialismo y a la toma del poder central:

⁷³ Mediante el acto legislativo N° 6 de 1954, la Asamblea Nacional Constituyente declara prohibido el partido comunista, así como las ideas comunistas argumentando que: “dicha actividad atenta contra la tradici3n y las instituciones cristianas y democráticas de la República y perturba la tranquilidad y el sosiego público.” Así mismo, y teniendo como piedra angular su relaci3n con la iglesia cat3lica, el conservatismo, gener3 un proceso de satanizaci3n del comunismo y en general de la izquierda en Colombia, proceso que aún pervive en la cultura poĺtica de los colombianos, siendo este, el único país de Latinoamérica que no ha tenido un gobierno de izquierda de nivel nacional.

⁷⁴ Sobre el surgimiento de las FARC Eduardo Pizarro plantea: “El 27 de mayo de 1964 se inici3 en firme la operaci3n contra Marquetalia, bajo el c3digo de ‘Plan LASO’ (Latin American Security Operation) u ‘Operaci3n Soberanía 66’. Segú algunos militares entrevistados, la cúpula militar hab́a realizado inicialmente una evaluaci3n negativa de la intervenci3n en el área. Sin embargo, los constantes choques armados entre los grupos autodefensivos y la tropa en el cerco militar a la regi3n, las presiones de sectores de la clase poĺtica contra las llamadas ‘repúblicas independientes’, la avidez de los terratenientes de las áreas circunvecinas para apropiarse de estas regiones y sobre todo la emergencia de grupos guerrilleros tanto en Colombia como en el resto de América Latina, convencieron al alto mando militar de la necesidad de aplicar poĺticas preventivas en estas áreas de influencia comunista. El resultado fue que a partir de esta agresión la autodefensa se transform3 en movimiento guerrillero. Y la lucha armada de inspiraci3n comunista se extendió hacia otras zonas, con la creaci3n de los destacamentos guerrilleros de Guayabero, El Pato, Chaparral, Natagaima, Riochiquito y naturalmente, el de Marquetalia. Sin duda, la invasi3n militar a Marquetalia se constituirá en un enorme error hist́rico de parte de la clase dirigente colombiana” (Pizarro, 1989, s. p.).

⁷⁵ Pedro Antonio Marín, quien posteriormente adoptara el nombre ‘Manuel Marulanda Vélez’, fundador y máxmo líder de las FARC hasta el ańo de 2008, argumentaba: “Las fuerzas enfrentadas en esta contienda se definen. Los agresores, inspirados en la poĺtica de “sangre y fuego” son la Poĺcia adiestrada especialmente y tomada como instrumento inicial. El Ejército tom3 partido un poco más tarde y todos los cuerpos represivos asesorados por el partido de gobierno hab́an sido los iniciadores e instigadores. El pueblo colombiano y dentro de este en forma especial liberales y comunistas, el movimiento sindical, eran los agredidos, los perseguidos, de los cuales surgieron, los primeros grupos guerrilleros” (Marulanda, 1973, p. 10). Por tanto, la lucha guerrillera adquiere la categoŕa marxista de la ‘lucha de clases’ (dueńos de los medios de producci3n/fuerza de trabajo), y es dotada de sentido por medio de reivindicaciones sociales y agrarias.

La fundación de las FARC aconteció en un contexto de extinción del fenómeno bandolero, última expresión de la violencia bipartidista durante el llamado Frente Nacional (1958-1974), y de un creciente desencanto por la alianza hegemónica de los partidos tradicionales, considerada por sus opositores como un pacto oligárquico excluyente destinado a mantener el control sobre el aparato de Estado. En los orígenes de las guerrillas de las FARC, así como de otras organizaciones insurgentes —como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL)—, también tendría un importante peso el impacto de la Revolución cubana, el enfrentamiento chino-soviético y el debate marxista en torno a los modelos y las estrategias para hacer la revolución. Estos factores internacionales, que se inscribían dentro de una creciente influencia del pensamiento marxista en los sectores intelectuales de la clase media colombiana, indujeron su uso como herramienta imprescindible para el análisis de la “realidad nacional”, concepto que aludía, por lo general, al conjunto de nuestros problemas sociales, especialmente a la pobreza, al lento proceso de cambio y a la histórica dependencia frente a los Estados Unidos. (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014, p. 66)

De este modo, se instaura en el país un proyecto insurgente de fuerte sentido político e ideológico. Estos primeros guerrilleros, o partisanos según Enzo Traverso —“combatientes irregulares movidos por una fuerte convicción ideológica, arraigados en un territorio, que actúan en el seno de una población que los protege”—, se separan drásticamente del concepto de bandolero. Las bases de la revolución eran las reformas agrarias y las reivindicaciones sociales que buscaban lograr un estado de equidad, seguridad social y acceso a servicios y derechos como sindicatos, servicios públicos, autonomía y soberanía nacional, educación y salud. Por ello, se puede evidenciar la dinámica de transición entre un grupo de autodefensas campesinas, de débil organización y disciplina jerárquica, cuyo objetivo era básicamente la supervivencia; hacia un proyecto fundamentado en tendencias de pensamiento, con una jerarquía y capacidad organizativa para proyectos a mayor escala. Era la transición entre una agrupación de bandas a una organización guerrillera fuertemente influenciada por el proyecto de Ernesto Guevara de extender la revolución a toda América Latina, alimentado por el triunfo en Cuba el primero de enero de 1959.

La organización guerrillera buscaba articularse con distintos movimientos sociales y colectividades subalternas, como el Partido Comunista, los movimientos obreros, campesinos y estudiantiles; no obstante, durante sus primeros

años, este intento resultó en un fracaso, ya que sus postulados y horizontes ideológicos eran ajenos a la realidad del país⁷⁶.

Categorizando como alteridad radical al Estado, “Así, el principio de oposición frente a un adversario social se transforma en un principio antagónico de destrucción del otro que es percibido como una identidad total: el Estado, el orden, etc. El enemigo se objetiviza y concretiza” (Pizarro, 2007, p. 325). Con este fin, la guerrilla radicaliza su discurso, estableciéndose como rival del Estado y sus instituciones. Estado que, encerrado en la dinámica del frente nacional, donde cualquier posibilidad o alternativa política fue reprimida y negada, en este contexto:

La marcha campesina, la huelga ilegal, el paro cívico y la guerrilla son la resultante de un sistema que cerró los canales y los espacios para las fuerzas diferentes a las tradicionales y, a la vez, de las modalidades que asumió la oposición en Colombia. (Pizarro, 2007, p. 326)

Por lo tanto, puede concluirse que la guerrilla, entendida como fuerza armada que busca vencer y reemplazar al Estado, es una consecuencia directa del Frente Nacional, de la negación de alternativas y posibilidades de participación, y del proceso de satanización de la izquierda en Colombia. Es sí, la guerrilla justificaba su accionar violento en la imposibilidad de vías de participación política y se presentaba como portadora de las reivindicaciones sociales.

Sin embargo, la capacidad de convocatoria de la guerrilla en Colombia ha sido sumamente limitada; sus principales bases sociales o de apoyo han sido locales o sectoriales, como sectores campesinos en zonas de colonización, movimientos estudiantiles, activistas sociales e intelectuales⁷⁷. De esta manera, la

⁷⁶ En la historia colombiana ha sido una constante, el fracaso de proyectos ‘importados’ de otros lugares del mundo, e implantados de forma doctrinaria: “Este discurso publicitaba imágenes de la China de Mao, de la Revolución cubana y de la Revolución rusa y resultaba poco sensible para detectar los cambios que estaba teniendo lugar en diferentes campos de la sociedad, tanto en sus expresiones culturales como en sus estructuras urbanas, económicas y sociales” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2014, p. 76). Similar a la situación del discurso socialista, se encuentran los modelos pedagógicos traídos de otros lugares e implantados al pie de la letra, hecho que ha devenido en los fracasos y las fallas estructurales del modelo educativo colombiano que no obedece a las circunstancias concretas del país, de sus comunidades y territorios.

⁷⁷ Sobre el particular Jacobo Arenas, miembro fundador y reconocido como ideólogo de las FARC, argumenta al periodista y escritor Carlos Arango (2016): “Al principio la casi totalidad de sus componentes eran los campesinos. Y todavía el campesinado sigue teniendo un peso específico en las Farc. Pero en los últimos tiempos esa situación se ha venido modificando con la incorporación de otras gentes a la lucha nuestra, a la lucha armada por el poder. Hay obreros en las

guerrilla desde su fundación experimentó un proceso de crisis, con intentos de reconsolidación, pero:

La insurrección no es ni siquiera un estado de ánimo de las masas. La insurrección es la descomposición total del viejo sistema, el rebasamiento de la vieja medida, la ruptura de esa vieja medida y el salto dialectico hacia una medida nueva. (Arango, 2016, p. 46)

Desde esta perspectiva, las FARC enfrentaron la difícil situación de la continuidad y permanencia de un sistema validado y justificado por la gran mayoría de la población; asimismo, su débil capacidad de movilización popular, las aplastantes derrotas militares, la persecución y el exterminio. Sin embargo, el impulso y la determinación de su fundación, junto con la existencia de ideales firmes aún no corrompidos por el narcotráfico, impidieron su exterminio definitivo.

Diario *El Espectador*. De bandoleros y pillastres.

El 15 de junio de 1964 quedará para la posteridad como una fecha fundamental en la historia colombiana, pues es el día en que nacen las FARC-EP, como consecuencia de la represión estatal contra un grupo de familias que se apropiaron de tierras baldías para comenzar una nueva vida campesina⁷⁸; esta represión, persecución y eliminación no obedecía a la apropiación de la tierra *per se*, sino a la ideología político/económica que estaban adoptando estas familias.

La recuperación de las ‘repúblicas independientes’ no tenía una justificación territorial, económica ni siquiera política; su propósito era estrictamente ideológico: mantener a raya al comunismo. Es decir, el problema no era simplemente asentarse en terrenos baldíos, sino hacerlo bajo la bandera del comunismo. Comprender esta circunstancia es fundamental, ya que fue determinante para la aparición de la organización guerrillera subversiva más grande y longeva de

guerrillas de las Farc. Hay intelectuales, hay estudiantes, hay profesionales, hay médicos, hay abogados, hay profesores, sacerdotes. Pero hay una diferencia también muy grande entre el campesino de antes y el campesino de ahora. El guerrillero campesino de hoy tiene una concepción muy distinta de la vida y de la lucha. Ya el guerrillero campesino no aspira por ejemplo a que, si termina esta lucha, él se va a ver dónde está la tierra para trabajarla, a recuperar el grano de tierra que la violencia le quitó. ¡No! Ese campesino ya está pensando en el cambio del régimen, en el gobierno nuevo, en el nuevo sistema social, en la toma del poder para su pueblo y para su clase” (pp. 39-40).

⁷⁸ Aquí es importante reseñar que la legislación sobre terrenos baldíos era extremadamente laxa y permisiva para 1964, ‘permitía’ la apropiación de tierras con fines de producción, esta misma laxitud de la ley en cuanto a la cuestión de la tierra en Colombia fue la que facilitó la acumulación de tierras de hacendados, terratenientes, clases políticas y gamonales en Colombia.

la historia colombiana. Este hecho marcó un antes y un después en la historia política del país, pues la operación Marquetalia, una acción militar estatal, no solo fracasó en su objetivo, sino que provocó una transfiguración radical de la violencia en Colombia, transformándola en un conflicto armado con características de guerra, más allá de simples manifestaciones violentas. Marquetalia fue, en definitiva, el inicio de la guerra en Colombia.

Figura 12. *Página El Espectador, 15 de junio de 1964*



Nota. Tomado de El Espectador, 1964.

En este fragmento, el cual podemos considerar como el momento fundante de esta investigación, podemos notar el manejo dado a este hecho, primera plana, a doble columna. Con imágenes de apoyo, y posterior ampliación de la noticia en artículo en página interior; el mensaje por parte del diario el Espectador es claro y evidente, el hecho es de enorme relevancia, y, así mismo es fundamental demostrar la labor del ejército colombiano. Así notamos la enorme exposición mediática del hecho, así como el manejo del hecho como una sencilla recuperación de territorios ocupados por los guerrilleros, categorizados como bandoleros, antisociales, e incluso terroristas. Se procura afanosamente por establecer categorías y características específicas de los guerrilleros; si bien el término guerrillero, dota de sentido al otro, términos como antisocial, demuestra su separación de la normalidad instituida llamada sociedad o nación. Así, El Espectador, y, por ende, el liberalismo, justifican la operación Marquetalia, buscando definir como, las familias que se asentaron allí, no son colonos, son invasores de un territorio que no les pertenece, y, por tanto, deben ser expulsados, y, el territorio recuperado en el proceso; y este proceso debe ser militar, es decir,

son las fuerzas del orden del Estado quienes deben recuperar este territorio, expulsar a los invasores y restaurar el control territorial, sin importar lo que estas fuerzas del Estado deban hacer para lograrlo.

Figura 13. Página *El Espectador*, 15 junio de 1964



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1964.

Así mismo, se demuestra la importancia de la noticia, buscando informar al país que la 'cuadrilla de antisociales' de "Tirofijo" se encontraba acorralada por el cerco militar. Lo fundamental en estos apartados de prensa es el manejo casi de apoteosis del hecho, de la intervención militar en contra de los bandoleros de filiación comunista. Así mismo, los artículos son extensos, detallados y buscan reconocer y exaltar los logros del ejército en su lucha contra los bandoleros, así como la sevicia y la falta de códigos respecto de los pobladores de Marquetalia en contra del ejército.

Existe un interés por establecer la legitimidad de la operación Marquetalia, legitimar la guerra contra las guerrillas, legitimar la expulsión del territorio a sangre y fuego; aquí es importante reconocer como se criminaliza a Tirofijo y su grupo, definiendo las fuentes ilegales de financiación de su grupo, con impuestos, asaltos, extorsiones, secuestros y falsificación de documentos, todos hechos ilegales, pero también con connotaciones éticas⁷⁹.

⁷⁹ Respecto al secuestro, fue uno de los peores errores por parte de las FARC, ya que su práctica sistemática deterioró profundamente la imagen de las guerrillas frente a la sociedad y la opinión pública, ya que esta práctica degrada el conflicto y demuestra el desprecio por la vida humana,

Figura 14. Noticias El Espectador, 2 de julio y 2 de agosto de 1964



Nota. Tomado de El Espectador, 1964.

La construcción de alteridades por parte de este diario busca fundamentalmente establecer el peligro que representan los grupos guerrilleros; en el sentido más liberal de la expresión, el grupo de Marquetalia amenaza la vida, honra y bienes, dentro de una normalidad denominada 'frente nacional', en este sentido, el bipartidismo es la norma, y todo lo que no obedezca a sus preceptos, se considera alteridad radical, es decir enemigo. En este sentido, en el proceso de construcción de los guerrilleros como enemigos, el diario considera a las guerrillas como un *enemigo necesario*, en tanto la operación Marquetalia es la afirmación de este contexto de frente nacional, es decir, la existencia de estos grupos guerrilleros, justifica el orden imperante, un orden representado en el bipartidismo monolítico (por muy paradójico que se lea), donde tanto el Estado, como la nación, solo tienen la opción de ser o liberales o conservadores, y a partir de allí son colombianos, negando cualquier oportunidad de expresión a otras posibilidades o ideologías políticas, en especial el comunismo, el cual ha sido mundialmente establecido como el enemigo a vencer, y evitar su avance, en especial, en territorios tan importantes para la geopolítica estadounidense.

es la dimensión antiheroica de la guerrilla, como plantea Sánchez (2021): "En ese escenario la víctima es sometida a un proceso de cosificación, de simple "mercancía" negociable, rodeada por una estructura organizativa que, al igual que la de los torturadores de las dictaduras, tiene sus especialistas en la presión física y psicológica, en la extracción de información y en la gradación del suplicio para mantener la "utilidad" monetaria de la víctima y la eventual cooperación-sumisión de la familia. El secuestrado se encuentra allí no solo en una extrema soledad a la espera de una transacción de la cual dependen su vida y su libertad, sino además rodeado de barreras y controles que eviten todo contacto o muestra de simpatía emocional con sus vigilantes. De este modo el secuestro constituye el símbolo por excelencia de la paradoja guerrillera, que se reclama portadora de un proyecto emancipador (contra la alienación) y que al mismo tiempo reduce el cuerpo de sus víctimas a una envilecida mercancía capitalista" (pp. 54-55).

Para este diario, los enemigos, representan la violencia, es decir, la amenaza constante a la integridad y la vida de las personas del país; de aquí, el uso de categorías como víctimas de Tirofijo, así mismo, son asociados con bandoleros, es decir, criminales, salteadores de caminos, ladrones, forajidos y antisociales, quienes no tienen brújula moral y viven en una suerte de barbarie salvaje violenta y brutal. El odio impulsado hacia ellos obedece a su amenaza física, a su capacidad para ejercer la violencia, y desestabilizar el orden nacional.

Diario *El Colombiano*. De pecadores y pervertidos.

Por parte del diario *El Colombiano*, su cubrimiento de la operación Marquetalia, desde el punto de vista redaccional, es extremadamente pobre, si bien, el hecho se plasma en primera página, es la introducción de un artículo en página interior, así mismo, su seguimiento no es diario, sino segmentado; este hecho noticioso, parece no tener relevancia para *El Colombiano*, el cual busca generar 'otras noticias' a partir de la operación. Particularmente ilustrador resulta este fragmento de julio 7 de 1964, donde se categoriza a los guerrilleros de Marquetalia como "tenebrosos focos comunistas", los cuales aplicaban castigos a todo aquel que tuviera manifestaciones de religiosidad católica. Esta representación de alteridad será una constante en el manejo noticioso del diario a las acciones de las organizaciones guerrilleras, desde la satanización, buscando que guerrilla y maldad se asocien, que comunismo y maldad se asocien, para *El Colombiano*, la guerra adquiere connotaciones y justificaciones religiosas, las guerrillas sencillamente son malas, desde todo el espectro de posibilidades que ofrece el término, el poder de este término, *maldad* es definitivo en la forma como se aborda a la naciente guerrilla, son gente mala, no solo son criminales, no solo son bandoleros, no solo son violentos, sencillamente son malos, y esta maldad lo aleja de lo cristiano, de lo piadoso, incluso de lo humano, y de igual manera, el uso de este apelativo, permite monopolizar el contrario, monopolizar la bondad y el bien, y estas categorizaciones tan amplias permiten establecer una diferenciación clara entre nosotros y los otros, los buenos y los malos, es decir, toda Colombia contra los comunistas.

Figura 15. Noticias 4 y 13 de julio de 1964



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1964.

Los apelativos utilizados por este diario buscan crear una imagen, y es la imagen del terror. El manejo discursivo y redaccional muestra una evidente intención de asociar a la naciente guerrilla con la perversión moral; al analizar la forma en que la operación Marquetalia fue cubierta, se hace notorio lo que llamaremos aquí como la construcción del enemigo. Para *El Colombiano* existen colombianos, y tienen características muy definidas y, en consecuencia, convierete a todo lo comunista en una suerte de anticolombianismo; es decir, existen los colombianos, con todas sus características según la racionalidad conservadora/católica: hombres, blancos, respetuosos de la ley, en un contexto machista heteronormativo, y mujeres sumisas, respetuosas y temerosas tanto de la ley, como de Dios, como del hombre. Y existe lo opuesto: hombres perversos, malvados, sucios, ateos (incluso satánicos o brujos), que practican la sodomía y demás perversiones o ‘desviaciones’ sexuales; y así mismo, mujeres rebeldes, vulgares y peligrosas.

Es preciso decir que al concepto de colombiano se le construye un alter ego, una alteridad radical, un anticolombiano; un colombiano que no merece serlo y, al representar lo contrario, debe ser identificado como el enemigo, no solo del conservatismo, sino del catolicismo. En síntesis, los guerrilleros, movimientos sociales y estudiantiles son enemigos de Colombia, y de todos los colombianos que aceptan y mantienen sus costumbres. Para *El Colombiano*, es decir, para el conservatismo y el cristianismo católico, el comunismo es el enemigo de Colombia.

Figura 17. Noticia 11 de julio de 1964



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1964.

También, la circunstancia de Marquetalia sirve de escenario para la construcción de alteridades. Usando como foco del odio a Cuba, el diario *El Colombiano* asocia al comunismo cubano con las familias apostadas en Marquetalia, y extiende su influencia a universidades, organizaciones sindicales y movimientos sociales. Aquí, el diario ofrece su visión fundamental de alteridad, categorizando todo lo que pueda considerarse comunista con terrorismo, con maldad, con perversión; en este sentido, notamos cómo la construcción del enemigo, para este diario, clasifica como terrorista, ateo, subversivo y anticatólico a activistas, estudiantes, intelectuales y guerrilleros por igual.

Desde esta perspectiva, se puede denotar cómo las categorías atribuidas a la naciente guerrilla no solo obedecen al campo retórico de la criminalización y el delito, sino también a preceptos éticos, morales y religiosos. Para este diario, no es suficiente que los guerrilleros sean considerados criminales; también deben ser reconocidos como personas ‘malas’, ajenas a la ‘bondad’ y a las costumbres cristianas y, por ende, representantes de la malignidad, el pecado y la perversión moral. Los guerrilleros de Marquetalia y sus familias, deben convertirse en el foco del odio generalizado de la nación y, en consecuencia, la forma en que serán intervenidos se presenta como totalmente justificada. Se trata de un tipo de gente sobre la cual no solo se desea que sufra, sino que se espera que sufra.

Figura 18. Noticias del 19 y 27 de julio de 1964



Nota. El seguimiento de la operación Marquetalia, se aprovecha para difundir el odio hacia el comunismo, y enaltecer las acciones militares.

Tomado de *El Colombiano*, 1964.

De igual manera, se buscaba establecer a las universidades públicas como fuentes de militantes para las guerrillas, deslegitimando y atacando retóricamente a las organizaciones estudiantiles, las cuales se encontraban en momentos de profunda militancia, en un contexto de represión, persecución e incluso eliminación. Si bien existieron estudiantes universitarios que tuvieron contactos con Cuba y ofrecieron apoyo en la consolidación de agrupaciones guerrilleras (especialmente el ELN), no se trató de una dinámica de orden institucional universitario, sino de coincidencias ideológicas encontradas por las organizaciones guerrilleras en las universidades públicas. Allí, la formación implica la apertura a diversas perspectivas de pensamiento, y el pensamiento con un profundo componente social y conciencia de clase encuentra simpatizantes entre estudiantes provenientes de comunidades y clases populares. Sin embargo, el manejo del diario *El Colombiano* corresponde a una suerte de 'satanización' de las universidades públicas en Colombia, no por ser universidades, sino por ser públicas. Para este diario, lo público es sinónimo de comunista y, por tanto, de subversivo, ateo y terrorista.

Cabe señalar que la construcción del enemigo por parte del diario *El Colombiano* obedece a la figura del enemigo absoluto. Si bien hace uso de un lenguaje similar al empleado por *El Espectador*, lo trasciende al categorizar la monstruosidad e inhumanidad de los guerrilleros. Así, los guerrilleros no solo son

violentos: disfrutan de la sevicia de sus acciones, matan, violan, hurtan, todo ello desde su ateísmo, con Cuba como epicentro y lugar de formación en esta inhumanidad. Para este diario, las organizaciones guerrilleras no son simples enemigos: son monstruos y, al serlo, la única acción pertinente es su eliminación. La fuente de su monstruosidad radica fundamentalmente en representar lo contrario al contubernio católico-conservador; es decir, además de la violencia, la principal característica atribuida a los guerrilleros de Marquetalia es su condición de anticatólicos o ateos. En el primer caso, se busca asignar a este colectivo la perversión moral, la maldad, la barbarie, el pecado y sofismas demoníacos o paganos que son contrarios a la ortodoxia católica. En el segundo, se enfatiza su ateísmo para denunciar la participación de Cuba en las manifestaciones y acciones guerrilleras, catalogándolas como terrorismo.

Este elemento es fundamental, ya que los grupos guerrilleros son presentados como encarnaciones del terror y el horror. El terrorismo, entendido aquí como algo que trasciende los límites de la guerra ‘convencional’, carece de contención moral en el desarrollo de sus acciones y, por tanto, es asociado a crímenes de guerra. Así pues, el medio busca satanizar el comunismo, dejar claro que las personas apostadas en Marquetalia representan todo lo contrario a lo que puede considerarse ‘colombiano’. En síntesis, su construcción como enemigo absoluto es tal que busca despojar no solo de nacionalidad, sino también de humanidad, a las organizaciones comunistas y grupos guerrilleros⁸⁰.

⁸⁰ El uso reiterativo de noticias falsas, o noticias distorsionadas son recurrentes en los escenarios de guerra, ya que su uso ‘válida’ culturalmente la violencia ejercida, la mentira, según Traverso: “se propaga, se expande y finalmente vive con una sola condición: encuentra en la sociedad en la que se difunde un caldo de cultivo favorable. En ella, los hombres expresan inconscientemente sus prejuicios, sus odios, sus miedos, todas sus emociones fuertes. Estos rumores, leyendas, mitos y mentiras surgen siempre de representaciones colectivas preexistentes. Las fake news, escribe Marc Bloch, son «el espejo en el que “la conciencia colectiva” contempla sus propios rasgos». Y añade que, desde el momento en que se derramó sangre, las noticias falsas quedaron definitivamente validadas” (Traverso, 2024, p. 53).

Figura 19. Noticias de 14 y 26 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1965.

Este diario tiene claro quién es su enemigo, y lo deforma al punto de despojarlo de su carácter de humanidad y nacionalidad. Valiéndose de la moralidad religiosa cristiano-católica, los enemigos de la filiación conservadora son representados como impíos, malvados y pecadores; como quienes castigan a los miembros de su propia comunidad que sean católicos, promueven el ateísmo, el desprecio por las tradiciones y, por tanto, la degeneración y perversión social.

Partiendo de lo anterior, se puede evidenciar la motivación política del diario *El Colombiano*, ya que, haciendo uso de cuestiones morales y religiosas, define de forma muy directa lo bueno y lo malo de manera absoluta: es malo todo lo asociado al comunismo, y este mal no es susceptible de salvación ni diálogo, por lo que la acción posible es la eliminación.

El recurso discursivo recurrente de este medio conservador es la categorización de monstruos, la creación de monstruos. La guerrilla no solo es peligrosa, es monstruosa; sus integrantes no son solo bandoleros y criminales, sino personas malas y perversas, con una malignidad evidente, desviados y pervertidos por el comunismo internacional y cubano, donde se transgreden todas las normas básicas de conducta y se vive en la total y absoluta ignominia. Para *El Colombiano*, no solo está en peligro la vida, honra y bienes de los colombianos, sino también su alma, en un contexto donde no solo se puede ejercer la violencia, sino pervertir las almas y los corazones de los colombianos católicos.

Esto es fácilmente evidenciable al notar cómo el diario asocia a la guerrilla con los crímenes más atroces y moral y religiosamente cuestionables, como secuestros, violaciones, parricidio, fratricidio, profanación de tumbas y simbología

religiosa, adulterio, sodomía, etc. Estos hechos tienen en común que están asociados a perversión, pecado y malignidad profundos, y quienes los cometen son considerados monstruos. Los monstruos son irracionales, violentos, sádicos y, lo más importante, no cambian. Con un monstruo no se puede (ni se debe) razonar; la única acción sensata frente a ellos es eliminarlos. Con los monstruos no existen puntos medios: deben ser sencillamente eliminados. Así, al establecer a los guerrilleros como monstruos, se les despoja de su humanidad y, por tanto, su muerte a nadie le duele; al contrario, todo el mundo celebra cuando cae un monstruo.

Desde esta perspectiva, la lucha en Marquetalia no solo es física y militar, sino también moral y espiritual -o, mejor dicho, religiosa-, donde las y los colombianos no solo deben alentar la recuperación del territorio y la eliminación de las guerrillas, sino también repudiar el comunismo, entendiéndolo como una práctica inmoral, pecaminosa e incluso patológica. Haciendo uso de un pasaje bíblico, al igual que el diablo, el comunismo vino al mundo a robar, matar y destruir. Este tipo de discurso es extremadamente peligroso, pues deriva en apologías y discursos de odio que, en la actualidad nacional, evidencian sus profundas raíces y cómo han determinado la cultura política colombiana.

Semanario *Voz Proletaria*. De héroes y revolucionarios.

El semanario *Voz Proletaria*, por su parte, hace un seguimiento extenso en primera plana, con mayúsculas y negrillas, denunciando los abusos de autoridad por parte de las fuerzas militares y procurando movilizar a la población hacia la defensa de los grupos guerrilleros. Este semanario siempre fue directo al establecer su filiación como órgano del Partido Comunista de Colombia (en adelante PCC). Este diario busca demostrar cómo la circunstancia específica de Marquetalia es un hecho fundamental en la historia del país, una suerte de antes y después; posteriormente, la historia le daría la razón.

El manejo de la noticia es grandilocuente y se contrapone a los diarios *El Espectador* y *El Colombiano*. Para *Voz Proletaria*, Colombia vive una revolución popular y los grupos guerrilleros son ‘fuerzas populares’, una suerte de ejército del pueblo con características de Robin Hood. Para el semanario, las familias asentadas en Marquetalia son héroes y sus acciones están plenamente justificadas. Usando apelativos como ‘resistencia campesina’, dotan de sentido y cercanía a la guerrilla y, asimismo, exaltan sus acciones como actos de heroísmo y resistencia.

Exhortando al apoyo popular, el semanario busca que la nación sienta filiación y empatía hacia la guerrilla, presentando la lucha guerrillera como una lucha del país y por el país, una batalla que cada colombiana y colombiano deben apoyar y alentar. Basándose en escritos comunistas y en la experiencia cubana, *Voz Proletaria* encamina sus esfuerzos a definir a Marquetalia como un punto de inicio para una nueva Colombia: una Colombia revolucionaria y rebelde, que entiende que la lucha armada es la única alternativa y debe justificar las acciones militares guerrilleras. Para *Voz Proletaria*, la lucha armada es la antesala de la revolución comunista en Colombia.

Figura 20. Noticia del 4 de junio 4 de 1964



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1964.

El manejo redaccional de las noticias referentes a la lucha guerrillera por parte de *Voz Proletaria* es profundo; sus artículos son de gran extensión y, en muchas ocasiones, además de la nota en primera plana, le sigue una profundización de una o dos páginas completas. Esto demuestra que, para este semanario de orientación comunista, la circunstancia de Marquetalia es fundamental, ya que la reconocen como el inicio de un movimiento de escala nacional.

Esta importancia se evidencia en la autorreferencia del semanario: 'las fuerzas populares', 'la resistencia campesina', son algunas de las denominaciones que buscan establecer un puente discursivo entre las guerrillas de Marquetalia,

El Pato, Riochiquito y Guayabero con el pueblo colombiano. Su interés político es demostrar la perversión, autoritarismo y totalitarismo del régimen imperante, y establecer a las guerrillas como focos de resistencia y alternativa política, adoptando el modelo revolucionario soviético, chino y cubano.

De modo similar, su redacción evidencia cómo busca que se reconozca a las guerrillas de Marquetalia como organizaciones, no como simples bandas armadas. Esto es fundamental, pues cambia por completo la connotación política y las características del grupo: una organización con dirigentes, voceros y estatutos se aleja de las bandas de asesinos que viven en la barbarie y la ignominia, y pasa a ser un conjunto de personas, seres humanos pensantes (o sentipensantes), que buscan reconocimiento y reivindicación como organización subversiva; es decir, buscan ser reconocidos como rivales, como enemigos políticos, en un escenario que los considera enemigos absolutos y/o necesarios.

Figura 21. Noticia del 25 de junio de 1964



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1964.

En este sentido, es importante entender que, si bien *Voz Proletaria* reconoce a sus alteridades como enemigos políticos, es decir, como rivales, a quienes, aunque exista confrontación violenta, se les considera como iguales —fuerzas ideológicas opuestas que pueden entablar un diálogo— también busca mostrarlos como los detentadores de la brutalidad estatal, de un orden estático e inmutable que persigue y elimina toda alternativa distinta a su ortodoxia.

Más allá de la identificación partidista, *Voz* identifica como alteridades tanto a liberales como conservadores, considerándolos iguales en el escenario del Frente Nacional (para los godos, los liberales). Al representar las únicas dos opciones de gobierno, son básicamente lo mismo.

Figura 22. Noticia del 30 de julio de 1964

35

Marquetalia se Confundirá con Colombia, si el Apoyo a su Lucha se Acrecienta

Ver las declaraciones del Comandante guerrillero Manuel Marulanda Vélez, concedidas a nuestro corresponsal Román Rosales, en la página Octava.

12 Trabajadores Cayeron en el Genocidio de La Símbole

El "combate con bandoleros de Tirofijo" de que hablan los átomos militares fue un asesinato a sangre fría. Los hechos tuvieron lugar en La Símbole (Riosucio, Cauca) el 7 de julio. El Comando de la Sexta Brigada ordenó guillotinar sobre el terreno. (Ver informe especial de nuestro corresponsal en Riosucio, en la página sexta). Aquella información sobre los atentados del gobierno en las zonas donde se realiza la "acción cívico-militar", en página séptima.



PROLETARIA
ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA DE COLOMBIA

Boletín DE JULIO de 1964. Año II. Nº 28. Edición: 10.000 ejemplares. Distribución: 10.000 ejemplares. Impreso en Colombia - Bogotá. Precio: 100 pesos. Licencia Nº 10 del Ministerio de Comunicaciones.



Fidel: "A las Buenas o a las Malas los Pueblos de América Latina Harán su Revolución"

Castro desafía ante la historia a los gobiernos tiranos de la OEA.— Cuba marcha segura hacia la victoria a pesar de las amenazas y del bloqueo.— "Han sido los hechos —y no las palabras, ni las personalidades— los que han despertado la fe del pueblo".

(Ver la página 14)

Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1964.

Respecto a las categorías usadas con sus alteridades, *Voz* busca demostrar que su principal característica es el abuso de poder. Este autoritarismo controla incluso los medios de prensa, calumniando y argumentando en contra de los guerrilleros, además de justificar sus acciones violentas. Términos como genocidio, tortura, secuestro y retención ilegal son usados con frecuencia para evidenciar los abusos ejercidos desde el orden gubernamental.

Se puede decir que el semanario busca mostrarse como la voz de quienes han sido violentados por el establecimiento, la voz de los silenciados. Su tratamiento de las situaciones de guerra tiene tintes eminentemente político-sociales; es decir, *Voz* reconoce la consolidación de las guerrillas como la respuesta lógica a la represión estatal, al autoritarismo, a la corrupción dentro del orden impuesto del Frente Nacional, así como a las profundas desigualdades sociales en el país. Asimismo, el semanario busca, constantemente, persuadir y movilizar a la población en favor de la lucha guerrillera. Al culpar al orden imperante de todas las situaciones adversas del país, propone a la guerrilla como una

suerte de respaldo de la revolución popular. Los titulares que enaltecen el masivo apoyo popular a las guerrillas son recurrentes y grandilocuentes.

Figura 23. Noticia del 30 de julio de 1964

Bogotá, D. E. Julio 30 de 1964 VOZ PROLETARIA PAGINA SIETE

GENOCIDIO OFICIAL EN RIOCHIKUITO

No Eran Bandidos

Riochikuito (Cauca) - Del Corresponsal - El ocho de julio "El Tiempo" informó en su primera página que el día anterior, desde las primeras horas de la tarde hasta las diez de la noche, se había librado un "encarnizado combate" entre las tropas del batallón Junín del Cauca y hombres de Manuel Marulanda, en Riochikuito, resultando muertos por las milicias, doce campesinos ("bandoleros", dijo "El Tiempo") y heridos otros, sin bajas por parte del ejército. Agrega la información que "las tropas estuvieron apoyadas por helicópteros de la FAC" y "combatieron" hasta las primeras horas de la noche, lo que hace suponer bombardeos en la región.

CONFIRMACION OFICIAL

El gobernador del Cauca, Daniel Solarte, lo mismo que el comandante del batallón Junín coronel Ortiz Ayala, confirmaron lo de las bajas. Cosa semejante hizo el coronel Fajardo, comandante de la 3ª Brigada, actualmente adscrita a la 6ª.

En los periódicos del nueve de julio, incluyeron declaraciones del coronel Curves Cubides, comandante de la 6ª Brigada y de la operación Marquetalia, en las cuales reafirma lo del "largo combate" pero manifiesta que no tenía "ningún informe oficial" sobre las bajas de los que los enemigos del pueblo llaman "bandoleros". Y que sólo se habían hallado en el lugar "prendas personales". Después, un manto de silencio y olvido se tendió sobre el asunto. Ni la "gran prensa" oligárquica ni los altos mandos quisieron acordarse más del "glorioso combate".

VII. ASESINATO

¿Qué había pasado? Pues había pasado lo siguiente, como de costumbre. El "encarnizado y largo combate" no era otra cosa que un vil asesinato. Las tropas del Junín apoyadas por la aviación Lyman, habían asesinado cobardemente a un grupo de doce campesinos inermes, que ve-

12 Muertos en Combate con "Tiro-Fijo"

EL TIEMPO

Vías de Escape buscan hombre de "Tiro-Fijo"

EL SIGLO

Solo Prendas Personales Hallaron Después del Combate con "Tiro Fijo"

ni Guerrilleros

El gobernador Solarte, que la misma noche del siete había confirmado el asesinato de los "bandoleros" (como dice la oligarquía) se desmintió al día siguiente, afirmando que no había habido ninguna batalla. Y el único autor intelectual del genocidio, el coronel Ortiz Ayala, comandante del batallón Junín de Popayán, prohibió suministrar cualquier información a los periódicos para evitar "el desprestigio del ejército".

Tan monstruoso ha resultado el nuevo crimen del militarismo oligárquico en Riochikuito (Cauca), que el ministerio de justicia se ha visto en la necesidad de ordenar la apertura de una investigación. Y en estos momentos, los jueces designados por el ministerio, se encuentran en el municipio caucano de Páez, en cumplimiento de la misión encomendada.

VICTIMAS CALUMNIADAS

Esta nueva matanza de campesinos inermes, hecha con pretexto de eliminar el bandolerismo y encuadrada en la carreta de la acción cívico-militar que comenzó en Marquetalia, cubre otra vez de oprobio a los altos mandos al servicio de la oligarquía, dirigidos por su fechorías. En presencia de estos crímenes horrendos uno recuerda involuntariamente las palabras de Marx en su libro sobre la guerra civil en Francia:

"En cada uno de sus triunfos sangrientos sobre los abnegados peledos de una sociedad oscura y mejor, esta civilización, basada en la esclavitud del trabajo ajeno, absorbe los gemidos de sus víctimas en un clamor salvaje de calumnias". "Las hazañas infernales de la soldadesca reflejan el espíritu insano de esa civilización de la que se el brazo vengador y mercenario. Gloriosa civilización esta, cuyo gran problema estriba en saber cómo desprenderse de los montones de cadáveres hechos por ella después de haber crecido la hazaña".

ni Hubo Combate!

Chorreado MENTIRA en todas sus letras, los titulares de la prensa capitalista pretenden el crimen oficial, desde 12 campesinos inermes asesinados a matanzas y sobre seguro, como si se tratara de un prolongado combate del cual el ejército salió con una aureola de heroísmo. Pero la verdad es muy distinta...

nian de arar unas tierras, provistos de palas, hachetas y picas que fueron halladas al día siguiente en el lugar del "combate". Son las "prendas personales" de que habla el coronel Curves. Por eso se hizo el silencio. No eran bandoleros. No eran guerrilleros. No hubo combate.

Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1964.

El semanario busca, a través de su discurso y manejo de los hechos, que la población defienda y justifique las acciones guerrilleras, tomando como referencia la experiencia cubana, china y soviética. De igual manera, recurre a intervenciones de personalidades e intelectuales de izquierda como Gilberto Vieira y Antonio García Nossa, quienes, desde su postura intelectual e incluso académica, ratifican el apoyo a Marquetalia y la necesidad de la movilización popular en torno a un movimiento revolucionario que se vislumbra como un movimiento sudamericano. Por consiguiente, *Voz Proletaria* realiza una inversión total del concepto de Estado y gobierno como protectores y garantes del orden. Para el semanario, estos son estamentos reaccionarios, autoritarios y totalitarios, y las fuerzas armadas son los perpetradores de la brutalidad. Así, posiciona al Estado y al Frente Nacional como enemigos de los colombianos, en especial de aquellos que hacen parte de las masas populares y sus movimientos sociales.

Cabe decir que, desde la ortodoxia marxista, se entiende esta posición a partir de las relaciones de producción desiguales y de explotación, la profunda e inequitativa tenencia de la tierra y los medios de producción, y la exacerbada explotación de una minoría acomodada sobre una inmensa mayoría que garantiza sus riquezas.

del miedo, la explotaci3n y el autoritarismo; en śntesis, gobiernos que tienen a Colombia en una zozobra colectiva constante y permanente. Es en este punto, donde radica la importancia y el heroísmo de la guerrilla, al ser la última línea de defensa del pueblo ante un gobierno violento, ruin y corrupto.

De igual manera, los ataques a la institucionalidad religiosa son un recurso recurrente en *Voz*, que denuncia la persecuci3n ejercida por la instituci3n cristiano-cat3lica, a la cual se categoriza como atea, impía, pecadora, maligna, y con otras etiquetas de alteridad asociadas a la antirreligiosidad, el paganismo y la perversi3n sexual. Así, se busca vincular a la religi3n como cómplice del orden autoritario imperante, procurando evidenciar la corrupci3n en sus filas y su manipulaci3n de la poblaci3n para defender el r3gimen del Frente Nacional.

Voz se estableci3 como un medio directo que nunca ocult3 sus intenciones. El hecho de contar entre sus columnistas a los líderes guerrilleros de Marquetalia provoc3 que el medio sufriera los ataques y embates de una poblaci3n que no soportaba que un medio criticara y atacara a sus guías religiosos y políticos tradicionales. Si bien las columnas y entrevistas hechas a Tirofijo y Jacobo Arenas contenían argumentos elaborados mediante reflexi3n y ejercicio intelectual, su rol como alteridad radical frente a la racionalidad imperante —es decir, el Frente Nacional bipartidista— deriv3 en la persecuci3n de su director, Manuel Cepeda, y en su vinculaci3n directa con actos ‘terroristas’ atribuidos a las guerrillas.

Fue así como *Voz* se convirti3 en el medio de difusi3n de las guerrillas y, debido a ello, todos los movimientos sociales, agremiaciones sindicales, movimientos estudiantiles y, en general, los colectivos de izquierda se vieron asociados a las guerrillas. Es decir, soportaron un proceso de criminalizaci3n impulsado desde los medios bipartidistas, los representantes del gobierno, las fuerzas armadas y una poblaci3n profundamente permeada por una cultura política derechista, bipartidista, cerrada e intransigente, que niega y persigue sistemáticamente todo lo que represente lo contrario o simplemente lo alternativo.

[illegible]

Así las cosas, *Voz*, desde su posición subalterna —es decir, un medio de izquierda en un país de tradición derechista-conservadora/liberal— construyó sus enemigos desde la posición de perseguido. Por esta razón, sus argumentos, categorizaciones y dotaciones de sentido hacia los otros obedecen a la denuncia de los excesos del gobierno, así como a una búsqueda por la movilización de la población. Este semanario pretende persuadir a la población acerca de la perversión del Frente Nacional y actuar en consecuencia, gestando una revolución popular e impulsando el comunismo que toma fuerza en América Latina; no obstante, este medio, así como los movimientos guerrilleros y colectivos vinculados a estos, sufrieron un proceso de deformación y negación de la diferencia, soportaron el odio por parte de la tradición y el orden religioso, así como la persecución de una sociedad históricamente fundamentada en la ‘cultura política autoritaria’ y, por tanto, la imposibilidad de acción real de alternativas políticas, económicas, sociales y culturales.

Figura 26. Noticia del 24 de septiembre de 1964

Los Gastos de Guerra en Marquetalia

Con Ese Dinero, Nosotros Habríamos Hecho Varias Revoluciones Victoriosas, Dice el Comandante Manuel Marulanda

Por Román Rosales,
Corresponsal Viajero de VOZ

—Mi querido Román, llegaste tarde, me dijo Manuel Marulanda en el momento que le tendía la mano para saludarlo.

—Buenos días para todos, dije en voz alta para que me oyera el numeroso grupo de hombres de la resistencia que acompañaba al comandante.

—Parece que he venido retardado, manifesté.

—No vayas a enojarte, respondí festivamente Manuel Marulanda y prosiguió: Ocorre que hace ocho días vino por estos lados tu colega Jacobo Arenas y a él le conté todo lo que había de nuevo para que lo publicara en el periódico. Ese camarada escribió ya como para el desayuno, como veinte cuartillas en esta máquina de mi propiedad que pongo también a tu disposición porque para VOZ doy todo lo que tengo y como ahora no dispongo de este instrumento de pelea, pues ahí tienes la portatil.

—Me alegro de verdad que Jacobo hubiera venido. A él le gusta mucho la lucha de resistencia. Hemos hablado mucho sobre esto. Lo que sucede es que Jacobo es un poco impaciente.

—Sí, dijo Marulanda, yo también le hice algunas observaciones. Incluso le trate la cuestión de los guerrilleros de café. El otro día trataron de conquistarme para que yo entrara en sus aventuras con los micos. Se quejaron con los crespos hechos.

—Pero no me vas a decir que Jacobo es un guerrillero de café.

—No! no. Él es un camarada impaciente, como tú dices, pero de allí a que sea un guerrillero de café hay un abismo. Está con la línea del partido y la defende con toda la firmeza de sus dialectos entendiados. Es que así tienen que ser todos los cuadros del partido. Yo no estoy de acuerdo con los pretendidos revolucionarios anticomunistas. Dicen los más finos especialistas en comunismo, contrarrevolucionarios, por ejemplo un amigo mío que se llama el coronel Gil, que vale más un revuelto, un revuelto al servicio del gobierno que muchos infiltrados suyos.




MANUEL MARULANDA JACOBO PRIAS ALATE

Proyectiles 22.38-45	500.000
Sostenimiento de 16 mil hombres en armas a \$ 35.00 por cabeza en cuatro meses	48.000.000
Alquiler de seis helicópteros de la fuerza aérea de los Estados Unidos	4.800.000
Alquiler de dos aviones U-2 de la fuerza aérea de los Estados Unidos para filmación y aerofotografía	4.000.000
Alquiler de cuatro bombarderos con ametralladoras punto 50, cañones para proyectiles cohetes y otras armas superautomáticas	4.800.000
Alquiler de dos aviones de observación de la fuerza aérea de los Estados Unidos	400.000
Sueldo de suboficiales	3.500.000
Sueldos de oficiales	1.244.000
Servicios especiales en 4 meses	1.000.000
Compras de bestias aporreadas	50.000
Mercedes y servicios de acción civil-militar	10.000.000
Servicios de espionaje y prensa	10.000.000
Madera y materiales de construcción (cuartales)	10.000.000
Armamento moderno	80.000.000
Vestuario, sueldo de soldados y varios	20.000.000
Gasto de la PAC	10.000.000
Comunicaciones, zapadores, minas	8.000.000
Sostenimiento en general	20.000.000
Consejeros y misiones norteamericanas	50.000.000

Aerofotografía, estudios Instituto A. Codazzi 10.000.000
Servicios particulares, especialistas yanquis .. 8.000.000
Alquileres varios

Figura 27. Fotografías de las FARC en Marquetalia del 26 de mayo de 2017



Nota. Tomado de la *Revista Semana*, 2017⁸¹

Es importante destacar que, en esta operación, 48 guerrilleros junto a sus familias combatieron contra más de 1.000 soldados del ejército, marcando así el hito fundacional de las FARC como organización guerrillera. El manejo de la noticia y los apelativos usados para caracterizar a los guerrilleros demuestran que era fundamental presentarlos como el mal encarnado. Esta operación fue una demostración de la capacidad del Estado para ejercer el monopolio de la fuerza, buscando evidenciar que había triunfado en su lucha visceral contra el bandolerismo. Por otro lado, desde la filiación política de izquierda, se realiza un proceso inverso: se muestra la operación Marquetalia como el punto de inflexión que desencadenó la persecución violenta y represiva por parte de gobiernos conservadores y liberales hacia cualquier expresión política alternativa, es decir, hacia la izquierda. El semanario *Voz Proletaria* busca deslegitimar la llamada 'legítima violencia del Estado' y procura justificar la lucha armada como el único y último recurso para ser escuchados.

⁸¹ Remítase a: Revista Semana, "Las fotos inéditas de las FARC en Marquetalia" <https://www.semana.com/nacion/galeria/fotos-ineditas-de-las-farc-53-anos-en-marquetalia/526706>

[illegible]

Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1964.

Surgimiento del ELN.

El triunfo de la revolución cubana (1 de enero de 1959), junto con los movimientos anticolonialistas en diferentes regiones del mundo, incubó en Latinoamérica el germen de la revolución y la lucha armada. Cuba, como bastión comunista en América, brindó apoyo a todos los movimientos socialistas y anti-imperialistas, buscando así paliar las consecuencias del bloqueo impuesto por Estados Unidos y los gobiernos latinoamericanos a partir de la década de 1960. En este contexto, el gobierno cubano ofreció ‘becas revolucionarias’ (Villamizar, 2017, p. 232) a integrantes de organizaciones de izquierda en los países de Latinoamérica para ‘experimentar’ la revolución. Fueron estos estudiantes, quienes entrenados, formados y adiestrados conformarían posteriormente el ELN.

El ELN no surgió como un movimiento de autodefensa, sino como una organización estructurada desde sus inicios; por ello, presenta características que lo diferencian de las FARC, entre ellas su vínculo con movimientos estudiantiles de la Universidad Industrial de Santander (UIS), las juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), el Partido Comunista Marxista Leninista, organizaciones sindicales y diversos movimientos sociales. Gracias a estas conexiones, el ELN logró establecer los primeros núcleos urbanos en ciudades como

Bucaramanga, San Vicente y Barrancabermeja. Asimismo, se consolidaron bases ideológicas sólidas, reglamentos y estatutos políticos claramente definidos, determinando los principios fundantes del movimiento guerrillero. Al respecto, Arenas (2009) plantea:

1. En última instancia, la lucha armada es la forma principal de lucha. El imperialismo norteamericano y la clase opresora criolla no van a dejar pacíficamente el poder en manos del pueblo y van a defender sus intereses a sangre y fuego. De ahí que la organización guerrillera y la constitución de grupos armados de acción revolucionaria en las ciudades sean requisito indispensable para dar consistencia y eficacia a la lucha de las masas por la toma del poder.
2. La lucha armada ha de concebirse como una guerra del pueblo, como una lucha de masas y no como la acción heroica de un puñado de valientes.
3. La guerrilla debe ser ofensiva, tomar la iniciativa desde un comienzo y mantenerla. Golpear insistentemente una vez que inicie operaciones, aunque sus acciones sean militarmente modestas. En ese sentido esperábamos responder, con la práctica guerrillera, a la política de “autodefensa” preconizada por el Partido Comunista.
4. Si bien la lucha armada, en general, y la guerrilla en particular, son aspectos de la mayor importancia y requisitos necesarios e imprescindibles en el camino hacia la toma del poder, son solo una parte y no la totalidad de la lucha de las masas.
5. Aunque la guerrilla no tiene por qué ser necesariamente el “brazo armado” de un partido político, esto no implica desconocer la importancia de los partidos revolucionarios ni mucho menos dejar a un lado el trabajo político y organizativo dentro del pueblo.
6. Era imprescindible buscar la unidad de las fuerzas revolucionarias. Si bien existían discrepancias, era preciso poner por encima los intereses de la revolución. Así nosotros esperábamos ir logrando el acercamiento progresivo con las demás organizaciones. No se trataba de imponer caprichosamente una línea, ni de buscar acuerdos mediante discusiones tan interminables como estériles. La forma como nos planteamos la unidad era diferente. Aceptábamos el hecho de las discrepancias pero manteníamos los contactos amistosos con todos los grupos. Trabajábamos de acuerdo con los métodos

que consideŕbamos correctos. En esa forma, las experiencias adquiridas en el trabajo y los éxitos o fracasos obtenidos nos irían dando la pauta y podríamos presentarnos con hechos y resultados tangibles en busca de la unidad. Aspiŕbamos a que nuestro desarrollo en todos los órdenes mostrará la justeza de nuestros planteamientos.

7. Si bien la ayuda internacional era importante, nuestra posición era basarnos en nuestras propias fuerzas y capacidades. La ayuda extranjera, si venía, sería un factor secundario. Lo fundamental era obtener con nuestros propios medios nuestro crecimiento.
8. En cuanto a la política internacional estábamos contra el revisionismo y nos acercábamos a los puntos de vista de los chinos y las posiciones de los cubanos contra el imperialismo y en pro de los movimientos de liberación nacional, pero sin convertirnos en incondicionales de nadie. Lo importante para nosotros sería buscar lo que más conviniera al proceso revolucionario colombiano, mediante la aplicación del marxismo-leninismo a la realidad del país. (s. p.)

Cabe mencionar que, las primeras acciones militares del ELN trascendían la defensa frente al embate del ejército en Marquetalia. La toma de Simacota y el combate de Papayal respondían al interés de la organización por hacerse visible ante el país y exhortar a las poblaciones a unirse al movimiento revolucionario, a través de la declaración programática, un documento que expone las justificaciones del movimiento guerrillero, el contexto que hace necesaria la lucha armada, sus principios ideológicos, políticos, sociales y económicos, y su autoproclamación como el frente armado del movimiento revolucionario colombiano.

Diario *El Espectador*. Sobre el complot del comunismo internacional.

Sobre la fundación del ELN, el manejo noticioso por parte de *El Espectador* refleja asombro y confusión, evidenciando desaprobación y desasosiego ante el surgimiento de otro grupo guerrillero —al que denomina como ‘banda de forajidos’ en su discurso—. Además, el diario llega incluso a confundir al ELN con bandas bandoleras de orientación liberal, como la de Efraín González, la cual seguía operando en el momento de la primera acción guerrillera del ELN.

Figura 29. Noticia del 8 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1965.

La primera acción militar del ELN fue la toma de Simacota (enero 7 de 1965); fue asumida por el diario de orientación liberal, de igual manera que con las FARC, es decir, desde la criminalización, donde bandas de criminales, roban, destruyen y perturban el orden, haciendo especial hincapié en el robo a la caja agraria. El diario se esforzó por establecer a esta banda, la cual confundían con la banda de Efraín González⁸², como ladrones y asesinos de policía, ya que, en días posteriores, buscaron validación de esta categorización en la población, recopilando testimonios que confirmaban que esta banda tenía como objetivo fundamental el robo y el pillaje.

Figura 30. Noticia del 13 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1965.

⁸² La Banda de Efraín González Téllez fue una de las últimas bandas sobrevivientes de la etapa de Violencia bandolera (1948-1964), no eran una guerrilla de orientación comunista, básicamente eran una banda conservadora que desarrollaba acciones violentas y criminales en el departamento de Santander hasta la muerte de González el 9 de junio de 1965.

Es importante decir que la toma de Simacota sirvió como pretexto para continuar con la campaña anticomunista impulsada por el gobierno. Si una banda de ladrones y asesinos dejaba panfletos y comunicados comunistas, entonces —según la lógica difundida por el discurso oficial— los comunistas apoyaban, validaban e incluso desarrollaban actividades criminales. Además, según el diario, entre los asaltantes había personas con acento cubano o venezolano, lo que reforzaba la narrativa de que se trataba de bandidos comunistas, vinculados a influencias extranjeras y, por tanto, aún más peligrosos para el orden nacional.

Figura 31. Noticia del 9 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1965.

Es importante destacar que la aparición del ELN sirvió como un catalizador para movilizar a la población en contra del comunismo, especialmente al difundirse la versión de que entre los asaltantes de Simacota había personas con acento cubano. Esta narrativa permitió establecer una conexión conspirativa entre el surgimiento de la nueva guerrilla y los movimientos sociales que planeaban un paro nacional. Así, el comunismo fue posicionado como el actor central detrás tanto del ataque en Simacota —es decir, como el creador de una nueva guerrilla— como de las movilizaciones sociales.

De esta manera, movimientos sociales, estudiantiles, sindicales, profesora-les, y grupos guerrilleros o bandas criminales eran presentados como parte de un mismo colectivo: el peligroso comunismo. Este, según el discurso oficial, extendía su influencia desde Cuba, con el objetivo de socavar la integridad del pueblo colombiano mediante la violencia, utilizando a las guerrillas como títeres de un poder mayor y profundamente amenazante: el llamado ‘comunismo internacional’.

Figura 32. Noticia del 21 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1965.

En este sentido, la fundación del ELN sirvió como excusa para articular acciones en contra del comunismo, procurando demostrar su peligrosidad tanto en el ámbito criminal como en el político. Se promovió la idea de que el comunismo internacional, con Cuba como su principal foco de influencia, había permeado universidades, colegios, organizaciones sociales y gremiales. Al mismo tiempo, en el campo, este comunismo era representado como la causa del horror vivido por el campesinado y las poblaciones rurales, quienes eran víctimas de grupos de ladrones y asesinos que, en sus acciones delincuenciales, ondeaban banderas comunistas.

El manejo redaccional hecho por el diario liberal frente a la aparición del ELN difiere en cierta medida del tratamiento dado a las FARC, a que deja de identificar a las guerrillas como simples bandas de bandidos dedicados al robo y al pillaje. Con el surgimiento del ELN, comienza a configurarse una nueva forma de abordar y categorizar al enemigo: ya no se trata únicamente de delincuentes comunes, sino de actores vinculados a una conspiración impulsada por un poder mayor, el comunismo internacional.

Este cambio resulta particularmente interesante, pues evidencia una transformación en la percepción y el tratamiento mediático de las agrupaciones guerrilleras. Pasan de ser vistas como bandas marginales de salteadores comunistas, a formar parte de un engranaje político de alcance global. Esta nueva

lectura les otorga una connotación distinta, tanto política como beligerante, que las ubica en un escenario más complejo y les atribuye un rol más significativo dentro del conflicto nacional.

El ELN es presentado como parte de un complot comunista de escala mundial, con Cuba como epicentro y centro de operaciones en América, cuyo objetivo es expandir el comunismo a distintos territorios. Este avance es interpretado como una amenaza inminente, un peligro latente contra el cual ha advertido el gobierno estadounidense y que, por tanto, debe ser detenido a cualquier costo y por cualquier medio disponible. Esta visión se evidencia en el tratamiento noticioso del ELN, con titulares alarmistas y columnas de gran extensión. En este nuevo enfoque, las guerrillas no solo representan una amenaza a la vida, honra y bienes de los colombianos; ahora está en juego la patria misma. Se plantea que el país corre el riesgo de convertirse en satélite de una potencia extranjera con una ideología contraria a la de la potencia extranjera que históricamente lo ha tutelado.

En consecuencia, el ELN para *El Espectador* se puede identificar como enemigo contingente, en tanto sirve de excusa retórica, política y armada para detener el comunismo y detenerlo con fuerza, el que exista el ELN, y que haga parte de esta conspiración del comunismo internacional para sumir al Colombia en el ‘caos’, sirve como justificación para salvar la patria, deteniendo a este comunismo, de la forma más estadounidense posible... a balazos.

La toma de Simacota, ocurrida el 7 de enero de 1965, tomó al país por sorpresa y marcó el hito fundacional del ELN. Se trató de una acción guerrillera en la que murieron cinco policías en combate, mientras que los restantes fueron tomados como prisioneros. Durante la incursión, se robó la Caja Agraria⁸³ y se llevó a cabo una suerte de mitin político, en el cual se entregaron volantes con textos de orientación comunista. Cabe anotar que, en Colombia, las comunidades y territorios rurales estaban acostumbradas a la llegada de grupos ilegales que exhortaban a la población a apoyar a las guerrillas, buscando no solo afinidad ideológica, sino también respaldo económico y logístico.

En esta circunstancia, hubo un hecho especialmente cubierto y resaltado por *El Espectador*: la reunión con la comunidad y la entrega de panfletos comunistas. Este hecho fue duramente criticado, ya que demuestra una intención

⁸³ La Caja Agraria o también llamada “banco de los campesinos”, fue creada en 1932, como una iniciativa financiera para favorecer la actividad agraria en Colombia, por medio de créditos para campesinos. De tal manera que en cada municipio rural del país se encontraba una sucursal de la Caja Agraria, y por ende fue una entidad bastante afectada por el accionar guerrillero en los territorios del país.

adicional a la acción militar: la acción política, el interés por darse a conocer y persuadir a la población sobre las bondades del comunismo, y al mismo tiempo, la impertinencia de un orden estático y monolítico como lo era el bipartidismo. El que el ELN no solo se presentara como un grupo armado, sino también como una alternativa política, fue un hecho fundamental en el abordaje mediático que tendrían las guerrillas, de ahí en adelante, en los medios de prensa colombianos.

Figura 33. Noticia del 13 de febrero de 1965



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1965.

Tal fue el impacto de la toma de Simacota, que obligó al diario *El Espectador* a profundizar en su cobertura, investigando los orígenes y alcances de esta acción guerrillera. La labor investigativa permitió al diario identificar a Fabio Vázquez Castaño como fundador y máximo líder del ELN, así como reconocer su estructura organizativa y su forma de operar en los territorios. De esta manera, *El Espectador* ofreció un abordaje mucho más amplio del ELN, al presentarlo como parte de un plan conspirativo impulsado por un poder mayor: el aterrador comunismo internacional.

Diario *El Colombiano*. La conspiración del 'eje del mal'.

Por parte del diario *El Colombiano*, el panorama frente al ELN es similar al que presenta con las FARC: la satanización del comunismo y el socialismo, construyendo monstruos en lugar de enemigos. Para este diario, la guerra contra el comunismo trasciende lo político, adquiriendo dimensiones morales y religiosas, con un axioma fundamental: "el comunismo es anticatólico, y al serlo, es perverso y debe

ser eliminado". Su tratamiento de la toma de Simacota refleja un discurso que busca establecer la degeneración moral y el carácter antirreligioso de las bandas. Categorías como ateo, impío y perverso son recurrentes en la cobertura; en este sentido, no solo se enmarca la ilegalidad del comunismo, sino también su perversidad, su carácter maligno y monstruoso.

Figura 34. Noticia del 9 y 10 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1965.

Es interesante destacar cómo, para *El Colombiano*, cualquier pretexto era válido para atacar al comunismo, el cual se vinculaba directamente con Cuba. Pues, Cuba era vista como un ente que ‘graduaba’ guerrilleros, desde donde llegaban las armas y pertrechos para los movimientos insurgentes. Al respecto, Jaime Arenas (2009) confirma que a Cuba acudían los jóvenes que querían educarse, pero también formarse como guerrilleros. Así, los líderes y fundadores del ELN viajaron a Cuba para realizar sus estudios universitarios y, al mismo tiempo, sentar las bases de lo que se conocería como el ELN. En palabras de Arenas (2009):

Medina⁸⁴ fue enviado a Cuba por la dirección general del PC para que adelantara estudios de economía en la Universidad de La Habana, utilizando una de las mil becas que para estudiantes latinoamericanos ofreció el Gobierno cubano.

Pero el ambiente revolucionario de la isla, la mística despertada en un pueblo que por primera vez se sentía dueño de sus propios destinos, la forma entusiasta y arrolladora como el pueblo cubano iba destruyendo las viejas relaciones de producción y construía la sociedad socialista, la combatividad desafiante y consiente de los cubanos frente a las amenazas y agresiones del imperialismo, cambiaron los deseos iniciales que lo habían llevado a Cuba y el anhelo de contribuir con nuevos métodos a la lucha por la liberación nacional de Colombia

⁸⁴ Víctor Medina Morón, líder estudiantil de la Universidad Industrial de Santander (UIS) y, junto a Favio Vásquez Castaño, serían los fundadores y principales líderes del ELN.

fue tomando cada vez mayor consistencia. El propósito, bien pronto, devino actividad práctica.

Fenómeno similar se operó en algunos pocos colombianos dentro del grupo de más de sesenta que viajaron becados a iniciar o proseguir estudios en planteles cubanos. Y después de intercambiar opiniones, discutir posibilidades, concretar compromisos y acordar un plan de trabajo, se constituyó en Cuba la brigada Proliberación José Antonio Galán. Su propósito era regresar al país con el fin de impulsar la lucha revolucionaria y organizar, simultáneamente con la actividad política, los grupos que en la ciudad y en el campo desarrollaran la lucha armada. (p. 23)

Teniendo en cuenta lo expuesto por Jaime Arenas (2009), a Cuba viajaban ‘protoguerrilleros’ desde 1962; sin embargo, fue después de la toma de Simacota cuando el diario *El Colombiano* comenzó a vincular directamente a las guerrillas con el gobierno cubano, acusándolo de suministrar armas y pertrechos al ELN. Resulta interesante notar que los medios no comprendían la verdadera dimensión de lo ocurrido en Simacota, ya que para ellos no se trataba del nacimiento de una nueva guerrilla, sino que siempre actuaban en contra de grupos de forajidos de tendencia comunista, y confiaban en el heroísmo de las fuerzas armadas para enfrentarlos.

Este enfoque revela el carácter de alteridad presente en *El Colombiano*, que subestima y minimiza a los movimientos guerrilleros, reduciéndolos a meros bandidos dedicados al pillaje y al secuestro, y distorsionando sus fundamentos políticos bajo categorías de monstruosidad y maldad. Se presenta a estas agrupaciones como una banda de inadaptados y marginados, que siguiendo las ideas de un ‘demente’, cometen asesinatos, robos y secuestros en las zonas rurales del país, por lo que corresponde al gobierno y a las fuerzas armadas detener esta amenaza.

Figura 35. Noticias del 16 y 26 de enero de 1965



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1965.

El seguimiento y cobertura que realiza *El Colombiano* mantiene esta misma línea representativa, cuyo objetivo principal es 'satanizar a las guerrillas'. Busca destruir su imagen, deformándolas hasta convertirlas en guaridas de monstruos dignos de temor, pero a la vez heroicamente enfrentados por el glorioso ejército colombiano. La construcción de representaciones sociales y patrones culturales por parte de este diario es un claro ejemplo de anticomunismo puro. Su máxima motivación y fin último es posicionar al comunismo como un enemigo de la patria, de sus territorios y de sus comunidades.

Y esa quídonde adquiere relevancia la denominación del otro, es decir, el nombrar al otro, y, dado que Cuba gradúa guerrilleros, y su líder Fidel Castro representa al comunismo próximo (geográficamente hablando), ¿por qué no asociar todas las acciones guerrilleras del país con el apellido Castro?⁸⁵ Castro-comunistas, bandoleros castristas, conspiraciones castristas, son algunas de las denominaciones dadas por este diario a los grupos guerrilleros. Es interesante observar cómo la visión del enemigo trasciende su carácter criminal o subversivo: el comunista es percibido como ateo, malvado y anticristiano. Al establecer esta asociación entre el comunismo y una alteridad radical frente al orden sociocultural tradicional en Colombia —representado por el cristianismo católico y su poderosa institucionalidad arraigada—, se construye una representación de malignidad pura y sencilla. Este hecho resulta fundamental para entender la historia colombiana y su tradicional rechazo hacia la izquierda, así como la imposibilidad de consolidar un proyecto político y de gobierno de esa naturaleza.

⁸⁵ Aspecto que en la actualidad colombiana se mantiene, basta con analizar el concepto 'Castro-chavismo' impuesto por representantes de gobiernos y partidos de derecha en Colombia.

El proceso de satanización del comunismo y el socialismo en Colombia sentó las bases para la perpetuación del bipartidismo y, por ende, de la guerra. En este sentido, la prensa escrita tuvo un papel crucial, al buscar movilizar a la población unida en el rechazo a todo lo anticatólico, promovido por el conservatismo, y en la denuncia, desde el liberalismo, de los peligros sociales que representaba el comunismo, al pretender modificar las bases tradicionales de la sociedad colombiana.

Figura 36. Noticias del 1 y 12 de febrero de 1965



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1965.

Este enfoque refuerza la tesis del diario *El Espectador* sobre un complot del comunismo internacional, con hilos muy largos que, desde Cuba, controlan los movimientos guerrilleros en Colombia. Su cobertura sobre el nacimiento del ELN denuncia no solo el peligro que representan las guerrillas, sino también la influencia perversa del comunismo cubano, que corrompe y pervierte en Colombia a hombres, mujeres, niños y ancianos.

Las denuncias se dirigen también contra las organizaciones sociales —ya sean estudiantiles, sindicales, profesoras, campesinas, entre otras—, y la satanización de estas agrupaciones exhorta a la nación a mantenerse alejada de ellas y de ideologías consideradas peligrosas y completamente ajenas a las costumbres cristianas y sus buenas maneras. Al mismo tiempo, este discurso político encuentra su colofón en el conservatismo.

Semanario *Voz Proletaria*. Son revolucionarios, no bandoleros.

Para *Voz Proletaria*, la aparición de la nueva guerrilla es la confirmación de la tesis planteada por el semanario ante el surgimiento de las FARC. Las fuerzas populares crecen, y la acción guerrillera llevará a más rebeldes inconformes a decidirse por la lucha armada: una lucha que nace del pueblo, es para el pueblo y se realiza por el pueblo. El semanario enaltece la toma de Simacota, no

solo desde lo militar, sino también desde lo social y pedagógico. Resalta cómo la guerrilla organizó una reunión con la población, donde dejaron claras sus intenciones políticas y buscaron construir una imagen de amigos y defensores del pueblo. En ese encuentro de dos horas, se dedicaron a enseñar el comunismo a los asistentes y a repartir volantes alusivos al comunismo y a la lucha armada. De igual forma, el semanario destaca el robo a la Caja Agraria, no por el acto en sí, sino por cómo se repartió el botín entre la comunidad, dejando claro que el grupo que protagonizó la toma de Simacota son revolucionarios, no simples bandoleros.

Figura 37. Noticia del 14 de enero de 1965



Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1965.

Para *Voz Proletaria*, el ELN representaba las bases de una revolución social a gran escala en Colombia, pues su organización y acciones en las comunidades no se limitaban a la lucha militar, sino que buscaban también la transformación social. Las poblaciones, en este sentido, no solo eran víctimas de la guerrilla, sino actores involucrados en los procesos revolucionarios. Por eso, la interacción con la comunidad y la repartición de volantes con propaganda comunista resultaban fundamentales, ya que estas acciones promovían la validación, justificación y aceptación de las guerrillas por parte del pueblo, al mismo tiempo que favorecían el crecimiento de la organización y fortalecían el empoderamiento ideológico del comunismo.

Para el semanario, el ELN era una organización necesaria en el contexto colombiano, un contrapeso frente al asfixiante y violento orden bipartidista impuesto por el Frente Nacional. Tanto el ELN como las FARC eran vistos por este

medio como los salvadores de Colombia, pero de una parte muy específica del país: las mayorías sometidas a la explotación derivada de las desigualdades en las relaciones de producción, los intelectuales cansados de un sistema caduco y recalcitrante como el bipartidismo, y los jóvenes con precario acceso a la educación y a oportunidades. En síntesis, representaban a la gran mayoría del pueblo colombiano.

Figura 38. Noticias del 18 de febrero de 1965

Una Nueva Etapa

En dentro de este contrato que la "zona" de Marquetalia fue devuelta. Esta región, vulnerable por campesinos desahuciados y antiguos guerrilleros, continúa dentro de la zona de guerra. Desde el 1961 los campesinos habían hecho frecuentes ataques contra las fuerzas militares. Desde entonces, según el Miami Herald (15 de junio de 1964), la superficie controlada por la organización revolucionaria aumentó al doble y el número de campesinos afiliados a ella se triplicó.

A principios del año pasado, el presidente Valencia anunció: "Mi entendimiento con usted será el año de la exterminación de las repúblicas independientes". La prensa se inclinó entonces contra los "viejos comunistas" de Marquetalia, en particular contra los dirigentes Manuel Marulanda Vélez y Juanes Vela.

NO ES BANDOLERO

Del primero de ellos dijo monseñor Guzmán, ante las primeras noticias de la intervención de las fuerzas armadas: "El señor Marulanda Vélez —siempre para las oligarquías liberales durante la época de la reunificación—, al más allá del autismo del autismo de 'Tiro Pijo' (cuyo hijo), no es un bandolero sino un dirigente campesino que se preocupa a un trabajo pacífico". El hecho de que cuando de nuevo por el gobierno, haya tenido que convertirse nuevamente en guerrillero, es otro problema (monseñor Guzmán en Colombia, 7.4.1964, pp. 141-142, ediciones Torrey Mundo, Bogotá, 1961).

Ante del hecho de la agitación, el comando revolucionario de Marquetalia había enviado un mensaje al gobierno, en el cual le proponía un plan de desarrollo económico para la región, en lugar de la guerra, pero esta propuesta fue rechazada como un ultraje. Después de varias tentativas, la fuerza oficial entonces un ataque aéreo por sorpresa. Tres bombarderos, dos cazas acrobáticos de Marquetalia, los que se apartaron hacia la zona de "Tiro Pijo". Más la sorpresa fue para el ejército: no se encontró a nadie. Las bombas cayeron en el territorio de la zona de guerra, pero no en la zona de guerra (nota de VOZ: realmente los salieron fuera de la zona).

Al el ejército presionó en momentos críticos de Marquetalia sin lugar a dudas el comando.

La violencia del ejército se ejerce indiscriminadamente. La organización armada revolucionaria sigue intacta y en los cuarteles ocupados por el ejército la organización política continúa existiendo.

El comité central del partido comunista se reunió en sesión plenaria los días 27, 28 y 29 de junio. En su informe, el secretario general (sic) Calisto Tanzi, dijo: "En el caso de la política de violencia practicada por el gobierno, una zona estable de actividad de Marquetalia debe ser formada en guerrilla. De este modo una nueva etapa histórica de lucha popular, con carácter guerrillero, se comienza. La acción de la guerrilla se extiende a medida que ella sea promovida por la acción oficial. En una acción prolongada y en desarrollo. Marquetalia dependerá de su coordinación de su combinación con todas las formas de la lucha de masas".

Más tarde el movimiento de Marquetalia adoptó las transformaciones recomendadas y lanzó un "programa agrario revolucionario" (Programa Agrario de los Guerrilleros de Marquetalia, publicado por el partido comunista de Colombia en la revista "Documentos Políticos" N° 51-61). En la tradición de este libro se puede leer: "Luchamos por el cambio de régimen, utilizando la vía menos dolorosa para nuestro pueblo: la vía pacífica, la vía de la lucha democrática de masas, las vías legales, comenzadas dentro de la constitución colombiana. Este camino nos fue cerrado por la violencia, y en sus momentos menos revolucionarios y de todas maneras jugaron nuestra papel histórico, visto las circunstancias mencionadas, nos fue preciso buscar otra vía de la lucha revolucionaria por el poder: la vía armada". Los firmantes agregan que a partir de este día se constituye en el movimiento guerrillero.

Esta vez, no es ya un período de desesperación el que va al combate. Entre los principales sucesos que con esta nueva etapa de la lucha popular puede contar están:

- 1) La existencia de una nueva central sindical, la Confederación Nacional de Trabajadores de Colombia (CNTC), fundada en enero último.
- 2) Una mejor coordinación en el interior del movimiento campesino, que ha sido integrado al movimiento revolucionario a escala nacional.
- 3) La desaparición de los bandoleros que anteriormente justificaban y facilitaban las expediciones pacíficas del ejército.
- 4) La creación de un órgano periódico editado en la capital: VOZ PRO LETARIA, semanario del Partido Comunista.
- 5) La importancia creciente de un sector de intelectuales progresistas que ejerce presión para que los derechos constitucionales sean mantenidos. De otra parte, en Colombia las ciudades están en proceso de crecimiento: dieciséis de ellas tienen cientos de habitantes, sobre los cuales las fuerzas armadas ejercen su poder. En estas condiciones la adhesión de los "desahuciados" puede ser decisiva. "El Mundo".

Los Nuevos Vietnams

Las autoridades colombianas han admitido por primera vez la existencia de guerrilleros armados, bien equipados, organizados y haciendo el trabajo del "Ejército de Liberación". Entre maquiavistas (guerrilleros franceses de la resistencia, nota de VOZ) se apoderaron de una aldea en la provincia (sic) de Santander y arrojaron a la población reunida en la plaza principal.

El problema adquirió tanta amplitud que la semana pasada (la información apareció en el número del 8 al 14 de febrero de "L'Espresso", nota de VOZ) el señor León Valencia, presidente de la república destituyó a su ministro de guerra, general Alberto Ruiz Novoa. Valencia le respondió: "hacer política". De hecho, la decisión del jefe del Estado no era más que un aspecto de las pugnas que oponen a líderes civiles y militares sobre la táctica a emplear contra las guerrillas.

TIRO-FIJO Lucha reactiva, acción suicida, vasto programa de reformas: el debate ha sido abierto. Pero una fricción no puede ser sostenida por más tiempo: la que consiste en calificar de bandoleros a los responsables de ataques a los poblados y de choques con el ejército. Hoy, nueve militares, entre ellos están comprometidos en acciones de "pacificación" y cerca del 25 por ciento del presupuesto nacional ha sido dedicado a gastos militares. Nada más que en la región montañosa de Marquetalia (cinco mil kilómetros cuadrados), veinte mil soldados luchan contra los guerrilleros de Manuel Marulanda Vélez, más conocida por el seudónimo de "Tiro Pijo" ("cabeza fija"). A pesar de la existencia de comandos móviles constituidos por oficiales especialmente formados en una escuela antiguerrillera norteamericana en la zona del canal, las regiones del Tolima, Huila y Cauca escapan más o menos al control de las autoridades.

Mejor aún, los maquiavistas colombianos han comenzado a coordinar su acción con los guerrilleros de Venezuela. A tal punto que los gobiernos de los dos países enarcan un programa de repatriación conjunta en las regiones fronterizas. Los señores Valencia y León, presidentes colombianos y venezolanos, respectivamente, debían tomar decisiones para este efecto en el curso de una entrevista varias veces aplazada, pero ahora prevista para la próxima semana.

Estas nuevas perspectivas, ¿cómo le afectan a este movimiento de origen marxista cuyo objetivo es liberar?

a las masas campesinas frustradas? Tal es la grave cuestión que se plantea no solamente a los gobiernos colombiano y venezolano, sino también en otros países de América Latina tales como Ecuador, la República Dominicana, el Perú y Bolivia.

¿Cómo mantener y ayudar a los gobiernos aliados sin comprometer al porvenir? Tal es la pregunta no menos grave que se hace el gobierno de Estados Unidos. Su subsecretario de Estado encargado de asuntos internacionales, señor Thomas C. Mann, dice de reflexionar con atención, a las diferentes embajadas, expedientes detallados sobre las guerrillas locales, con ficheros completos de todos los guerrilleros conocidos.

Los movimientos insurreccionales en América Latina desembocan hacia nuevos Vietnam. En un hecho con el cual se precisan contar desde ahora. [L'Espresso]

Ante la Revolución

La pacificación de las partes del país en poder de los rebeldes, para demorarse sobre el programa de reformas del presidente Guillermo León Valencia. Cuando en 1962 los conservadores y liberales de la zona de guerra sangrienta rivalidad, el futuro de Colombia parecía esperanzador.

Pero ahora, casi tres años más tarde, el país se halla ante una revolución social semejante a la de Castro y las perspectivas de una "revolución desde arriba" parecen extremadamente oscuras.

También son oscuras las perspectivas de que el ejército de liberación entre triunfalmente pronto en Bogotá, pero el tiempo parece estar más en beneficio de ellos (los rebeldes) que del gobierno, que se encuentra ante una imparable tarea de combatir la pacificación con un programa de reformas. [Amsterdam Algemeen Handelsblad]

VOZ PROLETARIA

SEGUNDA SECCION

Bogotá, D. E. Febrero 18 de 1965

Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1965.

Para Voz, era fundamental vincular al ELN con el comunismo internacional, entendiendo que las acciones del ELN en Colombia formaban parte de una 'resistencia mundial' contra la tiranía del orden establecido. Se percibía un giro global hacia la izquierda y el comunismo, y este viraje en Colombia se manifestaba a través del ELN -y también de las FARC-, en lo que se configuraba como un frente guerrillero latinoamericano. El semanario también hacía referencia a movimientos emergentes en países como Guatemala, República Dominicana, Perú y Bolivia.

Este interés por 'internacionalizar' la lucha guerrillera se reflejaba además en el recurso discursivo de asociar o comparar las acciones militares del ELN y las FARC con conflictos de gran escala como la guerra de Vietnam, la revolución

cultural china y la revolución cubana. Por ello, en sus artículos se hacía referencia recurrente a la Internacional Comunista, a la Unión Soviética, a China y a Cuba, buscando otorgar relevancia y peso político, económico, social y cultural a las acciones guerrilleras.

Por supuesto, el enaltecer al comunismo internacional y a la unión soviética es posible, en la medida de la construcción de una alteridad radical, de un enemigo, llamado aquí 'imperialismo yanqui', atribuyendo a Estados Unidos y su orientación capitalista como los culpables de los males del mundo, y el peso de la tiranía mundial a derrotar posterior al nazismo.

Figura 39. Noticia del 21 de enero de 1965

Bogotá, D. E. Enero 21 de 1965 **VOZ PROLETARIA** PAGINA TRES

SOLIDARIDAD CON MARQUETALIA Y DEFENSA DE LOS PRESOS POLITICOS

Según llegamos a nuestra redacción mensajes de protesta por los arrestos de que son víctimas numerosos campesinos en todo el país. En los últimos días, tanto organizaciones estudiantiles y políticas, lo mismo que ciudadanos, pidieron al gobierno la libertad para los presos políticos que hoy en numerosas cárceles, especialmente en Neiva, Toluá, Chusquea, Barranquilla y Bogotá. Publicamos a continuación algunas expresiones de solidaridad con los presos políticos.

TRABAJADORES DE LA CONSTRUCCIÓN

El sexto congreso de la Federación de Trabajadores de la Construcción, Cemento y Hierro, aprobó una proposición en la que se solicita al gobierno la libertad de los presos políticos y estudiantes. Además, pidió a las demás organizaciones obreras y estudiantiles que se unieran en esta lucha hacia la liberación de los presos políticos de los países detentados.

COMUNISTAS DEL TEQUENDAMA

El plano extraordinario del comité regional comunista del Tequendama, envió un saludo revolucionario a todos los presos políticos víctimas de la persecución del gobierno reaccionario del frente nacional, que hoy se hallan en las cárceles en diversas ciudades del país, pidiendo al delito de pertenecer a partidos y grupos políticos que hacen la oposición al autoritario sistema del ejército.

MUJERES DEL CAQUETA

En un memorial dirigido a la Asociación de Juristas Democráticos, las mujeres del Caquetá expresaron la siguiente:

"Protestamos por la detención arbitraria de centenares de presos políticos que hoy pagan las penas condenas injustamente. Protestamos por los crímenes que se cometen por cuestiones políticas, confundiendo a bandos con simples trabajadores. Así lo ocurrido en este sector de Paucá, donde fue asesinado el agricultor Jesús Antonio L'Y Bello por el policía Juanito Añón Perra, quien para justificar su acto afirma que se trataba de un bandolero".

También protestamos por la detención del agricultor Saturnino Rincón que ha causado gran consternación en toda la región. Con estos procedimientos

los el gobierno busca aniquilar el campesinado.

Debemos también señalar nuestra protesta ante el actual gobierno por los planes de invadir a las regiones de El Pácor, Chusquea y Capatá, cuyos acontecimientos graves son muy serios.

Finalmente protestamos por la falta de libertad que se viene dando a los presos políticos, afirmando que son personas humanas y que merecen trato como tales".

APOTO DE DELICIAS

Numerosas personas de Delicias (Tolima), nos enviaron copia de un memorial que dirigieron al presidente de la república, al procurador de la nación y al parlamento. Tuvieron breves apartes de dicho memorial.

"Los que a continuación firmamos, ciudadanos ecuatorianos, expresamos ante el señor presidente nuestra protesta por los centenares de presos políticos, que padecen reclutamientos en las condiciones más inhumanas, los cuales son básicamente los soldados y a quienes se niega de hecho todo recurso de defensa. Entre tanto que los gobiernos se desatan una guerra de exterminio contra los campesinos del sur del Tolima y otras regiones. El gobierno promueve las normas constitucionales con la intención de imponer la ley del estado dictada por el régimen".

Exigimos respeto a los derechos humanos, caso de las personas, libertad para los presos políticos encarcelados por Alejandro Gómez Rúa, Claudio H. Barba, Juan de Dios Salgado, Miguel Rueda y Víctor de Salgado, quienes junto con centenares de presos campesinos han sido encarcelados porque se han atrevido a defender su vida y sus tierras".

LA JUVENTUD DE NATAGAIMA CONTRA PLANES MILITARISTAS

La juventud revolucionaria del municipio tolimense de Natagaima, nos ha enviado copia de una resolución contra los planes de los altos mandos del ejército y de solidaridad con los presos políticos, según la reciente jornada internacional de solidaridad en Chile en favor de los presos de varios países. Adjuntamos la resolución publicada en seguida.

"Damos nuestro decidido respaldo al encuentro de Chile, de donde nuestro apoyo a las campañas de solidaridad y unimos nuestra voz a todos los ecuatorianos que luchan por la verdadera libertad de los presos políticos de Venezuela, Brasil y

Irán, Italia y China. Se está llevando a cabo el llamado plan criminalista, desde que con el fin de aniquilar los problemas que aquejan al campesinado, se ha convertido en una guerra y destrucción de la vida y bienes de los campesinos de esta región, según las noticias de la prensa y la radio, hechos que por la misma son de dominio público y por esta razón nos sentimos profundamente preocupados al pensar que nuestro espíritu que es el espíritu del pueblo ecuatoriano y el llamado a defender la soberanía nacional y la fraternidad de Colombia, se está utilizando en peligro y enfrentar al pueblo ecuatoriano que no se somete al actual gobierno".

En la misma manera se pedimos a los honorables representantes que velan la justicia la libertad de los presos políticos que se encuentran en las cárceles del país".

LA JUVENTUD DE NATAGAIMA CONTRA PLANES MILITARISTAS

La juventud revolucionaria del municipio tolimense de Natagaima, nos ha enviado copia de una resolución contra los planes de los altos mandos del ejército y de solidaridad con los presos políticos, según la reciente jornada internacional de solidaridad en Chile en favor de los presos de varios países. Adjuntamos la resolución publicada en seguida.

"Damos nuestro decidido respaldo al encuentro de Chile, de donde nuestro apoyo a las campañas de solidaridad y unimos nuestra voz a todos los ecuatorianos que luchan por la verdadera libertad de los presos políticos de Venezuela, Brasil y

Colombia. La persecución política ha llevado a centenares de prisioneros a las cárceles, más de lo que se piensa libremente y la idea por una parte son todos, sin explotación ni explotación. Rechazamos la acción reactiva de los altos mandos militares y reaccionarios a los presos sus combates guerrilleros y de la resistencia armada como pena.

"FEDERACIÓN" CON LOS PRESOS POLITICOS

La Federación Nacional de Trabajadores Agrarios de Colombia (Fenatragr), en una reciente reunión de su comité ejecutivo, se expresó en los siguientes términos en favor de los presos políticos:

"Solidarizamos al gobierno en la libertad para los presos políticos, encarcelados por Alejandro Gómez Rúa, Claudio H. Barba, Juan de Dios Salgado y Miguel Rueda, que al igual que centenares de campesinos han sido encarcelados por la defensa de sus vidas y sus tierras".

Regional del Tequendama da Respaldo a los Campesinos

El plano extraordinario del comité regional comunista del Tequendama, saluda en forma fraternal y revolucionaria a los valientes campesinos de la resistencia armada en la zona de Marquetalia, El Palo y otros lugares que se enfrentan a la fuerza y marginación

Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1965.

Voz Proletaria responde a los argumentos conspirativos de los diarios conservadores y liberales, resaltando las virtudes del comunismo internacional como un 'movimiento mundial de masas' y contraponiendo su propio argumento conspirativo: el capitalismo global y la tiranía ejercida por los poderes económicos, que perjudica la vida de las mayorías pobres y oprimidas en todo el mundo.

En síntesis, Colombia experimentó cambios culturales significativos. Un país sumido en un bipartidismo estático e inmóvil, con una identidad profundamente arraigada en el cristianismo católico, vio cómo la violencia, que durante el último lustro había sido bipartidista, se transformó y adquirió nuevas connotaciones. La violencia pasó a estar protagonizada por un nuevo actor: el comunismo. Este comunismo, tradicionalmente perseguido y prohibido en Colombia, logró abrirse paso en territorios olvidados, dando origen a una guerra que duraría más de 60 años.

Capítulo III.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita

Segunda parte: crisis en la
acción guerrillera

“Comunicar es compartir significados mediante el intercambio de información. El proceso de comunicación se define por la tecnología de la comunicación, las características de los emisores y los receptores de la información, sus códigos culturales de referencia, sus protocolos de comunicación y el alcance del proceso. El significado sólo puede comprenderse en el contexto de las relaciones sociales en las que se procesan la información y la comunicación”

Manuel Castells (2009)

Tras la aparición de las guerrillas en el escenario social y político, el tratamiento que los medios de prensa escrita les dieron experimentó transformaciones. En un primer momento, este abordaje respondió al intento de cada medio por expresar su opinión y posicionamiento frente al nuevo contexto de guerra y, en particular, por manifestar su postura frente al comunismo, presentándolo ya sea como una amenaza política, social, ética, moral o religiosa, o bien reivindicando a las guerrillas como ‘ejércitos del pueblo’. Dependiendo de la filiación partidista de cada medio, se promovieron distintas representaciones del enemigo, enfocadas principalmente en lo que el comunismo significaba dentro de un escenario estático, monolítico e inmóvil como el del Frente Nacional.

De igual manera, se otorga una preponderancia fundamental a la figura de Camilo Torres Restrepo, conocido como ‘el cura guerrillero’, analizando su relevancia en el contexto de la lucha insurgente en Colombia, así como las tensiones y disputas que surgieron en torno a su figura. Se examina también su papel como ícono político, el cual fue profundamente desaprovechado por el ELN, así como el contexto de su muerte y el impacto negativo que esta tuvo en la imagen de las guerrillas ante la opinión pública.

Finalmente, se aborda la ‘guerra’ mediática en Colombia, en la que el diario *El Espectador* plantea que la acción del Estado y de su fuerza pública logrará derrotar definitivamente a las guerrillas, con el objetivo de reafirmar el poderío estatal y el orden establecido por el Frente Nacional. Por su parte, *El Colombiano* procura demostrar que el evangelio será el instrumento para vencer al comunismo, llevando el conflicto al terreno ético, moral y religioso. Mientras tanto, el semanario *Voz Proletaria* busca representar a las guerrillas como una forma de defensa frente al Frente Nacional, al que caracteriza como un régimen de violencia, represión y eliminación.

3.1. Crisis en la acci3n guerrillera

En este eṕgrafe se analizarán las profundas dificultades que enfrentaron las organizaciones guerrilleras entre 1966 y 1968. Durante este peŕodo, las guerrillas sufrieron importantes reveses y atravesaron una crisis profunda de representatividad. Es fundamental destacar la figura de Camilo Torres Restrepo, quien seŕa abordado de forma independiente, ya que fue su muerte —ḿs que su vida y actuaci3n dentro del ELN— lo que marc3 decisiuamente la relaci3n de la opini3n p_blica colombiana con las guerrillas. Del mismo modo, el hecho de que las guerrillas contaran con una mayor capacidad de acci3n militar y un espectro ḿs amplio de influencia poĺtica e ideol3gica llev3 al establecimiento a intensificar sus ataques, en un intento por frenar el avance del comunismo y preservar el orden imperturbable del Frente Nacional.

3.1.1 Camilo Torres: la revoluci3n como un mandato cristiano

El 8 de enero de 1966, los colombianos encontraron en su diario matutino una imagen perturbadora: Camilo Torres Restrepo en las monta_as colombianas, con una prominente barba, vestido con un uniforme militar camuflado — en una imagen que evocaba a Ernesto Guevara—, armado con un fusil y una sonrisa en el rostro. La relevancia de este hecho es fundamental, ya que un sacerdote cat3lico se unía p_blicamente a una organizaci3n guerrillera.

Camilo Torres, sacerdote y soci3logo tuvo un acercamiento al pensamiento marxista; pensamiento con el que se sinti3 profundamente identificado, y en sus reflexiones propone puentes entre el cristianismo y el marxismo, este hecho se hizo evidente en la difusi3n de un medio alternativo de orientaci3n comunista denominado Frente Unido (en adelante FU), donde buscaría hacer cercano el marxismo a las masas, con una escritura sencilla y clara, y estableciendo las bases de la relaci3n entre cristianismo y marxismo, ya que “el alma es inmortal, pero el hambre es mortal” (Lüning, 2016) y la desigualdad no son elementos simplemente humanos, son estructurales y devienen de la opresi3n. Esto deriv3 en la elaboraci3n del documento denominado ‘Plataforma del Frente Unido’, en el cual se exponían las desigualdades y dificultades del país, aś como los objetivos del movimiento en los ámbitos econ3mico, poĺtico, social e incluso cultural. Su orientaci3n era marcadamente izquierdista y comunista, pero tambi3n incorporaba fuertes connotaciones éticas y morales:

Mensaje a los cristianos

Lo principal en el catolicismo es el amor al prójimo: “el que ama a su prójimo cumple con la ley” (San Pablo, Rom 13,8). Para que este amor sea verdadero, debe ser eficaz. Si la beneficencia, la limosna, las pocas escuelas gratuitas y los escasos planes de vivienda —es decir, lo que comúnmente se ha llamado “caridad”— no logran alimentar a la mayoría de los hambrientos, vestir a los desnudos ni educar a quienes lo necesitan, entonces debemos buscar medios verdaderamente eficaces para alcanzar el bienestar de las mayorías.

Esos medios no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen el poder, porque generalmente esos medios eficaces obligan a las minorías a sacrificar sus privilegios. Es necesario entonces quitarles el poder a las minorías para dárselo a las mayorías pobres. Esto, si se hace rápidamente, es lo esencial de una revolución. La revolución puede ser pacífica, si las minorías no hacen resistencia violenta. La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que, vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo, no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos.

Por eso la revolución no solamente es permitida, sino obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos. Es cierto que “no hay autoridad sino de parte de Dios” (San Pablo, Rom 13, 1). Pero Santo Tomás dice que la atribución concreta de la autoridad la hace el pueblo.

Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía. El gobierno actual es tiránico, porque no lo respalda sino el 20 % de los electores, y porque sus decisiones salen de las minorías privilegiadas.

Los defectos temporales de la Iglesia no nos deben escandalizar. La Iglesia es humana. Lo importante es creer también que es divina y que, si nosotros los cristianos cumplimos con nuestra obligación de amar al prójimo, estamos fortaleciendo a la Iglesia.

Yo he dejado los privilegios y deberes del clero, pero no he dejado de ser sacerdote. Creo que me he entregado a la revolución por amor al prójimo.

He dejado de decir misa para realizar ese amor al pŕjimo en el terreno temporal, ecońmico y social. Cuando mi pŕjimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la revoluci3n, volveré a ofrecer misa, si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo: “Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mateo 5, 23-24). (Torres, 1965, s. p.)

Así las cosas, el pensamiento de Camilo Torres deja en evidencia la profunda influencia del pensamiento marxista en sus reflexiones. Conceptos como legitimidad, tiranía y minorías privilegiadas son constantemente enunciados por los representantes del marxismo. Lo más interesante es esa articulaci3n que Torres busca entre cristianismo y marxismo, entendiendo estos postulados no como contradictorios, sino como complementarios, ya que, para Camilo Torres, tienen objetivos comunes.

La revoluci3n es una suerte de reivindicaci3n de justicia social, pero, al mismo tiempo, de justicia divina, articulando el amor al pŕjimo con la revoluci3n, donde esta se da entre pares para detener la tiranía. Camilo es claro y directo en su exhortaci3n a la revoluci3n, no como un derecho, sino como un deber, tanto consigo mismo como con los pŕjimos, es decir, con la sociedad. Para Camilo Torres, la revoluci3n es la forma de lograr una de las máximas del pensamiento cristiano: el amor por el pŕjimo; por ello, critica preceptos como la caridad, señalando que la sociedad no debe regirse por la caridad, sino por la justicia social.

Figura 40. Noticia del 2 de septiembre de 1965



Nota. Tomado del medio alternativo *Frente Unido*.

Desde luego, estas reflexiones generaron resquemores y animadversiones en la ortodoxia cristiano/católica, autoridades de la institucionalidad eclesiástica colombiana criticaron duramente a Camilo, e hicieron un proceso de persecución política e ideológica por las posturas planteadas considerándolas como peligrosas, subversivas y alejadas o, en palabras del cardenal Concha, arzobispo de Bogotá: “En la plataforma de acción politicosocial presentada o suscrita por el padre Torres, hay puntos que son inconciliables con la doctrina de la Iglesia” (Arenas, 2009, p. 79).

El activismo de Camilo no se limitó a su medio de difusión; realizó giras en universidades, organizaciones sindicales, participó en mítines políticos, manifestaciones y otros espacios con reivindicaciones sociales, hecho que deterioró definitivamente su relación con la institucionalidad religiosa. Al mismo tiempo, durante todo este activismo, Camilo mantuvo comunicación con el ELN, con quien compartía objetivos y fundamentos ideológicos comunes, estableciendo una relación epistolar importante en tiempos de agitación e incertidumbre.

Camilo fue perseguido por la iglesia, ya que sus ideas eran consideradas peligrosas y ofrecían posibilidades amenazantes en un pa´s donde el cristianismo/catolicismo y el conservadurismo de derecha eran dos caras de una misma moneda. En un contexto donde sacerdotes afirmaban que “matar comunistas no era pecado”, el hecho de que un representante de la iglesia adoptara e integrara el comunismo con el cristianismo representaba un peligro y una gran amenaza.

Es importante tener en cuenta que uno de los principales argumentos usados por el diario *El Colombiano* para definir su posici3n sobre el enemigo fue la satanizaci3n, es decir, la asociaci3n del comunismo con la maldad, la perversi3n, el anticristianismo y el ateísmo. Y si esto era aś, ¿c3mo es que un sacerdote adoptaba estos pensamientos y, a ún m ás, se unía a las guerrillas?

La llegada de Camilo Torres al ELN es un hecho parteaguas en la historia colombiana, aś como de la historia de las mismas organizaciones guerrilleras; su uni3n al ELN defini3 un punto de inflexi3n en las representaciones de la poblaci3n colombiana en torno a las guerrillas y particularmente del ELN. Sobre el particular, Darío Villamizar describe la llegada de Camilo Torres al ELN:

Figura 41. *Camilo Torres Restrepo. Sacerdocio y poĺtica*



Nota. Tomado de Hildegard Luning, 2016

Cuando el ELN conmemoraba el primer aniversario de su aparición pública, se conoció la proclama de Camilo Torres desde las montañas, acompañada de una fotografía en la que se veía con las armas en la mano, junto con Vásquez Castaño y Medina Morón, y otras en compañía de guerrilleros del frente José Antonio Galán. Era la reaparición de Camilo y la confirmación de su presencia en las filas guerrilleras. Su última proclama fue muy precisa: en ella buscaba unir los principios del ELN con la práctica política del FU (Frente Unido). Camilo ya no dejaba opción para la duda ni para la especulación, de nuevo asumía su compromiso... hasta la muerte. “Hasta la muerte porque estamos decididos a ir hasta el final. Hasta la victoria porque un pueblo que se entrega hasta la muerte siempre logra la victoria”. Camilo se llamó Argemiro en la guerrilla. (Villamizar, 2017, p. 254)

No obstante, su organización y sus medidas en busca de integrar a las comunidades y territorios a la lucha guerrillera, el ELN seguía siendo un grupo armado marginal, pero la aparición de la figura de Camilo Torres Restrepo, daría al ELN una enorme visibilidad, así como un acercamiento sin precedentes de las organizaciones guerrilleras a la sociedad. Camilo, creía en la lucha armada como alternativa de cambio en un país donde todas las posibilidades han sido agotadas, y requiere de forma urgente de una transformación estructural con reivindicaciones de todas las capas de la sociedad, en síntesis, para Camilo Torres Restrepo la revolución es un mandato cristiano (Lüning, 2016).

3.1.2 Diario el Espectador: Camilo Torres de clérigo a guerrillero

Con un artículo en la primera página, aunque no como titular principal, *El Espectador* anuncia: “Camilo Torres, en la montaña”. Acompañado de Favio Vásquez Castaño y Víctor Medina Morón, el artículo refleja el desprecio del comandante del ejército, quien manifiesta con profunda lástima la confirmación de la llegada del exsacerdote a las filas del ELN, señalando que con ello se coloca en una situación muy vulnerable, al margen de la ley.

Figura 42. Noticia del 8 de enero de 1966

Camilo Torres, en la Montaña

Los principales diarios, empujados por agencias internacionales de noticias que funcionan en Bogotá, recibieron ayer en sus oficinas de redacción un sobre blanco el cual contenía una pequeña fotografía y firmada por el ex-clérigo Camilo Torres, lo mismo que una fotografía en la que se distingue al ex-sacerdote rodeado por otros dos personas, de quienes se supone sean los directivos del Ejército de Liberación Nacional.

La aludida proclama también distribuida sobrepasadamente en algunos establecimientos capitales, es una hoja volante en la cual Camilo Torres anuncia que se ha incorporado a la lucha armada y que se encuentra en las montañas, en algún lugar del país.

Serénamente y con cierto escepticismo las Fuerzas Armadas y los voceros oficiales recibieron la noticia que fue ampliamente divulgada por los vespertinos locales.

"Esta mañana —dijo el comandante del Ejército, general Gerardo Ayerbe Chaux en declaraciones para "El Vespertino"— el comando general tuvo una información sobre el lugar donde se encuentra el ex-sacerdote Camilo Torres, pero hasta el momento no había sido confirmada. Es una lástima lo ocurrido con el ex-sacerdote Camilo Torres, porque parecía ser muy inteligente y es muy preparado. Pero ahora se ha colocado en un lugar muy vulnerable, se ha colocado fuera de la ley".

A su turno, el director de la

(continúa en la Pág. 3-A, col. 2).



DE CLÉRIGO A GUERRILLERO.—En algún lugar de las montañas colombianas, el ex-clérigo Camilo Torres Restrepo, de 36 años de edad (al centro), aparece acompañado de otros dos guerrilleros identificados provisionalmente como Fabio Vazquez Castaño y Víctor Medina Mosquera. El antiguo sacerdote hizo llegar esta foto con un boletín en el que incita a la lucha armada por a tomarse el poder.

Nota. Tomado de *El Espectador*, 1966.

De 'clérigo' a 'guerrillero' es el apelativo usado por el diario para reseñar la sorpresiva llegada de Camilo Torres a las montañas colombianas, vistiendo la indumentaria del ELN. Esta sencilla frase deja en evidencia la intención del medio al presentar el hecho: mostrar a un hombre que, según esta perspectiva, habría degenerado de sacerdote a guerrillero; de ser una figura respetable y útil para la sociedad, a convertirse en un criminal, un bandido. Un criminal, por tanto, percibido como alguien peligroso, armado, y miembro de una organización ilegal que pervierte a los hombres mediante una doctrina considerada igualmente peligrosa: el comunismo.

las acciones de Camilo Torres, presentarlo como un bandido, un guerrillero peligroso, una amenaza tanto física como ideológica para la vida, la honra y los bienes de los colombianos.

Figura 44. Noticia del 17 febrero de 1966

19 Bajas en Santander y en Magdalena
Muertos 4 Soldados, 11 Forajidos y 4 Trabajadores
Combates con el Ejército

Asaltada Hacienda por ELN

Comisión en Medellín para Lograr Arreglo

Nota. Tomado de *El Espectador*, 1966.

El seguimiento mediático a Camilo Torres por parte del diario se limita a su incorporación a la guerrilla y a su desenlace, ocurrido el 15 de febrero de 1966, aunque anunciado por la prensa el 17 de enero y confirmado el 18 del mismo mes y año. En lo que fue considerada como la acción 'más desafortunada' de la corta historia del ELN, Camilo Torres cae muerto en la primera escaramuza en la que participó, como resultado de una emboscada fallida.

Un clérigo sin experiencia ni entrenamiento militar adecuado, en una organización que subestimó —o sencillamente no valoró— el enorme potencial político y social que él representaba para la consolidación de la izquierda en Colombia. Camilo Torres Restrepo murió de una forma lamentable y, para muchos, ridícula, cargando con los rótulos de bandolero, criminal e incluso terrorista.

Figura 45. Noticia del 18 de febrero de 1966

Muerto Camilo Torres
Cayó en Combate con Patrulla del Ejército

Sepultado en el Area del Asalto

El comandante de la V Brigada, coronel Álvaro Valencia Tovar, informó ayer que el ex sacerdote bogotano Camilo Torres Restrepo resultó muerto al matar de la reciente batalla en el municipio de San Vicente, Santander, en un encuentro entre una patrulla del Ejército y un grupo armado de elementos del llamado "Ejército de Liberación Nacional".

El ex-clérigo Torres Restrepo se había incorporado en noviembre del año pasado al "Ejército de Liberación Nacional" para "luchar por la conquista del poder para el pueblo".

Al año y cuatro meses, aproximadamente, de haber comenzado su vida revolucionaria, y a las una menos de haberse quitado la sotana, el ex-sacerdote Camilo Torres cayó en el sitio de "Pácora Cementa" del corregimiento de "El Carmen", municipio de San Vicente de Chururí, en el encuentro librado el martes pasado.

Al enterarse lo fue hallado el (un número 300004) modelo M1, calibre 30, que portaba uno de los soldados que pertenecieron en el asalto a Simacota el 7 de enero de 1965.

Torres Restrepo fue uno de los cinco hombres en armas muertos durante un encuentro ocurrido en San Vicente, después del asalto a una patrulla del Ejército, en el que murieron cuatro soldados.

"En un hecho doloroso, naturalmente", dijo el obispo ecuatoriano de Bogotá, monseñor Rubén Jasso Restrepo, al comentar la muerte de Camilo Torres.

"La Iglesia Católica está muy apenada por la muerte de Camilo Torres, quien dedicó su vida a la Divina Providencia por la salvación de su alma", expresó monseñor Emilio de Brigrard, Arzobispo Primado.

(Fuentes: prensa e información en págs. 44, 54 y 13-A).

Comunicado de la V Brigada

BUCARAMANGA, 17 de febrero. (De Álvaro Valencia Tovar). La Brigada comunicó esta noche oficialmente la muerte de Camilo Torres Restrepo durante el combate que tuvieron el orden anterior con un grupo armado el martes pasado en el sitio de Pácora Cementa, corregimiento de "El Carmen", municipio de San Vicente. De otra parte revela la identidad del hombre que estaba sin poder reconocer y que resultó ser Manuel Bernardo Osorio Alzola. La Brigada expuso el siguiente comunicado:

"El Comando de la V Brigada, con su deseo de mantener informada a la ciudadanía sobre el desarrollo de los hechos a que ha dado lugar la emboscada hecha a una patrulla de esta unidad, operativa por un grupo armado en inmediaciones de El Carmen, municipio de San Vicente, amplia su conocimiento de lo que ha sucedido, a la identidad de los cinco en varios soldados por dicha patrulla en el combate antes mencionado a la emboscada, así:

1) La acreditación confirma plenamente la información anterior sobre la muerte de Camilo Torres Restrepo y de Anselmo Plata Espinosa.

2) El sujeto que figuró como desconocido en las diligencias iniciadas de reconocimiento, ha sido identificado como Manuel Bernardo Osorio Alzola.

3) No ha terminado aún la investigación de la identidad mencionada antes de las dos personas resultantes o sea de quienes se creía fueron salvados..."

(Fuentes: prensa e información en págs. 44, 54 y 13-A).

El reportero gráfico de EL ESPECTADOR en Bucaramanga, Guillermo Jerez, logró esta fotografía, el rostro sin vida de Camilo Torres Restrepo, el sacerdote que murió el martes en un combate entre una patrulla del Ejército y un grupo de miembros del llamado "Ejército de Liberación Nacional".



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1996.

La muerte de Camilo Torres recibió un tratamiento mediático distinto al de su incorporación a la guerrilla. Con un titular a doble columna y una fotografía del rostro sin vida del exsacerdote; *El Espectador* da la impresión de 'celebrar' su muerte. El seguimiento informativo es gráfico, directo y contundente: una expresión del poder del Estado, una advertencia explícita. El mensaje es claro: así puede terminar quien adopte el comunismo y participe de su revolución. En Colombia, todos pueden ser Camilo Torres, pero nadie debe serlo.

Figura 46. Noticia 18 de febrero de 1966



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1966.

En la misma edición, en una página interior, *El Espectador* dedica una hoja completa titulada: “Cronología de la metamorfosis de Camilo Torres”. Este extenso artículo resulta particularmente esclarecedor respecto a la postura del liberalismo —representado por el diario— frente a Camilo Torres y su participación en la guerrilla. Básicamente, para *El Espectador*, la muerte de Camilo fue responsabilidad del comunismo y de las peligrosas ideas de la izquierda revolucionaria.

El texto asocia su ‘desviación del camino’ con la influencia de diversas organizaciones de filiación comunista o de izquierda. Para el diario, Camilo pudo haber llegado a ser un santo, un místico o, en el otro extremo, un anarquista muy peligroso: un hombre que pierde su vocación sacerdotal y pasa de ser un sacerdote respetado y valioso para la sociedad colombiana, a convertirse en un charlatán peligroso o un extremista que incita a la insurrección y al anarquismo.

El retrato es el de un exsacerdote que fuma pipa usando la sotana, un clérigo que abandonó su iglesia para luchar al lado de bandidos y guerrilleros. Sus proclamas, ideas y postura política son desestimadas; lo relevante, para el diario, es que fue guerrillero y comunista. En esa lógica, su mayor falta no fue romper con la Iglesia, sino haber traicionado a Colombia.

Por esta razón, la muerte de Camilo Torres, aunque lamentable, es necesaria y lanza un poderoso mensaje a la población colombiana, y es que aquellos que hagan parte de las guerrillas o asociaciones de filiación izquierdista y/o comunista, se encuentran por fuera de la colombianidad, que el comunismo es anticolombiano, Camilo Torres Restrepo murió en la selva como un criminal, no como un sacerdote o un ciudadano, murió como un peligroso criminal comunista.

3.1.3 Diario El Colombiano: Camilo Torres, seducido por el comunismo

Para el diario *El Colombiano*, Camilo Torres es el hombre que abandonó a Dios. Su pensamiento, activismo y posterior participación en la guerrilla lo convierten en alguien malo, en un hereje. El diario presenta una fotografía que refuerza varios mensajes: en primer lugar, que ya no pertenece a la Iglesia, que es un exclérigo; en segundo lugar, que ahora es un guerrillero, es decir, un criminal, alguien amenazante y peligroso; y, en tercer lugar, que es portador de ideas subversivas, dañinas y potencialmente anticristianas.

Según esta narrativa, Camilo no adoptó la ideología comunista de manera racional o consciente, sino que fue pervertido por ella, seducido por ideas pecaminosas y blasfemas. Se le retrata compartiendo su vida con ateos y pecadores, con criminales y bandidos. Camilo, en esta visión, habría cedido ante las tentaciones del mundo y corrompido su vida.

Figura 47. Noticia del 8 de enero de 1966



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1966.

La forma en que *El Colombiano* cubre la incorporación de Camilo Torres a la guerrilla se basa en tres aspectos fundamentales. El primero es su abandono de los votos sacerdotales, interpretado como una renuncia a la doctrina divina de la Iglesia para entregarse a ideologías humanas e imperfectas. Según el diario, Camilo ya llevaba tiempo exhortando a los colombianos al comunismo y, tras ser advertido por las autoridades eclesiásticas, fue excluido de la Iglesia y despojado de sus votos, beneficios y responsabilidades como clérigo, debido a su negativa a abandonar sus ideas y prácticas comunistas.

El caso de Camilo es presentado como lamentable y aleccionador, una muestra de cuán peligrosa y corrosiva puede ser la ideología comunista, al punto de pervertir incluso a hombres de Dios y hacerles abandonar su camino y vocación. Por esta razón, *El Colombiano* refuerza la necesidad de que los representantes de la Iglesia en Colombia permanezcan firmes en la fe y mantengan una postura activa en la persecución del comunismo. Se plantea la existencia de una auténtica guerra ideológica en la que el comunismo es considerado no solo anticatólico, sino también anticolombiano. Desde esta perspectiva, se hace un llamado a los colombianos respetuosos de la ley de la Iglesia y del Estado a rechazar el comunismo y todas sus expresiones: sindicatos, organizaciones estudiantiles, comités de base, movimientos sociales, entre otros.

Figura 48. Noticia del 8 de enero de 1966



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1966.

En segundo lugar, *El Colombiano* acusa a Camilo Torres de incitar a la 'Subversión Armada' (con error ortográfico incluido), señalando que no solo forma parte de una organización guerrillera, sino que también actúa como activista y promotor de la lucha armada para imponer la revolución. "Todo revolucionario sincero debe reconocer la vía armada como la única que queda", cita el diario, presentando a Camilo como la personificación de la subversión y, por lo tanto, de la guerrilla y del peligroso comunismo.

Frases como "Debemos recoger armas y municiones. Buscar entrenamiento guerrillero. La lucha del pueblo se debe volver una lucha nacional. Ya hemos comenzado porque la jornada es larga", son utilizadas como evidencia de su papel activo en la promoción de la insurrección. Estas declaraciones están acompañadas por manifestaciones de rechazo por parte de las autoridades eclesiásticas, quienes afirman tajantemente: "Nadie, pero nadie, debe hacer eso". En esta lógica, un sacerdote —o incluso un exsacerdote— jamás debe incorporarse a una banda de forajidos. Para *El Colombiano*, Camilo deja de ser un sacerdote y un ciudadano para convertirse en un bandido, un criminal. Y, aún más grave, en un potencial hereje, es decir, un enemigo de la Iglesia.

Por ́ltimo, Camilo Torres es percibido como peligroso debido a su imagen, sus planteamientos y sus acciones, que —según *El Colombiano*— pueden influir e inculcar las mentes y los corazones de los colombianos. Esto lo convierte en un enemigo: un enemigo del Estado, de los partidos poĺticos tradicionales y de la Iglesia. Esta representaci3n de Camilo es sumamente significativa, ya que contribuye a consolidar una imagen negativa y persistente de la izquierda y del comunismo en la historia colombiana. Un enemigo de la Iglesia es, en esta narrativa, un hereje: un ser malvado, corrompido por el pecado y por ideas mundanas. Un enemigo de la Iglesia es un monstruo, y ese monstruo —en este caso— ha sido creado por el comunismo. Un comunismo que, m´s alĺ de ser un conjunto de ideologías poĺticas, econ3micas y sociales distintas a la ortodoxia bipartidista, es tambi3n retratado como una ideología abiertamente contraria al cristianismo.

Camilo Torres ya no es un cura, ya no es un ciudadano, ni siquiera un ser humano. El comunismo, seǵn esta visi3n, lo ha deformado tanto mental como físicamente. El Camilo Torres vestido con camuflado y portando un fusil ya no inspira la imagen afable y reconfortante de un sacerdote, sino que transmite la apariencia de un bandolero, de un ladr3n, de un asesino. Su aspecto es visto como amenazante, desafiante y agresivo: representa una amenaza real, alguien que roba, mata y destruye.

Aś las cosas, *El Colombiano* va m´s alĺ del seguimiento mediático realizado por *El Espectador*, al presentar las implicaciones de la acci3n guerrillera de Camilo Torres no solo como poĺticas, éticas o ideol3gicas, sino tambi3n como religiosas, espirituales y morales. Desde esta perspectiva, su figura debe ser rechazada y condenada en todos los niveles: poĺtico, econ3mico, social, cultural, religioso, ético y moral.

Para el diario, Camilo Torres degener3 en un ser monstruoso. Pas3 de ser un sacerdote, te3logo y pensador, a convertirse en un fanático, un criminal, un calumniador que dio la espalda a Dios y a la patria. Todo esto, por seguir una doctrina considerada peligrosa, extranjera, nacida del ateísmo y la perversi3n moral: el comunismo internacional.

Figura 49. Noticia del 18 de febrero de 1966



Nota. Tomado de *El Tiempo*, 1966.

Es importante destacar que, para *El Colombiano*, la muerte de Camilo Torres no mereció una cobertura destacada. No hubo seguimiento detallado, tan solo un escueto titular que decía: 'Muerto Camilo Torres', acompañado de una breve nota que explicaba las circunstancias de su fallecimiento. Este abordaje limitado y casi ausente revela una postura clara: si bien el hecho es relevante, lo es únicamente como consecuencia directa de sus propias decisiones. Su muerte se interpreta como el fruto inevitable de su participación en una organización guerrillera y, en última instancia, de su 'perversión ideológica'. Camilo murió, según esta lógica, bajo su nueva ley: 'el que a hierro mata, a hierro muere'.

En conclusión, toda la circunstancia histórica que fue Camilo Torres en la política colombiana fue totalmente subvalorada y subestimada, tanto por los medios, como por el propio ELN, nadie reconoció ni evidenció el enorme potencial político que pudo representar Camilo Torres, y los medios usaron su vida y muerte como justificación de la persecución al comunismo y como una exhortación a mantenerse alejado de esta peligrosa doctrina, sobre el particular Jaime Arenas (2009) planteó:

A Camilo no lo valoraron en su verdadera magnitud. En la guerrilla jamás se les llamó a reuniones dentro del Estado Mayor, ni se le asignó ninguna responsabilidad. Quien era el más importante líder popular colombiano no pasó de ser un soldado raso en las filas del ELN. (p. 115)

Para los partidos tradicionales, la figura de Camilo Torres resultó útil, pues sirvió como un ejemplo ilustrativo para mostrar y advertir a todo el país sobre las supuestas consecuencias nefastas del comunismo, tanto como doctrina política, como teoría económica, y también como referente ético y moral.

Tristemente, desde el punto de vista cultural, el impacto inmediato de Camilo Torres Restrepo fue contrario al que él mismo esperaba. Su imagen fue deformada y reducida a la de un criminal peligroso, un bandido seducido por el comunismo internacional y sus ideas anticatólicas y ateas; un hombre corrompido por ideologías mundanas, vacías y potencialmente dañinas. En síntesis, para los medios y los partidos tradicionales, Camilo Torres fue el hombre que le dio la espalda a Dios y a la patria. El modo en que se narró y argumentó su vida, su activismo, su participación en la guerrilla y su muerte así lo confirma. Si bien su pensamiento y su obra fueron reconocidos y reivindicados por ciertos círculos académicos, intelectuales, movimientos sociales e incluso por las propias organizaciones guerrilleras, en el imaginario de las masas colombianas su imagen fue desfigurada y utilizada como símbolo y advertencia dentro del discurso anticomunista.

3.1.4 Voz Proletaria y la lejanía con Camilo Torres

El abordaje realizado por el semanario *Voz Proletaria* frente a la llegada de Camilo Torres al ELN fue sumamente escueto y simplista. Apenas se hizo una breve mención en un titular en la primera página, sin que se evidenciara un mayor interés o valoración del hecho. Para el semanario, la noticia parecía carecer de relevancia o no merecer mayor atención.

Este tratamiento contrasta notablemente con el cubrimiento mediático mucho más amplio y enfático realizado por los diarios de orientación liberal y conservadora, así como por otros medios de menor circulación, pero con mayor impacto simbólico. Mientras en estos medios el acontecimiento fue presentado como un suceso de alto impacto político, ético y social, para *Voz Proletaria*, sencillamente, no lo fue o no lo consideraron digno de mayor desarrollo.

Desde luego, esta circunstancia haría eco en los círculos colombianos, regionales y nacionales, de filiación comunista, catalogando este abordaje —o la falta de este— hecho a Camilo Torres por parte de *Voz*, como una muestra de lejanía por parte del medio oficial del PC en Colombia frente a Camilo Torres y su acción guerrillera. Desde medios alternativos como *La Gaceta*, Israel Arjona, antiguo gerente y editor de Frente Unido, denunciaba:

Camilo hizo pública su proclama el día 7 de enero. Ese día, hay que hacerlo notar, se celebraba el primer aniversario de la toma de Simacota, primera acción militar de importancia del ELN. Ese mismo día, como queda dicho, la prensa burguesa informó ampliamente sobre lo acontecido: *El Vespertino* tituló en rojo y cubriendo todas las columnas. Dedico casi toda la primera página a la información respectiva. El Espacio, publicó el texto completo de la proclama. Al día siguiente *El Tiempo* y *El Espectador*, los dos diarios nacionales más importantes, publicaron amplia información incluyendo una fotografía.

¿Cómo informó, en cambio *Voz Proletaria*, órgano oficial del Partido Comunista? La edición inmediatamente posterior a la noticia apareció el día 13, es decir, una semana después. Hubo tiempo de sobra para meditar la información. Y es innegable que existía gran expectativa en conocer la opinión que el acontecimiento -ampliamente informado al mundo por las agencias internacionales, incluyendo en primer lugar los destacados despachos de las agencias imperialistas- merecía al partido “revolucionario” más grande de Colombia, partido además, aliado de Camilo Torres dentro del Frente Unido, y partido, además, a cuyos dirigentes Camilo había permitido compartir siempre la tribuna al lado suyo, a lo largo de una de las giras políticas más amplias y exitosas en la historia de nuestro país. Era, pues, explicable la expectativa.

Pero *Voz Proletaria*, con deslealtad incluso para con los militantes del PC, miembros todos del Frente Unido, consideró que la noticia, no merecía, en primera página, más que un lacónico titular a dos columnas: “Camilo Torres en la guerrilla”. Titular, además, incrustado entre otros muchos y por debajo de la línea de doblez. Restando valor a que Camilo, su gran amigo y aliado y fundador de Frente Unido, se incorporó a la lucha armada. Y para ellos, lo que ya es el colmo, merece más espacio una rata exhibida colgada de la cola, que la información referente al hecho político tal vez más importante de los últimos años. Y desde luego, también en contraste con la prensa oligárquica, se abstuvieron de hacer comentarios editoriales. Al parecer la noticia, no los merece (*Revista La Gaceta*, citada por Arenas, 2009, pp. 110-111).

Este hecho demuestra una dinámica presente en el pensamiento de izquierda que prevalece aún en la actualidad: las grietas o diferencias entre distintas perspectivas dentro del pensamiento comunista, lo cual ha dificultado (e incluso imposibilitado) la integración de la izquierda y ha mantenido

la segmentación y división. Esto es evidente tanto en la base ideológica, intelectual e incluso académica de discusión sobre el pensamiento de izquierda. También ha ocurrido en las organizaciones guerrilleras, ya que las diferencias entre el ELN y las FARC respecto a los preceptos del comunismo y su accionar han derivado en que las guerrillas se mantengan al margen, e incluso en que sean organizaciones enemigas. De igual forma, círculos académicos demuestran diferencias irreconciliables, aunque formen parte del pensamiento comunista. Las distintas interpretaciones del marxismo han provocado división, resquemores y disputas, no solo ideológicas y políticas, sino también confrontaciones armadas entre guerrillas.

3.1.5 Diario El Espectador: La aniquilación de las guerrillas es solo cuestión de tiempo

Ante la crisis de representatividad y el daño irreparable a la opinión pública debido a la muerte de Camilo Torres, las guerrillas enfrentaron entre 1966 y 1968 fuertes crisis. Esto ocurrió porque, ante el crecimiento de las organizaciones guerrilleras y su expansión territorial, el Estado —el gobierno saliente del conservador Guillermo León Valencia y el entrante del liberal Carlos Lleras Restrepo— enfocó esfuerzos en la derrota definitiva de las guerrillas.

Las notas por parte de *El Espectador* eran constantes y permanentes, y su mensaje era claro: las guerrillas están siendo derrotadas, las fuerzas militares logran avances tanto en acciones militares como en procesos judiciales contra guerrilleros activos y capturados. Al analizar estos recursos discursivos, se evidencia la prioridad dada a las acciones militares, al heroísmo y la voluntad de lucha del ejército. Esto es importante porque transmite un mensaje claro: el Estado tiene control del territorio, el problema de las guerrillas está bajo control, y el gobierno, el Estado y las fuerzas armadas están en capacidad no solo de contener este fenómeno, sino de derrotarlo definitivamente.

Figura 50. Noticia del 26 y 28 de mayo de 1966



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1966.

Ahora bien, una cosa es la perspectiva o el mensaje que un medio de comunicación quiere enviar a la sociedad, y otra muy distinta puede ser la realidad, y esta realidad era diferente. Las guerrillas se encontraban en un proceso de crecimiento; cada día llegaban a nuevos territorios y su capacidad militar aumentaba. Esto deriva en una dificultad fundamental: ¿cómo intervenir el problema de las guerrillas?, ¿cómo cambiar las tácticas y los procedimientos militares, jurídicos, pero también políticos e ideológicos? “Estas organizaciones ya no pueden ser abordadas, analizadas e intervenidas de formas tibias e ineficientes; son organizaciones con intenciones revolucionarias y no pueden ser tratadas como simples bandas de bandidos”, planteaba monseñor Germán Guzmán en una entrevista para el diario de orientación liberal, buscando explicar que la forma de proceder frente a las guerrillas debe cambiar drásticamente o, de lo contrario, el Estado perderá la batalla contra ellas.

Tomando como eje de su disertación lo sucedido con Camilo Torres, monseñor Guzmán, experto y estudioso de la historia de la violencia en Colombia⁸⁶, propone que la forma de abordar la guerra debe cambiar, ya que esta no es contra bandoleros ni forajidos, sino contra potenciales revolucionarios con todo un sustento político e ideológico detrás. La gran muestra de esto es precisamente lo sucedido con Camilo Torres Restrepo.

⁸⁶ Entre 1962 y 1964 Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, compilan una obra en dos tomos titulada: *La violencia en Colombia*, primer análisis intelectual e histórico sobre la historia de la violencia en Colombia, definiendo sus aspectos políticos, económicos y sociales. Obra de gran relevancia que, a sol de hoy sigue siendo revisitada y un obligado para quienes se encuentren interesados en la historia de la violencia política en Colombia (Guzmán et al., 1962).

Figura 51. Noticia del 7 de enero de 1967



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1967.

Para Guzmán, la lucha contra las guerrillas no debe ser solo militar e ideológica, sino también política, ya que las guerrillas surgieron en un contexto específico: la desigualdad social, el hambre y la falta de oportunidades. “Las guerrillas son organizaciones revolucionarias antisistema y buscan la abolición de las condiciones estructurales de desigualdad y miseria”, plantea Guzmán, al tiempo que sentencia que, si el Estado no mitiga las problemáticas sociales, los frentes guerrilleros e incluso otras organizaciones similares se multiplicarán. Esto, teniendo en cuenta las influencias y apoyos ‘foráneos’ a este tipo de expresiones organizativas en Colombia.

Frente a esta perspectiva, surge la pregunta: ¿entonces qué hacemos con las guerrillas? La respuesta no tardó en aparecer y consistió en una guerra directa desde distintos frentes, es decir, no solo militar, sino también ideológico y discursivo, en contra de las guerrillas y del peligroso comunismo internacional que las influye. A partir de este momento, se nota un cambio en la forma en que el diario se refiere a las guerrillas; ya no se habla de combatir a bandoleros, sino de una guerra contra las guerrillas, una guerra contra el comunismo y todo lo que representa.

Figura 52. Noticia del 29 de marzo de 1967



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1967.

Se puede percibir el cambio señalado: una nueva forma de reconocer e identificar al enemigo. La guerra se presenta como un ejercicio de violencia sofisticado y técnico que requiere estrategia y análisis de la situación de conflicto armado. Antes se hablaba de asaltos y emboscadas; ahora se habla de operaciones. Una operación militar conlleva un significado más profundo: no se trata simplemente de 'pelear' contra una banda de forajidos, sino de desplegar estrategia, táctica e inteligencia militar. Es como si, hasta entonces, las guerrillas no hubieran sido tomadas en serio y, a partir de ese momento, se les enfrentara con todos los recursos y capacidades del Estado.

Figura 53. *Noticia del 16 de mayo de 1967*

Nota. Tomado de *El Espectador*, 1967.

Si bien, desde el punto de vista discursivo y político, este cambio de paradigma en la lucha contra las organizaciones guerrilleras implica un reconocimiento por parte del Estado, también complica la situación. Significa, por un lado, que el Estado se compromete a atacarlas 'con todo lo que tiene' y a no repetir los errores del pasado, como subestimar o infravalorar al enemigo. Este enemigo ya no es simplemente una banda de forajidos o bandoleros, sino que se presenta como un grupo de antisociales peligrosos, integrados en una estructura mucho más amplia: el comunismo internacional, representado por la Cuba de Castro y el Che Guevara, así como por los movimientos guerrilleros surgidos en otros territorios de Centro y Sudamérica. En síntesis, las guerrillas en Colombia pasan a ser vistas como parte de un frente subversivo mayor, auspiciado por la Unión Soviética, China y Cuba.

Figura 54. Noticia del 18 de junio de 1967



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1967.

Desde luego, esta forma diametralmente opuesta de afrontar la guerra contra las guerrillas por parte del Estado deriva en reveses militares, derrotas y repliegues territoriales por parte de las organizaciones beligerantes. Esto, sumado a la criminalización de prácticas como el secuestro —éticamente reprochable—, otorga nuevas connotaciones a las guerrillas: si su capacidad de acción es mayor, también lo son el peligro y la amenaza que representan. Ya no basta con reseñar la captura o la baja en combate; es fundamental que el país comprenda que estos guerrilleros son criminales y que sus acciones serán castigadas con todo el peso de la ley. La ley, en este contexto, debe buscar hacer frente al embaite del comunismo internacional.

Aquí es importante analizar el uso del término ‘operaciones militares’, así como el de ‘operaciones de inteligencia militar’ y ‘acciones militares’ enfocadas en la derrota del enemigo. Que una acción militar sea denominada ‘operación limpieza’ tiene profundas implicaciones en cuanto a las representaciones que se buscan imponer en la sociedad. El término ‘limpieza’ sugiere que algo está sucio, que hay algo que mancha, contamina o enferma al país, y que eso es indeseable, desagradable e incluso repulsivo. ¿Qué hay que limpiar? El país. ¿Y de qué hay que limpiarlo? ¿De comunismo!

3.1.6 Diario el Colombiano: El evangelio triunfará sobre la propaganda del comunismo

El concepto de orden, propio del pensamiento conservador, se entiende como la garantía de condiciones que permiten el control territorial por parte del Estado, incluso si esto implica la limitación de las libertades civiles o el uso de la ‘legítima fuerza del Estado’. Este será el argumento central en el manejo mediático adoptado por el diario frente al accionar de las guerrillas: estas organizaciones perturban el orden establecido e imponen, mediante la violencia, un orden diametralmente opuesto —el orden de la anarquía, del irrespeto a la autoridad, a las instituciones y a los representantes del gobierno—.

El Colombiano empleará apelativos como ‘agitación’, ‘perturbación’, ‘desorden’ y ‘confrontación al orden’ no solo para referirse a las guerrillas, sino también a organizaciones con tendencia o filiación política de izquierda. A partir de este punto, el abordaje del diario hacia las guerrillas se intensificará: sus ataques discursivos estarán orientados por las acciones de estas organizaciones, que escalan sistemáticamente tanto en intensidad como en dimensión; “son las tácticas del castrismo, y de esta manera perturban el orden en Colombia”.

El medio de prensa utilizará como elemento cohesionador de la opinión pública a las Fuerzas Armadas, presentadas como héroes de la patria que defienden de forma desinteresada y altruista al gobierno y a las instituciones del Estado. Su labor, según esta narrativa, debe ser reconocida y reivindicada por todos los colombianos. Desde esta perspectiva, resulta interesante identificar el papel preponderante que el diario otorga a las acciones militares y a sus constantes avances y victorias frente a las guerrillas. Por ello, el manejo noticioso suele destacar cifras asombrosas de guerrilleros capturados o abatidos, así como de desmantelamiento de células o campamentos guerrilleros a lo largo y ancho del territorio nacional. El mensaje es claro: “el Estado está recuperando el territorio apropiado por el comunismo de forma ilegal, en un país que no les pertenece y que no les quiere”.

Figura 55. Noticia del 21 de mayo 21 1967



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

Las referencias constantes a dinámicas como el estado de sitio son recurrentes por parte de este diario, un recurso constitucional que le otorgaba facultades extraordinarias al presidente para expedir decretos y normas “para defender los derechos de la Nación o reprimir el alzamiento”. *El Colombiano* reivindica el uso indiscriminado de este recurso en nombre del orden público, pero también como una estrategia para frenar el avance de las guerrillas y, con ello, del comunismo.

Desde luego, el estado de sitio es un estado de excepción; es decir, no debe ser la norma, y su aplicación debe ser temporal y transitoria. Asimismo, implica una profunda dificultad para el Estado en mantener el orden y su presencia institucional en los territorios. Sin embargo, el uso de este recurso por parte del diario tenía una intención contraria: era precisamente una manifestación del poder del Estado, una demostración de que el gobierno tenía la situación de orden público bajo control y que su guerra contra las guerrillas estaba dando frutos.

Figura 56. Noticia del 31 de mayo de 1967



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

Particularmente revelador resulta el proceso de 'sacralización de las fuerzas armadas' impulsado desde *El Colombiano*, que demostró una hibridación entre doctrina militar y religiosa. Según el diario, los soldados no solo eran héroes de la patria, sino también potenciales santos y difusores de las buenas costumbres cristianas. Las armas de las fuerzas armadas no eran solo fusiles, tácticas e inteligencia, sino también el evangelio. Los héroes de la patria no solo estaban guiados por la ley, sino también por el evangelio. Los soldados no solo eran héroes, sino también 'soldados de Cristo'.

Es por esto que la expresión: "El evangelio triunfará sobre la propaganda del comunismo", dicha por el pontífice Paulo VI, es tan diciente respecto de las intenciones por parte del diario *El Colombiano*, en tanto establece una contradicción entre cristianismo y comunismo y, al mismo tiempo, los instituye como enemigos, siendo el comunismo el enemigo absoluto del cristianismo, siendo el monstruo o el anticristo; y esto, en un país eminentemente cristiano/católico, determina, en gran medida, la representación social y cultural sobre el comunismo en Colombia, ya que "el evangelio nunca fue derrotado, y nunca lo será".

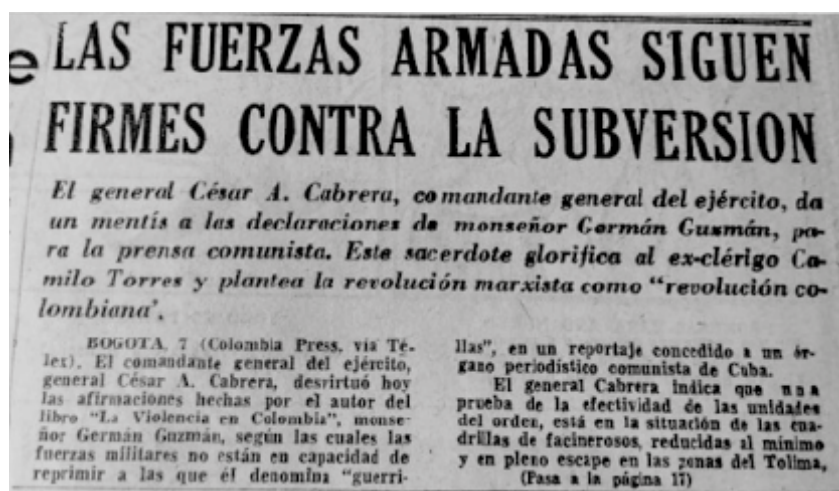
Figura 57. Noticia del 29 de julio de 1967



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

Además de continuar con la línea discursiva en torno a la satanización del comunismo, el diario comienza a abordar aspectos que antes no trataba, como los ataques a la institucionalidad estatal. Si bien este tipo de acciones se han manifestado desde el surgimiento de las guerrillas, no fueron abordadas, o al menos no con detalle, por *El Colombiano*. Sin embargo, con la nueva orientación del Estado en contra de las guerrillas, se vuelve necesario tratar estas acciones, ya que implican que, si bien las guerrillas han aumentado su capacidad de maniobra y sus alcances militares, sus acciones dañan directamente al Estado, avalado por la ley y, a la vez, por la iglesia. En este contexto, atentados como la bomba contra el Ministerio de Guerra —posterior Ministerio de Defensa— son dotados de connotaciones políticas y conspirativas internacionales. Estos ataques no eran solo perpetrados por una organización guerrillera, sino que se atribuían a una conspiración desde el llamado eje del mal castro-comunista, dejando claro que las guerrillas no eran solo grupos insurgentes, sino títeres del comunismo internacional que obedecían sus directrices. Desde esta perspectiva, estos atentados contra la institucionalidad del Estado no eran solo acciones de un grupo guerrillero, sino responsabilidad del comunismo internacional y su afán imperioso de desestabilizar toda Latinoamérica para imponer dictaduras comunistas y la consiguiente depravación social, el ateísmo y el anticristianismo.

Figura 58. Noticia del 8 de enero de 1967



Nota. Tomado de El Colombiano, 1967.

Por supuesto, este incremento en la actividad guerrillera, así como su sevicia y los daños a la institucionalidad, a la seguridad y a la integridad del Estado y la Nación, hacía necesario mostrar resultados; demostrar que esta guerra no solo se libraba valientemente, sino que se estaba ganando. Asimismo, *El Colombiano* busca rebatir lo planteado por Monseñor Germán Guzmán y enaltecer la labor de las fuerzas armadas. Para el diario, la opinión pública debía estar en contra de las guerrillas, al mismo tiempo que se glorificaba la heroica labor de las fuerzas militares. El concepto de revolución, introducido fervientemente por Camilo Torres, debía ser problematizado y definido como sinónimo de criminalidad y perversión moral, acciones de facinerosos, básicamente, de 'mala gente'.

Figura 59. Noticias del 7 de febrero y 30 marzo 30 de 1967



Nota. Tomado de El Colombiano, 1967.

A partir de este punto, el diario procura demostrar el debilitamiento sistemático de las guerrillas, destacando noticias que enaltecen la captura o muerte de lugartenientes de Tirofijo y Fabio Vásquez Castaño. Las informaciones no solo presentan un balance de guerrilleros abatidos, sino también la caída de sus cabecillas y líderes. Como reza el viejo adagio colombiano: 'la serpiente se mata por la cabeza'. Derrotar a los cabecillas de las guerrillas implica una connotación de triunfo, de victoria frente al enemigo; una victoria no solo física y militar, sino también ideológica, ya que, al perder a sus líderes, las guerrillas pierden a sus referentes ideológicos inmediatos.

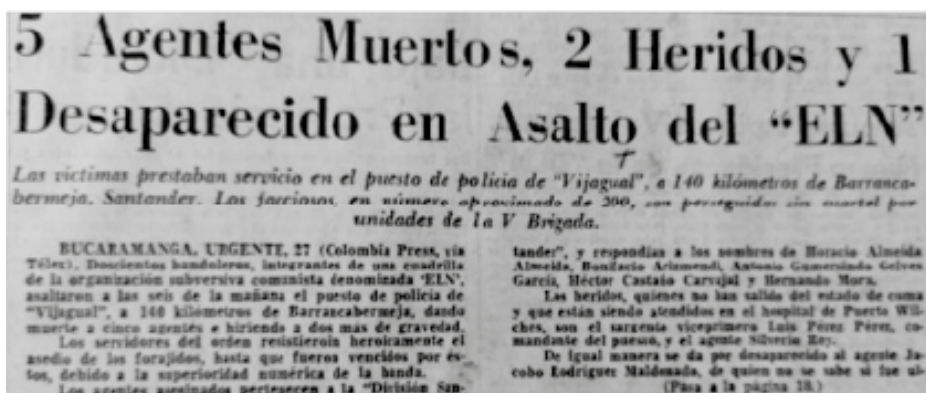
El diario busca establecer una superioridad militar, pero también ideológica, ética, moral e incluso política. Es como si el bipartidismo hubiera, pudiera y pudiera con todo, cimentando una 'superioridad' política en el país. En términos culturales, esto tiene mucha fuerza, pues se traduce en réditos electorales: las personas tienden a votar por los vencedores, por los poderosos, y no por una ideología foránea representada por agrupaciones guerrilleras debilitadas, cuyo vencimiento total solo será cuestión de tiempo⁸⁷.

⁸⁷ Este recurso retórico de: "vencer es solo cuestión de tiempo" es recurrente durante toda la

Como medio de orientaci3n conservadora, y por ende cristiano-cat3lico, *El Colombiano* tambi3n hace uso de la martirizaci3n o construcci3n de m3rtires, elevando a las fuerzas armadas a esta condici3n. Una cosa es ser un soldado o un policia; otra muy distinta es ser un m3rtir, ya que esta figura tiene implicaciones religiosas: es alguien que muere por sus convicciones y su fe. En la tradici3n judeocristiana, estas personas a menudo eran torturadas hasta la muerte, soportando estoicamente el suplicio por su fe.

Desde esta perspectiva, para el diario las fuerzas armadas no solo eran abatidas o asesinadas, sino sacrificadas. El sacrificio es una de las caracterfsticas fundamentales de los m3rtires, ya que la fe les da la fuerza para soportar e incluso dar su vida por aquello en lo que creen. Los soldados y agentes son vctimas de un poder oscuro y maligno, y entregan su vida para defender al pa3s de tan imp3a influencia.

Figura 60. Noticia del 8 de febrero de 1967

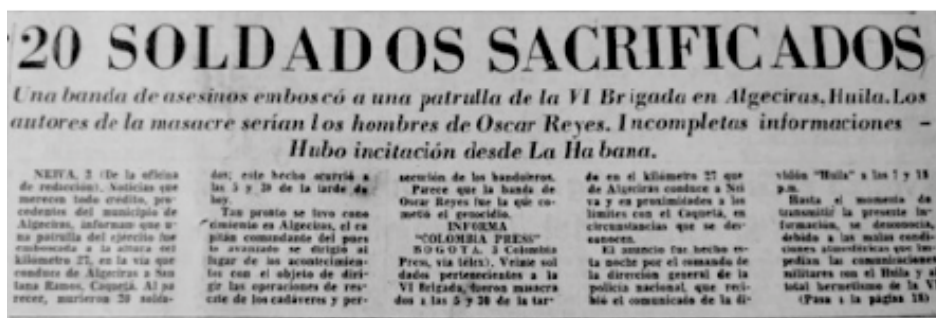


Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

Ahora bien, en un pa3s de tradici3n cristiano/cat3lica fuertemente arraigada, el sacrificio de un m3rtir es un hecho digno de admiraci3n y elogio, como exclam3 Jorge de Burgos a Guillermo de Baskerville en *El nombre de la rosa*: “Un m3rtir reprime sus gritos, y sufre por la verdad” (Eco, 2010). Esta ‘elevaci3n’ de las fuerzas militares colombianas por parte de *El Colombiano* demuestra la profunda alteridad radical impresa en las organizaciones guerrilleras, y en el comunismo en general, exhorta a las personas a repudiar el comunismo, repudiar a las guerrillas, ya que no poseen la verdad, la verdad la poseen ellos, y los m3rtires sufren, se sacrifican y mueren por ella.

historia de la violencia pol3tica en Colombia, medios y gobiernos de turno siempre usaron este eufemismo para mantener la confianza de la poblaci3n, y hacer de la guerra un instrumento pol3tico, la diatriba de “la lucha contra la subversi3n”, ha sido hist3ricamente una suerte de eslogan de campaa electoral.

Figura 61. Noticia del 4 de marzo de 1967

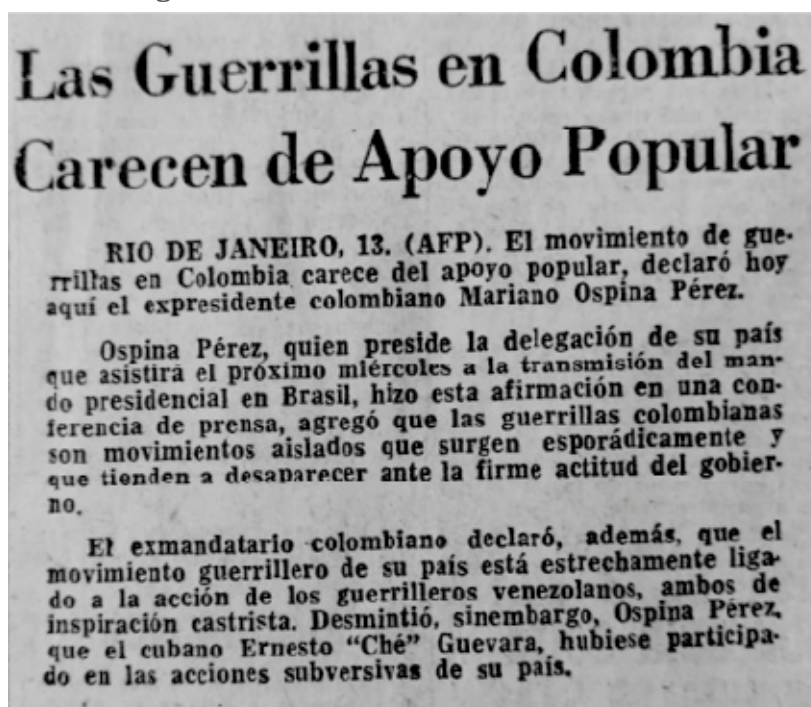


Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

Desde luego, este mensaje busca la deshumanización de todas las expresiones organizativas de filiación política e ideológica de izquierda; las guerrillas son una suerte de cubiles de monstruos, y estos monstruos deben ser erradicados. Para esta noble labor están los héroes, los mártires de la patria, los que sufren por la verdad, y la verdad es el conservatismo y su complemento, el catolicismo. Los soldados de la patria son soldados de la iglesia, por eso sus acciones deben ser reivindicadas. No es malo quien mata un monstruo; ergo, no es pecado matar comunistas.

En consecuencia, todos los colombianos deben defender y estar del lado de la verdad, del 'lado correcto de la historia'. Quienes no están con nosotros, están en contra de nosotros. Este principio de alteridad es fundamental en el discurso de *El Colombiano*, un discurso en extremo binario que ofrece solo dos posibilidades: quien está con ellos y quien está en contra de ellos, sin importar si se trata de un campesino, un estudiante, un obrero, un guerrillero o un cura.

Figura 62. Noticia del 14 de marzo 14 de 1967



Nota. Tomado de El Colombiano, 1967.

De aquí la importancia de demostrar que las guerrillas están solas en Colombia: “Las guerrillas en Colombia carecen de apoyo popular”, son parias; por tanto, toda violencia está justificada. Para ellos, el desprecio —más concretamente, el odio— hacia todo lo que parezca de izquierda en Colombia ha sido un factor articulador de la historia cultural del país. De ahí que Colombia fuera el único país de Latinoamérica que no tuvo gobierno de izquierda, un país con una izquierda odiada y proscrita, donde todos los males y los peores actos eran su responsabilidad⁸⁸. Por esta sencilla razón, las guerrillas en Colombia estaban ‘destinadas’ a desaparecer.

⁸⁸ En días posteriores al 9 de abril de 1948, se difundió el rumor de que Fidel Castro, quien se encontraba en Bogotá en un evento universitario, y tenía una cita con Jorge Eliecer Gaitán, le proporcionó el arma a Juan Roa Sierra quien asesinaría a Gaitán. En consecuencia, desde esta perspectiva, Fidel Castro fue el responsable del hecho fundante de la Violencia en Colombia (Jaramillo, 2007).

Figura 63. Noticia del 18 y 20 de agosto de 1967



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1967.

En síntesis, esta fase de crisis para las guerrillas de las FARC y el ELN fue extremadamente compleja, ya que el Estado cambió radicalmente la forma de enfrentarlas, lo que derivó en la caída de figuras prominentes de estas organizaciones y en una radicalización de la guerra por parte del bipartidismo. Por otra parte, la imagen de los grupos subversivos ante la opinión pública se vio gravemente afectada por la participación y muerte de Camilo Torres en la guerrilla; su imagen, en lugar de convertirse en la personificación de la lucha social, fue la de un hombre bueno seducido y pervertido por el comunismo. Al mismo tiempo, el proceso de deshumanización y construcción de las guerrillas como enemigos absolutos por parte de la prensa, la iglesia y los partidos tradicionales socavó su imagen ante los colombianos.

Si a esto se suman las diferencias internas entre las guerrillas y otras organizaciones de filiación comunista, queda claro que no pudieron establecer una base fuerte y consolidada que les permitiera actuar en distintos frentes. Las rencillas y diferencias, incluso violentas, entre distintas 'interpretaciones' del comunismo no solo debilitaron ideológica, política, social y culturalmente a las guerrillas, sino que al mismo tiempo permitieron el fortalecimiento del bipartidismo y el auge del sentimiento anticomunista en Colombia.

3.1.7 Voz Proletaria: reagrupar la izquierda contra los opresores

Para el semanario *Voz Proletaria*, el escalamiento de la guerra no obedece solamente a acciones concretas de combate militar contra las guerrillas. *Voz Proletaria* es contundente al afirmar que el poder estatal dirige sus esfuerzos y

su violencia contra cualquier expresi3n de la izquierda: movimientos estudiantiles, sindicales, sociales, ind́genas, representantes del Partido Comunista, etc. Cualquier tipo de expresi3n poĺtica o ideol3gica similar o afín al comunismo, para *Voz*, est1 siendo proscrita, criminalizada, negada, perseguida, violentada e incluso eliminada.

Figura 64. Noticia de marzo de 1967



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1967.

Desde este contexto de persecuci3n y amenaza, *Voz* procura identificar al Estado agresor y violento, categorizado con apelativos como ‘reaccionarios’, ‘mascotas del imperio’, ‘gorilas’, entre otros. Para *Voz Proletaria*, el Estado y el gobierno representan un poder inmenso y aplastante, que a su vez es tambi3n un poder extranjero: el imperialismo mundial encarnado en la imagen de Estados Unidos, un poder gigantesco que se sustenta en la desigualdad, el hambre y la miseria generalizadas para mantener un sistema econ3mico: el capitalismo mundial.

Con base en lo anterior, es interesante analizar c3mo *Voz* utiliza un recurso discursivo similar al empleado por el diario *El Colombiano*: denunciar un poder y una ideoloǵa for1neos y ajenos que amenazan profundamente a la sociedad colombiana.

Figura 65. Noticia de agosto de 1967

Reagrupar La Izquierda Contra los Opresores

La cacería de brujas

Defendamos los Derechos Políticos de los Comunistas

LA REVOLUCION DE OCTUBRE UN EJEMPLO PARA LA HUMANIDAD

Combaten Ejército y Guerrillas

Avanza Unidad Obrera

Se Reunen Dirigentes Populares

Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1967.

El Estado colombiano se establece como una institucionalidad opresora y represiva, representante de un imperio internacional. Este 'imperio sustentado en el dinero y en la capacidad adquisitiva, en la compra y venta de mercancías, a costo de la vida y de la integridad social' es, según el semanario, la representación de Estados Unidos y sus políticas hacia Latinoamérica, las cuales se fundamentan en la aniquilación sistemática del comunismo en todas sus expresiones.

En consecuencia, el semanario a partir de 1967 direcciona su ejercicio periodístico en la denuncia de esta situación; "el Estado, siguiendo las directrices del imperio, violenta cualquier movimiento social, político o cívico, sin importar sus argumentos y reivindicaciones, solo importa ser comunista". Según *Voz Proletaria*, las masas obreras y campesinas en Colombia se encuentran en una situación de precariedad, no solo por las condiciones estructurales históricas —miseria, hambre, desigualdad, inequidad social—, sino también porque están sometidas a una vigilancia constante: la mirada atenta, el oído aguzado, el dedo señalador ante toda expresión de inconformidad social. Frente a esto, se despliegan las armas —los soldados, representados como 'gorilas'—, con las fuerzas armadas actuando como una institución que mata a su propio pueblo por órdenes de gobiernos corruptos e indolentes.

Ante este contexto, el mensaje es claro por parte del semanario: “reagrupar la izquierda contra los opresores”, la guerra, para *Voz*, trasciende el escenario de la confrontación armada por parte de las guerrillas, es la guerra de todo colombiano pobre, obrero e históricamente marginalizado, en síntesis: “la enorme mayoría colombiana sumida en la más indignante pobreza, mientras el bipartidismo se encuentra en la más obscena riqueza”. Para *Voz*, al igual que para los demás diarios, existen dos bandos profundamente diferenciados y contradictorios, el nosotros y los otros, para este caso es el pueblo colombiano, en contra del poder del imperialismo capitalista internacional. El cual rige el poder político en Colombia, y, en consecuencia, ejerce la represión y la violencia en contra del pueblo. Y, como la guerra es contra el pueblo, este pueblo debe apoyar la lucha desde distintos frentes. Es decir, los colombianos deben respaldar la lucha política de colectivos sindicales, sociales y estudiantiles, y, del mismo modo, deben apoyar a las valientes guerrillas que empuñan las armas en defensa de esta inmensa mayoría de colombianos. Culturalmente, *Voz* busca que los colombianos reconozcan, reivindiquen y validen la acción guerrillera, y comprendan la situación del país como una guerra librada en distintos frentes contra el autoritarismo estatal, con el objetivo de alcanzar la unidad necesaria para lograr la revolución en Colombia.

Figura 66. *Noticia de diciembre de 1967*

[illegible]

Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1967.

Voz Proletaria, en este sentido, busca sumar y articular fuerzas políticas, sociales, económicas, académicas y armadas (las guerrillas) para mejorar sus opciones electorales. De ahí, el uso recurrente, como columnista, del comandante de las FARC, quien analiza la situación colombiana y argumenta las razones por las cuales la guerrilla debe contar con un amplio apoyo popular. Y este apoyo debe traducirse en expresiones políticas —como las alianzas del Partido Comunista con el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y la Alianza Nacional Popular (ANAPO)—; sociales —como la integración con colectivos estudiantiles, que pueden incorporarse tanto a la lucha armada como a la lucha ideológico-política—; y también gremiales y sindicales, ya que los obreros y campesinos deben encabezar la revolución una vez que la acción militar la haga posible.

Todas estas expresiones surgen de un pueblo obliterado, marginado y subsumido. Por eso, el fin último de *Voz*, así como de toda expresión comunista en Colombia, es la consolidación de la revolución.

Capítulo IV.

Historia cultural de la guerra en los medios de prensa escrita

Tercera parte: Establecimiento y
consolidación territorial

En Colombia, el problema no es descubrir la materia prima para una revolución social; es evidentemente obvia en el campesinado y en los pobres urbanos. Un material inflamable pero no alcanza a explicar por qué aún no estalló en llamas, o por qué se incendió espontáneamente y, se volvió a asentar en una masa humeante que solo ocasionalmente mostraba un destello.

Eric Hobsbawm

En este capítulo se analizará la consolidación territorial de las guerrillas, es decir, cómo se cimentaron en los territorios, a pesar de profundos obstáculos y limitaciones de tipo estatal, social y relacionados con la opinión pública. Las organizaciones guerrilleras se establecieron en zonas donde usurpan o asumen —según a quién se le pregunte— la autoridad, la regulación, el control y la administración que deberían ser función del Estado. Usando la frase pronunciada por Fidel Castro en 1994, se puede entender a las guerrillas en Colombia como ‘revolucionarios en tiempos difíciles’⁸⁹, sorteando y tramitando enormes dificultades. En un país con una fuerte tradición anticomunista, las guerrillas, poco a poco, lograron establecerse y generar influencia en comunidades y territorios.

Esta consolidación territorial se debió a circunstancias políticas, económicas y sociales; hubo fortalecimiento institucional por parte de las guerrillas, con asambleas, estatutos, esquemas organizativos, reglamentos y legislaciones. Las guerrillas entendieron que los principios ideológicos deben estar transversalizados por una estructura organizativa e institucional fuerte. De igual manera, el hecho de que los medios de prensa —y, por tanto, los partidos políticos tradicionales— redujeran significativamente el abordaje sobre el accionar de las guerrillas, responde a una suerte de ‘limitar’ la difusión de estas organizaciones.

⁸⁹ Frase enunciada por Fidel Castro el primero de enero de 1994, durante la conmemoración del 35 aniversario de la Revolución Cubana, durante los momentos más difíciles sufridos por la Isla, debido a la implementación del neoliberalismo, y las sanciones económicas sufridas: “Fácil es ser revolucionarios en tiempos fáciles, lo que no resulta fácil es ser revolucionarios en tiempos difíciles. Los que aquí nos reunimos somos revolucionarios de tiempos difíciles” (Vega, 2009, p. 25). Es interesante observar cómo, incluso cuando ha logrado hacerse con el poder político, el comunismo ha enfrentado enormes dificultades. En este sentido, resulta fácil comprender lo profundamente complejo que ha sido para el comunismo en Colombia desarrollarse desde la clandestinidad.

La lógica era que, si no aparecen en prensa, los enormes contingentes de población urbana olvidarán sistemáticamente a las guerrillas, o sencillamente asumirán que su impacto es mínimo, ya que no son lo suficientemente importantes como para ser referenciadas en los medios. Siendo digno de abordaje, también están los trágicos casos de guerrilleros arrepentidos que desertan de las guerrillas, siendo perdonados ‘socialmente’ en el proceso.

Ahora bien, las distintas expresiones organizativas de la izquierda en Colombia —incluidas las guerrillas— buscaron desarrollar una suerte de activismo político en contra del orden brutal y violento del Frente Nacional, procurando exhortar a la población al ejercicio del voto. Al mismo tiempo, las guerrillas intentaban mostrarse como el ‘brazo armado’ de este activismo político.

4.1. Establecimiento y consolidación territorial

En este apartado, se analiza cómo fue abordado por la prensa el crecimiento sistemático y la consolidación territorial de las guerrillas. Se debe tener en cuenta que, para 1969, las FARC ya celebraban su tercera conferencia guerrillera, es decir, reuniones de toda la organización en las que se debatían aspectos ideológicos, políticos, militares, entre otros.

Al mismo tiempo, se analizaban los alcances y limitaciones de la guerrilla, así como sus triunfos, derrotas y el proceder a seguir a partir de ese momento. El establecimiento de estas conferencias demuestra la creciente sofisticación de las guerrillas con el tiempo, sus aprendizajes y su expansión territorial.

Tabla 3

Conferencia nacional de guerrilleros

Conferencia No.	Fecha y sitio	Temario	Observaciones
I Conferencia del bloque guerrillero del sur	Septiembre 1964, Riochiquito	Se constituyó el bloque guerrillero del sur (ubicado en el sur del Tolima)	Se ratificó a Manuel Marulanda Vélez como comandante y a Ciro Trujillo como segundo al mando
II Conferencia del bloque guerrillero del sur	Abril y mayo 1966, Región río Duda	Constitutiva de las FARC. Se construye un reglamento interno, régimen disciplinario, normas de comando y principios estatutarios	Ratificado el programa agrario de los guerrilleros. 20 de julio 1964. Para las FARC, Ley 001

III Conferencia de las FARC	Abril 1969 – Región río Guaya-bero	Se examinó la situación que se presentó con el destacamento de Ciro Trujillo.	Nuevo frente guerrillero en Antioquia. Se constituye la escuela nacional de formación ideológica.
-----------------------------	------------------------------------	---	---

Nota. Tomado de Villamizar (2017, pp. 290-291).

Desde esta perspectiva, se analiza cómo los medios representan a su alteridad en un contexto ya consolidado de guerra, donde tanto el Estado, las fuerzas militares y las organizaciones guerrilleras enfrentan una situación de conflicto escalado a guerra, con las connotaciones e implicaciones que esto conlleva. Además, se explora cómo estos medios buscan influir en las mentes y corazones de los colombianos, procurando obtener su validación social y cultural.

4.1.1 Diario El Espectador: la disminución sistemática del abordaje a la guerra

El periodo entre 1968 y 1970 mostró un cambio fundamental en la forma como los medios abordaban la guerra; a partir de 1968, la cobertura se redujo considerablemente. Aunque se seguían reportando hechos concretos, estos aparecían en pequeños artículos dentro de secciones interiores del periódico. Esto resulta muy relevante, pues refleja una postura clara frente al conflicto: minimizarlo. Al restarle importancia, culturalmente la población también tenderá a hacerlo, especialmente en las grandes ciudades. La gente, ante la menor cantidad de información, construirá la idea de que la guerra está disminuyendo, ya que históricamente el conflicto en Colombia ha sido principalmente rural, en zonas campesinas y selváticas. Así, minimizar la guerra genera la percepción de que es algo del pasado.

Asimismo, el diario mantiene la estrategia de subestimar al enemigo, presentándolo como bandoleros, bandidos y pillastres, en lugar de guerrilleros o grupos organizados. Restar importancia a la guerra y a su enemigo reduce su visibilidad, y esta falta de atención produce un olvido colectivo. Esa combinación de invisibilización y menosprecio conduce a que la guerra sea vista como actos aislados de violencia⁹⁰, cometidos por criminales y bandas, y no como un conflicto político y social con sentido organizado.

⁹⁰ En Colombia este concepto ha sido recurrente para la negación del conflicto armado interno. Un ejemplo bastante ilustrador es el de Darío Acevedo, exdirector del Centro Nacional de Memoria Histórica, quien dilapidó totalmente el trabajo realizado por su predecesor Gonzalo Sánchez Gómez; Acevedo plantea que en Colombia nunca hubo guerra, y que existieron manifestaciones violentas aisladas. En consecuencia, la producción de la entidad decayó y las organizaciones sociales inmersas se desvincularon.

Figura 67. Noticia del 25 de enero 25 de 1968



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1968.

De igual manera, la batalla ideológica contra el comunismo se mantiene, aunque su enfoque ya no es nacional, sino internacional. Se observa una tendencia a mostrar la derrota del comunismo a nivel global, cubriendo ampliamente conflictos internacionales como la guerra de Vietnam, con espacios destacados en primera plana y a doble columna, mientras que las noticias sobre las guerrillas colombianas quedaban relegadas a un rincón del diario.

También, el periódico abandona su postura previa sobre el posible vencimiento de las guerrillas. Hablar del vencimiento implicaba reconocer que el conflicto había escalado a una guerra abierta. En este sentido, *El Espectador* cambia su discurso y su redacción: ya no se reportan combates u operaciones militares, sino 'encuentros' que se presentan como simples enfrentamientos contra bandas de criminales y bandidos. Estos encuentros se describen como hechos rutinarios, parte del quehacer diario de policías y fuerzas armadas, quienes combaten y capturan o dan de baja a delincuentes comunes, no a guerrilleros, revolucionarios o insurgentes, sino a antisociales y bandoleros.

Ahora bien, respecto al mensaje del diario a la opinión pública, este es el de la rutinización del conflicto, pero de un conflicto desescalado; es decir, un conflicto contra bandidos, pero no contra organizaciones con poderío militar y capacidad organizativa. Este enfoque implica que, para la opinión pública, la guerra debe perder su sentido y relevancia. Al minimizar y simplificar el

conflicto a su mínima expresión, se banaliza, convirtiéndose en 'la violencia de todos los días'. Esta violencia cotidiana va perdiendo su impacto paulatinamente, transformándose en algo natural y común, un hecho más de violencia que las personas aceptan como parte del día a día, y para enfrentarla, están las fuerzas armadas.

Figura 68. Noticia de enero de 1968

Asaltada Hoy Saigón

Guerrillas Comunistas Entran a la Embajada de EE. UU.



El Norvietnam, en Plena Ofensiva

SAIGÓN, enero 31 (UPI). Millares de soldados comunistas entraron hoy en varias ciudades y pueblos del Vietnam del Sur y se acercaron a la frontera de la guerra, que incluye a la propia capital, Saigón, donde las tropas del Vietnam comunista se enfrentaron al ejército con morteros y ametralladoras.

Las tropas aliadas habían sido advertidas desde la víspera sobre la amenaza de la ofensiva comunista en Saigón y en otras capitales, donde los ataques fueron rechazados en principio con graves pérdidas, pero la lucha se prolongó en la mañana de hoy en todas las frentes, de extremo a extremo del Vietnam meridional.

Ultimo Hacer
Piso por Piso

Refuerzos de E.U. para Detener Invasión Norvietnamita

Tropas de infantería de marina norteamericanas desembarcaron en la zona de una provincia al norte de Vietnam del Sur, cerca de la línea demarcatoria, para reforzar a las unidades aliadas ante la amenaza de una ofensiva norvietnamita. El Viet Cong declaró que el asalto de hoy le da una última oportunidad de la guerra de Vietnam, que debe terminar en una liquidación, que favorecerá su propia capital, Saigón. (Radiofoto UPI).

Abatido Otro Miembro del ELN en Girón

BUCARAMANGA, enero 30 (De Fonseca Cornejo). La V Brigada informó hoy que Jesús Gómez León, alias "Gabriel, Serafín o Enrique", fue eliminado por el Ejército en desarrollo de los combates que las fuerzas del orden han venido sosteniendo con miembros de una fracción del ELN que opera en las zonas de Girón o Lebrija, bajo el mando de Ricardo Lara Parada.

Gómez León estaba vinculado a grupos subversivos desde el año de 1965, participó en el asalto a Simacota y estaba como lugarteniente de Lara Parada. Su eliminación es la sexta consecutiva que lo gran unidades de la V Brigada contra la banda armada.

El comandante de la Brigada, coronel Néstor Alonso resaltó la colaboración de las gentes de la región para poder aniquilar la cuadrilla.

Nota. Tomado de *El Espectador*, 1968.

Figura 69. Noticia de febrero de 1968

10.000 Comunistas Muertos

En Contra-Ataque Aliado en Vietnam, Dicen los E.U.



Victimas de la Contraofensiva Aliada, Ayer en Saigón

Soldados norteamericanos en carros blindados conducen las víctimas de la ofensiva del Vietcong en las calles de Saigón. Los francotiradores continuaban haciendo fuego esporádico en varias zonas de la ciudad, mientras eran combatidos por las tropas aliadas que utilizan tanques y aviones en su contraofensiva. (Radiofoto UPI).

Gira Liberal a Caldas y Nariño

Comisiones de la DNL Viajan a Abrir el Debate Electoral

"EE.UU. no Tienen la Intención de Suspendir Bombardeos": Johnson

SAIGÓN, febrero 1º (UPI). Generales norteamericanos informaron esta madrugada que 10.000 soldados norvietnamitas y fuerzas del Vietcong fueron exterminados desde el martes en contraataques aliados en el sur de Vietnam comunista de la guerra. Las bajas aliadas son las mayores sufridas hasta hoy por los comunistas.

En el comando norteamericano se dijo que las tropas aliadas estaban concluyendo a las tropas comunistas de las "pocas" ciudades que todavía tenían en su poder a raíz de la mayor y más sangrienta ofensiva comunista de la guerra.

La lucha continuaba hoy viernes en sectores separados de Saigón, pero las tropas norteamericanas y norvietnamitas apoyadas por tanques, desalojaron durante la noche a varias pequeñas pandillas de merodeadores del Vietcong y de Vietnam del Norte.

El comando norteamericano agregó que la gran ofensiva comunista parece haber perdido su ímpetu inicial bajo el escueto potencial de fuego de las fuerzas aéreas norteamericanas.

Advertencia de Johnson

WASHINGTON, febrero 1º (UPI). El presidente Lyndon B. Johnson hoy hizo saber a Hanoi que los Estados Unidos no tienen intención de parar el bombardeo de Vietnam del Norte mientras los comunistas aumentan la agresión por medio de ataques masivos a ciudades norvietnamitas.

El primer mandatario, hablando en una ceremonia de condecoración a un héroe de la guerra en Vietnam, dijo que si Hanoi tiene interés en lograr la paz, debería encontrar "algun signo, mejor que los que en los últimos días han dado las fuerzas de Vietnam del Norte".

(Véase la página 8-A).

Se Trabajó Combate de E.U. y Norcorea

SEUL, febrero 1º (UPI). Las tropas norteamericanas que guardan el sector occidental de la frontera coreana trabajaron hoy combate con un grupo de infiltrados norcoreanos.

Un vocero autorizado manifestó que el incidente ocurrió poco después de la medianoche, cuando tres o cuatro norcoreanos cambiaron disparos con los defensores norteamericanos por sobre las barreras del sector occidental de la línea demarcatoria entre ambas Coreas.

El informe agregó no saber si hubo bajas entre los incuriosos, pero afirmó que los norteamericanos resultaron illesos.

Nota. Tomado de *El Espectador*, 1968.

Las guerrillas en Colombia atravesaban un momento difícil debido a la muerte de Ernesto Guevara, un duro golpe para el comunismo latinoamericano, así como a la muerte de Ciro Trujillo, segundo comandante de las FARC, un fuerte impacto para la organización guerrillera. La muerte de Ciro Trujillo fue cubierta de manera breve y su relevancia fue prácticamente obliterada por parte del diario.

A partir de 1969, Colombia experimentó un proceso de desestabilidad social, económica y política que desembocó en manifestaciones sociales generalizadas. En este contexto, el secuestro de un avión llevado a Cuba llevó al gobierno de Lleras a recurrir nuevamente al antiguo recurso del estado de sitio para contener la 'anarquía y el desorden'. El sentimiento de desazón e inconformidad era generalizado y se manifestaba públicamente con la aparición del Ejército Popular de Liberación (EPL), otra organización guerrillera de orientación comunista, sumándose a un país ya en guerra contra las FARC y el ELN. La irrupción de nuevos actores armados evidenciaba la profunda inestabilidad política, económica y social de Colombia. La noticia del secuestro de aviones con destino a Cuba fue ampliamente cubierta, tanto por sus implicaciones geopolíticas como porque representaba la excusa perfecta para continuar enfocando la alteridad del país hacia el comunismo, tanto local como internacional.

Figura 70. Noticia del enero y mayo de 1969



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1969.

No obstante, tras el incidente de los aviones llevados a Cuba, el tratamiento que el diario dio al EPL fue similar al que se otorgaba a las demás guerrillas: pequeñas viñetas con artículos lacónicos que definían a la guerrilla simplemente como una banda de antisociales aliada con el régimen cubano para desestabilizar al país, mientras exaltaban la labor heroica de las fuerzas armadas. En este momento histórico, para *El Espectador*, lo importante no era la guerra ni las acciones guerrilleras, sino el comunismo y la necesidad de demostrar cuán peligroso podía ser. Un ejemplo de ello fue la cobertura en 1969 y 1970 del caso de los 'curas rebeldes': sacerdotes que, siguiendo las ideas de Camilo Torres difundidas en el medio Frente Unido, adoptaban posturas comunistas y eran vistos como potenciales guerrilleros. En Colombia, el término 'rebelde' se asocia directamente con el comunismo y, culturalmente, en el argot popular, se interpreta como algo negativo; la rebeldía no tiene connotaciones reivindicativas, sino que significa estar fuera del orden establecido y, por tanto, debe ser proscrita, perseguida y eliminada.

Este hecho es muy relevante en tanto permite comprender el mensaje del diario en esta época en la cual, en la clandestinidad y, sin cubrimiento mediático, tanto las FARC, como el ELN, se consolidaban territorialmente, el mensaje es la desaprobación social y cultural a todo lo que pueda entenderse o asimilarse como comunista, sea cual sea su expresión organizativa, y sea cual sea su intencionalidad o sus vías de acción, va en contra de Colombia y, por tanto, cada ciudadano debe estar en contra de estos peligrosos criminales comunistas.

Figura 71. Noticias de 1969-1970



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1969-1970.

Este es el panorama que presenta *El Espectador*: la amenaza constante del comunismo y las maneras en que debe mantenerse a raya. En un país donde cualquier manifestación de inconformidad se asociaba inmediatamente con un complot del comunismo internacional, la rebeldía, las protestas sociales, las reivindicaciones obreras, campesinas, estudiantiles, de mujeres, y las expresiones políticas o ideológicas distintas al orden bipartidista, eran vistas como síntomas de ese peligroso espectro comunista. Cualquier persona que se atreviera a expresar o denunciar las precarias condiciones políticas, económicas y sociales del país era automáticamente catalogada como comunista y, por lo tanto, potencialmente guerrillera, sin importar si se trataba de un estudiante, un desempleado, un obrero explotado, una mujer con perspectiva de igualdad de género, un sacerdote con ideas peligrosas o un campesino buscando mejores condiciones para el trabajo agrario. Todos los inconformes en Colombia eran considerados comunistas, y los comunistas, enemigos del país. En consecuencia, el 'colombiano de bien' era aquel ciudadano conforme, que aceptaba estoiicamente la desigualdad y la violencia estructural impuesta por el orden vigente: el Frente Nacional.

Figura 72. Noticias de 1969-1970



Nota. Tomado de *El Espectador*, 1969-1970.

Por más curioso e inverosímil que parezca, en Colombia la protesta social, la inconformidad, el activismo político, las luchas sindicales, o simplemente la búsqueda de mejores condiciones de vida y la reivindicación de los derechos civiles, fueron categorizadas como comunismo. Resulta llamativo que incluso el clamor por justicia fuera etiquetado como comunismo y, en consecuencia, perseguido, proscrito y eliminado. Aquí se encuentra una de las causas fundamentales por las cuales el país nunca ha tenido un gobierno de izquierda o de orientación socialista: la población llegó a asociar el hablar de derechos, la lucha por la justicia social, mejores condiciones laborales y acceso a oportunidades con el comunismo. Así, se entendió, de manera retorcida, que la opresión, la

injusticia y la falta de oportunidades eran ‘normales’. Esta banalización y naturalización de la injusticia social ha sido uno de los grandes logros del bipartidismo tradicional en Colombia, donde los medios de prensa desempeñaron un papel fundamental para consolidar esta percepción.

4.1.2 Diario El Colombiano: Dios perdona a los comunistas arrepentidos

Para el diario *El Colombiano*, la línea editorial sigue una premisa similar a la de *El Espectador*: minimizar la relevancia de la guerra interna y culpar al comunismo internacional de todos los males que aquejan al pueblo colombiano. De igual forma, se observa una tendencia clara a estigmatizar a cualquier persona que muestre alguna inclinación hacia la izquierda, como es el caso de ‘los curas rojos’. Según el diario, existe una “infiltración comunista en nuestro clero”, señalando que una pequeña parte del sacerdocio, seducida por las peligrosas ideas de Camilo Torres, está incorporando elementos marxistas en su doctrina religiosa, lo cual deforma la enseñanza y corrompe las mentes y corazones de los clérigos. Así, en Colombia, un sacerdote que denuncia las precarias condiciones estructurales y predica igualdad y justicia social es automáticamente calificado como comunista, es decir, ‘rojo’.

El término ‘rojo’ resulta problemático, pues también se asocia al liberalismo, lo que lleva al diario a instar al rechazo tanto de liberales como de comunistas, a quienes considera portadores de ideas peligrosas y pecaminosas, contrarias a la ortodoxia cristiana. Además, se les acusa de promover la separación entre Iglesia y Estado, algo inadmisibles, ya que la Iglesia es vista como la brújula moral tanto del Estado como de la nación. Según esta visión, la Iglesia determina lo que es bueno y malo, y sin su guía, el Estado caerá en anarquía y decadencia moral: “Hay que andarse con cuidado, porque no solo está en riesgo la población, sino que el Estado y sus instituciones perderán el rumbo si se alejan de la doctrina y las buenas costumbres cristianas”. No obstante, se admite que con el liberalismo es posible convivir y entablar diálogos y acuerdos, pero con el comunismo no, ya que sus pretensiones van más allá, encaminándose hacia el ateísmo e incluso, algo peor: el anticristianismo.

Figura 73. Noticia de enero de 1969



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1969.

Un hecho particular por parte de *El Colombiano* en su postura frente a las guerrillas es el demostrarlas como organizaciones malagradecidas, perniciosas y dañinas, y esto pueden evidenciarlo los colombianos al ver cómo hay guerrilleros que huyen ante el autoritarismo, la violencia y la perversión de estas organizaciones. Hay colombianos que probaron las guerrillas y, al ver y vivir lo que representan, abandonan sus ideales y reconocen su equivocación. Esta postura es muy interesante, ya que busca exhortar a quienes se encuentran 'seducidos' por ideas marxistas o comunistas, a retomar el rumbo, a corregir sus errores y volver al seno de la patria y la Iglesia.

Esta retórica del perdón se hace evidente durante 1969 y 1970. Si bien el diario sigue exhortando a la persecución y eliminación del comunismo, este comunismo contaminó las mentes y los corazones de colombianos y colombianas, y como 'errar es de humanos', quienes hayan adoptado el comunismo o cualquier expresión de izquierda pueden ser redimidos; aún pueden ser salvados, aún pueden expiar sus culpas, sus pecados en contra de la Iglesia y la patria.

En este sentido, *El Colombiano* hace un seguimiento y cubrimiento mediático a todos aquellos exguerrilleros que se han arrepentido o que se encuentran decepcionados de las guerrillas. El diario usa como ejemplo de esta situación al antiguo guerrillero del ELN, Jaime Arenas, quien deserta de las filas del ELN y escribe un

libro denominado *La guerrilla por dentro*, donde analiza la historia de la organización guerrillera y plantea sus profundas diferencias políticas, organizativas, militaristas y de interpretación ideológica con el comandante máximo del ELN, Fabio Vázquez Castaño.

Cabe anotar que las diferencias trazadas por Arenas en su libro son con los líderes y comandantes de la guerrilla; no es un abandono ideológico al comunismo. Arenas consideraba que la comandancia de Vázquez era totalitaria y abusiva, y que la muerte de Camilo Torres marcó un punto de inflexión, con un líder a quien consideraba más un ególatra que gestionaba al ELN como su ejército privado, que como una organización guerrillera seria con un compromiso ideológico hacia un cambio estructural del país⁹¹.

Sin embargo, el diario no desaprovechó la oportunidad para utilizar esta desertión de la guerrilla como un fuerte mensaje a la población colombiana de orientación conservadora: las guerrillas son una falsa doctrina que seduce con promesas vacías a hombres y mujeres, ofreciéndoles futuros inalcanzables, con estilos de vida depravados y pecaminosos, alejados de la madre patria y de la madre Iglesia. Pero, como buena madre, esta recibe a sus hijos pródigos que aprendieron la lección y regresan como testimonios vivientes de la perversión y del peligro que representa el comunismo internacional, el cual se cae a pedazos, se desmorona como el castillo de naipes que siempre fue.

Usando apelativos como: ‘relatos del exguerrillero idealista’, *El Colombiano* ofrecía su visión del enemigo: las guerrillas como una suerte de entidad, no una organización, un ser perverso y retorcido que engatusa a las personas (principalmente universitarios), quienes se veían bombardeados por ideologías criminales e inmorales en un escenario de educación: la universidad. *El Colombiano* dirige sus ataques discursivos en contra de las organizaciones más que de las personas. Al igual que para *El Espectador*, cualquier expresión organizativa de tendencia de izquierda contaminada por el comunismo era mala por sí sola. El problema radicaba en la nefasta influencia que ejercía el comunismo (soviético, chino, cubano, vietnamita, etc.) en las personas que las conformaban, una suerte de ‘pobres incautos’, que cuando se daban cuenta de su error desertaban,

⁹¹ En este libro, Arenas (2009) explica la crisis del ELN en distintos puntos: Juicios y fusilamientos injustos, los privilegios del jefe, el carácter machista del comandante, la supremacía de lo militar sobre lo político, la falta de democracia al interior de la guerrilla, la falta de estrategias de organización para el campesinado, las contradicciones en el seno del pueblo, la falta de visión en torno al ícono que pudo ser Camilo Torres, entre otras, llevaron a la desertión y orden de fusilamiento de exintegrantes del ELN.

y quienes no lograban hacerlo experimentarían las terribles consecuencias de sus errores. La postura del diario se sofisticaba en la medida en que puede hacer del enemigo algo mayor: un monstruo, un enemigo absoluto en toda regla, pero no con rostro humano, sino con un color, el rojo, y con la hoz y el martillo como rostros visibles. En este sentido, los colombianos son víctimas de este monstruo: son pervertidos y convertidos, pero, como humanos, como colombianos y como cristianos, pueden salir de allí y retornar a la normalidad instituida.

Figura 74. Noticias de febrero y noviembre de 1969



Nota. Tomado de *El Colombiano* 1969.

A partir de este punto, *El Colombiano* se encarga de demostrar el debilitamiento y la inminente caída del comunismo, cuya expresión más prosaica es la guerrilla, si bien, el medio enaltece la piedad del Estado y la iglesia a los guerrilleros desertores, también demuestra su gran ira y poder en contra de estas guerrillas y quienes se mantienen en ellas. Son gente mala, que no solo roba y mata, sino que humilla y degrada a sus víctimas: "desnudos y descalzos dejaron a pasajeros", "sometieron a todo el pueblo a presenciar el fusilamiento de personas acusadas de ser sapos del ejército", son algunos fragmentos de los artículos donde el diario demuestra la malignidad que adoptaron quienes decidieron permanecer en las guerrillas, son gente de la peor calaña y, esto, busca validación cultural por medio del odio, se incentiva el odio hacia quien represente la maldad y aplique su sevicia en contra de la población civil. Para *El Colombiano*, las guerrillas deben ser exterminadas y el pueblo debe odiarlos; este tipo de

narrativa es peligrosa en tanto procura justificar la violencia y la muerte, recordemos “no es pecado matar comunistas”, pero en este punto, tampoco es un delito, es más, es un deber de patriotas.

Figura 75. Noticias de enero y febrero de 1970



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1970.

Las guerrillas en palabras del diario “escalan sus acciones violentas”, es decir, trascienden el escenario de conflicto, trascienden los delitos y afectaciones propias de un escenario de confrontación armada, sus delitos cada día son peores, cada día sobrepasan nuevos límites de crueldad, violencia y violaciones a los derechos humanos, esta radicalización en el discurso contra el enemigo se hace evidente en el cambio de términos por parte de *El Colombiano*, para caracterizar los crímenes de las guerrillas, una cosa es retener a una comunidad, otra es secuestrar, una cosa es robar bancos, otra cosa es extorsionar poblaciones, una cosa es matar en acciones militares o combates contra el ejército, y otra es masacrar.

Figura 76. Noticia de julio y octubre de 1970



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1970.

Para finales de 1970, el diario no solo aborda de forma más reiterativa la violencia, sino que busca demostrar la degradación y el escalamiento del conflicto: acciones violentas, sádicas y viscerales, ya no solo contra la fuerza pública, sino contra campesinos y comunidades. Las guerrillas ya eran malas, pero ahora son peores; han logrado superar sus propios límites. Es más, su sed de sangre y violencia no conoce límites. Esta radicalización tiene una intención y un propósito marcados por parte del diario, y es el de exhortación y direccionamiento electoral: ante la escalada de violencia y maldad de las guerrillas, es deber de todo colombiano mantener vivo el Frente Nacional. Solamente el bipartidismo tradicional, y en especial el conservatismo, es capaz de hacer frente a esta amenaza. “Las guerrillas están cerca de ser derrotadas”, el comunismo tiene al país inmerso en la agitación, el desorden y la zozobra; por tanto, se debe perpetuar el orden político tradicional para hacerles frente.

Figura 77. Noticia de julio y diciembre de 1970



Nota. Tomado de *El Colombiano*, 1970.

En conclusión, *El Colombiano* demostró una intención piadosa y cristiana al evidenciar el carácter malvado y dañino del comunismo. Es posible la redención para quien sale del comunismo, incluso de su peor expresión: las guerrillas. No obstante, esta organización debilitada exteriorizó una fuerza maligna que hizo que quienes permanecieran allí ya no tuvieran salvación. Esos pocos son peligrosos; esos pocos no solo cometen crímenes, cometen atrocidades. Estas personas ya no merecen la piedad ni el perdón, merecen el odio por parte de los colombianos y una fuerza sin precedentes por parte del Estado para su aniquilamiento definitivo; por tanto, los colombianos deben ir masivamente a las urnas a votar por quien garantice que terminará con la violencia y establecerá el orden por los medios que sean necesarios.

4.1.3 *Voz Proletaria*: El Frente Nacional es un gorila aplastante

Para *Voz Proletaria* los años de 1969 y 1970 fueron particularmente difíciles, el semanario denunció de forma reiterada la persecución y violencia que sufrieron como medio de comunicación, retenciones forzadas, detenciones arbitrarias, allanamientos, amenazas y panfleteo en contra de directivos y columnistas del medio; todo esto dentro de un contexto de represión estatal por parte del Frente Nacional al que el semanario denomina: el régimen.

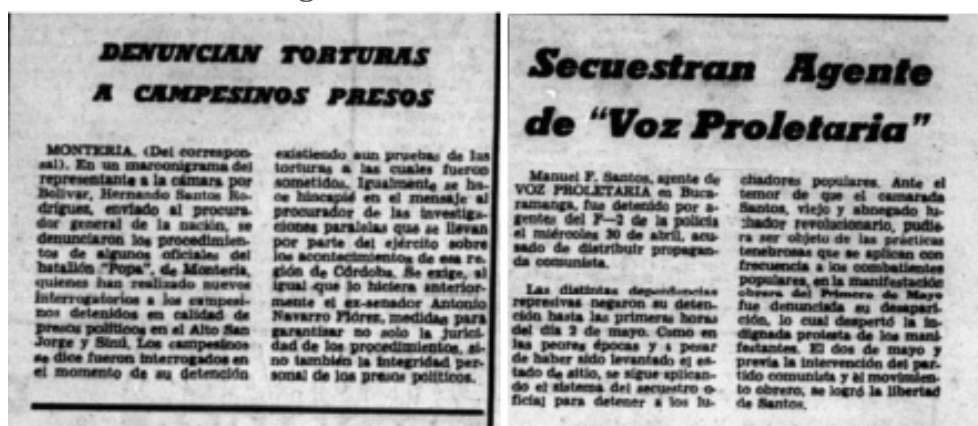
Figura 78. Noticia de enero de 1969



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969.

El semanario enfila sus esfuerzos discursivos y periodísticos en establecer la brutalidad de este régimen, el cual, sin miramientos, apunta sus armas en contra de la población civil, los activistas, las organizaciones políticas alternativas y de izquierda, las colectividades organizadas y demás manifestaciones de inconformidad social imperantes en el país. Para *Voz*, el Estado pasa de ser un enemigo político —es decir, aquel enemigo reconocido al cual se derrota en una contienda entre iguales— a ser un enemigo absoluto, un monstruo, cuyos “perversos tentáculos se alcanzan con especial brutalidad a todas las expresiones de la izquierda”. Al igual que postuló *El Colombiano*, *Voz Proletaria* busca demostrar cómo el Frente Nacional se ha radicalizado en su violencia y en su persecución en contra de sus enemigos. Según *Voz*, el Frente Nacional “no parará hasta eliminarnos a todos” y busca desesperadamente alzar su voz, ya no solo de protesta, sino de denuncia, incluso de auxilio.

Figura 79. Noticia de marzo de 1969



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969.

Las fuerzas armadas ya no solo detentan la violencia en contra del pueblo de formas tradicionales; ahora usan métodos más extremos y dañinos. El Ejército ya no solo captura e interroga a quienes sospecha de apoyar a las guerrillas u organizaciones de orientación comunista; ahora los tortura. De igual manera, las personas ya no regresan maltrechas y violentadas a sus territorios: simplemente son desaparecidas. Las tropas ya no solo combaten a las guerrillas: el Ejército ejecuta personas en estado de indefensión. Para *Voz*, al igual que para el diario *El Colombiano*, la violencia adquiere otras connotaciones: no solo buscan ganar la guerra, buscan exterminar por completo a todos sus enemigos, en todos los frentes posibles.

Figura 80. Noticia de mayo de 1969

Violencia y Penetración Militarista en Puerto Berrío

Por J. TRIANA

PUERTO BERRÍO. (Del corresponsal.) En esta población se ha venido desarrollando toda una campaña de penetración imperialista y militarista a través de sutiles procedimientos. Entre estos vamos a señalar los siguientes:

LOS PROCEDIMIENTOS

La Universidad de Antioquia, mediante "programa de bienestar familiar" en Puerto Berrío, ha desarrollado una campaña de capacitación de líderes sindicales con los siguientes temas: objetivos e importancia del curso, la comunidad y sus características, principio de la acción comunal, técnicas de teorías, funcionamiento de las juntas comunales, liderazgo en la comunidad, necesidades reales de la comunidad y prioridades de solución, relaciones humanas, planificación de programas de desarrollo de la comunidad. Los cursos, que es todo lo que el gobierno está haciendo por solucionar los problemas del puerto y a los cuales la Universidad de Antioquia llamó "seminarios macrodiagnóstico socio-económico del municipio de Berrío", se desarrollan a través de mesas charlas en los barrios y en ciertos lugares de la región del Magdalena medio y en el hospital de esta localidad.

SOCIOLOGOS "SAPOS"

Han actuado como ponentes y conferenciantes los "sociólogos" Ezequiel Pérez C., José Duval Grisales y Juan Mejía. La primera es una confidente al servicio del batallón Bombón, acantonado en este puerto y de la 4ª brigada de Medellín, a los que rinde informes periódicos. Los otros son agentes de confianza de los mismos. Conjuntamente con estos "sociólogos" han actuado como coordinadores el comandante del batallón Bombón, Jorge Andrés Uribe Bouilla y el capitán Arturo Tovar. Los integrantes de la comisión "educadora" han sido contactados por la Universidad de Antioquia, con dinero de la Fundación Rockefeller y por la secretaria de Salud Pública, a través del programa de "bienestar familiar". En este programa también una enfermera y como

Asesinos contra las gentes que expresan su insubordinación con el régimen. Algunos, como el médico N. Martínez, a quien se le destituyó como médico del hospital y es dirigente del MRL del Pueblo, ya han sido objeto de la persecución.

DENUNCIAS DE UN SOLDADO

Por confidencias de un soldado se ha sabido que los sub-oficiales de apellidos Izquierdo y Echeverri, y otros agentes del mismo batallón del E.L.N. dicen para descubrir a guerrilleros, o colaboradores de ellos, que operan en el Opón y otros lugares de Santander, Magdalena y Antioquia. Se han presentado como guerrilleros en sitios como Vuelta Acuña, Los Morros y otros lugares, acercándose a las gentes que se niegan a dar información o que manifestaran no estar interesados en esas cosas. Otras veces aparecen como cacharreros o como predicadores evangélicos. Dice el soldado que dio estos datos "que se trata de una labor de espionaje sumamente amplia" combinada con cruentas acciones militares. Agregó el informante que ellos no podían hacer nada porque eran muy vigilados y porque entre los mismos soldados están los espías, los cuales unas veces visten uniformes y otras operan de civil, cargando sus metralletas en cintales.

LLAMAMIENTO DEL PC

El partido comunista, regional Antioquia, ha hecho un llamamiento a toda la ciudadanía de esta región para que rechace las provocaciones de esos agentes del ejército, disfrazados de "revolucionarios" y de esos "sapos" disfrazados con títulos de sociólogos y de médicos. También denuncia que en días pasados, en la plaza denominada Cañalera, a 4 kilómetros de Puerto Berrío, fue herido de un disparo de fusil el pescador José Cornelio Reyes y que los soldados abrieron fuego contra un grupo de pescadores, al que pudo salvar la vida resguardándose en las arenas de la playa. Estos soldados también han disparado contra la Maestranza, poniendo en peligro la vida de mujeres y niños.



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969.

Asesinatos selectivos, torturas, desapariciones: el Frente Nacional implanta una ley del terror en las comunidades y territorios, ya no solo contra comunistas, sino contra el pueblo. La escalada de violencia, para *Voz*, es bestial e irracional; crece cada día ante la mirada cómplice del Estado y del bipartidismo tradicional. Guerra psicológica, acusaciones falsas, abusos de autoridad, condiciones infra-humanas de presos y detenidos son algunos de los apelativos expuestos por *Voz* para describir la creciente violencia estatal y la espantosa arremetida de las fuerzas militares en toda Colombia. Por esta razón, el semanario busca persuadir a la opinión pública en contra del orden imperante; al fin y al cabo, "la guerra ya no es contra comunistas, es contra el pueblo colombiano históricamente marginalizado". *Voz Proletaria* busca apelar a la solidaridad popular, no en torno a una guerrilla ni a organizaciones de izquierda de toda índole, sino a la solidaridad de colombianos hacia colombianos, a la indignación de las personas que ven cómo sus compatriotas son violentados sistemáticamente en un escenario de miseria, de hambre y de profunda necesidad.

Figura 81. Noticia de julio de 1969

"ALTOS MANDOS MILITARES TORTURAN A CAMPESINOS EN CORDOBA Y ANTIOQUIA"

Afirma el secretario general de la juventud comunista, quien fue puesto en libertad, después de 45 días de arbitraria detención.

El 13 de abril, después de más de cuarenta y cinco días de cautiverio, fue puesto en libertad el secretario general de la juventud comunista de Colombia, Carlos Romero, quien arbitrariamente fuera detenido por orden de un fiscal de la procuraduría general de la nación, Carlos Romero, después de Bogotá por el DAI, fue conducido a Montería y ahora de su detención separamos los servicios sociales verdaderos familiares. La mente valerosa del señor Espinosa Gómez, jefe de orden público, llegó a reconocer al secretario de la juventud comunista con grupos guerrilleros que operan en el SE.

A su llegada a Bogotá, Carlos Romero anunció declaraciones escritas para VOZ PROLETARIA.

"Fui detenido el 28 de febrero en la sede de la Universidad Libre —dice Carlos Romero— por agentes de la sección de orden público del DAI. En presencia del señor Espinosa Gómez, ahora en las salas de la república anticomunista, fui minuciosamente registrado, se me confiscaron toda clase de papeles de identificación, fotos familiares, billetes de libre circulación y hasta el billete. Además, decomisaron 11.000 pesos de mi propiedad. El dinero lo devolvieron al día siguiente, como corresponde. Con ese hecho quedó totalmente desahogado la familia venida libre por la "gran" prensa en el sentido de que esa suma estaba destinada para ser distribuida entre los guerrilleros".

CINCO DIAS ENCOMUNICADO

Entre las condiciones de la retención, Romero afirmó lo siguiente: "Una orden perentoria de "ignorar" la detención, impedida al señor Gómez al trasladarse a los calabozos del DAI en Bogotá. Permanecí

3 días en dicho sitio, en condiciones verdaderamente antihumanas. En los calabozos, situados en los sótanos del DAI, carece de las más elementales comodidades para el ser humano. Allí hay que dormir y tomar agua en el mismo sitio. Además en dicho sitio se le somete a los detenidos a que permitan a los familiares hacerles llegar alimentos.

EL TALLER DE MONTERIA

"A las cuatro de la mañana del día 3 de marzo fui despertado inesperadamente por agentes de trasladarme a Montería. En Montería fui recibido en la Cárcel Nacional, donde inmediatamente se me sometió a incomunicación en el pabellón destinado a los homicidas. Dos días estuvo privado de todo contacto con el mundo exterior".

LAS AGRAVACIONES

Como la prensa separamos todo acerca de la detención de Carlos Romero, sería importante para los lectores del periódico que se explicaran las motivaciones dadas por el investigador para tal detención, lo que hace Romero a continuación:

"En esa época de los delitos de rebelión y asociación para delinquir. El motivo, la sentencia a una condena en el año de 1964 en Turbaco, Bolívar. En el año de revocación se ordenó que el sujeto de detención fue dictado por "aprovechados" ya que en el mismo fueron inculcados otros elementos de apellido Romero. Es evidente que un auto de detención puede y debe ser revocado al comprobarse la "equivocación" antes de los 45 días.

ABUSO DE AUTORIDAD

Debido a las circunstancias de mi arbitrario encarcelamiento y a las anomalías jurídicas del proceso que se me siguió, pido se emita un auto por abuso de autoridad contra el fiscal 18 instructor, doctor Pablo Ramírez Alonso, quien dictara el tal auto de detención".

TORTURAS Y GUERRA SOCIOLOGICA

En la cárcel de Montería hay más de 27 presos políticos. La mayoría son campesinos presuntamente voluntariamente alistados al llamado de los Pueros Armados. Los campesinos han sido, en su gran mayoría, cruetemente torturados por oficiales del ejército, como consta en las declaraciones rendidas ante el juez primero superior. Por ejemplo, dos muchachos reclutados allí, fueron obligados desde un helicóptero, descendidos y se les lanzó un alfiler de fusilamiento. Algunos jóvenes campesinos fueron

se desarrolla la más cruda represión contra el campesinado, como lo puede constatar la anadora liberal oficialista, María Helena de Cova.

En testimonio rendido ante el juez, dicha señora, hace graves denuncias al respecto.

Algo verdaderamente inaudito es la guerra sociológica que se desarrolla con los presos políticos. Durante las manifestaciones estudiantiles y después, los detenidos fueron amonados con

liberación a un artículo del artículo. El señor Jaime Triana, detenido por los militares como insurgente, se presentó por esos días a la cárcel con una orden del juez, ordenando el traslado a la cárcel del Batallón La Puma. Dicha orden fue desautorizada por los magistrados del tribunal que se encuentran de la mancha por denuncia formulada por los dos muchachos detenidos y sus padres".

CONCLUSIONES

INFRAHUMANAS

En la cárcel nacional de Montería se encuentran reclutados 300 presos en condiciones infrahumanas. Considero que la capacidad de ese penal es de la mitad de esa cifra. Por ejemplo a mí me han mantenido en una celda con 12 presos más, sin servicios higiénicos y careciendo de todo tipo de seguridad para el recluso, ya que era muy fácil el

abuso y se facilitaban las provocaciones. En dicho establecimiento carcelario se han presentado varios casos de diarrea colectiva debido a la suciedad que reina allí y al agua potable que deben ingerir los presos.

LA SOLIDARIDAD

Acuerda de las manifestaciones estudiantiles con relación a la detención nos dice el secretario de la juventud comunista:

"Quiero destacar de manera especializada y agradecer la solidaridad que recibí de diferentes organizaciones nacionales, del partido y la juventud comunista, incluso de un grupo de la juventud liberal, de los estudiantes de la Universidad Libre, de jóvenes campesinos de diferentes partes del país y de varias organizaciones de la vida política y cultural. Hay que señalar la importancia que tiene la solidaridad para el preso político, ya que la demuestra que no está solo, que hay quien lo estima en la lucha y lo recuerda en la adversidad. En el plano internacional también se pueden agradecer la solidaridad de la Federación Mundial de la Juventud Democrática, de la Unión Internacional de estudiantes, del comité de organizaciones juveniles de la URSS y de numerosas organizaciones políticas y juveniles de otros países.



Nota. Tomado de Voz Proletaria, 1969.

Para el semanario, la utilización indiscriminada de los recursos 'legales' del Estado —estado de sitio, toque de queda y sus respectivas atribuciones legales— en contra de la población es un llamado a la unidad nacional, donde la población entienda que las guerrillas son sus defensores y amigos, y que es necesario apoyarles por cualquier medio: sea económicamente, socialmente, pedagógicamente o bien militarmente, uniéndose a la lucha armada. De aquí que *Voz* publique de forma constante disertaciones de Manuel Marulanda sobre la importancia de la lucha armada de la unidad popular y, en ocasiones, de sus diferencias ideológicas, militares y políticas respecto al ELN.

Figura 82. Noticia de agosto de 1969



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969.

Las guerrillas en Colombia no solo combatieron en frentes militares, políticos e ideológicos; una de sus más grandes batallas fue en el campo de la búsqueda de reconocimiento. Las guerrillas buscaron ansiosamente que el Estado les reconociera como enemigos, les brindara el estatus de beligerancia y de ‘enemigos legítimos’. No obstante, sabían que era algo en extremo difícil, ya que este reconocimiento les daría una connotación distinta, así como un estatus político e ideológico, circunstancia que el Frente Nacional no iba a permitir. Para los grupos guerrilleros, la guerra tenía una serie de justificaciones; es decir, la lucha armada se dio por la circunstancia de acorralamiento sistemático hecho al pueblo por el Frente Nacional. Así mismo, el odio irracional y la persecución en contra de todo aquel que compaginara con algún aspecto de la izquierda —sea político, social, económico, ideológico e incluso cultural—, así como la falta de oportunidades y la profunda desigualdad social que deriva en la miseria y la zozobra del pueblo, eran algunas de las razones que siempre exponía el líder y comandante de las FARC en cada una de sus intervenciones en el semanario. En este sentido, desde la clandestinidad, Marulanda solicita el apoyo popular en las urnas, donde se debe votar por comunistas y aliados como el MRL y la ANAPO, ya que esta es otra forma de lucha: la electoral. Y es fundamental para lograr sus cometidos. La lucha es en todos los frentes; por tanto, se deben combinar todas las formas de lucha⁹².

⁹² En Colombia, los esfuerzos para aglutinar a todas las expresiones de izquierda dentro de un frente u organización común fueron infructuosos, curiosamente, los medios tradicionales lo lograron por medio de la alteridad, no obstante, desde las guerrillas, organizaciones, sindicatos,

Figura 83. Noticia de abril de 1970



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1970.

El problema fundamental para *Voz Proletaria* radicaba ya en la combinación de distintas formas de violencia hacia los comunistas y hacia el pueblo: “el régimen no solo te mata a balazos, el régimen te mata de hambre, te mata de agotamiento, el régimen tortura y desaparece, el régimen prohíbe la entrada a la escuela a nuestros hijos, el régimen quiere simplemente exterminarnos”. Este es un mensaje bastante potente por parte del semanario. No obstante, debido a la poca difusión y a los ataques y sabotajes hechos al medio por parte del establecimiento, su alcance era en extremo limitado, proscrito solo a quienes conocían el comunismo y lo habían comprendido en el seno de alguna organización social de base. El resto de los colombianos entendían por comunismo lo promovido por medios como *El Espectador* y *El Colombiano*; por tanto, la situación en cuanto a la difusión del comunismo, para *Voz*, se encontraba en una acentuada desventaja.

etc., siempre existían marcadas diferencias que imposibilitaron una unificación de fuerzas, sobre el particular, Sánchez (2021), expone: “El discurso revolucionario desde fines del siglo XIX y sobre todo desde la Revolución Bolchevique se montó sobre la trilogía Partido-Ejército-Movimiento de Masas (sindicatos). Una trilogía cuyos componentes, se suponía, se retroalimentaban, pero que, hay que advertirlo, debía estar políticamente jerarquizada, pues correspondía al Partido como elemento político imprimirle la dirección al conjunto. [...] En Colombia la máxima expresión de los vínculos orgánicos de esta trilogía fue la celebrada “combinación de todas las formas de lucha”, una divisa relativamente exitosa” (p. 65). Empero en Colombia eran las guerrillas quienes buscaban dar el direccionamiento político y militar a todas las expresiones, hecho que derivó en divisiones, diferencias irreconciliables, e incluso a violencia entre guerrillas.

así como en medios y propaganda, ya que su interés es eliminar y erradicar al comunismo en Colombia, sin importar cuántas vidas cueste ni cuánto dinero y recursos requiera.

Figura 85. Noticias de noviembre de 1969 y junio de 1970



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969 y 1970.

Aquí se presenta otro recurso retórico y discursivo adoptado por *Voz* en su labor, y es la batalla mediática; es decir, el combatir a los diarios grandes y poderosos del país, buscando que las personas los entiendan como medios manipuladores y tendenciosos que se encuentran al servicio del Frente Nacional. Razón no le faltó a *Voz* para argumentar esto; no obstante, es importante comprender que los medios solo respondían a su filiación partidista, es decir, su filiación hacia entender a cada medio como lo correcto, y su forma de abordar la guerra obedecía a sus principios políticos e ideológicos, justo igual como lo hizo *Voz*.

Empero, *Voz Proletaria* alzó la protesta contra los demás medios, los cuales veía como pasquines amarillistas que “chorreaban sangre al abrirlos”, que justificaban y promovían la eliminación de comunistas, y que eran directos en demostrar su irracional odio en contra de la izquierda en el país.

Este enemigo absoluto, este monstruo para *Voz Proletaria*, era el Frente Nacional. Al leer la redacción del semanario se puede evidenciar cuál es la imagen que tiene: la de un ente sobrenatural y muy poderoso. El Frente Nacional es en sí mismo el enemigo; para *Voz* no se debe derrotar al conservatismo, o al liberalismo ‘godo’, como ellos lo llaman, ni a las fuerzas armadas; se debe detener al Frente Nacional, que comanda y dirige todas las dimensiones del Estado y la

nación. Es omnipresente en los territorios, donde, gracias al poder político, tiene recursos ilimitados; tiene el control sobre medios de comunicación predominantes en el país —prensa, radio y la incipiente televisión—, lo que le permite tener un monopolio de la información y, por tanto, manipular la opinión pública. Asimismo, tiene las fuerzas armadas, es decir, el poder sobre la violencia y la muerte en los territorios.

Así las cosas, el Frente Nacional es un monstruo enorme y peligroso, con la capacidad de eliminar sin mucha dificultad a cualquier enemigo, pero, al mismo tiempo, es un monstruo tiránico, autoritarista y totalitarista que usa todos sus recursos en la obtención de sus objetivos, sin importar a cuántos hay que explotar, violentar o matar.

Figura 86. Noticia de diciembre de 1969



Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1969.

Para *Voz*, este orden debe ser derrotado, ya que ha demostrado que no funciona, que es ineficiente y que sencillamente no tiene ninguna intención social; es solo perpetuar el bipartidismo de forma cómoda, sin cambios estructurales. Las esperanzas para una ideología proscrita, hecha paria, minoritaria y débil en Colombia recaían, por tanto, en lo electoral, en lograr suficientes votos para obtener representación política, y esta representación política devenga en un reconocimiento, y este reconocimiento permita al comunismo consolidarse como una fuerza política en el país. Al igual que lo hacen las FARC, *Voz* llama a sus lectores a votar por comunistas y a la presidencia votar en blanco; nada ni nadie que represente al Frente Nacional puede ser votado. El voto comunista es el voto del pueblo; el voto del bipartidismo es el voto para la oligarquía y para potencias extranjeras que buscan mantener la lógica de la dependencia.

Figura 87. Noticia de mayo de 1970

PARA EL FRENTE DE LAS ELECCIONES

El comité central electoral del partido comunista ha dado a los organismos internacionales de derechos los siguientes lineamientos para el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones:

IMPORTANCIA DE LAS AGITACIONES

Los agitadores son elementos al día de las elecciones. Para su trabajo en los días previos de las elecciones, el Comité Central Electoral del partido comunista ha dado a los organismos internacionales de derechos los siguientes lineamientos para el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones:

Uno de los fines de las elecciones es hacer instalar papeletas a todos los habitantes del país. A los agitadores se les pide que en los días previos de las elecciones, se les informe sobre la importancia de las elecciones y el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones.

Los agitadores deben tener a mano las listas que la Registraduría ha enviado para cada lugar. En esas listas están indicados los nombres de los votantes, el lugar de las viviendas y el número de las cédulas que corresponden a cada zona. Basándose en el número de la cédula del votante se sabe la zona que le corresponde y el lugar en donde está dicha zona.

Los agitadores deben tener de un día a otro personalmente, cuando las comités que los habilita registran los datos de los votantes, para que se les informe de la importancia de las elecciones y el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones.

Los agitadores deben tener a mano las listas que la Registraduría ha enviado para cada lugar. En esas listas están indicados los nombres de los votantes, el lugar de las viviendas y el número de las cédulas que corresponden a cada zona. Basándose en el número de la cédula del votante se sabe la zona que le corresponde y el lugar en donde está dicha zona.

Los agitadores deben tener de un día a otro personalmente, cuando las comités que los habilita registran los datos de los votantes, para que se les informe de la importancia de las elecciones y el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones.

SOSPECHOSA RESTRICCIÓN ELECTORAL

El lunes 12 de abril, el día de las elecciones presidenciales, se dio a conocer la restricción electoral que se aplicaría en Bogotá. Esta restricción consistió en que los votantes que no tenían cédula electoral no podían votar. Esta restricción fue considerada sospechosa por los agitadores del partido comunista, ya que se sabía que muchos votantes no tenían cédula electoral por no haber sido registrados.

Camaradas de Bogotá

El día de las elecciones el Comité Central Electoral del partido comunista ha dado a los organismos internacionales de derechos los siguientes lineamientos para el trabajo que deben realizar las comités y sus aliados el día de las elecciones:

Los agitadores deben tener a mano las listas que la Registraduría ha enviado para cada lugar. En esas listas están indicados los nombres de los votantes, el lugar de las viviendas y el número de las cédulas que corresponden a cada zona. Basándose en el número de la cédula del votante se sabe la zona que le corresponde y el lugar en donde está dicha zona.

EN PELIGRO COSMONAUTAS PORTAERAZAS

La agitación mundial que se está dando en estos días, por la guerra entre Israel y los árabes, ha causado gran preocupación en los organismos internacionales de derechos. Los agitadores deben tener a mano las listas que la Registraduría ha enviado para cada lugar. En esas listas están indicados los nombres de los votantes, el lugar de las viviendas y el número de las cédulas que corresponden a cada zona. Basándose en el número de la cédula del votante se sabe la zona que le corresponde y el lugar en donde está dicha zona.

PARA PRESIDENTE: VOTE EN BLANCO

Nota. Tomado de *Voz Proletaria*, 1970.

Voz Proletaria procuró establecer una separación radical tanto respecto a otros diarios como a otras posturas ideológicas. Para *Voz* no había distinción entre liberalismo y conservatismo; ambos eran la representación del Frente Nacional, y este orden era violento, autoritario y excluyente. El semanario quería ser la imagen de todo el pueblo colombiano, del pueblo utilizado como recurso y botín electoral, del pueblo sumido en la más espantosa miseria: el obrero, el estudiante, las mujeres, campesinos e intelectuales. *Voz* buscaba aglutinar todas estas expresiones de un pueblo sumido en la violencia, la exclusión, la explotación y el hambre; este pueblo que es la mayoría, esa mayoría que sostiene sobre sus hombros a una pequeña minoría oligárquica, recalcitrante e indolente.

Estas mayorías son los llamados a la lucha de clases, a las manifestaciones populares masivas, al apoyo a los grupos guerrilleros que serán más adelante su brazo armado. En síntesis, el semanario *Voz Proletaria* buscaba ser el vocero de la inminente revolución colombiana, revolución que nunca llegaría, revolución extinguida desde su concepción. Sin embargo, la existencia de *Voz* demuestra la importancia del pluralismo político, ideológico y epistémico; el problema es que este pluralismo estuvo transversalizado por la violencia como forma de tramitar el conflicto.

A manera de conclusión

“Tras nosotros no hay continuidad; tras nosotros no existe una magnífica y gloriosa genealogía en la que la ley y el poder se muestren en su fuerza y su brillo. Salimos de la sombra, no teníamos derechos ni gloria, y precisamente por eso tomamos la palabra y comenzamos a decir nuestra historia.”

Michel Foucault

La historia de la guerra en Colombia ha sido ampliamente abordada en la literatura académica, periodística y como recurso para la búsqueda de verdad y justicia; pero, la mayoría de estos esfuerzos se han enfocado en la narración de los hechos bélicos, el establecimiento de responsabilidades, así como en la elaboración de bases de datos estadísticas y análisis sobre víctimas, muertes, desapariciones, desplazamientos y otras circunstancias inherentes a un escenario de guerra escalada y generalizada.

Esta investigación ofrece un análisis distinto, una forma diferente de abordar la guerra a partir de los medios de prensa escrita, que para el marco temporal escogido estaban consolidados como la fuente de información por excelencia. Se propone a los medios de prensa escrita como constructores de cultura y actores de la guerra, en un campo poco explorado: la lucha retórica y discursiva. Se parte de la premisa de que no existe actividad humana totalmente objetiva y se reconoce el potencial analítico de los aspectos subjetivos humanos y sociales. Así, se analiza el tratamiento que se le dio a la guerra en Colombia entre 1964 y 1970 a partir de los diarios *El Espectador* y *El Colombiano*, de filiación liberal y conservadora respectivamente, y del semanario *Voz Proletaria*, de filiación comunista de izquierda. Se entiende a estos tres medios como memorias en las cuales cada filiación, desde su subjetividad y principios ideológicos, construye sus alteridades radicales, es decir, sus enemigos, y cómo buscan justificar la violencia y la guerra contra estos.

A partir de esta premisa, se analiza el surgimiento, los momentos de crisis y la consolidación territorial de las dos organizaciones guerrilleras más grandes y longevas de la historia: las FARC y el ELN, consideradas como transformadoras de la violencia en Colombia hacia una guerra con claros aspectos ideológicos,

políticos y sociales, marcados por contradicciones. Se busca establecer las representaciones sociales promovidas por los tres medios y cómo cada uno de ellos exhorta a la violencia contra el otro.

Tomando como punto de partida la ‘operación Marquetalia’, se analiza la superficie redaccional de los diarios, así como el impacto del abordaje periodístico, es decir, posición de los artículos, extensión y reiteración del cubrimiento a la guerra, arrojando resultados bastante particularizados y, de igual manera, reveladores e ilustrativos sobre la cultura política del país en este periodo.

En el caso del diario *El Espectador*, se observa cómo se busca establecer la criminalidad del enemigo, presentando a las guerrillas como grupos de maleantes y criminales que afectan la vida, honra y bienes de los colombianos. Para este medio, las guerrillas son organizaciones criminales, una suerte de crimen organizado cuyo objetivo es el robo, el pillaje y el enriquecimiento mediante la subordinación de las poblaciones y sus territorios. Desde esta perspectiva, *El Espectador* reconoce a las guerrillas como enemigos necesarios, ya que su existencia justifica y reafirma la importancia del orden establecido por el Frente Nacional y sus instituciones estatales. Estas alteridades son fundamentales para consolidar la posición dominante del ‘yo’ (Frente Nacional), al tiempo que exhorta a la población a defender dicho orden, repudiando a las guerrillas en el proceso.

El diario *El Espectador* amplía gradualmente su análisis de la guerra y la sitúa en un marco conspirativo, donde las guerrillas no son más que parte de un orden y una influencia mucho mayor y más peligrosa: el comunismo internacional. Para *El Espectador*, las guerrillas representan la materialización del complot comunista internacional para expandir sus áreas de influencia, lo que les otorga una connotación más amenazante. El diario busca además demostrar sus vínculos con el comunismo soviético, chino y cubano.

En esta perspectiva, el peligro y la amenaza del comunismo ya no se limitan a la figura de las guerrillas, sino que se extienden a todas las expresiones, experiencias u organizaciones de izquierda en Colombia. Movimientos estudiantiles, campesinos, sindicales u obreros, comités de base; en síntesis, cualquier manifestación de inconformidad política o social es considerada una expresión del complot comunista internacional y, por ende, debe ser combatida con los recursos del Estado, es decir, mediante las fuerzas armadas y militares. Estos actores son criminalizados, y sus ideas son vistas como peligrosas.

Por parte del diario *El Colombiano*, su abordaje deja claro su caŕcter clerical y conservador en tanto demuestra diferencias en el cubrimiento periodístico de la guerra respecto a *El Espectador*, ya que trasciende la categorización criminalizante del diario liberal, aportando categorías y características morales y religiosas a su alteridad radical. En este sentido, *El Colombiano* propende por una ‘satanización’ del enemigo, para el diario, las guerrillas no solo son agrupaciones criminales, ética y legalmente cuestionables y reprochables, también son perversas, representan la degradación y la depravación moral, al seguir una ideología profundamente antirreligiosa y potencialmente atea como lo es el comunismo. El diario *El Colombiano* categoriza a las guerrillas y les atribuye un caŕcter maligno. Para este medio, las guerrillas son ‘gente mala’ que representan no solo un peligro criminal, sino también moral. Según *El Colombiano*, las guerrillas no solo buscan hacer la guerra, sino también sembrar el caos, abolir la iglesia, romper con las buenas costumbres cristianas e imponer el ateísmo. Considera que los comunistas viven en una especie de salvajismo moral y religioso. Además, sus acciones van más allá del crimen común, ya que sus cŕmenes son atroces, sádicos y viscerales. Son colombianos seducidos por ideas equivocadas y pecaminosas. El comunismo es presentado como tan peligroso que incluso los clérigos pueden ser corrompidos por sus discursos y promesas vacías. Un ejemplo emblemático es Camilo Torres Restrepo, conocido como el ‘cura guerrillero’ o ‘cura rojo’, quien, atraído por el comunismo y sus mentiras, le dio la espalda a Dios y a la patria para unirse a la guerrilla.

El diario *El Colombiano* no solo estigmatizó a las guerrillas, sino también a toda expresión de la izquierda. Sus ataques se dirigían contra organizaciones y centros educativos, como universidades, que se oponían a las doctrinas de la Iglesia y, por tanto, eran consideradas contrarias a la patria. Esta asociación entre Estado e Iglesia es fundamental para *El Colombiano*, ya que el comunismo se percibe como una amenaza no solo al Estado, sino también a la nación, pues los colombianos ‘de bien’ son católicos y respetuosos tanto de la ley humana como de la ley divina.

Esta manera de abordar el conflicto armado fue crucial porque marcó profundamente la cultura política colombiana, generando una desconfianza generalizada hacia el comunismo, al que se vinculaba con degeneración moral, anticristianismo, ateísmo y anarquía. Muchos de estos recursos discursivos aún se utilizan hoy para estigmatizar a la izquierda en Colombia, lo que evidencia la profundidad y contundencia de su impacto en la historia del país.

Respecto al tipo de enemigo que construye *El Colombiano*, se puede identificar que las guerrillas son presentadas como un enemigo absoluto. Este tipo de enemigo, despojado de su humanidad, se convierte en la construcción simbólica de un monstruo. La guerrilla es un monstruo, y sus miembros también lo son, ya que siembran el terror en los territorios y seducen a colombianos y colombianas hacia fines perniciosos. A su vez, este monstruo responde a otro monstruo mayor: el comunismo internacional.

El Colombiano también presenta a las guerrillas como un enemigo contingente. A partir del trágico desenlace de Camilo Torres y de desertiones dentro de las filas guerrilleras, el diario adopta una retórica de perdón y redención hacia quienes abandonan el comunismo; sin embargo, esta retórica también funciona como exhortación para mantenerse alejados de él, y como un recordatorio de cuál es el destino de quienes se adhieren al comunismo.

Además, este diario señala que las guerrillas, las organizaciones de izquierda en Colombia, y las poblaciones rurales que las apoyan, no deben olvidar quién manda: el Estado, que está dispuesto a eliminarlos a toda costa. Su aniquilamiento y expulsión definitiva del comunismo en Colombia es solo cuestión de tiempo, dado que la Iglesia repudia al comunismo, la patria y, por ende, los ciudadanos también lo repudian. La exhortación al odio por parte de *El Colombiano* se radicaliza hasta justificar la eliminación de comunistas, así como las medidas autoritarias, represivas y brutales implementadas por el orden establecido.

En el ámbito político, para el diario conservador, solo existe una entidad capaz de enfrentar al comunismo en Colombia: el Frente Nacional. Este medio insiste en enaltecer la importancia de dicha coalición para garantizar y mantener el orden, así como el control territorial y la derrota de las llamadas 'repúblicas independientes'. De esta manera, el Frente Nacional se presenta como misericordioso con quienes se arrepienten, pero implacable con aquellos que persisten en su empeño comunista.

Por último, tenemos al semanario *Voz Proletaria*, medio oficial del Partido Comunista en Colombia y el principal medio alternativo durante el periodo estudiado. Para *Voz Proletaria*, la situación es diametralmente opuesta a la presentada por *El Espectador* y *El Colombiano*, ya que este semanario fue proscrito y perseguido por el orden estatal a lo largo de toda su trayectoria. Básicamente, *Voz* representaba a todo aquello que en Colombia simbolizaba el comunismo, lo que limitó enormemente su difusión. De igual forma, su alcance era reducido,

pues no contaba con los recursos de un medio grande —ni siquiera mediano—; su publicación era semanal y sus columnistas y reporteros eran sistemáticamente violentados, intimidados y perseguidos por las fuerzas del orden o, como el semanario las denominaba, el régimen.

Para el semanario, la aparición de la guerrilla de Marquetalia (las FARC) marcó un punto de inflexión y de profunda esperanza. Para *Voz*, no se trataba de bandidos, sino de revolucionarios, de héroes que, desde una situación precaria y subalterna, tuvieron la valentía de levantarse en armas contra el régimen y luchar por transformaciones estructurales a través de la vía armada. En esta narrativa, las FARC encarnan la esperanza de otra Colombia, la de las mayorías marginadas en un país donde lo que reciben del Frente Nacional es represión y violencia.

Este medio busca movilizar a la población en favor del apoyo a las guerrillas, ya que estas son presentadas como la expresión armada de la inconformidad y la frustración generalizadas del pueblo colombiano. En ese sentido, *Voz* plantea que existe un deber social de respaldar a las guerrillas, e incluso de integrarse a sus filas. El medio incentiva la identificación de una contradicción fundamental entre dos tipos de colombianos: por un lado, una minoría rica, indolente y violenta, que utiliza a la población como instrumento para su propio enriquecimiento y para perpetuar el bipartidismo a través del Frente Nacional; por el otro, una inmensa mayoría pobre, hambrienta y frustrada, sin acceso a educación, salud o seguridad, constantemente asediada por medidas autoritarias como el estado de sitio y por los abusos sistemáticos de unas fuerzas militares que actúan al servicio de los intereses de las élites oligárquicas.

Voz Proletaria da espacio a intervenciones de comandantes guerrilleros como Manuel Marulanda Vélez o Jacobo Arenas, y busca, al mismo tiempo, mantener una distancia respecto al ELN, ya que FARC y ELN, tenían posturas contradictorias y sus relaciones no eran buenas, al punto de imposibilitar la consolidación de un bloque guerrillero unificado. En estas intervenciones, los guerrilleros exponen las razones de la lucha armada, los fundamentos sociales del comunismo y las motivaciones por las cuales el pueblo colombiano debe brindarles un apoyo masivo. La participación de estos comandantes en artículos o secciones completas del semanario es constante, lo que evidencia la relevancia simbólica y estratégica que tenían para el medio. *Voz* funcionaba, además, como un canal de denuncia contra los atropellos del régimen, al tiempo que se consolidaba como el principal órgano de difusión del pensamiento comunista y de las luchas de los sectores sociales con orientación de izquierda.

Desde la construcción del enemigo, *Voz* plantea al Frente Nacional de dos formas. En primer lugar, lo reconoce como su enemigo político: una estructura de poder que debe ser vencida, pero que merece respeto y es vista como un adversario serio y temible. En este marco, *Voz* no limita la lucha a la vía armada, sino que valora también las manifestaciones sociales, las acciones civilistas, los movimientos de base y el debate ideológico como formas legítimas de confrontación política. Sin embargo, con la progresiva radicalización del Frente Nacional frente a las guerrillas y, en general, frente a cualquier expresión de izquierda, el semanario transforma su construcción del enemigo: el adversario político se convierte en un enemigo absoluto. El Frente Nacional pasa a ser representado como un monstruo inhumano, un régimen autoritario que debe ser derrotado mediante la combinación de todas las formas de lucha.

Ahora bien, la falta de poder informativo, difusivo y la precariedad a la que se vio sometido el diario, imposibilitó su afianzamiento como medio contrahegemónico, la posición del diario era en extremo subalterna, sin la capacidad de competir con los grandes medios rivales. *Voz* hizo -y aún hace- lo que pudo en esta confrontación ideológica por ganar la opinión pública.

Este es el panorama ofrecido por esta historia cultural de la guerra: un análisis centrado en la capacidad de los medios de comunicación para incidir en la cultura política de las personas y construir representaciones sociales. En contextos de guerra o conflicto armado, los medios no solo informan, también interpretan, califican y otorgan sentido a los actores y a los hechos. Su influencia es enorme y su poder simbólico puede inclinar la balanza del juicio público. En una guerra, un actor puede ser recordado como un tirano o como un héroe, y esa construcción no depende únicamente de sus acciones u omisiones, sino, en gran medida, del papel que los medios masivos desempeñan en la narrativa del conflicto.

En síntesis, Colombia vivió un punto de inflexión con el surgimiento de las guerrillas. Aunque su existencia fue clandestina y constantemente proscrita, estas organizaciones lograron alterar de forma significativa las representaciones sociales del país. Su aparición provocó que el bipartidismo tradicional — históricamente enfrentado— uniera fuerzas en torno a un enemigo común: el fantasma del comunismo internacional. Esta amenaza sirvió como catalizador para redirigir esfuerzos estatales, no solo en el plano militar, sino también en el simbólico y discursivo, a través de los medios de prensa escrita, los cuales construyeron una alteridad radical y peligrosa que se oponía a todo lo que se entendía como ‘ser colombiano’.

Las guerrillas, más allá del combate armado, lograron llegar a esa 'Colombia profunda', la rural y olvidada, condenada por siglos a vivir en el abandono, sin presencia estatal efectiva, ya fuera por desinterés político o por incapacidad operativa. Esta realidad no solo evidenció, sino que profundizó la brecha histórica entre lo urbano y lo rural, así como las desigualdades sociales, económicas y políticas. En un país que no ha conocido el fin de la guerra, sino tan solo sus mutaciones, el conflicto armado colombiano ha demostrado una notable capacidad de transformación, adaptación y persistencia, moldeado por nuevos actores y cambiantes contextos.

Referencias

- Alape, A. (1985). *La paz, la violencia: Testigos de excepción*. Editorial Planeta.
- Anderson, B. (2007). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Angarita, P., Uribe, M. y Ríos, J. (2016). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Universidad de Antioquia.
- Arango, C. (2016). *FARC veinte años: De Marquetalia a La Uribe*. Ediciones Aurora.
- Arenas, J. (2009). *ELN: La guerrilla por dentro*. Icono.
- Bartra, R. (2013). *Territorios del terror y la otredad*. Fondo de cultura económica.
- Behar, O. (1988). *Las guerras de la paz*. Editorial Planeta.
- Bergalli, R. (2012). Filosofía del mal y memoria colectiva: Conceptos, aplicaciones, e identidad social. En Forero, J., Rivera, H. y Silveira, P. (Eds.), *Filosofía del mal y memoria*. Anthropos Editorial.
- Blair, E. (1995). La imagen del enemigo: ¿un nuevo imaginario social? *Estudios Políticos*, (6), 47-71.
- Blair, E. (1998a). Memorias e identidades colectivas: desafíos de la violencia. *Estudios Políticos*, (12), 69-90.
- Blair, E. (1998b). Violencia e identidad. *Estudios Políticos*, (13), 137-153.
- Borrat, H. (1989). El periódico, actor del sistema político. *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, (12), 67-80.
- Burke, P. (2005). *Visto y no visto: El uso de la imagen como documento histórico*. Crítica.
- Burke, P. (2006). *¿Qué es la historia cultural?* Paidós.
- Burke, P. (2011). *Formas de historia cultural*. Alianza Editorial.

- Burke, P. y Carazo, J. (1993). La nueva historia socio-cultural. *Historia Social*, (17), 105-114.
- Califano, B. (2015). Los medios de comunicación, las noticias y su influencia sobre el sistema político. *Revista Mexicana de Opinión Pública*, (19), 61-79.
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Alianza.
- Castillejo, A. (2016). *Poética de lo otro: Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Ediciones Uniandes.
- Castro-Gómez, S. (2010). *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro-Gómez, S. y Restrepo, E. (2008). Colombianidad, población y diferencia. En S. Castro-Gómez y E. Restrepo (Eds.), *Genealogías de la colombianidad: Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2010). *La tierra en disputa: Memorias de despojo y resistencia campesina en la costa Caribe (1960-2010)*. Universidad Nacional de Colombia / IEPRI.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Universidad Nacional de Colombia / IEPRI.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). *Guerrilla y población civil: Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Universidad Nacional de Colombia / IEPRI.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *La palabra y el silencio: La violencia contra periodistas en Colombia (1977-2015)*. CNMH.
- Chicangana-Bayona, Y. y Cortés Garzón, L. (Coords.). (2011). *Peter Burke: Debates y perspectivas de la nueva historia cultural*. Universidad Nacional de Colombia.
- Corredor Jiménez, C. (2014). *Globalización, sistema mundo y territorialidades locales*. Editorial Universidad del Cauca.

- Deas, M. (2015). Intercambios violentos y dos ensayos más sobre el conflicto en Colombia. Penguin Random House.
- De Hincapié, M. T. U. (2004). Las palabras de la guerra. *Estudios Políticos*, (25), 11–34.
- Díaz, J. (2011). *Estado, poder y neoliberalismo en Colombia: Análisis sociológico a finales del siglo XX*. Editorial Universidad de Caldas.
- Duque, V., Solarte, V. y Barrios, A. (2021). *La violencia: Obstáculo y posibilidad para la formación de ciudadanos en la escuela*. Universidad de Nariño.
- Dussel, E. (2008). *1492: El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “Mito de la modernidad”*. Biblioteca Indígena Colección Pensamiento Crítico.
- Eco, H. (2010). *El nombre de la Rosa*. Lumen.
- Emcke, C. (2017). *Contra el odio*. Taurus.
- Escobar, A. (1999). *El final del salvaje: Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Cerec.
- Fanon, F. (2012). *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica.
- Fazio Vengoa, H. (2010). *La historia del tiempo presente: Historiografía, problemas y métodos*. Ediciones Uniandes.
- Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones: Sobre la elaboración del genocidio*. Fondo de Cultura Económica.
- Forster, R. (2011). Los rostros de la alteridad. En C. Skliar y J. Larrosa, *Experiencia y alteridad en educación*. Homo Sapiens Ediciones / FLACSO.
- Foucault, M. (2008). *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2010). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. (2011). *Los anormales: Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012a). *El poder, una bestia magnífica: Sobre el poder, la prisión y la vida*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2012b). *La hermenéutica del sujeto: Curso en el Collège de France (1981-1982)*. Fondo de Cultura Económica.
- Fundación para la Reconciliación. (2017). *¿Venganza o perdón? Un camino hacia la reconciliación*. Editorial Planeta.
- Guerrero Barón, J. (2011). El genocidio político en la construcción del fratricidio colombiano del siglo XX. En Guerrero y Acuña, (comp.), *Para reescribir el siglo XX. Memoria, insurgencia, paramilitarismo y narcotráfico*. La Carreta Editores/UPTC.
- Girón, C., Ceballos, M., Rodríguez, Y. y Maya, M. (2012). Abordajes en torno a la memoria de las víctimas de la violencia sociopolítica. En S. Astorga, M. Ayala y E. Campos (Eds.), *Historia contemporánea de Colombia: Conflicto armado, régimen político y movimientos sociales*. Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos, Universidad de Cuyo Mendoza.
- Glaeser, E. (s. f.). *The political economy of hatred* (NBER Working Paper No. 60). National Bureau of Economic Research.
- Gutiérrez, R. (2012). Don Guillermo Cano murió en mis brazos. *El Espectador*. <http://www.elespectador.com/noticias/don-guillermo-cano-murio-mis-brazos-articulo-363360>
- Guzmán Campos, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (1964). *La violencia en Colombia*. Tercer Mundo.
- González, F. (2014). *Poder y violencia en Colombia*. Odecofi-Cinep.
- González, F. (2003). ¿Colapso parcial o presencia diferenciada del Estado en Colombia?: Una mirada desde la historia. *Revista Colombia Internacional*, (58), 124–158.

- Guardiola-Rivera, O. (2012). *Si Latinoamérica gobernase el mundo: De cómo el Sur guiará al Norte hacia el siglo XXII*. RBA Libros.
- Garnica, L. (2007). Entre balas y palabras. Relaciones discursivas en torno al conflicto armado colombiano. *Pensamiento Jurídico*, 19. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/peju/article/view/38617>
- Guerrero, J. y Acuña, O. (Comps.). (2011). *Para reescribir el siglo XX: Memoria, insurgencia, paramilitarismo y narcotráfico*. La Carreta Editores / UPTC.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Han, B.-C. (2016). *Sobre el poder*. Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2018a). *Topología de la violencia*. Herder Editorial.
- Hobsbawm, E. (1983). *Rebeldes primitivos: Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Ariel.
- Hobsbawm, E. (2011). *Bandidos*. Editorial Crítica.
- Hurtado, G. y Lobato, L. (2009). *Representaciones e imaginarios sobre la violencia colombiana en la prensa nacional (1990-2004)*. Universidad Autónoma de Occidente.
- Ibarra, A. C. (2007). Entre la historia y la memoria: Memoria colectiva, identidad y experiencia: discusiones recientes. En M. A. Ibarguren y G. Waldman (Coords.), *Memorias (in) cognitivas: Contendidas en la historia (Colección Debate y Reflexión)*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Jaramillo Salgado, D. (2007). *Satanización del socialismo y del comunismo en Colombia 1930-1953*. Editorial Universidad del Cauca.
- Larrosa, J. (2011). Experiencia y alteridad en educación. En C. Skliar y J. Larrosa (Eds.), *Experiencia y alteridad en educación*. Homo Sapiens Ediciones / FLACSO.

- Lefranc, S. y Gensburger, S. (2022). *¿Para qué sirven las políticas de la memoria?* Universidad del Rosario.
- Levinas, E. (2001). *La huella del otro*. Taurus.
- Levinas, E. (2002). *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*. Ediciones Sígueme.
- Le Goff, J. (1988). *Histoire et mémoire*. Gallimard.
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria: El tiempo como imaginario*. Ediciones Paidós.
- Lüning, H. (2016). *Camilo Torres Restrepo: Sacerdocio y política*. Editorial Universidad Nacional.
- Marulanda, M. (1973). *Cuadernos de campaña*. Ediciones A. Mono.
- Martín-Barbero, J. y Rey, G. (1997). El periodismo en Colombia de los oficios y los medios. *Signo y Pensamiento*, 30, 13–30.
- Mendo Carmona, C. (2004). Consideraciones sobre el método en Archivística. *Documenta & Instrumenta*, 1, 35-46.
- Molano, A. (2013). *Los años del tropel: Crónicas de la violencia*. Penguin Random House.
- Molano, A. (2016). *A lomo de mula: Viajes al corazón de las Farc*. Penguin Random House.
- Molano, A. (2017). *Trochas y fusiles*. Penguin Random House.
- Moreno, A. (2000). Clasificación de fondos documentales de archivos históricos universitarios: El modelo del Archivo Histórico de la Universidad de Salamanca. *Cuadernos de Documentación Multimedia*, 10, 293-316. <https://revistas.ucm.es/index.php/CDMU/article/view/68852>
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis: Su imagen y su público*. Editorial Huemul S. A.
- Narváez, L. (2017). Entre economía política del odio y cultura ciudadana de perdón. En *Fundación para la reconciliación, ¿Venganza o perdón? Un camino hacia la reconciliación* (pp. 29–59). Editorial Planeta.

- Osorio, M. y Navarrete, S. (2014). La campaña de exterminio contra El Espectador. *El Espectador*. <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/campa-na-de-exterminio-contra-el-espectador-articulo-513762>
- Pardo, N. (2005). Representación de los actores armados en conflicto en la prensa colombiana. *Forma y Función*, 18, 167–196.
- Pécaut, D. (1987). Orden y violencia: Colombia 1930-1953. Siglo Veintiuno Editores.
- Pécaut, D. (2007). De las violencias a la Violencia. En G. Sánchez y R. Peñaranda (Coords.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 239–269). IEPRI / La Carreta Editores.
- Pécaut, D. (2013). *La experiencia de la violencia: Los desafíos del relato y la memoria*. La Carreta Editores.
- Pizarro, E. (1989). Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia: 1949-1966. *Análisis Político*, 7.
- Pizarro, E. (2007a). La insurgencia armada: raíces y perspectivas. En G. Sánchez y R. Peñaranda (Coords.), *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 321–338). IEPRI / La Carreta Editores.
- Restrepo, E. (2012). *Intervenciones en teoría cultural*. Editorial Universidad del Cauca.
- Reyes Posada, A. (2016). *Guerreros y campesinos: Despojo y restitución de tierras en Colombia*. Ariel.
- Ricoeur, P. (2013). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Rieff, D. (2012). *Contra la memoria*. Random House Mondadori.
- Ronderos, M. T. (2014). *Guerras recicladas: Una historia periodística del paramilitarismo en Colombia*. Aguilar.
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia*. La Carreta Histórica.

- Sánchez, G. (2012). Guerra prolongada y negociaciones inciertas en Colombia. En S. Astorga, M. Ayala y E. Campos (Eds.), *Historia contemporánea de Colombia: Conflicto armado, régimen político y movimientos sociales*. Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos, Universidad de Cuyo.
- Sánchez, G. (2021). *Caminos de guerra, utopías de paz*. Crítica.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (2006). *Bandoleros, gamonales y campesinos: El caso de la violencia en Colombia*. Punto de Lectura.
- Santofimio Ortiz, R. (2011). *La izquierda y el escenario político en Colombia: El caso de la Unión Patriótica (UP) 1984-1986*. Editorial Universidad de Caldas.
- Sartre, J. P. y Valmar, J. (1993). *El ser y la nada*. Altaya.
- Semana. (2017). Las fotos inéditas de las Farc en Marquetalia. <https://www.semana.com/nacion/galeria/fotos-ineditas-de-las-farc-53-anos-en-marquetalia/526706>
- Serje, M. (2005). *El revés de la Nación: Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Ediciones Uniandes.
- Skliar, C. (2002). *¿Y si el otro no estuviera ahí? Notas para una pedagogía (improbable) de la diferencia*. Miño y Dávila Editores.
- Skliar, C. (2007). *La educación (que es) del otro: Argumentos y desierto de argumentos pedagógicos*. Noveduc Libros.
- Skliar, C. (2011). Fragmentos de experiencia y alteridad. En C. Skliar y J. Larrosa (Eds.), *Experiencia y alteridad en educación*. Homo Sapiens Ediciones / FLACSO.
- Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Ediciones Trilce.
- Sousa Santos, B. (2013). *Una epistemología del SUR: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI editores/CLACSO.
- Taussig, M. (2012). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: Un estudio sobre el terror y la curación*. Editorial Universidad del Cauca.

- Theodosiadis, F. (2007). *Alteridad ¿La (des)construcción del otro? Yo como objeto del sujeto que veo como objeto*. Cooperativa Editorial Magisterio.
- Theunissen, M. (2013). *El otro: Estudios sobre la ontología social contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T. (2013). *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana*. Siglo XXI Editores.
- Torres, C. (1965). Mensaje a los cristianos. <https://www.marxists.org/espanol/camilo/cristianos.htm>
- Touraine, A. (2000). *¿Podremos vivir juntos?* Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2024). *Gaza ante la historia*. Akal.
- Traverso, E. (2008). *El pasado, instrucciones de uso: Historia, memoria, política*. Marcial Pons.
- Vega Cantor, R. (2009). *Revolucionarios de tiempos difíciles: Relatos desde la periferia*. La Fogata Editorial.
- Villamizar, D. (2017). *Las guerrillas en Colombia: Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Penguin Random House.
- Villanueva, M. (2007). *Guerrilleros y bandidos: Alias y apodos de la violencia en Colombia*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Yáñez Canal, C. (Dir.). (2012). *Identidades y alteridades en Colombia: Su construcción discursiva a través de la historia*. Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Zizek, S. (2017). *Sobre la violencia*. Editorial Planeta.

Bibliografía

- Aguilar, P. (2019). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Alianza Editorial.
- Alía, F. (2005). *Técnicas de investigación para historiadores: Las fuentes en la Historia*. Editorial Síntesis.
- Aponte, A. y González, F. (Eds.). (2021). *¿Por qué es tan difícil negociar con el ELN? Las consecuencias de un federalismo insurgente, 1964-2020*. Cinep.
- Archila, M. (2021). *Cuando la copa se rebosa: Luchas sociales en Colombia*. Cinep.
- Aróstegui, J. (1995). *La investigación histórica: Teoría y método*. Crítica.
- Astorga, S., Ayala, M. y Campos, E. (2012). *Historia contemporánea de Colombia: Conflicto armado, régimen político y movimientos sociales*. Centro de Estudios Trasandinos y Latinoamericanos, Universidad de Cuyo.
- Ayala, C. (2008). *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional*. Editorial Universidad Nacional.
- Beltrán, P. I. R. (Ed.). (2016). *Opinión pública, proceso de paz y cooptación del Estado: Estudios desde los medios de comunicación*. Universidad Nacional de Colombia / Observatorio de Medios de Comunicación.
- Benjamin, W. (2018). *Iluminaciones*. Penguin Random House.
- Betancourt, D. y García, M. (1994). *Contrabandistas, marimberos y mafiosos: Historia social de la mafia colombiana, 1965-1992*. TM Editores.
- Broderick, J. (2022). *Camilo, el cura guerrillero*. Lom Ediciones.
- Burke, P. (2000). *Historia y teoría social*. Instituto Mora.
- Burke, P. (s. f.). *Hablar y callar: Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*. Gedisa Editorial.
- Bushnell, D. (2012). *Colombia, una nación a pesar de sí misma: De los tiempos precolombinos a nuestros días*. Editorial Planeta.

- Cano Isaza, G. (2012). La jornada del 6 de septiembre. *El Espectador*. <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/jornada-del-6-de-septiembre-articulo-372849>
- Castañó, R. y Castrillón, L. F. (2019). *Shock y resistencia en Colombia*. Universidad de Caldas.
- Castro-Gómez, S. (2019). *El tonto y los canallas: Notas para un republicanismo transmoderno*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Centeno, M. Á. (2014). Sangre y deuda: Ciudades, Estado y construcción de nación en América Latina. Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Urbanos.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Tomas y ataques guerrilleros (1965–2013)*. Universidad Nacional de Colombia / IEPRI.
- Chartier, R. (2005a). *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*. Gedisa.
- Chartier, R. (2005b). *El presente del pasado: Escritura de la historia, historia de lo escrito*. Universidad Iberoamericana.
- Chartier, R. (2007). *La historia o la lectura del tiempo*. Gedisa.
- Collingwood, R. G. (2010). *Idea de la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Colmenares, G. (1997). *Ensayos sobre historiografía*. TM Editores.
- Colmenares, G. (2008). *Partidos políticos y clases sociales*. La Carreta Editores.
- Curtis, L. P. (2016). *El taller del historiador*. Fondo de Cultura Económica.
- De Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Deas, M. (2017). *Las fuerzas del orden y once ensayos de historia de Colombia y las Américas*. Taurus.
- Duncan, G. (2006). *Los señores de la guerra: De paramilitares, mafiosos y autodefensas en Colombia*. Debate.

- Elías, N. (2013). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Fazio Vengoa, H. (2013). *El mundo global: Una historia*. Ediciones Uniandes.
- Forero, R. y Silveira, M. (Eds.). (2012). *Filosofía del mal y memoria*. Anthropos Editorial.
- Foucault, M. (1976). *Genealogía del racismo*. Altamira.
- Foucault, M. (2013). *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2016). *La sociedad punitiva*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2017). *Discurso y verdad*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2019). *Microfísica del poder*. Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (2022). *Seguridad, territorio, población*. Siglo XXI Editores.
- García, M. (2021). *El país de las emociones tristes: Una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. Editorial Planeta.
- Garnica, L. (2007). Entre balas y palabras: Relaciones discursivas en torno al conflicto armado colombiano. *Pensamiento Jurídico*, (19).
- González, F. (2016). ¿Gobernabilidades híbridas o gobernanza institucionalizada en Colombia? Elementos para pensar la paz territorial en un escenario de transición. *Revista Controversia*, (206), 15–62.
- Guerrero Barón, J. (2011). El genocidio político en la construcción del fratricidio colombiano del siglo XX. En J. Guerrero y M. Acuña (Comps.), *Para reescribir el siglo XX: Memoria, insurgencia, paramilitarismo y narcotráfico* (pp. xx–xx). La Carreta Editores / UPTC.
- Guardiola-Rivera, O. (2014). *Cómo construir sociedades: Diez cosas que nunca nos dicen sobre la paz y la guerra*. Editorial Universidad Javeriana.
- Guillén Martínez, F. (2015). *El poder político en Colombia*. Editorial Planeta.
- Guillén Martínez, F. (2017). *Estructura histórica, social y política de Colombia*. Editorial Planeta.

- Gutiérrez, F. (2016). *El orangután con sacoleva: Cien años de democracia y represión en Colombia (1910-2010)*. Debate / IEPRI.
- Han, B.-C. (2018b). *Muerte y alteridad*. Herder Editorial.
- Hobsbawm, E. (2009). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Editorial Crítica.
- Hobsbawm, E. (2010). *Revolucionarios*. Editorial Crítica.
- Hobsbawm, E. (2014). *Sobre la historia*. Editorial Crítica.
- Hobsbawm, E. (2018). *¡Viva la revolución!*. Editorial Crítica.
- Juliá, S. (2011). *Elogio de historia en tiempo de memoria*. Marcial Pons.
- López, C. y Martínez, A. (2010). *Y refundaron la patria... de cómo mafiosos y políticos reconfiguraron el estado colombiano*. Debate.
- Molano, A. (2005). *Desterrados: Crónicas del desarraigo*. Penguin Random House.
- Molano, A. (2008). *Del llano llano*. Penguin Random House.
- Moreno, B. (2004). El objeto de la memoria y el olvido. *Desde el jardín de Freud*, 4, 16–33.
- Palacios, M. (2001). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia, 1875-1994*. Editorial Planeta.
- Palacios, M. (2003). *De populistas, mandarines y violencias: Luchas por el poder*. Editorial Norma.
- Perea, C. (2009). *Cultura política y violencia en Colombia: Porque la sangre es espíritu*. La Carreta Editores/IEPRI.
- Pizarro, C. (2015b). *De su puño y letra*. Penguin Random House.
- Pizarro, E. (2017). *Cambiar el futuro: Historia de los procesos de paz en Colombia (1981-2016)*. Penguin Random House.

- Sánchez, A. (2017). *Los saberes de la guerra: Memoria y conocimiento intergeneracional del conflicto en Colombia*. Siglo del Hombre/Universidad Nacional.
- Sánchez, G. (2020). *Memorias, subjetividades y política: Ensayos sobre un país que se niega a dejar la guerra*. Crítica.
- Sánchez, G. y Peñaranda, R. (2007). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. IEPRI/La Carreta Editores.
- Sánchez, G. (1991). *Guerra y política en la sociedad colombiana*. El Áncora Editores.
- Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros: Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Prometeo.
- Semana. (s. f.). El Colombiano cumple 100 años porque logró identificarse con Antioquia. *Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-colombiano-cumple-100-anos-porque-logro-identificarse-antioquia/252996-3>
- Semana. (s. f.). Un siglo de 'El Tiempo'. *Revista Semana*. <http://www.semana.com/nacion/articulo/un-siglo-el-tiempo/234445-3>
- Serrano, E. (2016). *¿Por qué fracasa Colombia?* Planeta.
- Silva, R. (2014). *Lugar de dudas: Sobre la práctica del análisis histórico*. Ediciones Uniandes.
- Solana, P. (2016). El legado del periódico Frente Unido: “que el pueblo cuente con sus propias herramientas”. *Lanzas y letras*. <http://lanzasy letras.org/2016/08/26/el-legado-del-periodico-frente-unido-que-el-pueblo-cuenta-con-sus-propias-herramientas/>
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Paidós.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2018). *Melancolía de izquierda: Otros diálogos*. Fondo de Cultura Económica.
- Traverso, E. (2023). *Revolución: Una historia intelectual*. Akal.

Valero, D. (2015). Hace 60 años se ordenó la clausura de EL TIEMPO. *El Tiempo*.
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16193857>

Vega Cantor, R. (1999). *Historia: Conocimiento y enseñanza. La cultura popular y la historia oral en el medio escolar*. Ediciones Antropos.

Villamizar, D. (2019). *Jaime Bateman: Biografía de un revolucionario*. Icono.

Zibechi, R. (2018). *Los desbordes desde abajo: 1968 en América Latina*. Ediciones Desde Abajo.

Anexo

La infame tesis de “Las Repúblicas Independientes”

El 25 de octubre de 1961, el senador conservador Álvaro Gómez Hurtado, pronunció un discurso en el congreso, el cual determinaría un antes y un después en la historia de Colombia, ya que, como se ha demostrado en este trabajo, esta tesis sostenida por Hurtado devendría en el nacimiento de las guerrillas en Colombia y en la transformación de la violencia, en escenario de guerra.

El propósito era claro, el frenar del todo cualquier posibilidad de consolidación del comunismo en Colombia, así como mantener a cualquier precio es estático y monolítico concepto de orden desde la ortodoxia conservadora, ya que, la experiencia de La Violencia no puede repetirse, en tanto demostró las graves dificultades por parte del Estado, las fuerzas armadas, y el sostenimiento del monopolio de las armas por parte del Estado; esta violencia de la década de los 50 del siglo XX, en el pensar de Hurtado, podía revivirse, y ser potencialmente más dañina y peligrosa, ya que entra la situación el temible comunismo, aquel que se mostraba monstruoso y amenazador en medios de comunicación como radio, y prensa, así como el cine y expresiones artísticas, el comunismo en Colombia tan perseguido y proscrito.

En este sentido, se puede comprender que motivaba a Hurtado en este propósito, un político colombiano, de tradición conservadora, con fuertes convicciones capitalistas, reconoce en el comunismo la mayor amenaza a su normalidad instituida, es decir, un estado conservador de tintes autoritarios, en un contexto de ilusión de la participación como lo es el Frente Nacional; así las cosas, para Hurtado la preocupación era enorme y la situación alarmante, un grupo de antiguos bandoleros, asentados en tierras baldías, violando el principio de propiedad privada, y de orientación comunista, eran la encarnación de todo lo que el conservatismo considera malvado, o alteridad radical, por tanto es imperativo lograr recuperar estas tierras, detener o eliminar a estos bandidos, y en el proceso demostrar al país las graves consecuencias de hacerse comunista.

El presidente Lleras va a pasar a la historia como uno de los grandes enemigos de los agricultores, porque teniéndolo todo, teniendo grandes posibilidades de desarrollo, se empeñó en sostener un proyecto de ley, y con ese pretexto de la tal reforma agraria, paralizó la acción del Estado en el desarrollo de la agricultura. Pero si por lo menos, ya que no tenemos ejecutorias de orden administrativo, pudiéramos estar satisfechos con la situación de la paz pública; que por lo menos, ese fuera el fruto del Frente Nacional, tal vez pudiéramos estar conformes, si a cambio de todo eso, los colombianos pudiéramos vivir en paz. Pero tampoco y, no de cualquier manera.

También aquí los argumentos extraídos de pretérito colombiano, no sirven. La violencia se creó en este país inicialmente, por lo menos fue su característica predominante, sobre la base de que se trataba de una violencia política. Se quiso ennoblecer la acción de los bandoleros, poniéndolos, el mismo usa la palabra, como guerrilleros de la libertad. Había cierta explicación posible en que hubiera tantas llamas en un Estado, donde hemos dicho existir una guerra civil declarada. Pero algo tenía que cambiar con el Frente Nacional precisamente: tenía que cambiar esa confusión que muchas veces se le presentó por ejemplo al gobierno de las Fuerzas Armadas, cuando tratando de debelar un movimiento bandolero, resultaba cobijado bajo las banderas políticas. Eso fue una calamidad de años anteriores, y que estaba justificado, o era explicable por la situación de guerra civil, no tiene ya la misma justificación en el estado actual del Frente Nacional. No hay ningún colombiano que legítimamente pueda invocar motivos políticos para rechazar la soberanía del Estado colombiano. Y eso es de lo que no se ha caído en cuenta. No se ha caído en cuenta de que hay en este país una serie de repúblicas independientes que no reconocen la soberanía del Estado colombiano, donde el ejército colombiano no puede entrar, donde se le dice que su presencia es nefanda, que ahuyenta al pueblo, o a sus habitantes. Hay una serie de repúblicas independientes que existen de hecho, aunque el gobierno niega su existencia. periódicamente da unos comunicados falsos, mendaces, diciendo que el territorio nacional está todo sometido a la soberanía. Y no está bajo la soberanía colombiana. Hay la república de Sumapaz; hay la república independiente de Planadas, la del Río Chiquito, la de este bandolero que se llama Richard y ahora, tenemos el nacimiento de una nueva república independiente anunciada aquí por el ministro de Gobierno: la república independiente del Vichada. La soberanía nacional se está encogiendo como un pañuelo; ese es uno de los fenómenos más dolorosos del Frente Nacional. El Frente Nacional, que sería precisamente para que todos los colombianos se sintieran hijos de una misma patria, ahora resulta tolerando las actuaciones más aberrantes, como la de que haya en el territorios en el corazón mismo del país, de gentes armadas que no permiten la

entrada de las autoridades colombianas, y que, cuando para cumplir con el propósito de avisarle al país que la soberanía existe en todo el territorio nacional, se manda un funcionario, es un funcionario, disminuido, sujeto a condiciones, que no puede ejercer las labores propias de su cargo y que muchas veces tiene que abandonar el campo. En algunas regiones, no se tolera más autoridad colombiana, que la de los agentes de la Caja Agraria, que van a prestarles dinero a esos bandoleros. Esta fue el único acto de gobierno, que hace esta administración del Frente Nacional, sobre su propio territorio.

El señor presidente Lleras va a pasar a la historia como un fundador de cinco repúblicas independientes, porque la soberanía nacional se ha quebrantado.

Esto se dice fácil, como si no tuviera trascendencia. Es un terreno apartado, nadie va a ir por allá, no hay ningún senador que se arriesgue. Las tierras no son muy buenas, tierras de vertientes, sin comunicaciones. El gobierno que no se gasta por nada, que no se gasta para hacer una obra, que no se gasta haciendo algo que justifique la unión de voluntades de Frente Nacional, menos se va a gastar por establecer la soberanía nacional en una serranía. Y tolera esa institución de las repúblicas independientes librando contra ellas, para cumplir, una miserable acción periférica, limitándose a mantener los puestos de guarda, en donde la rutina termina por liquidar la disciplina militar; en donde más bien se vuelve un problema la convivencia de los militares con los civiles, porque un militar que no está ocupado en algo se vuelve una fuerza disolvente. Un militar que está viviendo simplemente, sin trabajo, en una función estéril de vigilar a nadie se desmoraliza y se perturba la moral de las Fuerzas Armadas.

Antes los militares entraban en condiciones malas o buenas con elementos o sin ellos, sin miedo de incomunicación, con armas o sin armas, pero libraban una batalla contra las personas que estaban desconociendo la soberanía nacional. Ahora este primer gobierno del Frente Nacional no hace sino tolerar las repúblicas independientes. El ejército sabe que tiene que estar actuando constantemente sobre el filo de la navaja, para al mismo tiempo no dejar someter a la soberanía nacional a demasiados agravios, para no invadir el campo de la soberanía de la república independiente. La tragedia del Ejército colombiano, es que le ha tocado reconocer territorios extranjeros en su propia patria.

No sé si tal vez nosotros tuvimos alguna culpa inicialmente. Cuando estábamos en el gobierno, se habló de tal rehabilitación. No gustó la idea, pero tenía una presentación caritativa. Colombianos que se habían lanzado a la lucha por sus ideas, tenían tal vez el mérito de no haber sucumbido a la represión y como

estábamos en el Frente Nacional, como era necesario crearle un nuevo clima al país, íbamos a ensayar con esos colombianos alzados en armas, un nuevo sistema y se empezó por darles un apoyo para su desarrollo económico. Este fue el espíritu inicial de la rehabilitación que después cayó en manos sectarias y degeneró al premiar a los más atroces bandoleros de este país.

No hay una carretera que se haya atrevido a cortar una de esas repúblicas independientes, sino que se hace la carretera para que le sirva a los bandoleros, no para que le sirva al Ejército, en un ánimo de imposición, con el criterio propio de las Fuerzas Armadas, sino como un recurso para que los bandoleros tengan mejor movilidad.

No se hizo sino favorecer a los bandoleros en las repúblicas independientes; entonces el criterio mismo, que era un criterio benévolo para conseguir la implantación de la soberanía en el territorio, se quedó trunco, entonces lo que ocurrió fue que este gobierno, como esos emperadores decadentes, del bajo imperio romano, ha resuelto pagarles un tributo a los bárbaros.

èditorial

Universidad de **Nariño**

Fecha de publicación: Marzo 2026
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Este libro ofrece una historia cultural de la guerra en Colombia a partir de la historia cultural; usando los medios de prensa, fundamentales en la construcción de representaciones sociales, un medio liberal, uno conservador y uno comunista. El trabajo busca analizar la construcción de alteridades radicales (es decir enemigos), y como cada medio justifica la violencia en contra de sus enemigos, a partir de los preceptos políticos, ideológicos y culturales de cada filiación partidista.

Se aborda el periodo de 1964 a 1970, buscando reconstruir una vez más la de por si analizada historia de la violencia política en Colombia, no obstante, este trabajo no busca ofrecer hechos, personajes, fechas y acontecimientos, procura presentar una radiografía socio/cultural de Colombia, una Colombia católica, agobiada por la violencia, e inmersa en un régimen estático, inmóvil y brutalmente represivo como lo fue el Frente Nacional.

Víctor Duque, en *Alteridad y violencia en Colombia. Una historia cultural (1964-1970)*, se acerca a Colombia, lo cual es, en buena medida, acercarse a lo que todos somos, a lo que todos y todas fuimos y, probablemente, a lo que seremos. Se aproxima desde la violencia de la contemporaneidad, pero la imagen de alejamiento, de perspectiva, de ese exuberante y separado exotismo con el que la historia oficial separó concienzudamente realidades que se complementan —lo que somos y lo que creemos ser—, desaparece cuando nos reencontramos en Colombia con lo que somos: lo que somos en realidad.



Estudios Humanísticos
GRUPO DE INVESTIGACIÓN

ISBN: 978-628-7864-27-6



9 786287 864276



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1964



Universidad de Nariño
ACREDITADA EN ALTA CALIDAD
RESOLUCIÓN MEN 000022 - ENERO 11 DE 2023

editorial
Universidad de Nariño



Unidad de
**FORMACIÓN
HUMANÍSTICA
E INTEGRAL**
(UFHIE)